



# El falucho *Colombo*

Luis Delgado Bañón

Colección Una Saga Marinera Española  
Novela Histórica



Lectulandia

En este volumen, Luis Delgado se adentra en los prolegómenos de la Guerra de la Independencia, esa alargada contienda contra los franceses de la que su aspecto naval es muy desconocido. Una vez fracasado el Consejo del Almirantazgo y con España invadida por tropas imperiales, corre el mes de junio de 1808 cuando la Real Armada inaugura las hostilidades entre el gobierno español libre, basado en Juntas de Defensa, y Francia. Se considera un objetivo de vital importancia atacar y rendir la escuadra francesa que, bajo el mando del almirante Rosily, se encuentra fondeada en la bahía de Cádiz. Nuestro personaje el teniente de navío Santiago Leñanza, tercer miembro de la saga, tras sufrir azarosas experiencias de mar y tierra, es designado para mandar el pequeño falucho Colombo, encuadrado en una de las divisiones que han de atacar al cañón a los poderosos navíos franceses.

**Lectulandia**

Luis M. Delgado Bañón

# **El falucho «Colombo»**

**Guerra al francés**

**Una saga marinera española - 11**

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2006

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Dedico esta obra a la licenciada en Historia Carmen Carrere, con mi especial agradecimiento por su generosa colaboración sobre la presencia francesa en España en el siglo XIX.

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

*Comenzó con un trueno y rayo que quebró sobre nuestras cabezas, tan bajo y horrible que pareció haberse abierto el mar en un abismo de fuego, quedando todos atronados y fuera de sentido, y mirándonos unos a otros, no nos conocíamos; y cada ola nos comía, y una nos encapilló por la cuadra siniestra de popa, y metió el bordo de la diestra<sup>[1]</sup> hasta medio puente, debajo de la mar. Entonces todos nos tuvimos por anegados, y llamando a Dios nos pusimos a trabajar, echando a la mar el ganado y lo demás que estaba sobre cubierta, cajas y vestidos y cueros; y con esto la naveta comenzó a enderezarse por la misericordia de Dios y comenzamos a correr, árbol seco<sup>[2]</sup>, donde el viento quería.*

Relato de Pedro Sarmiento de Gamboa  
en su travesía desde Río de Janeiro al  
Magallanes. Febrero, 1585.

## Prólogo

Arranco la segunda decena de esta colección de novela histórica naval con ánimo renovado, dispuesto a continuar la empresa que me impuse desde un principio, aunque algunos escépticos no creyeran en la necesaria tenacidad para concluir su alargada extensión o, al menos, intentarlo. La serie toma cuerpo recio y se abre en generosa *lomoteca*, visión que también relanza el espíritu hacia proa, como habría dicho alguno de los personajes reales o de ficción que aparecen en estas obras.

Encaro el segundo volumen en el que el joven Santiago de Leñanza se mantiene al timón de la labor narrativa, una vez acomodada mi imaginación a las trazas, costumbres y pensamientos del tercer miembro de la saga. Sin embargo, reconozco que añoro con inevitable nostalgia las figuras de *Gigante*, *Pecas* y *Setum*, personajes inolvidables que ya forman parte para siempre de mi familia literaria. Y si ataco con gusto el número once de la serie, no es por aquella lejana expresión de *hacer las once*, buena costumbre mantenida por largo en las Indias, ni por *estar a las once y cuarto*, que todavía no alcancé dicha estadía. Mi predilección por ese número con tantos especiales significados se basa en una antigua costumbre alemana, de la que participé en diversas ocasiones. Se trata de comer ganso el día once del mes once a las once horas y once minutos, en recuerdo de San Martín que fue enterrado, según marca la leyenda, en esa fecha y hora, así como su relación con dicha ave que es placer de dioses si se condimenta con gusto.

Como norma de la colección, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, que pueda ser leída con independencia aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos acaecidos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nuevo ejemplar.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los diez ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un

nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, *La galera «Santa Bárbara»*, el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado *Gigante*, era un honrado joven castellano *de tierra adentro*, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos. Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, *La cañonera «23»*, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como *Gigante* por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera gozado por su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vastago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar un necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna. Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte, como por encanto, en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, *Pecas*, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, *La flotante «San Cristóbal»*, basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes. *Gigante* consigue embarcar en una de ellas, bajo el

mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero, *Pecas*, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, *El jabeque «Murciano»*, tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, siguiendo los consejos de su admirado general Barceló, embarca en el jabeque *Murciano*, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

En el quinto volumen, *La Fragata «Princesa»*, llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, *Gigante* arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata *Princesa*, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con intereses británicos y sus buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

El sexto volumen, *La Fragata «Sirena»*, ofrece un trueque de amistades, impensable años atrás. Con Francia en plena orgía revolucionaria, la Convención declara la guerra a medio mundo. De esta suerte, entramos en alianza inesperada y de conveniencia con los británicos, tras luchar contra ellos a lo largo del siglo que agonizaba. Corren los primeros meses de 1793

cuando *Gigante*, ya en el empleo de teniente de navío, embarca en la fragata *Santa Casilda* como segundo comandante, unidad en la que asiste a las jornadas de Cerdeña. Posteriormente y una vez más bajo el amparo del jefe de escuadra don Federico Gravina, desembarca en el puerto de Tolón para defender la plaza de los ataques revolucionarios.

El volumen séptimo, *El navío «Triunfante»*, aborda la segunda parte de la guerra a la Convención, hasta alcanzar la paz de Basilea en 1795. *Gigante*, en el empleo de capitán de navío, continúa al mando de la fragata *Sirena*, para pasar posteriormente como segundo comandante del navío que da título a la obra. A bordo del *Triunfante* asiste en la costa catalana a las operaciones de apoyo naval a las fuerzas del Ejército, que luchan en el frente oriental y libran decisivas batallas con los franceses.

*El navío «Santísima Trinidad»*, el buque más poderoso del mundo, ofreció título al volumen octavo, en el que abordaba la nueva guerra contra la Gran Bretaña, tras el acuerdo firmado con la Francia revolucionaria, ese extraño Pacto de Familia con quienes habían guillotinado previamente al familiar. Y como foco central debí encarar el combate habido contra los ingleses en aguas del cabo de San Vicente, la página negra y un tanto humillante de nuestra historia naval, edulcorado como se merece por otras acciones, en las que el orgullo y valor personal de los hombres de mar suplieron las carencias de todo tipo que arrastraba nuestra Institución.

Con el volumen noveno, *El navío «Príncipe de Asturias»*, he cerrado el círculo de los momentos más oscuros de la Real Armada en cuanto a operaciones de escuadra. Asistimos al combate de Finisterre y, de forma muy especial, al de Trafalgar, ese sacrificio al que se ofrecieron de forma voluntaria y consciente tantos hombres; honor y lealtad inmerecidas por las más altas jerarquías, de quienes en las aguas cercanas al famoso cabo perdieron su vida. Por desgracia para la familia Leñanza, mueren en aquel lejano 21 de octubre de 1805 el padre y el hermano menor de Santiago, el tercer *Gigante* de la saga que, a partir de ahora, se convierte en el narrador de la serie.

El volumen décimo, *El Bergantín «Penélope»*, comienza con el negro periodo que se sufre tras el luctuoso combate de Trafalgar, con nuestros puertos bloqueados por los británicos y la miseria campando a sus anchas por buques, arsenales y familias marineras. Nuestro personaje, el teniente de navío Santiago de Leñanza, ascendido en el general reparto de mercedes, entra a las órdenes del teniente general don Antonio de Escaño y García de Cáceres, todavía mayor general de la escuadra del Océano. Más adelante, se

le concede el mando del bergantín que da título a la obra, en el que debe acometer una peligrosa e importante misión hacia las Indias. Es un relato que podría entrar por derecho propio en la epopeya popular aunque, después de todo, no sea más que uno tan sólo de los muchos y desconocidos con que la Real Armada escribió páginas de gloria a lo largo de los siglos.

Ahora con el volumen undécimo hemos de afrontar el comienzo de una etapa negra para España, invadidos por los franceses, en lo que acabó por llamarse como Guerra de la Independencia, una denominación absurda de lo que, en realidad, fue una guerra contra los invasores. En esta alargada contienda, el componente naval es el gran desconocido, como ha sido norma habitual en tantas fases de nuestra historia. España estaba en peligro y la Real Armada se dispuso a colaborar en la defensa del territorio patrio y la legitimidad dinástica. Cambiaremos la utilización del poder naval en su estado más puro por el escarceo de unidades y empleo de la imaginación, unidos a un valor extremo en muchas ocasiones. Embocamos una alargada situación bélica, con España levantada en armas contra la ocupación extranjera, donde el papel de las escasas unidades de la Armada y sus hombres fueron de gran importancia para el devenir de la contienda.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años incorporaré los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis Delgado Bañón

## 1. En el Estay

Decía mi tío Santiago en una de sus habituales y ocurrentes chanzas, que el hecho de unirse en matrimonio con mujer querida, es situación pareja a la del marinero castigado con la pena de *cabalgar en el estay*<sup>[3]</sup>, porque es difícil el equilibrio para el hombre con hembra acoderada por corto y de por vida, así como muy fácil caer a una de las bandas hasta quedar descoyuntado de huesos. Sin embargo, debo mostrar mi rotundo desacuerdo con tal comparación, en especial por aquellas jornadas invernales en las que remataba los últimos días del mes de enero del año del señor de 1807, disfrutando sin límite de mi sagrada unión con Eugenia por tierras extremeñas. Una vez más entraba en función aquella hacienda bautizada por mi padre años atrás como *El Bergantín*, un tipo de embarcación que se unía a la historia familiar en mágico doblete.

Había contraído matrimonio el 25 de dicho mes en la catedral gaditana, cuando el sol cruzaba por firme la meridiana, al tiempo que mi única hermana lo hacía con el teniente de fragata Adalberto Pignatti. Y si mucho me complacía la felicidad de Rosalía, redondeaba el pastel que la disfrutara con mi gran amigo Beto, compañero de armas y segundo comandante en la peligrosa misión emprendida hacia las Indias en el bergantín *Penélope*, rematada con inmensa fortuna días atrás. También mostraban rastros de satisfacción mis primos Cristina y Francisco, así como la que considerábamos como madre verdadera, María Antonia, una gran mujer que siempre dejó estela de gloria en nuestras vidas.

Estimo digno de recordar como especial anécdota, que el almirante François Etiënne Rosily Mesros, al mando de la escuadra francesa fondeada en Cádiz en sustitución del desdichado Pierre Charles de Villeneuve, suicidado tras el desastre sufrido en Trafalgar, nos enviara una muy correcta felicitación fechada de acuerdo con el calendario cristiano, una vez eliminado por el senado francés el anterior y ciertamente ridículo implantado en 1793.

Poco a poco se perdían los rescoldos de la revolución francesa que todo quiso cambiarlo aunque, en verdad, tan sólo mudara Rey por Emperador, por mucho que ese petimetre enaltecido de Bonaparte no mereciera tal prebenda por sangre ni responsabilidad. Pero regresando a nuestras vidas, pocas veces se observaron dos bodas simultáneas con uniformes engalanados de la Real Armada en la capital gaditana, ceremonia que apadrinó nuestro jefe directo, el teniente general don Antonio de Escaño y García de Cáceres, capitán general del departamento, como merecido honor y agradecimiento por nuestra parte.

Mucho debíamos a ese gran general cartagenero que, tras el luctuoso combate sufrido en aguas cercanas al cabo Trafalgar, nos amadrinara bajo sus alas como ayudantes. Y de eterna gratitud por mi parte que me designara para el mando del bergantín *Penélope*, ese buque que siempre guardé entre mis más hermosos recuerdos, con el que cumplí una peligrosa misión marcada por los vientos huracanados, la mar alzada en ampollas y las balas inglesas rascando cerca de las orejas en caliente. Según aseguraban muchos miembros de nuestra Institución con sobrada razón, era don Antonio de Escaño la cabeza mejor ensamblada de la Real Armada por aquellos días de tristeza y miserias, mientras su mentor y gran hombre, el preclaro general don José de Mazarredo, se mantenía en permanente e injusto destierro. Además, puedo jurar en honor de ley que, en contra de un proceder que poco beneficiaba la empresa patria, don Antonio se mantenía voluntariamente alejado de los corrillos cortesanos y esos galanteos lisonjeros a los que tantos propendían, personajes ávidos de honores y prebendas no siempre merecidas.

Tras los emotivos esponsales, Beto y su esposa salían en dirección a la hacienda de *Santa Rosalía*, predio que había entregado a mi hermana como dote por su especial cariño a esa tierra murciana, donde reposaban nuestros familiares cercanos para siempre. En derrota<sup>[4]</sup> bien separada, Eugenia y yo partíamos hacia Extremadura con la inseparable compañía de Okumé, el buen esclavo de piel negra como brea de calafate, cuya manumisión había conseguido mi padre a temprana edad. Compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos, este hombre genial acabó por convertirse, con el paso del tiempo, en persona inseparable y de absoluta confianza, como un miembro más de la familia, aunque debiera actuar a mi lado como secretario, consejero o, incluso, cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad para ocupar plaza a bordo de los buques de la Armada. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la explosión sufrida en el navío *Real Carlos*, así como, pocos

meses antes, a bordo del bergantín *Penélope* cuando sufrimos el huracán antillano que nos desplumó a muerte, evitando mi inevitable caída al agua.

El alargado viaje fue un anticipo de dos semanas inolvidables, amor y juventud prendidos en los pliegues, un conjunto que, estoy seguro, solamente se vive una vez. Con Sebastián y Okumé arranchados en el pescante para concedernos la deseada intimidad, debimos atravesar en un principio las ciudades de Jerez y Sevilla, descansando la primera noche a orillas del Guadalquivir. A la mañana siguiente continuamos camino, hasta encontrar vereda de peor calidad, embocados en la provincia de Badajoz, para dar término a la segunda jornada en la magnífica y señorial villa de Zafra. Por fin y siguiendo las notas escritas con precisión en los cuadernillos de mi padre, nos dirigimos en dirección a Santa Marta. Una vez traspuesta la pequeña villa, a media legua de distancia y por el camino que conducía hacia Villalba de los Barros, encontramos un recio portón abierto al margen izquierdo, en cuya parte superior podía leerse, en bellas letras de forja, la palabra mágica: *El Bergantín*.

Eugenia mostraba una alegría irrefrenable, descubriendo como regalo celestial cada uno de los detalles de ese territorio de la provincia pacense llamada como Tierra de Barros, de una belleza y fertilidad incomparables. La hacienda había sido adquirida por el administrador de mi padre, el inolvidable don Alonso Sanromán, que todavía cuidaba de mis propiedades con probada honradez, a pesar de su alargada edad. Era de una categoría y extensión extraordinarias y así fue apreciada por quien ya era mi mujer, gozando como niña con rongigata en la mano, al reconocer que todo lo que abarcaba su vista nos pertenecía por ley y así seguiría para siempre. Porque gracias a Dios, no se encuentra la tierra sometida a caprichos tan voluptuosos como los de la política cortesana u otras querencias más propias del maligno.

Entrados en *El Bergantín*, Eugenia se vio sorprendida al alcanzar una pequeña meseta, preñada de encinas y alcornoques, donde al abrirse la cerrazón del bosque pudo observar una edificación rectangular, de una sola planta y magníficas dimensiones. Por encima de cualquier otro detalle sobresalía el color rojizo de la piedra utilizada en su construcción, que le confería un aspecto guerrero aunque de digna nobleza. La sencillez en sus líneas, así como el innegable parecido con los edificios militares para el establecimiento de tropas, indujeron a mi tío Santiago, sin freno en sus comparaciones burlescas, a denominarlo desde el primer momento como *El Cuartel*. Y así quedó bautizado para siempre.

El frontal de *El Cuartel* se extendía en dirección levante-poniente, mientras un imponente arco de media herradura, situado en la parte central, ofrecía cierta grandeza a la entrada principal. Y una vez más, como me sucediera la primera vez que acudí con mi padre para gozar unos inolvidables días, antes de sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, me sentí ufano y orgulloso al observar la parte superior del arco de entrada. De forma dominante, con majestuoso tamaño y esculpido en rica piedra, aparecía el escudo del condado de Tarfí, unas armas ganadas a pecho abierto por mi progenitor allá por aguas africanas, cuando apenas se incorporaba a la Armada en su primer destino de guerra.

Avisado por uno de los rapaces, nos esperaba a pie de puntal el encargado, don Melquíades Valdivia, que llevaba todos los asuntos de la hacienda con probidad reconocida, según palabras de mi padre, y vivía en la cercana población de Santa Marta. Ya calzaba el hombre años por bastos a la cuerda, pero se movía con soltura a pesar de haber cruzado el margen del sesentón. Como Eugenia no parecía haber advertido el detalle del escudo, le entré en demanda de aviso.

—¿Te gusta lo que muestra el arco de entrada en su parte superior? Fue una maniobra del tío Santiago en honor de mi padre, quien siempre se mantuvo muy orgulloso de ese escudo, aunque fuera reacio a utilizarlo en membrete de pliegos como norma habitual.

—Es precioso —Eugenia repasaba los cuatro cuarteles, intentando comprender su significado—. Algún día deberás explicarme los detalles.

—Ese escudo fue escogido por mi padre en persona y como especial concesión de don Carlos el Tercero. Ahora también son las armas de tu familia y a ellas te debes. Cada poro de la piedra tiene su significado.

—Pues no ha de llegar la noche sin que los descifres uno a uno —me amenazó en falsete alzando la mano—. Ya conoces mi curiosidad y quiero saberlo todo de esta rama de los Leñanza en la que he entrado.

—Lo sabrás todo, querida.

Tras batirse en exageradas reverencias, don Melquíades tomó la delantera para mostrar a Eugenia la vivienda, como si se tratara de su indeclinable responsabilidad. Y nada más pisar las primeras crucetas del suelo, se observaban magníficas trazas y detalles de moderada nobleza que aderezaron el rostro de mi mujer. Una vez atravesado el zaguán, giramos hacia el martillo de levante, donde se abría un magnífico salón de grandes proporciones. Allí brillaban los motivos cinegéticos en profusa decoración, algunos con placas donde se recordaban las gestas del momento, en las que aparecían grabados

los nombres de Setum y mi padre como norma repetida. Porque además de su belleza, algunas zonas de la hacienda componían un paraíso para los amantes de la caza, con abundancia de reses, cochinos y caza menor de todo tipo. A continuación pasamos a un comedor que se encontraba dispuesto para el almuerzo y donde, para mi sorpresa, no faltaba el mínimo detalle. Todo era explicado, no sin orgullo, por don Melquíades como especial deferencia hacia la nueva señora, recordando que mi padre había tomado de su mano personal la puesta al día de aquel digno palacete con exquisito gusto y la sobriedad que era su norma habitual de vida.

Intenté imprimir una mayor velocidad en la inspección, por lo que a superior andar visitamos mi despacho personal, con una nutrida biblioteca, las cocinas, para pasar al martillo de occidente que se mantenía reservado a los dormitorios. Tras atravesar un jardín interior con bellos parterres, se encontraban las instalaciones del servicio, así como las caballerizas y almacenes de todo tipo. Fue entonces cuando Eugenia solicitó un pequeño descanso, todavía ligeramente agotada por el alargado viaje.

Y ya en aquellos primeros momentos, como era pasada la meridiana y los estómagos se batían a vueltas en demanda, gozamos de un espléndido almuerzo. Eugenia pudo corroborar mis comentarios, al comprobar que la mujer de Ambrosio, el casero, era una consumada cocinera que consiguió reponer nuestras perdidas fuerzas con prontitud. Ambos entraban en vejez temprana, recordando a cada momento figuras y hechos de mis padres, detalle que les agradecía. Algunos platos eran desconocidos para Eugenia, en especial la forma de condimentar la caza, con salsas espesas y torta diluida, que hicieron las delicias de su boca sin medir las alabanzas. Atacábamos en digno remate una tarta riquísima, preparada con almendras y miel, cuando comenzó el interrogatorio de mi mujer, curiosa como siempre y deseosa de conocer con detalle las cualidades de la hacienda.

—¿Es extensa esta propiedad?

—Se trata de una hacienda magnífica que consiguió don Alonso Sanromán a un precio de saldo, gracias a las deudas contraídas en el juego por su anterior dueño, un figurín de corte caído al peor límite, como habría dicho mi tío Santiago. En total, entre lo que podemos considerar como dehesa boyal, la de pasto y labor, monte medio y bajo con robles, encinas y alcornoques, más los terrenos dedicados al cereal y varias puntas de olivar, deben alcanzar las cien caballerías.

—¿Caballerías? —preguntó con un gesto de extrañeza en su rostro—. No sabía que también se criara ese tipo de ganado. ¿De qué raza son los

animales?

—Poco sabes de campo, querida. Una caballería comprende unas sesenta fanegas de extensión en medida aproximada. Se trata de una antigua denominación para medir las tierras, utilizada especialmente en el sur de España desde la Edad Media. Correspondía a la porción de tierra concedida a los caballeros que habían contribuido a la conquista o colonización de un territorio.

—Aunque no se críen como función específica, en *El Bergantín* se dispone de buenos ejemplares de raza española para el uso personal —intervino Okumé, situado de pie en una esquina de la mesa como caballero de guardia, deseando mostrar sus conocimientos sobre el terreno—. Y son necesarios esos bellos animales para alcanzar algunas zonas de la hacienda más allá de los riscos. Seguro que la señora gozará de recorrer esta hacienda a lomos de alguna yegua noble.

—Desde luego que pienso hacerlo.

Pasamos dos semanas por tierras extremeñas sin freno en la dicha y el placer, aunque el frío y los vientos de corte se enseñorearan de la mágica experiencia en los primeros días. Pero hay momentos en la vida que dichas situaciones de condiciones adversas y temperaturas extremas pasan a popa de nuestros cuerpos sin rallarlos una mota, acariciados por otros detalles de nubes blancas capaces de borrar la sangre. Durante aquellas jornadas me olvidé de todo y de todos, de los buenos y malos momentos vividos hasta entonces, porque debe de ser cierto que el gozo de la dicha intensa es capaz de hacernos mudar la piel, ahuyentar los miasmas y nublar la memoria del cerebro. Entre paseos a caballo, caza y amores de agonía, pasaron los días al vuelo. Porque la felicidad absoluta era el factor determinante, ese sentimiento que deja escasos resquicios para ocupar la mente en otros menesteres. Amar y ser amado con aquella profundidad era más que suficiente, y a tal ejercicio me lancé como ardiente navío que navega a un largo con viento frescachón.

Como los miembros de la casa, incluido Okumé, nos dejaron en soledad casi permanente, esa que los recién desposados añoran al suspiro, pocas novedades tomamos de la tierra. De todas formas, durante una de las cabalgadas a las que Eugenia se aficionó con rapidez, descubrimos a Okumé con sonrisa alargada en millas. El africano, heredada la pasión cinegética en los rastros de su sangre, había abatido una res de extraordinaria cuerna.

—¿Has encontrado la pieza buscada? —pregunté con rapidez.

—En efecto, señor. No mentía ese rapazuelo de Miguelillo, el hijo pequeño de Gabriel, al anunciar la especial presa. Y no ha sido tarea fácil

porque el viento entraba a rondón y las reses venteaban en exceso. Por fortuna, la abundancia del monte es muy amplia y querenciosa, con lo que conseguí rodear una espléndida mancha de reses a sotavento<sup>[5]</sup>, en la que andaba como digno soberano esta joya de la corona.

Eugenia y yo nos acercamos al animal, que andaba ya a bruces sobre el tiro. Fue cuando comprobamos su extraordinaria cuerna, con más de veinte puntas y las palmas abiertas como racimo elevado al cielo, para formar lo que bien parecía una gloriosa bandeja de orfebrería. Mi mujer saltó de alegría, entrando por el camino que más podía agradar a Okumé.

—Es magnífica. Jamás había observado nada igual —Eugenia repasaba las puntas con verdadera admiración—. Esta cuerna debe ocupar un lugar de merecido privilegio en el salón, con el nombre de Okumé y la fecha de hoy grabados en letras grandes.

—Desde que conocí a la señora a bordo de la fragata *Fama*, comprendí su gran inteligencia —Okumé llevó a cabo una exagerada reverencia cortesana en tono de chanza—. Además, es razón sabida por los expertos, que los machos adornados con cuernas de gloria, una vez macerada la carne con suficiente paciencia y adobada en orden, componen el mejor de los guisos. Pero en este caso ayudaré a la casera con algunas de mis especias, esas que en la mar tanto gustan al señor.

—Pues que no falte, buen cazador —Eugenia ya le concedía la confianza que tanto agradaba al africano—. Lo degustaremos en el almuerzo de mañana.

—Mejor dejarlo para el de pasado, señora, que debe morir bien la sangre de esta res antes de cocerse en perolas. Pero ya entrados en el tema de la caza, he tenido un presentimiento que bien... —Okumé calló, dudando en continuar.

—No alegues falsa timidez y acaba la frase de una vez, africano. La señora ya te conoce al punto —le di el empujón que esperaba.

—Son cosas mías, señora, pero cuando abatí este magnífico animal pensé que, en pocos años, deberé adiestrar al nuevo *Gigante* en las bellas artes de la caza. Seguro que pronto conseguirá abatir un ejemplar mejor que éste en mi compañía. Y en esa placa brillarán nuestros nombres en inseparable pareja.

—¿Nuevo *Gigante* dices? ¿A quién te refieres? —Eugenia no acababa de comprender la cerrada sonrisa de Okumé.

—Pues es transparente como las aguas de la mar antillana. El primer hijo a engendrar por la señora será varón y de recia fortaleza, estoy seguro, por lo que recibirá el apodo familiar de *Gigante*. En ese momento, el señor pasará a ser don Santiago, como ha sido norma habitual en la familia. Pero el nuevo

miembro ha de aparejar buenos rastros de sangre y catar los vientos desde el primer momento. Okumé le enseñará cómo es posible cazar una de estas piezas, con cuerna más propia de corona a ceñir en cabeza real.

Enrojeció ligeramente Eugenia, aunque sonreía en tapado con felicidad. Tenía razón Okumé sobre la inteligencia que demostraba mi mujer en todo momento, especialmente ese don de gentes tan natural en su persona y la astucia para llevar adelante el día a día. Como detalle especial, puedo asegurar que era capaz de ganarse al más hosco de los seres humanos con unas pocas palabras, cualidad que comprobé en repetidas ocasiones. Y tras aquel detalle de cariño y confianza con mi secretario, es fácil comprender que Okumé se habría dejado desollar en vivo por su señora.

Para desgracia o beneficio, que cada barco toma las olas al gusto, todo en esta vida alcanza su fin, ya sea mar en leche, fondeo en isla tropical o huracán antillano. Y doy fe de esas palabras, porque bien lo podrían relatar mis huesos y carnes al detalle. Pero hoy en día, tantos años después, cuando ya no navego en demanda de puerto alguno sino que intento mantener el aparejo fondeado con todas las anclas, y escribo estos recuerdos prendidos en la memoria, siento una irrefrenable envidia, un fervoroso deseo de regresar donde ya no es posible. Ése es, sin duda, el peor momento de la vida del hombre entrado a la vejez, comprender que no se pueden vivir de nuevo los momentos que quedaron bien grabados a fuego en el cerebro y con disfrute por troneras. Digo esto porque los días de licencia concedidos por don Antonio de Escaño llegaban a su fin, y debía regresar al servicio. Perdido en concierto de luces, una mañana de la segunda semana recordé la fecha del día y, como mazazo de martinete, la situación real impuesta. Nos manteníamos en guerra con el inglés, bloqueados nuestros puertos a muerte y con el futuro abierto en incógnitas aunque, sin duda, con tendencias a rumazón negra. Eugenia sólo tuvo que observar mi rostro para comprender los pensamientos, una cualidad que siempre le reconocí. Esbozó una sonrisa, al tiempo que largaba sus palabras con falsa alegría.

—Creo que ya piensas en el necesario retorno al servicio de las armas, querido. Aunque en silencio, también yo contaba los días y temía la llegada de este momento. Pero alegre la cara, que no es situación de duelo.

—Bien saben los cielos que preferiría alargar la licencia sin final a la vista. Pero por desgracia, no se encuentra en nuestra mano esa decisión. Debemos regresar a Cádiz en un par de días como mucho. De todas formas, debo adelantarte que existe la posibilidad de mudar residencia en un futuro próximo.

—¿Mudar residencia? Nada me habías comentado en esa dirección.

—Fueron las últimas palabras de don Antonio de Escaño antes de nuestra partida. El bergantín *Penélope* pasó a situación de desarmo, hasta que se decida su reparación, si es que algún día llega la orden, con la penuria sufrida en nuestros arsenales. La verdad es que no lo entregamos en buena situación, después de nuestro azaroso regreso de las Indias, rendido el palo trinquete, sin artillería y con demasiadas heridas en el cuerpo. Y bien que lo siento porque ese potrillo de mar se comportó a las mil maravillas. Creo que deberemos regresar a las órdenes del general Escaño. Y según nos narró con la necesaria discreción, estaba seguro de que se establecería pronto el perseguido Consejo de Almirantazgo, del que formaría parte con otros generales. Como no hay peor situación que quedar sin destino y pasado a cuartel, aceptamos la invitación de continuar bajo sus órdenes como ayudantes. En ese caso y si se confirman las predicciones, deberemos pasar con él a la Corte.

—¿Mudarnos a la Corte?

—Así es.

Eugenia pareció ensombrecer el semblante, aunque sólo durara su expresión unos pocos segundos.

—Mucho sentiré abandonar esa preciosa y antigua ciudad, que tantos denominan como perla gaditana, donde se abrió mi vida. Allí cambió en giro redondo cuando nuestros caminos volvieron a cruzarse. Bien sabe Dios que pasé con inesperada rapidez de la desesperación y el negro más absoluto, a la dicha sin medida. Pero iré contigo allá donde digas, querido, sin disminuir una onza la felicidad que me rodea.

—Lo mismo me sucede, Eugenia. No creas que gusto en mudar a la villa de Madrid. Todo miembro de la Real Armada prefiere sentir el perfume de la mar en las narices, que el viento seco de la sierra. Además, nada me atrae la Corte y sus gentes.

—Bueno, debemos pensar en alegrías, aunque echaré de menos la casa palacio de la calle de la Amargura. Pero ya volveremos en el futuro.

—Son muchas las posibilidades en ese sentido aunque, en estos momentos, pocos serían capaces de atisbar lo que ha de venir el día de mañana. Por triste que sea decirlo, no se abren las cruces para España en colores de gloria, como todos deseáramos.

—Debe llegar la paz. Son demasiados los años en guerra contra el inglés y, más pronto que tarde, se ha de firmar el fin de las hostilidades.

—Así debería ser. Con dos guerras casi seguidas, la Real Hacienda se encuentra sin un real en futuros y con deudas hasta cubrir las calles. Pero

decía mi padre que con ese Bonaparte a las riendas de la política francesa, no será posible cambiar el rumbo sin desastre.

—Seamos optimistas. España ha pasado por peores situaciones y de todas ellas salimos airosos. Abandonaremos esta hacienda cuando dispongas.

—Diré a Okumé que vaya preparando todo para el regreso. Como mañana es domingo, podemos dejarlo para el lunes.

—Lo que tú digas.

De esta forma, un lunes 7 de febrero entrado en nubes negras y viento cortante, iniciamos el tornaviaje hacia la capital de la bahía. Pero no crean que los espíritus hociaban a la baja, ni mucho menos. El ánimo se mantenía muy por alto y con esperanzas de gloria porque, a esa temprana edad, se ataca la vida abierta a proa y por siglos, sin atisbar como posible un futuro e irremediable final. No se nos ocurría pensar en las balas inglesas u otras posibles calamidades, males que debían atacar a otras personas.

Recorrimos en vuelta los mismos caminos y veredas atacados semanas atrás, con risas, buen yantar y acompañamiento de generosos caldos que tanto avivan el alma. Y de esta forma, entrábamos en la ciudad de Cádiz por las Puertas de Tierra en la tarde del día 10 de febrero, como guerreros en retorno de batalla victoriosa. Nos dirigimos sin dudarle hacia la calle de la Amargura, deseosos de saludar al resto de la familia y comentar aquellas semanas entabladas de incomparable felicidad. Las almas se mantenían en vuelo de luces y esperanzas aunque, para desgracia de España y su Armada, no era un futuro de rosas lo que nos esperaba por la proa.

## 2. Regreso a la tierra

Cansados por la alargada marcha, pero alegres al tiempo, alcanzamos la casa palacio de la calle de la Amargura bien entrada la tarde, sin forzar en ningún momento a los animales. La isla gaditana nos ofreció un recibimiento poco generoso, con frío cortante a varas, lluvia de grano maduro y ese viento frescachón de poniente tan habitual en el espolón sur de la península. Aunque sufría la sensación de haber finalizado una ligera pero inolvidable etapa de mi vida, regresaba a la normalidad con abierta ilusión, tanto al enfocar la esfera nueva y familiar con responsabilidades añadidas, como el trabajo profesional que podría presentarse en un próximo futuro, con muchos interrogantes en el alero. Ni siquiera el remojón final que sufrimos al reventar las nubes en diluvio, fue capaz de amainar voluntades.

Nada más atravesar el portón de la casa, mientras Okumé se ocupaba de los bagajes, recibimos dos pequeñas sorpresas. La primera fue encontrar a nuestros hermanos Beto y Rosalía, regresados aquella misma mañana desde tierras murcianas, como si hubiésemos planificado uno de esos encuentros con fecha y situación geográfica tan habituales en la mar. Por otra parte, el personal de servicio nos informaba que María Antonia, en compañía de los primos Francisco y Cristina, había decidido pasar a la Corte dos días atrás. Supuse que era una maniobra propia de aquella gran mujer, un intento para dejar a las dos parejas recién entradas en nueva estadía navegar en soledad. Las dudas quedaban anuladas al leer una nota de su mano, en la que nos ofrecía una calurosa bienvenida y un próximo encuentro en la capital de los Reinos.

Mucho me alegró comprobar la felicidad reflejada en el rostro de mi hermana, que hablaba sin parar de los inolvidables días disfrutados en la hacienda de Santa Rosalía. Y por fortuna, Beto albergaba en el equipaje una buena provisión de ese aguardiente que fabrican en la cercana villa de Cehegín, al que tan aficionado había sido la familia a lo largo de los años. En

compañía de ese brebaje milagroso, nos contamos mil y una historias, con las mujeres desatadas en una verborrea picarona difícil de pronosticar semanas atrás. Por nuestra parte, Beto y yo atacamos los movimientos a seguir en los próximos días, que no dejaban punta en blanco.

—Mañana regresamos a la vida real —entonaba Beto con cierta tristeza.

—No queda más remedio. Supongo que don Antonio tendrá novedades para nosotros, si se han confirmado sus predicciones. Recuerda que consideraba como inminente la formación del Consejo del Almirantazgo.

—Esperemos que, de esta forma, puedan encararse los problemas de la Armada de una vez y como se merecen. Claro que, para nuestra desgracia, siempre andará la figura de don Manuel Godoy con batuta en la mano y superiores prerrogativas concedidas.

—Esa espada de filo no desaparecerá de nuestras cabezas, por mucho que nos pese. Como Generalísimo, ejercerá potestad sobre el Consejo que bajo su orden se crea, si es que llega a confirmarse la esperada medida. Y más me preocupa que lo forme a su libre albedrío.

—En ese caso, la criatura nacerá con úlceras desde el primer momento —Beto movía las manos en señal de desánimo—. La Armada confía en un Almirantazgo que funcione bajo las premisas expuestas años atrás por el bailío<sup>[6]</sup>; es decir, un Consejo con los mejores cerebros de nuestra Institución, sin freno alguno en sus consideraciones. Y me refiero tanto a las cortapisas que puede ofrecer la persona del gran valido como, por otra parte, la Secretaría del Despacho de Marina, si no se emplaza cada estamento en el sitio que le corresponde.

—Todo depende de lo que se disponga entre las obligaciones y prerrogativas del Consejo.

—Y que se tengan en cuenta sus disposiciones, sin resquicios legales a la contra.

—Por supuesto. Pero temo que pueda quedar también bajo la normativa de la Secretaría, donde cada ministro deshace al capricho las labores del anterior. Tal fue el caso del teniente general don Pedro Várela y Ulloa, que destrozó en pocas semanas la ingente labor llevada a cabo por don Antonio Valdés. En tales condiciones, sería un Consejo del Almirantazgo que no merece tal nombre.

—Bueno, dejemos las elucubraciones y bebamos de este maravilloso unguento, como soléis llamarlo en tu familia, que mañana el general Escaño deberá ponernos al día. Y espero que mantenga la palabra dada, en cuanto a la posibilidad de continuar bajo sus faldas.

—No te quepa duda. No es don Antonio de los que ofrece la vuelta cambiada en ningún momento. ¿En verdad te apetece pasar destinado a la Corte, si se confirma su nombramiento como miembro del Consejo del Almirantazgo? —miré hacia Beto con marcado signo de incredulidad.

—¡Vaya una pregunta! Bien sabes que no. Me encantaría seguir a bordo del bergantín *Penélope*, remozado de tablas y en misión de correo, aunque sea con las islas solamente. Pero tal y como lo entregamos en el arsenal de La Carraca, que se mantiene en penurias de extrema pobreza, podemos asegurar sin riesgo que no se ordenará su puesta a punto. Es muy posible que se decrete su desarmo, una norma que se extiende demasiado en nuestra Armada. Y en ese caso, corremos el peligro de quedar a cuartel sin remedio. Ya sabes que no puedo permitirme tal situación, menos ahora con la responsabilidad de una familia sobre los hombros. En cuanto al traslado a la Corte, allí posee mi abuelo una digna vivienda aunque, la verdad, no sé si se encontrará ocupada por algún pariente en estos días.

—Por favor, Beto, no digas tonterías. En primer lugar, deja de llorar sobre atrasos de pagas y apurada posición económica, porque Eugenia aportaba una dote nada despreciable, gracias a la generosidad de su hermano y compañero tuyo —entraba con tono guasón aunque no mentía—. Además, viviremos todos en el palacio de Montefrío, que tanto Rosalía como yo hemos considerado siempre como hogar propio.

—No sé si María Antonia vería con buenos ojos esa decisión. La verdad es que no he...

—Calla la boca, mastuerzo. Si la que consideramos como nuestra madre se entera de que has pronunciado esas palabras, es capaz de retirarte el saludo y con toda la razón.

—En ese caso, no se hable más. La verdad es que ya Rosalía me había apuntado esa posible solución —hablaba entre sonrisas y con sus habituales gestos de picardía—. Y si a mi mujer le gusta vivir en palacio familiar, nada he de oponer a la contra.

—No cambiarás nunca. Eres un verdadero sacamantecas con sangre italiana.

—Y aragonesa, no lo olvides.

A la mañana siguiente, bien temprano, tomamos el carruaje para acudir a la capitania general del departamento marítimo, en la cercana villa de la Isla de León. Allí mandaba todavía sobre cuerpos y almas nuestro jefe y protector, el

teniente general don Antonio de Escaño y García de Cáceres, a quien profesaba un especial afecto personal, sin contar la obediencia y lealtad debidas por ordenanza. Debo aclarar que gracias a la buena amistad entablada con mi padre a lo largo de muchos años de servicio y, por fin, compañero de infortunios a bordo del navío *Príncipe de Asturias* en toda la campaña que culminó en el desastre de Trafalgar, me había concedido su plena confianza.

Mi regreso a Cádiz tras el combate del 21 de octubre<sup>[7]</sup>, donde mi navío, el *Santísima Trinidad*, se perdía en los reinos del dios Neptuno con sus 136 cañones a bordo, se había debido al oportuno canje de prisioneros establecido entre el almirante inglés lord Collingwood y el marqués de la Solana. Y tras unos pocos días dedicados a la triste labor de inhumar los restos de mi padre y hermano, muertos en las aguas cercanas al maléfico cabo, don Antonio de Escaño, todavía mayor general de la escuadra, me había concedido el honor de trabajar a su lado como ayudante personal. Mi buen amigo Beto se incorporaba días después al grupo, con plena aprobación de don Antonio. A la muerte del general Gravina y tras ser nombrado capitán general del departamento gaditano, decidimos seguir a su lado, hasta ofrecerme el privilegio de mandar el bergantín *Penélope* en especial y peligrosa misión a las Indias, una oportunidad que siempre le agradecí como merecía.

Una vez regresado en triunfo y honores por alto a Cádiz, con el bergantín desarbolado pero con la plata americana embarcada a buen recaudo, tanto mi amigo y compañero Beto como yo quedábamos en precaria situación. Por tal motivo y mientras se aclaraba el futuro, don Antonio nos había asignado destino en la mayoría general del departamento, al tiempo que nos concedía dos semanas de licencia para el previsto matrimonio. De esta forma, al embocar la entrada de la jefatura del departamento marítimo, regresábamos a casa, como decía quien ya era mi cuñado.

En la capitanía general fuimos recibidos de forma efusiva por quien actuaba como ayudante, el capitán de fragata Bernardo de la Vega, con quien habíamos intimado durante las últimas semanas, antes de nuestra partida hacia las Indias. Y sin esperar un segundo, nos hizo pasar al despacho del teniente general Escaño, quien fiel a su costumbre ya peleaba por aquellas horas tempranas entre mil legajos, cartas, partes y pliegos sin fin. Nada más vernos, abandonaba don Antonio su asiento para llegar hasta nosotros con una sonrisa en sus labios.

—Por todos los dioses de la mar y sus benditas crías, que observo caras felices en estos jóvenes oficiales, una vez abandonado el glorioso estado de la soltería —nos ofreció un abrazo, como el padre que recibe a dos hijos

queridos tras alargada ausencia—. Bien, muchachos, supongo que, aunque corta, la licencia habrá sido de gozo pleno y con esas especiales querencias que, a causa de mi alargada soltería, no he llegado a disfrutar. Ahora hablando en serio, espero que vuestras mujeres se encuentren felices y en salud.

—Así es señor —clamamos a coro—. Y por nuestra parte, dispuestos a continuar la brega allí donde disponga —declaré con decisión.

Don Antonio nos miró en silencio, mientras tomaba asiento en una silla alzada junto a su escritorio, indicándonos con su mano las dos enfrentadas a él.

—Aunque os habéis apartado dos semanas solamente del mundanal ruido, no son pocas las noticias que rondan a voces por los corrillos de nuestra Institución. Y no hablo de la guerra que, para nuestra desgracia, se mantiene con el bloqueo britano impuesto a machamartillo por fuera de la bahía y, como visión general, abierto en las mismas cuerdas de desesperanza. Me refería a lo que se cuece bien calentito por la Corte.

Guardamos silencio, al tiempo que mostrábamos gestos de muda interrogación, esperando que nuestro general continuara su parla. Por fortuna, parecía que aquella mañana su humor entraba por barlovento.

—Aunque acababa de recibir la noticia el día anterior a vuestra boda, que apadriné con placer e inmerecido honor, preferí dejaros en suelta sin calenturas cerebrales. Porque con fecha del 13 de enero, Su Majestad don Carlos el Cuarto decidió nombrar a don Manuel Godoy, príncipe la Paz, como Almirante General.

—¿Almirante General? —largamos a un tiempo Beto y yo, como si no fuéramos capaces de creer la noticia.

—Habéis oído bien —don Antonio pedía calma con su cabeza—. Bueno, Almirante General de España e Indias, para nombrar el cargo en su plena exactitud, con tratamiento de Alteza Serenísima.

—Nada les queda por hacer a nuestros Soberanos a favor de su más querido vasallo, salvo elevarlo a los altares —dijo Beto, moviendo sus manos hacia el techo.

—No creas porque, pocos días después, el 19 de ese mismo mes, Su Majestad también lo nombraba decano del Consejo de Estado. De tal forma, aunque no detente ninguna Secretaría concreta, don Manuel Godoy me recuerda bastante a las figuras de Alberoni y Ripperdá, en cuanto a la detentación del máximo poder.

—Bueno, señor, respecto a su nombramiento como Almirante General, el príncipe de la Paz ya actuaba *de facto* como Generalísimo de mar y tierra, de

acuerdo con las instrucciones y prerrogativas dictadas por Su Majestad. No es mucha la variación que se produce en la práctica —alegué con decisión.

—Nada de eso, *Gigante*. Creo que no habéis cazado la paloma al vuelo. Debéis comprender que, de esta forma, se fuerza un paso más, un gigantesco escalón diría yo, como si no existiese freno divino o humano para favorecer al valido, más cercano cada día a la posición de Infante dorado. Tened en cuenta que el hecho de ser nombrado Almirante General no supone la concesión de un nuevo título, con mayor o menor grandeza, sino de una dignidad que tan sólo han detentado hasta ahora personajes de sangre, directamente ligados a la Corona. Y no soy yo quien lo dice, sino nuestro Señor don Carlos en la Real Cédula de la fecha referida. Como tengo la Gaceta de ese día a mano, que muchas veces la he leído sin creerla, os referiré los puntos más enjundiosos.

Tras unos pocos segundos de búsqueda entre el mare mágnum de papeles entablado sobre su mesa, el general tomó un ejemplar de la Gaceta. Pasó con rapidez varias páginas, antes de retomar la palabra.

—Bien, aquí comienza la parte a la que deseo referirme, y debéis tener en cuenta que se trata de palabras dictadas por boca de Su Majestad:... *a fin de que por lo tocante a Marina podáis sin estorbos proporcionar suficientes fuerzas marítimas con que atender a la vigorosa defensa de mis dominios en España e Indias...*, ha llegado el caso de declarar, como declaro, que os compete y pertenece el goce de la misma potestad y facultades que con el propio nombre de Generalísimo, o los unívocos de Capitán y Gobernador general de la mar, y de Almirante General, gozaron en virtud de sus respectivas patentes e instrucciones el serenísimo don Juan de Austria, hijo del señor Rey Don Carlos I, el segundo Don Juan de Austria, hijo del señor Don Felipe IV, el infante don Felipe, mi muy amado tío y suegro, y las que siempre han correspondido al Almirantazgo de los mares... En consecuencia, dejando en su pleno vigor mis referidos Reales decretos y órdenes posteriores por lo respectivo al mando como Generalísimo de mis fuerzas de tierra, y confirmándoos el nombramiento de mi Generalísimo de la mar, o sea Almirante General de España e Indias, y de todas mis fuerzas marítimas, con agregación del título de Protector del comercio marítimo de mis vasallos en todos mis dominios, que también obtuvo el serenísimo Infante Don Felipe; es mi Soberana voluntad que representando mi Persona y veces, tengáis el mando general de todas las dichas fuerzas en navíos, fragatas...

Don Antonio detuvo su lectura, al tiempo que observaba la página con estudiada lentitud, como si todavía dudara de la veracidad de lo que allí se encontraba impreso. Giró la cabeza hacia ambos lados antes de continuar.

—En esta extensa y prolija Real cédula, Su Majestad don Carlos, además de ordenar que se le otorgue al príncipe de la Paz, de palabra y por escrito, el tratamiento de Alteza Serenísima, así como todas las prerrogativas, derechos, honores, inmunidades, franquezas y exenciones correspondientes a tan elevado título, establece algunos puntos de especial interés, que nos atañen por derecho —nos señaló en círculo con su mano, para incluirnos entre los afectados—, si la vereda discurre como se anuncia. Porque dice nuestro Señor y continuo la lectura: ... *quiero que se forme una Junta con el nombre de Consejo del Almirantazgo, que habréis de presidir, componiéndose de tres Oficiales generales de mi Real Armada, un Intendente general de ella, un Auditor general, un Secretario, que lo será mío, un Contador y un Tesorero, que a un tiempo lo será General de Marina; para cuyas plazas me propondréis individuos beneméritos, consultándome igualmente las reglas que estimen a propósito se establezcan para el expedito ejercicio de vuestras funciones y facultades en lo gubernativo, provisional, jurisdiccional y lucrativo...*

De nuevo el silencio, aunque eran muchas las preguntas que bullían en mi cerebro. Y la primera quedaba expuesta a las claras, por lo que largué el dardo sin pensarlo dos veces.

—Eso quiere decir, señor, que tres tenientes generales de la Real Armada deberán ser..., que tres generales han de tomar ese...

Como mucho dudaba en cuanto a la forma de aclarar la pregunta, me interrumpió el general Escaño con su habitual impaciencia, ahora acompañada de condescendiente sonrisa.

—Mira que te gusta dar vueltas a la noria como animal en la trilla, *Gigante*. Aunque hayas contraído matrimonio, sigo concediéndote mi entera confianza. Supongo que quieres saber si voy a ser uno de esos tres oficiales generales de la Real Armada, que formarán el Consejo del Almirantazgo. ¿Es así?

—Bueno, señor. Pues sí, esa es la pregunta que deseaba formularle.

—Pues dispara la batería sin tanta vacilación —volvió a sonreír—. Ya veo que más os interesa saber que ha de suceder con mi cuerpo, y los oficiales que posiblemente ampare bajo mi manto, que la generalidad de la Institución —entraba en chanza abierta, condición que aseguraba su buen humor en aquella mañana—. Podéis tranquilizar el espíritu porque, en efecto, he sido escogido por don Manuel Godoy para formar parte del Tribunal del Consejo, junto a los tenientes generales don Ignacio María de Álava, comandante general de la escuadra del Océano en Cádiz, y don José Justo Salcedo que, en la actualidad,

manda la escuadra de Cartagena. También forman parte un intendente general, don Luis María Salazar, y un auditor general, don Juan Pérez Villamil. Don José de Espinosa y Tello ha sido escogido para el cargo de Secretario, lo que me parece una acertada medida. Por último y como tesorero general actuará don Manuel Sixto Espinosa. Los títulos serán despachados por la Secretaría del Despacho de Marina. Sin embargo, no consigo explicarme... —dudó unos pocos segundos antes de continuar—, parece difícil de creer que se siga ignorando la presencia del más cualificado de todos los generales de la Armada sin discusión posible. Como podéis imaginar, me refiero a don José de Mazarredo, mantenido de forma injusta en un destierro inmerecido. Así se lo he comunicado al general Álava, como miembro más antiguo del Consejo, quien concuerda en silencio. Parece ser que ya todos se han olvidado de su persona.

Callamos porque don Antonio parecía seguir con el pensamiento prendido en su antiguo mentor. Por fin, continuó en el mismo tono de baja intensidad.

—Como muchos me han llamado durante algunos años *el hombre de Mazarredo*, puede parecer que con estas opiniones expresadas en alto deseo agradecer los favores recibidos. Bien saben los cielos que no me mueven tales pensamientos. Qué injusta es la Patria a veces para los que con más honradez la sirven —elevó una triste sonrisa—. No obstante, según parece los nombramientos han sido muy bien acogidos por nuestros compañeros, aunque mi persona no lo merezca.

—No sea modesto, señor. Bien sabe que merece ese puesto como ningún otro —saltó Beto con su habitual espontaneidad—. En general, todos los oficiales hemos defendido la creación de ese Consejo del Almirantazgo desde hace muchos años, siempre que se le permita maniobrar con suficiente independencia.

—Ahí está el quid de la cuestión, muchachos. Como sabéis, no suelo ser optimista por excelencia como tantos otros, sino pragmático en pura necesidad. Y desearía equivocarme, por todos los dioses del Olimpo, pero no será fácil nuestro trabajo, con el Almirante General dictando en voz alta desde el tejado.

—Esperemos que el pueblo en general aplauda la medida, y no la tome como especial prebenda para la Real Armada.

—El pueblo llano toma la vereda que le marcan en corrillos intencionados. Así ha sido siempre y lo será por los siglos de los siglos. Pero en este caso particular, el propio príncipe de la Paz nos servirá de coraza, porque no es persona muy querida de norte a sur. Sin olvidar, y no es escasa

la nuez, que el príncipe de Asturias don Fernando y sus asesores maniobran en la sombra.

—¿Maniobran? —preguntó Beto, sin comprender las palabras del general.

—Desde luego. Maniobran a la contra del valido con escritos y acusaciones tapadas, cada vez más osadas. Tal situación ofrece un camino con futuro incierto y nublado a cerrazón. Pero, de momento, todo son demostraciones de júbilo sobre el nombramiento de don Manuel Godoy, especialmente por aquellos que dependen de las altas magistraturas para el desempeño de sus negocios. Entre ellos destaca nuestro conocido y buen amigo don Benito de la Piedra.

—¿Don Benito aplaudiendo el nombramiento de Godoy? —pregunté, extrañado.

—No tiene más remedio, como administrador de la Consolidación de Cádiz. Al menos, obligado a festejar la nueva dignidad del príncipe de la Paz, ha decidido ofrecer una especial y abundante comida a todos los miembros de la escuadra del Océano, que ronda un total cercano a los diez mil hombres. Y no va a ser un rancho extraordinario de los habituales a bordo, sino un verdadero festín. Ya sabéis que don Benito, a quien mucho debemos, dispensa especial aprecio a la Armada y su personal.

—¿Sabe, señor, que nuestras esposas recibieron un maravilloso y anónimo regalo de bodas? —apuntó Beto con sonrisa cerrada—. Nada menos que dos extraordinarios collares de perlas negras.

—Lo sabía. Don Benito es un personaje especialmente generoso y me lo comentó cuando le hice entrega del secreto cargamento procedente de las Indias, que llegó a sus manos gracias a vuestro excepcional trabajo. Pero se trata de un tema que deberíamos olvidar.

—Funcione o no el Consejo del Almirantazgo de acuerdo a las ideas que centran nuestras esperanzas, señor, siempre ha de ser buena esa iniciativa y deseada por el conjunto de la Real Armada —alegué con sinceridad—. Frente a la política irregular que en muchas ocasiones ha representado la Secretaría del Despacho de Marina con sus cambios de titularidad, un órgano colegiado ofrece la innegable ventaja de una línea de actuación coherente por encima de las personas que lo componen.

—Siempre hemos dicho que deberíamos imitar en muchos aspectos a la Marina británica, cuyo éxito se debe en gran parte a la magnífica labor que desarrolla su Almirantazgo —entró Beto a favor de mis razonamientos—. De esa forma, el príncipe de la Paz deberá escuchar de boca de los tres generales más prestigiosos de la Real Armada, la verdadera situación en que nos

movemos, con pagas atrasadas en muchos meses, arsenales en penuria, buques sin cables<sup>[8]</sup>, dotaciones bajo rasero y mil necesidades más.

—Me gustaría disponer de vuestra juventud, que guía sin duda esas palabras. Por desgracia, el príncipe de la Paz se encuentra al día de los problemas de la Armada con todo detalle, como pude comprobar en parla directa con él, sin que hasta el momento haya tomado camino alguno de solución. Don Manuel Godoy es una persona muy inteligente, aunque le ciega la juvenil soberbia que le ataca sin medida, y su excesivo egoísmo por encima de cualquier otra consideración patriótica. Alude a que no hay más madera para la chimenea y que ya llegarán tiempos mejores cuando Bonaparte derrote a los británicos, condición en la que, personalmente, no creo.

—No se podrá derrotar a la Gran Bretaña hasta que se dominen los mares —alegué, convencido.

—Estoy de acuerdo contigo al ciento, *Gigante*. Por esa razón soy un tanto pesimista respecto al resultado de ese Consejo aunque, en principio, sea una buena idea y con posibilidades, como decís. También está previsto que la Dirección General de la Armada quede extinguida, creándose en su lugar el cargo de Inspector General, para el que va a ser nombrado el actual Secretario, el capitán general de la Armada don Francisco Gil y Lemus. De todas formas, ya leeremos en su momento la Real Cédula de creación del Consejo, que será firmada por Su Majestad, según tengo entendido, a finales de este mes.

—¿Quién quedará al mando de la escuadra en Cádiz? —preguntó Beto.

—Parece ser que para tal puesto será nombrado el teniente general don Juan Ruiz de Apodaca. Y para la de Cartagena el jefe de escuadra don Cayetano Valdés. Pero en lo que respecta a nuestro negocio, está claro que deberé mudar posada a la Corte, posiblemente en la segunda quincena del mes próximo. Según parece, se piensa inaugurar el Consejo con todo boato en los primeros días de abril. En fin, muchachos. ¿Qué pensáis hacer?

Nos tomó la pregunta desprevenidos. Beto me miró con rogativa en sus ojos, para que tomara las riendas de la conversación.

—Estamos a su disposición, señor. Como ya, antes de nuestros enlaces, nos adelantó la posibilidad de continuar bajo su mando, pues, la verdad, tanto Beto como yo pensábamos...

—¡Deja los tartamudeos de una vez, *Gigante*, y ataca el toro a las claras, por todas las rabizonas del puerto de Porstmouth! —don Antonio me señalaba con enfado—. Mi ayudante actual, el capitán de fragata de la Vega, pasa

destinado al Apostadero de Algeciras porque de allí es su mujer y, de esta forma, puede aliviar su precaria situación económica con seis hijos a la espalda. No le puedo negar ese deseo porque ha sido un oficial competente y leal conmigo. Con estos vientos a la vista, si lo deseáis os ofrezco retomar vuestros destinos como mis ayudantes y, en su momento, cuando haya de tomar posesión del nuevo puesto en el Consejo, podréis acompañarme a la Corte con el mismo cometido o como secretarios personales. ¿Es eso lo que realmente deseáis?

—Entrando con la verdad por las claras, señor —ataqué sin vacilación—, debe comprender que nos gustaría regresar al bergantín *Penélope* o embarcar en alguna unidad destinada a franquear la bahía. Pero sabemos que las excepciones, como la que gozamos en los últimos meses, se presentan muy de tarde en tarde, por lo que será un honor para nosotros seguir bajo sus órdenes.

—Lo mismo digo, señor —alegó Beto en tono de abierta tristeza—. Mi caso es más apremiante, porque no puedo quedar a cuartel con una familia recién amadrinada a las bandas y sin fortuna propia.

—Ya sabía que vuestras respuestas andarían por ese camino. Bien que siento no poder ofrecer un destino de mar, porque habéis demostrado merecerlo por largo pero, para desgracia propia, no los hay. Vuestro muy querido bergantín *Penélope* entrará en desarme dentro de pocos días, con un futuro a la mala, aunque mucho os duela. Bien sabéis las miserias que nos rodean por ambos costados. No son pocos los navíos y fragatas pasados a tal situación por falta de recursos y hombres, de tal forma que, siguiendo este camino, acabaremos por liquidar los restos de la Armada en poco tiempo. Pero así se encuentra entablado el cobre, por mucho que nos entristezca, navíos entrando en situación de desarme gota a gota, y ninguno en grada de construcción desde hace más de diez años. El futuro se abre con meridiana claridad.

—Lo comprendemos, señor —Beto hablaba en un susurro—, y le agradecemos su confianza.

—Supongo que en Madrid viviréis en el palacio de tu tío Santiago. Bueno, quiero decir en el de tu tía, madrastra o madre.

—Así es, señor —contesté con rapidez.

—Aunque no pase a cuartel, es la única opción que me queda a disposición —entró Beto con falsa tristeza—. Si no fuera por la dote que *Gigante* entregó a su hermana, andaríamos en la miseria. Pero ya sabe, señor, que así corremos la milla casi todos en estos días. Bueno, no creo que a don Manuel Godoy le deban pagas atrasadas.

—No es de aprecio para quien ha escogido la carrera de las armas, quejarse por la paga estrecha o el rancho de mala calidad —don Antonio hablaba con seriedad para acabar en sonrisas—. Tienes razón, muchacho. Como decía el general Barceló, mal se puede hacer la guerra sin pagas ni pólvora. No se cuál será la mesada de un Almirante General, pero si conozco que, antes de tal nombramiento, don Manuel Godoy percibía de sueldos la apreciable cantidad de 803.176 reales. Pero conociendo al personaje y su amor por las comparaciones, seguro que se adjudicará el que correspondía al anterior en su digno empleo, el infante don Felipe, cuyo salario ascendía a 10.000 escudos mensuales, que no son monedas en caja de monte. Y ahora, con el nuevo nombramiento se le ha concedido, como especial aderezo, la casa palacio del Almirantazgo, donde supongo que se celebrarán las sesiones. Como ya he leído un par de decretos con su sello, puedo adelantaros que el gran personaje firma como Príncipe Generalísimo Almirante y tratamiento de Serenísimo. Demasiados *ísimos* para una sola persona.

Las palabras del general sonaban a duende y con profunda tristeza, como si no encontrara una salida airosa a los problemas que nos acuciaban, ni siquiera con el Consejo recién creado. Volvió a tomar la palabra con un tono preñado del más oscuro pesimismo, como si hablara consigo mismo.

—Los buques de la escuadra sufren penurias y andan bajo mínimos. Se encuentran listos para comisión de mar y guerra en el papel solamente, aunque sea difícil de creer. La verdad es que les falta de todo y se mantienen fondeados con cuatro ojos, porque no fían en uno solo de sus cables. Si mañana los britanos abandonaran el bloqueo, unos pocos nada más podrían salir a la mar con ciertas garantías. Por el contrario y siguiendo las estrictas órdenes de la Corte, los buques franceses del almirante Rosily van a quedar en dulce dentro de pocas semanas, y bien rellenos de víveres para seis meses.

—¿Piensan salir a la mar? —pregunté en sorna.

—Mucho lo dudo, como no sean capaces de adosar alas en los costados y volar —apuntó Beto en risas.

—Aquí seguirán, que los britanos no ceden en el bloqueo una mínima pulgada. Por todas las obras llevadas a cabo en los diferentes arsenales con los buques franceses, así como entrega de víveres, armamento y material, adeudan más de veinte millones de reales. Sin embargo, no entra uno solo en las arcas de la Real Hacienda de procedencia francesa, por mucho que se les exija. Y no se trata de migajas, que con esa cantidad haríamos milagros en nuestros buques.

—Es vergonzoso, sin duda —alegó Beto en lamentos—. Seguimos postrados de hinojos ante el francés.

—¿No hay más noticias de interés, señor? —pregunté con la confianza que el general me concedía.

—Eres curioso como tu tío Santiago, culebrón. Las que os he adelantado eran las que más directamente os concernían, pensando en vuestro cercano futuro. Pero hay alguna otra. Es posible que la más significativa sea que el emperador Bonaparte, tras haber decretado como especial arma de guerra un bloqueo continental absoluto al comercio británico, nos obligue a ejercerlo sin una mota de error. Intenta aislar en doble sentido a la Gran Bretaña, y por esa razón el príncipe de la Paz ha ordenado a todos los jefes de provincia, departamentos y bajeles en España y América, que toda propiedad inglesa a bordo de cualquier embarcación, aunque sea neutral, sea confiscada siempre que estuviera consignada a un puerto de la Gran Bretaña o sus islas. Y que en todos los dominios de Su Majestad Católica se observe al detalle la misma Ley que, en noviembre del año pasado, promulgó el emperador de los franceses, publicada a tal efecto en nuestra Gaceta. En fin, más crías de la misma carnada sin huevos en la cesta.

—En poco nos afecta esa medida —dije con seguridad—, por encontrarnos en situación de guerra declarada con los britanos, salvo en los casos de unidades neutrales que, llegado el caso, elevarán protesta.

—Pero ese Bonaparte quiere hacer extensivo el bloqueo a toda la Europa, franca utopía difícil de conseguir, a no ser que concierte una paz con todos los Reinos y aisle a los britanos, empresa que preveo imposible. En fin, creo que ya he saciado vuestra curiosidad en demasía. Tenéis suerte porque me tomáis en una mañana de excelente humor, sin que sepa realmente la razón que a ello me inclina. Volved a vuestro antiguo trabajo y decid al capitán de fragata de la Vega que pase a verme, que ya puedo darle libertad de movimientos. Se alegrará porque bien lo necesita el pobre.

Don Antonio abandonó la silla para regresar a su mesa de trabajo. Iniciamos la marcha aunque todavía le dirigí unas últimas palabras.

—Quiero agradecerle en el nombre de los dos, señor, todos los favores que de su mano hemos recibido. Aunque no sea necesario decirlo, ya sabe que cuenta con nuestra más absoluta lealtad y dedicación.

—Dejaros de bobadas y frases solemnes. Acudid al lado del capitán de fragata de la Vega y que os indique los asuntos pendientes, que no son pocos. ¡Vamos, moved el culo de una vez! Ya sabéis que aquí se trabaja de sol a sol, aunque vuestras queridas esposas comiencen a odiarme en pocos días.

De esta forma abandonamos el despacho del general. No eran pocas las noticias recibidas en soplido, aunque debiéramos asentarlas con el paso del tiempo. Pero, al menos, nuestro próximo futuro quedaba asegurado de momento. Y una voz en mi interior me repetía una y otra vez, que debía permanecer bien pegado a la casaca de don Antonio de Escaño, que él debería encarar el futuro incierto de nuestra Institución. Estoy seguro de que esa voz la enviaba mi añorado padre desde los cielos, porque las pruebas que deberíamos soportar en los próximos tiempos serían de lastre en plomo y al cañón.

### 3. Preparativos de mudanza

El retorno a la tarea bajo las órdenes de don Antonio de Escaño nos retrotrajo a una situación pareja a la vivida meses atrás, antes de embarcar en el bergantín *Penélope* hacia las Indias. Y como canta el alma, poco gusta al hombre regresar a la menestra sin aliño, tras haber degustado una paletilla de cordero adobada con olorosas especias. Pero no había más remedio que apenar en la empresa y comprender que las apariciones celestiales no tienen lugar en nuestras vidas todos los días del año. De esta forma, volvimos a trasegar con expedientes al cuero, instancias de dolor y peticiones sin fin. Dolían de forma especial las elevadas desde la jefatura de la escuadra de Cádiz, que en formalidad se denominaba como del Mar Océano, por sus continuas demandas al arsenal de La Carraca que, ya de antemano, eran de difícil o imposible solución.

Por fortuna, atisbábamos en el cercano horizonte un cambio de aires que nos entraba en la boca con sabor agridulce. Porque por una banda, era indudable que poco gustábamos de abandonar el ambiente marítimo y el aroma a sal, atacando un trabajo tedioso e irresistiblemente aburrido, tras haber purgado en la misma alcoba meses atrás. No obstante y sin conocer la razón que lo movía a ello, don Antonio se encontraba menos propenso a obligarnos a sufrir jornadas de cuarenta horas, como era su norma habitual de trabajo. Creo que el recuerdo de nuestras mujeres recién desposadas lo sensibilizaba en esa dirección, aunque no fuera famoso por mostrar debilidades de ningún tipo.

En la segunda quincena del mes de febrero, recibimos de la Secretaría del Despacho<sup>[9]</sup> el estado general de la Armada, un documento periódico que hacía saltar de indignación a nuestro general como norma habitual. Porque en él se especificaban como *unidades a flote* de la Real Armada nada menos que 228, comenzando el listado con 42 navíos de línea, 30 fragatas y 20 corbetas. No era más que un espejismo que algunos se empeñaban en creer, porque en

dicho recuento se anotaban buques en situación de desarme o casi a pique por falta de carena, más cercanos a alumbrar chimenea invernal que a recorrer millas sobre las aguas. Como un claro ejemplo, entre los 50 bergantines que se anotaban en servicio, se encontraba el *Penélope*, un vaso de madera sin arboladura, jarcias ni artillería, que no compone precisamente una unidad preparada para el combate. También en cuanto al número de unidades mercantes inscritas en el registro, con un total de 11.793, se jugaba al alza con fuegos de corte y sin la necesaria seriedad.

Sin embargo y como aseguraba don Antonio, esa lista presentaba la ventaja, a pesar de tratarse de documento reservado, de su regular circulación por las chancillerías europeas. De esta forma, el emperador de los franceses, tan ajeno a la realidad de la mar, podía entrever que todavía el apoyo de España y, en especial, de su Armada, podía serle de utilidad. Y digo esto porque nuestro general mantenía la opinión de que, una vez sin navíos para ofrecer a disposición del aliado del norte, el loco de Bonaparte acabaría por invadirnos, lo que Beto y yo analizábamos como una exageración más propia de su edad y sempiterna propensión a desconfiar del francés.

Aunque se intentaba cumplir las órdenes y confiscar toda unidad naval con carga inglesa o con destino a puertos de sus islas, no era tarea con posibilidades por la falta de efectivos propios con que concretarlas. De todas formas, se picaba la nuez de vez en cuando, con más asiduidad sobre barcos neutrales o españoles dedicados al comercio, acciones que generaban las protestas de rigor y recursos sin fin. Pero quedaba patente la sumisión absoluta del nuevo Príncipe Almirante General a los deseos del emperador, norma que no decrecía una mota sino que, más bien, crecía con olas en ampollas. Y si se trataba de una condición admitida por tirios y troyanos, en general se estimaba como peligrosa postura del valido con mayor dependencia del trono imperial que de la propia Corte. Por raro que parezca, era condición que en la Casa Real sólo parecía percibir el Príncipe de Asturias don Fernando y su camarilla, que entraban en tonos de crítica peligrosos y sin rebozo, una rumazón negra preñada de odios y censuras que nada bueno presagiaba en futuros.

En los últimos días del mes de febrero, tuvimos conocimiento de que, como respuesta al clamor popular, por fin se sancionaban en norma de conducta los hechos acaecidos en el Río de la Plata, donde los españoles bajo el mando del capitán de navío don Santiago Liniers habían defendido con extraordinario valor el honor patrio, tras la vergonzosa actuación del virrey,

marqués de Sobremonte. Así nos lo comentó don Antonio, quien no veía con buenos ojos el futuro de nuestras tierras en el cono sur americano.

—A pesar del fervor y celebraciones populares, más que merecidas, poco me gusta el pastel que se cocina en el horno. Parece que los britanos se han decidido por tomarnos las bandas del Río de la Plata. Por desgracia, teniendo en cuenta la situación actual, sin escuadras a disposición ni posibilidad de enviar tropas de refuerzo, esos ingleses pueden maniobrar con las riendas al gusto. Y si esas tierras caen en sus manos, como ya estuvieron a punto hace algunos meses, también cederán las chilenas y se nos comprometerá la presencia en todo el continente sur. ¡Por todas las zorronas del diablo marino! —el general golpeó la mesa en uno de sus arranques habituales—. ¡No se puede mantener un imperio ultramarino sin escuadra de orden a la mano! Es una premisa que debería aprenderse con las primeras letras, aunque en España parezca lección más que olvidada.

—Pero allí están Liniers y Ruiz Huidobro para defender nuestra tierra de nuevo, si llega la ocasión —alegué con optimismo—. Y no sería de extrañar, porque ya lo hicieron hace algunos meses en la intentona llevada a cabo por el general Beresford y el comodoro Popham, con medios muy inferiores a disposición. Además, el capitán de navío don Santiago Liniers ha sido ascendido al empleo de brigadier, quedando al mando de la ciudad de Buenos Aires y su territorio interior.

—Por otra parte —intervino Beto—, también don Pascual Ruiz Huidobro ha sido promovido al empleo de jefe de escuadra, nombrado para el mando de las provincias del Plata en lugar del virrey cobarde. Ese culebrón del marqués de Sobremonte deberá quedar, según sentencia dictada, arrestado, con los bienes confiscados y causa formada para aclarar su conducta. Podemos estar contentos porque fue nombrado para tal puesto con el único mérito de ser amigo del Príncipe Almirante General, y nos temíamos que quedara sin pena. Por fortuna, el escándalo ha sido de tamaño gigantesco y no se podía pasar por alto.

—La horca es lo que se debía dar al virrey Sobremonte, sin dudarlo un segundo —alegué, indignado—, tras poner en peligro aquellas tierras bajo su mando. Espero que pronto arribe a España, en la bodega de algún barco, con grillos<sup>[10]</sup> y racionado a pan y agua. Tan sólo pensó en poner a salvo su persona y caudales.

—En España sólo se ahorca a los miserables, por desgracia —entonó don Antonio con tristeza—. Pero en ese tema particular, no andan las luces al gusto. Según parece, tras el descalabro sufrido, los ingleses preparan una

nueva expedición hacia el Río de la Plata con más de diez mil hombres. No debemos olvidar que Liniers retomó Buenos Aires con poca tropa regular y mucho miliciano armado. No siempre el valor puede compensar una gran diferencia en la calidad y preparación de las tropas. Y en el caso actual, los britanos pueden reforzar la mano con entera libertad.

—Ya se prepararán en el Río de la Plata para esta nueva acometida — insistí, convencido de mis palabras—, como hiciera don Blas de Lezo en Cartagena de Indias. No fallará el brigadier Liniers en la nueva ocasión, que bien alto dejó el pabellón de la Real Armada y de España, cuando los britanos creían que todo corría en color de rosas. Gracias a sus especiales dotes de mando, los britanos perdieron banderas y muchos hombres con la rendición del general Beresford, para regresar a Londres con el rabo entre las piernas.

—Por eso se comenta como panegírico especial —entró Beto con sonrisas—, ese díptico que dice:

*Del escarmiento del inglés memoria,  
y de Liniers en Buenos Aires gloria.*

—Me parecen muy honrosas esas frases poéticas, merecidas en este caso particular —apostilló el general con media sonrisa burlona—. Pero espero que la Virgen del Rosario os escuche, porque mucho me temo el posible resultado de un nuevo ataque a mayor escala. Con los bloqueos impuestos, no seríamos capaces de formar escuadra y enviar auxilio alguno.

Estimamos como muy pesimista la opinión de don Antonio de Escaño. Sin embargo, mucho nos preocuparon las noticias que recibimos pocos días después, sobre la salida de Inglaterra de dos expediciones dirigidas al Plata con abundante personal del Ejército y escuadras poderosas en apoyo. Tales nuevas fueron confirmadas por una goleta mercante que pasó a la vista de las escuadras, la *Buenafuente*, que arribó a Cádiz con cargamento de aceites y ratania, tras haber burlado los bloqueos britanos bajo el mando de don Gustavo Maura. La pequeña goleta llegaba a puerto con el aparejo chamuscado en plumas, pero con los huevos bien colgados en el bauprés.

Por fin, el día tercero del mes de Marzo, Su Majestad nombraba oficialmente como vocales del Consejo del Almirantazgo, a propuesta del Príncipe Almirante, a los tres tenientes generales que andaban en boca de todos. Y pocos días después, como también se había rumoreado en corrillos, quedaba extinguida la Dirección General de la Armada, creándose el empleo de Inspector General que caía en los hombros del hasta entonces director general y secretario de Estado y del Despacho de Marina, don Francisco Gil y

Lemus. Y aunque muchos compañeros aventuraban problemas de orden hasta que la nueva estructura anduviera con pies propios, no lo estimaba así don Antonio, por creer en el sistema y considerarlo de más sencilla operatividad. Por nuestra parte, una vez comunicado en forma oficial que la inauguración del Consejo tendría lugar el día 3 de abril, como alentados por viento cascarrón comenzamos a preparar bagajes, documentos y cuerpos para el necesario traslado, fecha que decidió don Antonio para el próximo día 18.

No fueron pocas las protestas de nuestras mujeres, cuando les comunicamos la inminencia del traslado. Pero se trataba de nervios en flor y parrafadas de boca chica, ante el cambio que se atisbaba en nuestras vidas, especialmente en la de Eugenia que encaraba una estancia en la Corte bien diferente a la sufrida tiempo atrás, con su madre adoptiva entrada en miseria. Pero, en el fondo, estimé que gozaban con las perspectivas abiertas a proa, porque bien sabía yo que la mujer del hombre de mar prefiere ver al esposo fondeado en seco, sin despedidas de muelle con ojos en llanto, ni incertidumbres de espera con fechas de retorno escritas sobre el viento.

—¿Has avisado a nuestra madre de la llegada? —preguntaba Eugenia, quien ya denominaba a María Antonia como el resto de sus sobrinos—. No sería adecuado complicarle la vida.

—Por favor, querida, nada de eso ocurrirá. Parece mentira que digas eso, conociendo a María Antonia. Le envié un correo de postas hace ya una semana, y puedes estar segura de que se encontrará impaciente en espera de nuestra llegada. Todo estará preparado y a la vista sin mayor problema. Tan sólo confío que, en el palacio de Montefrío, hayan hecho acopio de víveres en abundancia, teniendo en cuenta la entrada de Beto en escena.

—Pues tampoco tú embarcas poca materia por boquera, amigo mío.

Los preparativos se llevaban a cabo sin inconvenientes de orden. Debo aquí declarar que mucho me llamaba la atención la frialdad con que el general Escaño encaraba el paso que, según suponíamos, debía ser de tanta importancia para su persona y su carrera. Pero así era nuestro jefe, frío como el hielo en algunos momentos que todos esperan calientes de formas. Y ya andábamos con un pie en el pescante y los pensamientos en la Corte, cuando el día 15 nos alcanzó en capitanía un correo con sello de la Real Academia de la Historia por la que, a propuesta de don José Vargas y Ponce, el teniente general don Antonio de Escaño era nombrado individuo honorario de tan excelsa Institución. Le entramos en halagos a nuestro general, aunque bien sabíamos que los honores parecían resbalar por su piel como el aceite en el cristal, al menos en cuanto a su reflejo exterior.

—Dejad las alabanzas para vuestras esposas, que bien lo merecen. Si he recibido ese honor, es por obra de mi antiguo subordinado, el capitán de navío Vargas Ponce, que ahora ha sido nombrado Director de la Real Academia.

—Pero también habéis trabajado en temas históricos, así como fomentado su estudio, señor —dijo Beto con sinceridad.

—Bueno, la verdad es que cuando andaba bajo las órdenes de don José de Mazarredo en la redacción y puesta al día de las Reales Ordenanzas, disponía de bastante tiempo libre, aunque sea difícil de creer. Pero así funcionaba don José, al que tanto he admirado siempre, con arrancadas de temporal y quedadas al trance que, en su opinión, permitían sedimentar algunos estudios u opiniones. En esos ratos libres, como siempre me ha gustado saber más acudía al Jardín Botánico y otras Instituciones científicas. Entre ellas, mucho disfruté con algunas de las lecturas que se llevaban a cabo en la Real de la Historia. Pero poco aporte personal he llevado a cabo en esa ciencia particular, como para recibir tan destacado mérito.

—Bien, señor, ya tenemos los aparejos embastados al tranco para la mudanza —alegué para entrar en el tema de mi responsabilidad—. ¿Sigue en pie la fecha del dieciocho? Sólo nos quedan tres jornadas.

—Así es. ¿Habéis resuelto con éxito la mudanza de las familias?

—Sí, señor. Partirán dos días después en una de las caravanas protegidas, y con Okumé a bordo armado hasta los dientes.

—Parece mentira que no se limpien de salteadores y bandoleros esos caminos en bajada de la Corte hacia las Andalucías, que tanto dañan nuestro comercio y crédito. Pero entrando en la guinda, bien sabe Dios que poco apetezco esta nueva estancia en la villa madrileña, alejado de la mar, con estadía incierta y pasos a dar en exacta medida —don Antonio entonaba por lo bajo, perdido en sus propios pensamientos—. Y ya veremos por donde vuela el águila culebrera, si se confirman los rumores que tanto corren sobre las posibles acciones a enhebrar en el reino de Portugal.

—¿En Portugal? ¿Qué rumores son esos, señor? —preguntó Beto con rapidez.

—Como sabéis, se acusa en corrillos a nuestro Almirante General, cada vez más a las claras y propiciados por los defensores del Príncipe de Asturias, don Fernando, de que sólo piensa en atender los deseos del emperador de los franceses por interés propio, sin pensar un solo momento en el mejor camino para España. Se asegura que don Manuel Godoy anda encandilado con la posibilidad de ser nombrado Rey de los Algarves, una promesa de Bonaparte en la que no creo. Y no es la primera vez que promete oro y piedras preciosas

ese casquivano corso, para dar cobre a continuación sin mudar una arruga de su cara.

—Ya se habló de esa posibilidad cuando la Guerra llevada a cabo contra Portugal, la que llamaron *de las naranjas*. Pero lo cierto es que tan sólo cobramos la plaza de Olivenza.

—Somos conscientes de que Portugal ha sido el principal apoyo de Inglaterra en todas las guerras del siglo pasado, especialmente respecto al uso de sus puertos por parte de la Marina británica, un apoyo que mucho daño nos ha hecho pero que, en verdad, debemos comprender. Porque en la alianza con Inglaterra han basado los portugueses su garantía de sobrevivir como Estado, independiente de España. Bonaparte no estaba dispuesto a aceptar ese grano molesto, razón por la que empujó a nuestro Señor hacia esa guerra de la que hablas, finalizada con el Tratado de Badajoz hace seis años. Por esa paz, Portugal se obligaba a cerrar sus puertos a los buques ingleses, ceder Olivenza a España y pagar una indemnización a Francia. Sin embargo, tales términos fueron rechazados por Bonaparte, aunque hubiese intervenido en las conversaciones con fuerza su hermano Luciano. Nuestro Señor don Carlos quería mantener el acuerdo, sin entrar en mayores problemas. Por desgracia, el emperador utilizó su arma habitual, tan impropia en aliado, amenazando con entrar por los Pirineos con o sin permiso español para invadir Portugal. Por esa razón se llegó al Tratado de Madrid de ese mismo año de 1801, por el que nuestros vecinos hincaban la rodilla hasta lamer el suelo en vergüenza. Además del cierre de puertos a los britanos, debían recibir mercancías francesas con las mismas franquicias otorgadas a los ingleses, la cesión de 60 millas cuadradas para su nueva colonia en la Guayana y el pago de 25 millones de francos con la garantía de las minas de Brasil.

—Se merecen esa humillación y mucho más, señor, que han ayudado a los britanos contra nosotros de forma permanente —alegué con decisión.

—Te repito que sin el apoyo britano, habríamos recuperado el reino vecino para la Corona española hace tiempo. Pero debemos reconocer que Portugal cumplió lo pactado en el último Tratado al punto, para no molestar al emperador. Pero en este plan de acogotar el comercio inglés, Napoleón piensa que nuestros vecinos son un estorbo, y ya sabemos lo que a ese petimetre importan los papeles signados en honor de ley. Aunque no le daban motivo, por fin Bonaparte ha exigido que los portugueses expulsen en 24 horas a todos los súbditos ingleses de su territorio, confiscando sus bienes y rompiendo relaciones con el Gobierno de Londres lo que, hablando con seriedad, parece excesivo. Y en esa situación nos encontramos ahora, aunque

creo que se dispone a partir hacia Francia una delegación portuguesa, para ofrecer ricos presentes al emperador, así como pedir para el Infante don Pedro la mano de la hija de Joaquín Murat.

—¿Murat? —pregunté—. ¿Ese no es el cuñado del emperador?

—Gran duque de Berg. Un personaje de varios colores, que fue nombrado por su poderoso cuñado como Grande Almirante, aunque sea general de Caballería y no haya pisado cubierta de buque en la mar, con tratamiento de Alteza Imperial y Real.

—Pues debe ser el Godoy francés —soltó Beto sin pensarlo.

Don Antonio estalló en risas ante la salida de mi amigo, palmeando sus muslos al tiempo que hacía gestos afirmativos con la cabeza.

—Esa es una buena y justísima comparación, sí señor. Debo apuntarla en mi cuadernillo de frases para no olvidarla.

—Entonces, señor, ¿cree que los franceses invadirán Portugal?

—Estoy convencido, y ahí entran a saco los rumores de los que os hablaba. Creo que nadie sensato gustaría de dejar pasar por su territorio un gran ejército extranjero, como es nuestro caso, especialmente si se trata de tropas de un emperador sin escrúpulos, que mucho gusta en ensanchar sus fronteras. Pero se dice que anda casi concretado un acuerdo secreto entre nuestro Señor don Carlos y Bonaparte, para la invasión y desmembración del reino portugués. Y ahí es donde entran por derecho las esperanzas de este valido prepotente y casquivano, que sólo piensa en su propio provecho, sin atisbar los peligros que pueden acecharnos con tales medidas. Se asegura que el Grande Almirante español —volvió a sonreír por la comparación— está postrado ante los deseos del gran muñidor, de quien espera la golosina tan ambicionada. Porque no exageran los que estiman la ambición de don Manuel Godoy sin límites. Parece que el antiguo Guardia de Corps considera poca granada la de ser príncipe y almirante general. Quiere llegar a ceñir corona de Rey.

—Hay quien dice en la Corte que ya obra como tal —alegó Beto.

—¿Desmembrar Portugal? —pregunté extrañado—. Parece una medida demasiado fuerte. No lo permitirá Inglaterra ni otros estados europeos.

—La Francia es débil como niño desvalido en la mar, pero nadie puede parar, hoy en día, a Bonaparte y sus ejércitos en la Europa continental. Parece ser, y hablo de rumores cerrados, que Portugal se dividiría en tres partes. La primera y más al norte, entre Duero y Miño y con la ciudad de Oporto como capital, sería entregada al Rey de Etruria e Infante de España en plena propiedad y soberanía. La situada más al sur, formada por la provincia de

Alentejo y el reino de los Algarves, sería para el príncipe de la Paz, también con plena propiedad y soberanía.

—¿Cómo Rey? —preguntó Beto de forma impulsiva.

—Según se dice, sería para disfrutarlos como Príncipe de los Algarves, aunque se trata de corona en ejercicio. Y por último, el resto del país, formado por las provincias de Extremadura, Beira y Tras-os-Montes, quedaría en manos del emperador francés como depósito hasta el fin de la guerra con el Reino Unido, una baza en la mano para negociar los acuerdos finales. Pero teniendo en cuenta que si se devolviese esa tercera parte a la casa de Braganza, sería a cambio de la isla de la Trinidad, la plaza de Gibraltar, así como otras islas o colonias tomadas por los britanos a España y Francia. Además, Bonaparte se hace garante de las posesiones de nuestro Señor en Europa, y que sea reconocido como emperador de las dos Américas.

—¿Nuestro Señor don Carlos emperador? —pregunté con escaso convencimiento.

—Se dice que si Godoy llega a Rey, también debería subir un peldaño nuestro Señor —don Antonio sonreía con gestos de incredulidad—. Pero, bueno, la verdad es que poco o nada creo de ese negocio. No es más que el cuento de la lechera, al que muchos se adhieren de forma entusiasta. Si el francés conquista Portugal, no cederá una legua como especial ofrenda a su aliado, que ya nos ronda por largo la historia de sus manejos. Aunque no debiera decirlo, seguimos a los pies del gran emperador, sin mostrar un mínimo de dignidad. Y en esta penosa vida que sufrimos, sin dignidad ni honor no puede sobrevivir una honorable Institución, *sea la que sea...*

Quedamos en silencio, uno más en aquellos soliloquios a los que cada vez era más propenso nuestro jefe. Parecía sentirse turbado en exceso, posiblemente por la situación que debíamos encarar en pocos días o, quizás con una perspectiva de mayor alcance, en los próximos meses. Como tocábamos riberas de trance, salí por la banda con un tema de menor interés.

—Habría leído, señor, que para formar parte de la guardia personal del Serenísimo Príncipe, ha sido designada una compañía de granaderos del departamento marítimo de Cartagena, *con la gente más lúcida y de mejor conducta que hubiere, así como sus oficiales los más a propósito y merecedores de esta distinción. Y deben aportar la bandera principal del Cuerpo y una buena música militar.* No para en barras el Almirante General en cuanto a honores propios se refiere.

—Ya estoy al tanto de esos detalles, aunque no se trate de mi responsabilidad directa. Pero ya sabéis que me interesa todo lo que atañe a esa

tierra donde nací y a la que tanto quiero. Lo que menos me ha gustado de la medida, ha sido que la habilitación de tan esplendoroso despliegue haya costado más de 160.000 reales, siendo utilizados 64.000 reales del fondo de represalias de Valencia y 94.000 del de Cartagena, un monto total que tenía asignado el departamento marítimo donde, como os podéis figurar, no sobra un cobre y falta en su arsenal hasta la brea para calafatear en llano. Pero, bueno, todo sea para gloria y homenaje del Grande Almirante, como diría Beto.

—De esta forma —insistí en el tema—, el Príncipe Almirante General gozará de parecidos honores que los de Su Majestad. Seguro que su Guardia Personal acaba superando a la Guardia de Corps en número y galanura.

—Eres mal pensado —el general me señalaba con el dedo entre sonrisas—, pero me temo que acertarás. Bueno, dejemos la charla y arrimad los lomos. Debemos dejar bien aclarados todos los asuntos en curso para quien me relevará en esta capitanía general, don Juan Joaquín Moreno, aunque ya he hablado con él a fondo.

Por estas veredas de irónica tristeza caminaban los pensamientos de don Antonio, cuando encarábamos el traslado definitivo a la capital de los reinos, que así lo entendía yo. Y aunque ya las medidas estaban tomadas y la Corte nos esperaba como espejuelo tentador, una nueva voz en mi interior amenazaba con mares alzadas en ampollas, como si un peligro escondido en el manto más puro, pudiera quedar descubierto con un sencillo tirón de mano y en cualquier momento.

La gran diferencia entre mis pensamientos y los del general Escaño, podían comprenderse al tener en cuenta que, por aquellos días, era yo un joven teniente de navío con tan sólo veintidós años de vida, esa juventud que otea el horizonte sin fin y con colores dorados. Sin embargo, don Antonio se mantenía en el lado opuesto de la esfera, con más de medio siglo cargado a la espalda. Según algunas opiniones, se encontraba en la edad ideal para mandar escuadras e Instituciones de rigor, especialmente si se disponía de una mente tan bien estructurada como la suya. Pero, por encima de todo, despuntaba por largo que su único deseo fuera el servir a su patria hasta el último suspiro, y esta afirmación puedo jurarla como verdad en honor de ley.

## 4. La armadilla de Cádiz

Ya saben los que han leído cuadernillos anteriores, trazados con sabiduría por mi padre durante tantos años o la mano de este penoso narrador, que la vida en la Real Armada es cambiante día a día como mujer casquivana o la misma mar, su inconfundible hermana de leche, sacudiendo las olas al capricho contra las bandas y sin avisos de guarda. Digo esto porque cuando en la mañana del día 16, dos antes de la prevista partida hacia la Corte, andaban nuestras almas al salto y con mil demandas de imposible factura, recibió don Antonio la inesperada visita del teniente general Álava, comandante general de la escuadra del Océano, acompañado por el de su mismo empleo don Juan Ruiz de Apodaca, que lo relevaría en pocos días, y su mayor general, el brigadier don Francisco Riquelme. Como era habitual en el general Escaño, reacio a las puertas cerradas si no era asunto de fondos negros, los dos ayudantes escuchamos la conversación con suficiente claridad, que se centraba una vez más en el uso de las diferentes armadillas<sup>[11]</sup> organizadas para contrarrestar la presión del bloqueo britano.

Debo aclarar que cuando, meses atrás, Beto y yo andábamos en la mayoría general de la escuadra bajo las órdenes de don Antonio de Escaño, el príncipe de la Paz, no sin repetidos oficios, había tenido a bien aceptar el plan embastado por nuestro general para el despliegue de las fuerzas sutiles bajo su jurisdicción, así como de otras cercanas que nos afectaban en cuanto a su necesaria coordinación. De esta forma, se reducían las de los apostaderos de Algeciras y Málaga, aceptando la propuesta del jefe de escuadra don Bruno de Hezeta de que el primero quedara compuesto por 8 cañoneras, dos místicos y tres botes bajo el mando del capitán de navío Lino Trujillo, mientras para el segundo se asignaban 5 cañoneras, 2 místicos, tres faluchos y un bote comandados por el capitán de fragata Mourelle de la Rúa.

En cuanto a la bahía gaditana, y directamente bajo las órdenes de la escuadra, la defensa quedaba compuesta por 20 cañoneras y 10 faluchos,

divididos en 5 trozos, uno de ellos emplazado en Rota, dos más en La Caleta, con los dos restantes de reserva en el muelle de Cádiz. También había sido aprobado que las dotaciones estuviesen compuestas por personal de la escuadra y bajo el mando de la misma, con objeto de facilitar su coordinación. Tanto don Antonio, cuando se había encontrado de mayor general de la escuadra y ejerciendo el mando interino de la misma por enfermedad del general Gravina, como el comandante general actual, teniente general Álava, daban a este aspecto una gran importancia, no sólo para prevenir un posible ataque inglés a la ciudad y escuadra, circunstancia estimada como poco probable en aquellos momentos, sino para llevar a cabo el auxilio al tráfico menor de cabotaje, tan importante y necesario día a día.

El bloqueo británico que podríamos denominar como de fuerzas mayores, mantenido con un importante número de navíos en los meses siguientes al combate de Trafalgar, había disminuido de forma notable alrededor de la bahía aunque, en verdad, también la escuadra combinada se encontraba bajo mínimos y no era posible pensar en una próxima salida. Por el contrario, aumentaban las unidades de mediano y pequeño porte enemigas en bloqueo; fragatas, corbetas, bergantines, goletas y cúteres. De esta forma se intentaba evitar la llegada de caudales de Indias, que se necesitaban de forma perentoria en las arcas de la nación, como objetivo principal. Pero, al mismo tiempo, las pequeñas unidades trataban de asfixiar nuestro comercio menor que era, muchas veces, de crucial importancia para la escuadra y los habitantes de la bahía. Y bien que lo había sufrido en mis carnes cuando regresaba al mando del bergantín *Penélope* desde Cartagena de Indias con más de dos millones de pesos a bordo, siendo atacado a las mismas puertas de la bahía por fragatas britanas, hasta ser salvado de la bajada a los infiernos por aquellas pequeñas unidades de la armadilla gaditana, que se batían el cuero como gigantes.

Durante la conversación mantenida en el despacho del general Escaño, se dejaba oír con fuerza la voz ronca del general Álava, que también solía entrar por troneras cuando algún asunto no le cuadraba al ras.

—Nos faltan pequeñas unidades, especialmente cañoneras de ley, aunque aumentan las ofrecidas por particulares que son acciones dignas de agradecer, aunque a veces sus embarcaciones no cumplan las condiciones mínimas necesarias. Pero es peor la escasa disponibilidad de mandos apropiados. El último convoy de cierta importancia procedente de Huelva, se saldó en bastos negros. Por fortuna, la mayor parte de las tartanas del comercio se adentraron en Sanlúcar, fuera del alcance de las dos fragatas britanas y sus unidades

menores en apoyo. Pero de la armadilla en escolta perdimos el bergantín *Vigilante*, que mandaba el teniente de navío José Julián.

—Ya consideré un lujo desproporcionado mezclar un bergantín en las armadillas. Pero creo que también en esa ocasión se perdieron dos faluchos armados, con jóvenes alféreces de fragata al mando —agregó don Antonio con cierto tono de reproche.

—Ya veo por donde disparas, Antonio, y tienes razón. Como ya le he dicho a Apodaca, esas unidades, aunque se trate de lanchas, tartanas, místicos, cañoneras o cualquier otro tipo de pequeña embarcación armada, deben tener al mando a oficiales experimentados, tenientes de navío a ser posible. Pero no puedo desguazar la escuadra de personal al ciento, que tanta falta hace. Y no me admiten activar más oficiales por falta de caudales, aunque muchos penen en tierra con sueldos de cuartel.

—Por esa razón vienen a verme.

—En efecto —ahora era Ruiz de Apodaca quien entraba en sinfonía de lamentos—. Conoces bien las penurias de la escuadra, por lo que no es necesario extenderme en esa consideración. Mañana sale un convoy de sesenta o setenta pequeños mercantes de Huelva para esta bahía. Y es de especial importancia, no ya por el trigo y otros elementos, sino por las garbas de cáñamo y esparto que tanto necesitamos para la fabricación de cables y jarcias, acopiadas en las sierras de la Extremadura meridional. Necesitamos ese material si queremos que, algún día, nuestros buques salgan a la mar. El convoy será protegido en la primera parte del trayecto por las escasas fuerzas menores dispuestas entre la barra onubense y Bonanza. Pero ya sabemos que en esa primera zona es menos peligroso el enemigo. Cuando los ingleses tienen noticia de su presencia y se disponen al ataque, ya se encuentra el convoy a unas dos leguas de Chipiona. Ése es el momento en el que deben tomar el relevo las unidades de nuestra armadilla, pero en este caso con todos los trozos a disposición. Para ello necesitamos oficiales con experiencia, de los que arrastran a sus hombres a la acción con su sola presencia. Estimo que lo ideal, como dice el general Álava, sería contar con tenientes de navío, pero también hay tenientes de fragata con suficiente mar y guerra a la espalda.

—Y jóvenes capitanes de fragata pasados a cuartel o malviviendo en despachos, que aceptarían encantados esa misión —barbotó Álava.

—Ignacio, recuerda que las guerras no sólo se ganan en la mar, aunque en ese medio se decidan —medió Escaño con buen tono—. Pero para entrar al grano de lleno, entiendo que me pedís auxilio de oficiales. Tampoco la capitanía general, el arsenal y otras dependencias esta sobrantes de personal,

que el puchero es de calidad pareja en todas las perolas. Pero buscaré voluntarios entre mis hombres para una operación que debe durar un par de días solamente, si no se abren los fuegos a la contra. ¿Cuándo han de embarcar?

—Cuanto antes —clamó Apodaca con vehemencia—. Si tienen experiencia en esas pequeñas unidades, la salida está prevista para mañana por la tarde, con las últimas luces. Será suficiente conque me envíes un listado hoy mismo, antes de la anohecida.

Mientras la conversación se mantenía por las mismas cuerdas, Beto y yo nos miramos a los ojos en silencio. Sabía que por el cerebro de mi amigo circulaban las mismas ideas que ya se embastaban en el mío, por lo que no era necesario pronunciar palabra alguna. Cuando don Antonio despidió a los visitantes y regresó para quedar a solas en su despacho, entramos en él con petición sin perder un segundo.

—Con su permiso, señor.

—¿Alguna noticia nueva, muchachos? —preguntó sin elevar la vista de un legajo que leía.

—Verá, señor. Hemos sabido el motivo de la visita de los generales Álava y Ruiz de Apodaca...

—Porque parecéis fisgonas de corral, con la oreja pegada como lapa a los muros —se permitió una sonrisa—. Estoy al tanto de que se oyen bien nuestras voces porque, salvo excepciones, estimo que mis ayudantes deben estar al día de lo que se cuece en la olla en todo momento. ¿Os ha parecido interesante escuchar con detalle esas penurias de la escuadra, que tan bien conocéis?

—La verdad, señor —me lancé a proa sin titubeos, única forma de atacar al general—, si ese convoy esperado es importante para la escuadra y faltan tenientes de navío, me ofrezco como voluntario para marinar cualquier pequeña unidad. Ya sabe que embarqué en las lanchas cañoneras de Algeciras, y tengo suficiente experiencia en operaciones de ese...

—También yo, señor, me ofrezco como voluntario —interrumpió Beto con rapidez, antes de que nuestro jefe tomara la voz.

—¿Habéis entrado en demencia profunda? ¡Por todas las rabizonas de Argel y sus malditas crías! ¡Qué ayudantes se encuentran a mi servicio! Cuando se encara un destino, no se puede navegar al capricho de cada mañana.

Aunque don Antonio parecía abrirse con enfado verdadero, ya lo conocía en suficiente medida como para entrever que despotricaba en falsete. Porque

siempre le gustaba que sus hombres se mostraran voluntarios para las misiones de riesgo.

—Nada más lejos de nuestra intención, señor —utilicé un lastimoso tono de súplica—. Pero esa operación se saldrá en un par de días tan sólo, y podemos estar de regreso para la salida hacia la Corte.

—Creéis que lo sabéis todo. ¿Quién os ha dicho que he de salir para la Corte?

Me pilló con el pie cambiado aquel inesperado argumento, porque no dudaba de la fecha ni del destino de la mudanza, ordenada precisamente por el general para dos días después.

—Habíamos entendido que deseaba salir para la Corte el día 18, si continua previsto que se inaugure oficialmente el Consejo del Almirantazgo en los primeros días del próximo mes.

—Esa inauguración se llevará a cabo, en principio, el día 3 de abril. Pero he decidido que debo pasar unos días antes por Cartagena, para resolver algunos asuntos familiares.

Quedamos en silencio. Aunque, en verdad, poco alteraba los planes esa visita previa a su ciudad natal, el cambio de tema nos dejó con la mente en blanco, como si no supiéramos alegar nada a favor de nuestra propuesta. Don Antonio abandonó su asiento y comenzó a dar uno de sus habituales paseos en círculo por el despacho. Volvió a hablar, ahora con cierta amabilidad.

—Es una verdad irrefutable la escasez de oficiales experimentados que sufrimos en estos días, por razones de todos conocidas y que deberían avergonzar a la superioridad. En vista de vuestras peticiones y mi necesidad de pasar por Cartagena algunas jornadas, el plan definitivo es el que os dicto a continuación, sin posible variación —elevó una de sus manos hacia nosotros en amenaza—. La partida de Cádiz se adelanta al 17, es decir, al día de mañana, en dirección a Cartagena. Pero no necesito dos ayudantes en ese traslado. Beto me acompañará hacia mi tierra y hasta la Corte después. Tú, *Gigante*, puedes presentarte al brigadier Riquelme, si lo deseas, y que te asigne alguna unidad de la armadilla. Lo dejo a tu libre voluntad. Recuerda que aparezca tu nombre en la lista que hemos de prepararle, si así lo decides. Cuando regreses de esa comisión, si los britanos no te han reventado el cerebro con sus carronadas, puedes acompañar a vuestras familias hacia Madrid. Esta última condición ya la había previsto. No debéis dejar a las jóvenes mujeres sin el debido acompañamiento, porque poco confío en esas caravanas protegidas.

Don Antonio observó el intento de mi compañero Beto para elevar nueva súplica, pero lo cortó con decisión alzando la mano en su dirección.

—Este plan es definitivo. Mira, Beto, aunque seas teniente de navío, eres mucho más moderno que *Gigante* y él debe ser elegido.

—Perdone, señor, pero soy solamente teniente de fragata, aunque con experiencia suficiente en unidades menores para encarar...

—No suelo errar en mis palabras, muchacho —ahora don Antonio mostraba una franca sonrisa—. Por fin, esta mañana recibí noticia de tu ascenso. Como sabéis, os propuse a los dos tras la hazaña que llevasteis a cabo a bordo del bergantín *Penélope*, pero parece ser que en la Secretaría utilizan el sistema de las margaritas, una hoja para Dios y otra para el diablo. Lo siento por ti, *Gigante*, que bien lo merecías. Pero debemos felicitar a don Adalberto Pignatti, que ha ganado con justicia este premio. Llamad a mi criado y que nos acerque esa botella con aguardiente de tierras murcianas, obsequio del ascendido. Ya he probado el succulento brebaje y lo creo capaz de curar cualquier herida, aunque se vea afectada por la gangrena.

Aunque Beto no quedaba con la felicidad al ciento, la negativa a su petición se compensaba por largo con el ascenso que tanto merecía. Me alegré mucho por él y pueden estar seguros de que no me sentí dolido por mi posible marginación, que no se debe cumplir con el deber pensando en el premio. Además, una vez analizado el nuevo plan, nos pareció buena la idea de que uno de nosotros pudiera acompañar la caravana con las familias por esos caminos preñados de bandoleros.

Sin pérdida de tiempo, corrimos la voz entre las diferentes dependencias de Capitanía General en la Real Isla de León, así como por el arsenal de La Carraca, para que se apuntaran a la lista aquellos oficiales voluntarios para marinar las unidades de la armadilla en la nueva misión. Y fue reconfortante comprobar que la gran mayoría de los que quedaban bajo nuestra jurisdicción, escaso número por cierto, elevaban petición sin pérdida de tiempo. De esta forma, en las primeras horas de la tarde, llevé en persona al mayor general de la escuadra, brigadier Riquelme, el listado, donde aparecían nueve tenientes de navío y dos capitanes de fragata. Y como todos presentaban experiencia suficiente en operaciones con unidades menores, tan habituales en los últimos años de penuria, se nos citó a mediodía de la siguiente jornada en el puerto de Rota, donde se concentrarían las disponibles bajo jurisdicción de la escuadra. Tan sólo el retén primero establecido en La Caleta quedaba aislado de la operación, por si fuese necesario su concurso en emergencia por las aguas de la bahía. Y no era cosa de extrañar, porque fue esa división, precisamente, la

que nos amparó bajo sus faldas a la llegada del bergantín *Penélope* sin aviso previo, pero con buena información para las unidades desde la Torre Vigía de Cádiz.

Nada comentamos a la familia de las nuevas, salvo que los planes habían cambiado y quedaba yo para el acompañamiento hacia la Corte en los dos carruajes dispuestos. De todas formas, retrasé al día 20 el previsto para la salida, y de esta forma disponer de suficiente resguardo por si se torcía a malas la comisión que debía llevar a cabo. Y como se había producido el ascenso de Beto, dedicamos aquella noche a la necesaria celebración, sacando de la bodega los mejores caldos. Pero era Eugenia mujer viva que bien me conocía, porque entró en preguntas cruzadas en cuanto vio la ocasión propicia.

—¿Hacia dónde has de partir mañana, si tu general sale con Beto en dirección a Cartagena?

—Es necesario probar unas nuevas piezas de artillería en las pequeñas unidades, y como quedo en libertad hasta la partida, me propuso don Antonio de Escaño para esa misión. Pero no te preocupes, que antes de la salida estaré de regreso.

Aunque forcé una ligera sonrisa y creí haber convencido a mi mujer, en la primera ocasión tomé a Okumé por mi cuenta, exponiéndole la verdadera situación. Y pronto protestó el africano, que se veía excluido de mi acompañamiento.

—Ya veo que parece haber perdido la confianza en Okumé, señor. No debería embarcar sin mí, que tanto puedo apoyarlo.

—Ya lo sé, buen amigo, pero en este caso no es posible. No sé qué unidad me será entregada, pero son pequeñas y con escaso personal, sin plaza alguna para secretarios o criados particulares. Además, prefiero que permanezcas con las señoras. Si todo navega en buenas aguas, el día 19 estaré de regreso.

—¿Y si la mar se pone de cara? —me miró a los ojos—. Si llega a entrar en combate, no son esas lanchas y faluchos un buen escudo.

—Nueve de cada diez operaciones de este tipo se llevan a cabo sin contratiempos. Y si atacan los ingleses, suelen salir de estrepada ante una armadilla numerosa, como será este caso.

Pero ya los nervios de la mar y el olor a pólvora penetraban en mi nariz con adelanto, por lo que aquella noche volví a dormir al tontoneo de luces, circunstancia que no me ocurría en meses. Creo que también Eugenia se movía entre sábanas con agitación, porque las mujeres adquieren un sexto

sentido que las alerta de lo que se aparta de la línea establecida, aunque nada comentara en tal sentido.

Tal y como se me había ordenado, poco antes de que el sol cruzara la meridiana del día 17, me presenté en el muelle de Rota, al otro lado de la bahía. Para ello había aprovechado el traslado de dos faluchos de los trozos destacados en la Caleta, mientras unos pocos quedaban en aviso. Por fortuna, parecía que la mar se mantenía en condiciones muy favorables para la operación, con un viento fresquito del sudeste, mar sin cabrillas<sup>[12]</sup> y cielos despejados. Porque en mucho dependían las armadillas de las condiciones meteorológicas, al ser unidades que no solían alcanzar los 70 pies de eslora, tanto así que llegaban a abortar sus operaciones cuando la mar alcanzaba rizos altos o el viento se entablaba en frescachón.

Cuando atraqué en el pantalán de poniente de Rota y observé las unidades previstas para la operación de aquella misma tarde, comprendí las quejas elevadas de forma repetida por los generales Álava y Ruiz de Apodaca. La razón quedaba a la vista, porque mucho se había perdido desde que dejáramos la escuadra el equipo de don Antonio. Y no quiero culpar con esta descripción la labor de los que nos sucedieron, ni mucho menos. Como era ya triste y habitual norma en nuestra Armada, las unidades se perdían sin reposición, incluso aquellas que tan escaso costo presentaban. Por tal motivo, de las 20 cañoneras y 10 faluchos asignados a la bahía de Cádiz un año atrás, tan sólo se avistaban 8 y 6 respectivamente, más cinco unidades aprestadas por particulares, entre las que se podían contar místicos y tartanas normalmente utilizados en el comercio costero.

Siguiendo las instrucciones recibidas, me presenté al capitán de navío don Lino Trujillo, oficial muy experimentado en el uso de aquellas pequeñas unidades, encuadradas en grupos. Aunque se encontraba destinado en la armadilla de Algeciras, había sido destacado por un periodo de tres meses para ocupar la vacante dejada por el de su mismo empleo Agustín Sarralde, de baja por alargada enfermedad. Y ya de entrada puedo asegurar que si el material bajaba la escala a mínimos, no sucedía lo mismo con el espíritu de los hombres, todos ellos voluntarios y dispuestos a dar la cara hasta la galleta si la ocasión así lo demandaba.

Don Lino Trujillo, hombre cuarentón, enjuto de carnes y larguirucho de árbol como los grabados que representan al ingenioso hidalgo manchego, desplegaba una inagotable actividad. Su incesante parloteo, así como la

revisión de todo hasta el límite, transmitía seguridad y confianza a sus hombres. Dada la extraña mezcolanza de unidades, así como la imperiosa necesidad de navegar en cerrado grupo para ejercer, llegado el momento, la superioridad de fuego y maniobra, no cesaba de repetir las instrucciones. Y de forma especial, atacaba a los oficiales que consideraba con escasa experiencia, grupo en el que, posiblemente, debía ser incluida mi persona.

Como es momento de verdades, aquí debo reconocer que, a pesar de elevar ante el general Escaño mis especiales aptitudes y prácticas anteriores, mi asignación a una pequeña cañonera quedaba suscrita a las operaciones del ya lejano combate de Algeciras, seis años atrás, cuando en el empleo de alférez de fragata fui asignado a la cañonera n.º 12 bajo el mando del teniente de navío Bernardo de Rojas. Y aunque entramos al corso contra unidades menores durante algunas noches, nuestra más importante actuación tuvo lugar en el combate de la bahía, auxiliando a las fuerzas francesas del almirante Linois contra la división britana del almirante Saumarez. Y no tuvo mal regusto aquel encuentro a sangre y fuego, que se saldó con el apresamiento del navío *Hannibal*: Pero el tiempo pasa de largo y la práctica se pierde como la sangre en combate.

Por fin y tras una hora de conversaciones dispersas, el comandante de la armadilla me asignó el mando de la cañonera n.º 7. Y como la pequeña unidad, que se movía perezosa sobre las aguas en el pantalán, era muy semejante a la utilizada en mi anterior experiencia, sabía bien de sus características. Normalmente incorporaba a bordo dos oficiales; uno de ellos al mando, así como responsable del tiro de la pieza artillera, mientras el segundo dedicaba sus esfuerzos a marinar la lancha de acuerdo a las órdenes recibidas. La dotación de la cañonera se completaba con un sargento artillero o cabo cañón según las posibilidades, con siete hombres para el servicio de la pieza, así como 10 grumetes o marineros para la maniobra de la vela o los remos en los momentos finales. Dos grumetes más completaban el cuadro para posibles relevos. Y todos ellos con armamento portátil a su disposición, para repeler los ataques de fusilería con que serían castigadas si se alcanzaba la corta distancia, ya que no era fácil acertar en ellas con piezas artilleras.

Las cañoneras, que empezara a utilizar el general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar en 1789, eran embarcaciones con casco plano, redondas, de 56 pies de eslora y 18 de manga<sup>[13]</sup> como norma habitual, aunque se abrían muchas otras posibilidades según el momento y oportunidad, con escasas diferencias. Para su impulsión disponían de 14 remos, ampliables en dos más para casos de necesidad. Pero también incorporaban un palo ligeramente

inclinado a proa aparejado con vela latina, con el que se podía navegar si los vientos soplaban acordes a la misión de cada momento. El palo podía ser abatido y colocado a plan, para efectuar las últimas y necesarias maniobras a remo. Como resumen, un total de 22 hombres en un lanchón panzudo y pesado de tan escasa eslora. Si se le añade la necesaria provisión de balas y cartuchos, normalmente para 24 disparos, así como el peso del blindaje, parecía milagroso que aquel extraño e infernal artefacto pudiese no sólo navegar, sino mantenerse a flote siquiera.

En cuanto a su artillería, las lanchas montaban una pieza de *a* 24 en su proa, cañón protegido por un parapeto metálico contra disparos de fusilería, protección que se había aumentado en algunas unidades hasta blindarlas casi en su totalidad; es decir, colocarles planchas de hierro desde la línea de flotación hacia arriba, sujetas por fuertes clavijas y clavazón metálica. Es fácil comprender la imperiosa necesidad de habilitar un gran orificio a proa, para la utilización de la pieza artillera, giratoria en perno y movida sobre rieles de madera. Y era verdaderamente asombroso que se consiguiera estibar y disparar un cañón de tal calibre en unidad de tan escasa apariencia, por mucho que se hubiesen equilibrado los pesos. Pero ésa era la base de su utilización; unidades pequeñas, de fácil y rápida maniobra con los remos, difícil de batir con artillería y con un poderoso montaje a bordo. Debemos recordar que con esos elementos habíamos rechazado los dos ataques del almirante Nelson a la bahía gaditana tras el combate de San Vicente, diez años atrás. Tan sólo era necesario desplegar el suficiente valor, y de eso no faltaba en la Armada, aunque la miseria campara por buques y arsenales.

Tras un generoso almuerzo ofrecido por un particular de Rota en su propio domicilio, el capitán de navío Trujillo nos ofreció sus últimas indicaciones.

—Bien, señores. Saldremos a la mar dentro de un par de horas. Si se mantiene esta agradable ventolina, podremos encontrarnos a medianoche al nordeste de Chipiona, en el punto donde deberemos tomar la escolta. Si la noche se cierra a bastos, nos ayudarán con unos tarros de luz previstos entre la punta Montijo y el Saladar, para tomar referencias. Como ya habrán podido observar, la operación se complica al utilizar unidades con tan diferentes características. De esta forma, las cañoneras navegarán a proa, dejando faluchos y místicos siguiendo aguas. Como el total de la armadilla la componen 21 unidades, intentaremos formar en cuatro columnas. Ya sé que no será fácil mantener los puestos ni es misión imprescindible, pero sí es necesario que naveguemos más o menos agrupados, por lo que algunos

deberán fachear<sup>[14]</sup> en oportunidad, según observen su andar respecto a los más lentos.

El capitán de navío Trujillo giró su cabeza en círculo para comprobar los rostros de los oficiales, antes de continuar.

—Según me han comunicado, el convoy se encontrará formado por unos sesenta o setenta mercantes costeros, unidades dispares pero de pequeño tonelaje donde aparecerán tartanas, goletas, balandras y otras de cualquier tipo. Suelen barajar la costa a escasa distancia, lamiendo las piedras al palmo. Sin embargo, es de esperar que los ingleses, si tienen conocimiento y se encuentran en disposición de atacar, utilicen cúteres o goletas que también pueden acercarse a la línea costera, con alguna fragata en apoyo un par de millas mar adentro. Cuando avistemos el convoy, lo escoltaremos situándonos hacia fuera de tierra, intentando abarcar toda su longitud. Es posible que tomemos la escolta y lleguemos a puerto sin novedad, porque los britanos utilizan patrullas erráticas por ambas bandas de la bahía. Hasta ahora suelen atacar uno de cada cuatro convoyes menores, pero ya saben que el inglés no desprecia presa, aunque se trate de lanchón de puerto. De todas formas, si se ven en situación comprometida contra una armadilla numerosa, y el objetivo no es codicioso, largan espuma a popa y se retiran. Por favor, si tienen alguna duda, pueden interrumpir.

No tardó en hacerlo un capitán de fragata, que entonó con decisión.

—En caso de avistar unidad enemiga, ¿debemos esperar alguna orden?

—No habrá órdenes ni señales. Cada uno debe operar de acuerdo a lo que le dicte su sentido común. Pero es muy importante ofrecernos apoyo mutuo en todo momento. Una sola cañonera es fácil de batir, especialmente a corta distancia, pero si se presenta en manada es peligroso mostrarle cara. Aunque no sea necesario decirlo, intenten siempre el tiro de enfilada<sup>[15]</sup>. En caso de que seamos atacados, no serán más de tres o cuatro las unidades enemigas. Ya saben que es mejor concentrar el ataque contra alguna de ellas, que se sienta en peligro y recabe auxilio, mientras los mercantes meten proa a tierra. Y si la escena se cierra a fuego, los buques del convoy deberán buscar puerto de alivio o, en el peor de los casos, varar o fondear sobre las dunas. Navegaré en la lancha número 4, a proa de la armadilla. Deberán todos seguir mis aguas hasta adoptar los puestos junto a las unidades protegidas. Después, que Dios reparta suerte.

De esta forma, quedamos adoctrinados para la misión, una corta lección, es cierto, aunque todos los presentes habíamos operado con embarcaciones similares. Fue el momento de dirigirnos hacia nuestras unidades y conocer a

las dotaciones, único punto que me dejaba ciertas interrogantes en el cerebro, porque siempre es importante la compenetración del mando con sus subordinados. Pero así estaba embastada la maniobra del día y había que atacar el puchero a disposición.

En la reunión conocí a quien iba a ser mi segundo a bordo de la cañonera, el alférez de fragata Benigno Obrador, un joven de poco más de diecisiete años, pequeño y rubianco, pero de carácter fuerte y decidido, como pude comprobar más adelante. Se encontraba destinado en el navío *Príncipe de Asturias*, y era la cuarta misión del mismo tipo que llevaba a cabo en las cañoneras, lo que ya me concedía una mayor confianza. Pronto nos compenetramos sin resquicios, porque era un joven muy inteligente y con las plantas bien clavadas en la cubierta.

—¿Tiene noticias sobre nuestra dotación? —le pregunté con verdadero interés, que mucho me preocupaba salir a la mar sin saber nada de mis hombres.

—Verá, señor, desde hace algunos meses, las dotaciones de las cañoneras son fijas, salvo condicionantes de fuerza mayor. Por desgracia, una de ellas se ha producido, porque el cabo de cañón que llevaremos hoy es nuevo...

—¿Quiere decir que nunca ha embarcado en unidades de este tipo?

—Perdone, señor, creo que me he expresado mal. Quería decir que no es el habitual en la cañonera número 7. En la última salida a la mar, resultó herido un condestable de mi navío, bragado y con experiencia porque ya estuvo destinado en la armadilla de Algeciras. Ha sido relevado por un cabo cañón, entrado en carnes pero también con experiencia. Eso al menos me ha comunicado, porque no lo conocía. El resto del personal es escogido, aunque algún gesto no me guste demasiado. Pero espero que todos cumplan al ras.

—En estas unidades es de extrema importancia que los hombres se encuentren dispuestos a todo.

—Lo estarán, señor. Estoy seguro. A ver si hay suerte y apresamos algún cúter o una goleta rasa de líneas —el joven sonreía, feliz, ante tal posibilidad.

—No debemos olvidar la misión encomendada. Y en este caso, lo importante es que el convoy alcance la bahía con su cargamento intacto.

—Por supuesto, señor.

Llegamos al pantalán de levante, donde se encontraban las ocho cañoneras seleccionadas para la ocasión. Y en la misma punta pude divisar la número 7, meciéndose con indolencia entre las aguas. La suerte estaba echada una vez más en mi carrera y era necesario cumplir con el deber muy por alto, con el corazón bien amarrado a los pernos. Se trataba de mi despedida marinera,

como así le había asegurado a Beto. Pero conforme saltaba la borda y embarcaba en mi nueva unidad, elevé una silenciosa plegaria a Nuestra Señora de Valdelagua, que siempre había mantenido a los Leñanza bajo su manto. La verdad es que nunca se sabía cómo podían desembocar estas aventuras.

## 5. Barajando la costa

Comenzaba a crecer el crepúsculo vespertino que remataba aquel agitado 17 de marzo, cuando el capitán de navío Trujillo, a bordo de la lancha número 4 en función de capitana, largaba boza y codera<sup>[16]</sup> para dar inicio a la operación de escolta ordenada por la escuadra. Aunque dos remos en la banda de estribor comenzaron la oportuna boga<sup>[17]</sup> para separarse en franquía del pantalán, pronto los hombres de mar pudieron izar la entena donde se envergaba una generosa vela latina, acariciados por un viento fresco<sup>[18]</sup> del sudeste que se mantenía como especial obsequio del dios Eolo. Y pronto seguíamos aguas las compañeras, imitando sus movimientos al punto.

A pocos días de abordar la primavera, el tiempo se mantenía demasiado frío para esa época del año, pero agradable para los cuerpos en movimiento. Los cielos se teñían de rojo por el crepúsculo sin una sola mancha en la esfera, lo que anunciaba una buena visibilidad nocturna que, en principio, era condición de agradecer. También la previsión de orto y ocaso de la luna podía beneficiarnos, con su máxima luminosidad en los momentos en los que, previsiblemente, deberíamos reconocer a los buques del comercio.

En cuanto a la cañonera número 7 bajo mi mando, aunque dudaba por largo de la profesionalidad de mis hombres, que no era bocado apetitoso salir a la mar sin conocimiento a fondo de la propia dotación, pronto debí coincidir con la opinión avanzada por el alférez de fragata Obrador, porque los de mar se manejaban bien con los aparejos, mientras los sirvientes de la pieza artillera también parecían sueltos y habituados con una faena tan particular. Charlé directamente con el cabo cañón, un aragonés orondo como pellejo de vino, cara rojiza y parlanchín sin tregua, llamado Ramiro Enseñat.

—Espero que tanto el montaje artillero como la munición se encuentren en buen estado.

—Desde luego, señor. Esta misma mañana he repasado una vez más las trincas, los aparejos y las correderas. A mediodía comprobé el embarque de

los saquitos de pólvora a la vista, mientras mis hombres repasaban a la mano una a una las veinticuatro balas, que les meteremos por el anca<sup>[19]</sup> al britano, si aparece por estas aguas —ofreció una sonrisa abierta, al tiempo que frotaba sus manos con cierto regocijo—. Pero si me lo permite, sigo pensando que no vendría mal disponer en estas lanchas de alguna granada portátil o unos pocos frascos de fuego, por si llegamos a las manos.

—Siempre llega en auxilio cualquier armamento añadido, aunque sean petardos de fuego. Pero debe tener en cuenta que si esos elementos son de uso peligroso a bordo de los buques de cierto porte, complicaría todavía más nuestro trabajo en unidad pequeña, donde ya no cabe un chuzo. Si, como dice, llegamos a tiro de pistola o a besar barbas, deberemos protegernos de su fusilería sin mostrar la cara al viento. Esas 24 rasas<sup>[20]</sup> pueden hacer daño suficiente si las metemos por su sitio, y esa es la misión principal. ¿Los sirvientes disponen de suficiente práctica?

—Es un buen trozo y puede confiar en él a muerte, señor. Ha sido entrenado durante varios meses por el condestable Bermello, un profesional magnífico, a quien he debido relevar. Al menos, las dotaciones de las cañoneras se cuidan como merecen. No podría decir lo mismo de algunos navíos en los que he servido, donde pocos habían escuchado el retumbo del cañón.

—Razón le sobra, que esa penosa condición la hemos sufrido todos por largo.

Un poco más animado, dediqué mis esfuerzos iniciales a mantener la cañonera de forma aproximada en el abigarrado grupo, deslizándome hacia babor para ocupar puesto en la columna de más afuera. Sin embargo, la formación teórica expuesta por Trujillo era una quimera, aunque todos intentaran no separarse del centro en demasía. Pero ya algunos faluchos del comercio, con demasiada manga y calado, perdían estela a la vista, por lo que era necesario fachear más de lo previsto para mantenernos todos en un grupo compacto. Como el viento tontoneaba en ritmo de fresco hacia abajo, más los factores expuestos, calculé que apenas andaríamos unas dos millas<sup>[21]</sup>, cuando ya doblábamos la punta Candor y caíamos a estribor para ceñirnos a la costa con un rumbo noroeste cuarta al norte.

La noche, como se preveía, se abrió con estrellas al fuego y una luna en cuarto menguante que, sin embargo, ofrecía suficiente visibilidad. Pero, por el contrario, no se cumplía el avante mínimo planteado, porque debían ser las tres de la mañana cuando nos encontrábamos tanto avante con la punta de Chipiona. Por fortuna, la mar se mantenía con suaves rizos y el viento

colaboraba para navegar casi de empopada. No era necesario usar los remos, lo que venía bien para el descanso del personal, que dormitaba en sus bancadas salvo los aprestados a la guardia. Y para mi sorpresa, comprobé que la lancha navegaba al gusto con aquella brisa, metiendo el panzón en las aguas con pereza, pero sin mayores contratiempos.

Cuando alcanzamos el teórico punto de encuentro con el convoy, entradas las primeras luces del alba, no se divisaba una vela por el horizonte. Supuse que el capitán de navío Trujillo debía sufrir poderosas dudas, porque tampoco era recomendable progresar más en aquella dirección, y separarnos a tanta distancia de nuestra base o el posible refugio de Chipiona. El alférez de fragata Obrador pareció haber leído mis pensamientos, porque me atacó en dicho sentido.

—Es extraño que no aparezca una sola vela por la proa, señor, teniendo en cuenta que la visibilidad es excelente. Espero que no se haya quedado el convoy en puerto, sin aviso previo.

—Pues no sabría qué decirle. Es posible que con este viento ramplón del sudeste, deban llevar a cabo un buen número de bordadas<sup>[22]</sup> de corta duración, para no alejarse mucho de la costa. Porque si este soplo beneficia a la armadilla en la derrota prevista, a ellos les entrará de proa.

Aunque no pareció Obrador muy convencido con mis explicaciones, la decisión del capitán de navío Trujillo quedaba clara pocos minutos después, al poner su cañonera en facha. Al mismo tiempo, pasaba a la voz la orden de mantenernos en grupo compacto, sin avanzar una milla más. Y así, al capricho de las olas y el susurro del viento, continuamos sesteando durante poco más de tres horas, situación de mano sobre mano que suele aumentar los nervios ocultos.

Por fin, cuando despotricábamos de lo divino y lo humano sin tapujos, y el sol se elevaba en altura hasta calentar los cuerpos, divisamos un elevado número de velas por la proa, bien ajustadas a la costa. Sin dudarlo, seguimos los movimientos de la capitana, volviendo a cazar escotas para dirigirnos hacia ellos. Y debo reconocer que me hizo gracia la denominación de convoy para aquel grupo de unidades menores, de esas que normalmente barajan la costa al palmo sin merecer mayor atención. Pero pronto, cuando nos encontramos a su altura, pudimos comprobar que era más numeroso de lo previsto, mientras algunas tartanas del comercio dejaban ver las garbas de cáñamo y esparto en cubierta, ese oro en rama para nuestros arsenales.

Tal y como había previsto el comandante de la armadilla, nos situamos al gusto y sin puestos predeterminados, a una milla escasa hacia fuera del

convoy. Y ese fue el momento de aumentar el trabajo para nuestros hombres, porque al virar prácticamente media rosa y necesitar un rumbo de avanteo cercano al sudeste, comenzamos a recibir el viento de proa, lo que nos obligaba a ceñir con bordadas continuas. Y si ese era mi mayor temor, se desvaneció pronto al comprobar que la lancha navegaba con soltura a la buena y a la mala<sup>[23]</sup>, ante la imposibilidad de mudar la entena con el cañón y los parapetos.

Ahora el avance se eternizaba, llegando a la meridiana con la quilla clavada en el agua y el viento entrado a mínimos. Por fortuna, parecía rolar a poniente, condición que habría sido elevada en rogatoria por más de uno, aunque con un poco más de fuerza. Pero ya saben que la mar es una caja de sorpresas sin descanso, porque lo mismo aparece una sirena encantada en sonrisa abierta, que una bala negra para barrerte los bigotes sin pedir permiso. Debíamos encontrarnos a unas tres millas de la entrada a ese maravilloso río Guadalquivir, tanto avante con la punta del Cabo, cuando escuchamos dos disparos de mosquete que nos llegaban desde la unidad de más a fuera, un falucho que barloventeaba con soltura. Fue entonces el momento en el que avistamos, unas seis cuartas<sup>[24]</sup> abiertas por estribor, lo que parecían tres velas perdidas en el horizonte. Y nada bueno podía presagiar aquella presencia, porque no solían los buques españoles navegar por esas aguas abiertas y, más extraño todavía, con la proa en nuestra dirección.

La lancha del comandante, antes de reconocer con exactitud la nacionalidad de esas velas, que se agrandaban a la vista, caía con rapidez para meterse entre los buques del convoy, exigiendo boga dura a sus hombres. Dada su elevada estatura, podía observarse al capitán de navío Trujillo, bocina en mano, dirigiendo la trompeta dorada en redondo, como si quisiera abarcar todo el horizonte. Supuse que les ordenaba arrumbar hacia el puerto de Chipiona sin pérdida de tiempo porque, después de todo, era una suerte que el avistamiento del enemigo se hubiese producido en aquella precisa situación, cuando el refugio se encontraba a unas pocas millas y muy adecuado. Pronto comenzó la reacción de los buques del convoy, en apresurada maniobra hacia puerto, condición complicada por la falta de viento y el elevado número de unidades que, a la vista de aquellas velas, deseaban amarrarse en firme cuanto antes.

Por nuestra parte, como si hubiésemos recibido una señal del código de escuadra por banderas, nos mantuvimos facheando junto a la entrada de Chipiona, mientras se alargaba la entrada de las unidades del convoy. Se presentaba lógica y clara la postura a tomar, porque la primera y vital acción

debía ser la de proteger esos pequeños mercantes y sus cargas. Pero ya se observaba con claridad una fragata britana de unos 40 cañones de porte, avanteada con soltura en una milla por un cúter<sup>[25]</sup> y una preciosa goleta. Estimé un porte<sup>[26]</sup> a estas dos unidades que debía oscilar entre los doce y dieciséis cañones de pequeño calibre. Y no variaban las putorronas su proa una maldita cuarta, apuntando el bauprés como espolón de galera en nuestra dirección.

Como es fácil imaginar, mi cerebro trabajaba a batientes en las posibles acciones a tomar, y todas se centraban en atacar a las dos unidades de pequeño porte por troneras abiertas, aunque fueran de colosales dimensiones en comparación con nuestras lanchas. Porque tanto el cúter como la goleta eran capaces de maniobrar cual ligera falúa, y dispondrían de suficientes cañones para enviarnos al infierno..., si conseguían hacer blanco en moscardones.

El capitán de navío Trujillo, una vez ordenado y en progreso el refugio del convoy, no lo dudó un segundo y aprobó hacia el enemigo que se nos venía encima. Porque aunque no enarbolaban pabellón alguno, nadie dudaba que se trataba de una de las divisiones que utilizaban los britanos en bloqueo contra nuestro tráfico costero. Y tampoco yo lo dudé, ordenando al alférez de fragata Obrador aproar hacia el cúter, que nos abría unas siete cuartas a babor, maniobra que era seguida por alguno de mis compañeros. Por desgracia, el viento acababa por entablarse de poniente y aumentaba a fresco, con lo que los britanos, con el barlovento a favor, podrían maniobrar al gusto y decidir la línea a seguir.

También es cierto que no siempre el zorro caza al conejo, si éste es suficientemente inteligente y se mueve con astucia. Hacia el cúter arrumbamos cinco cañoneras y dos faluchos de forma decidida. Sin palabras ni señales, pero de mutuo acuerdo, intentábamos cortar su proa con deseos de doblarnos y atacar a las embarcaciones rezagadas del convoy. Y para colmo de bienes, el viento tontoneaba al gusto una vez más, para caer en fuerza poco a poco y quedar en un leve vagajillo que dejaba la lancha fondeada en suspiros. Como la goleta y el cúter, muy veleros, aprovechaban hasta el aire de sus pulmones, decidí llegado el momento de la verdad, al comprobar que ya nos separaban solamente unas dos mil yardas del enemigo. Había que jugársela, aunque el viento acabara por hacernos morder la borda.

—¡Obrador, arriemos la vela y que se meta el palo al plan<sup>[27]</sup>! ¡Preparen los remos!

Tampoco pareció sorprender la decisión a mi segundo. Obrador exhibía una amplia sonrisa, al tiempo que dictaba las órdenes oportunas. Fue el momento en el que con voz en grito, intenté arengar a mis hombres.

—Vamos a por ese cúter culebrón, muchachos. Ya sé que será un esfuerzo de lomos, pero debemos darle candela al britano donde más le duela.

De esta forma comenzó la caza, invirtiendo los papeles asignados en principio. Y la situación mejoraba por orden divino porque, al tiempo que el resto de las cañoneras arriaban la vela e imitaban mi maniobra, el viento caía a ras para dejar la mar en leche. No podíamos desaprovechar aquella bendita conjunción.

—¡Dos cuartas a babor! —grité con fuerza—. Si no levanta el viento, entraremos a quemar maderas.

Obrador había comprendido mis intenciones al punto. En aquellos momentos, a una milla escasa del cúter, nuestra posición quedaba a babor del grupo, por lo que había decidido tomarle la popa a besar, si me era posible. Y si los dioses de la mar nos acompañaban en beneficio, ya atisbaba la pala de su timón como objetivo para mi cañón, cargado y listo para abrir fuego. Porque no hay parte más sensible en todo buque, que sin timón se mueve como carretela sin riendas. Pero yo andaba a lo mío, y me acerqué para alertar al cabo cañón.

—Ramiro, si llegamos vivos a distancia de tiro, quiero machacarle la pala del timón.

—Ya lo suponía, señor, al observar la caída. No se preocupe, que se la arrancaremos a dentelladas, si no se levanta el viento.

—Así lo quiera Dios.

La dotación del cúter comprendió con rapidez la comprometida situación que le acechaba en corto, por lo que abrió fuego contra nosotros. En los primeros momentos disparó dos rápidas andanadas de sus piezas de a 8 y a 6, acompañadas al cerrar distancias con un nutrido fuego de fusilería. Por fortuna, se centraron al principio contra los que le llegaban por su través de estribor, aunque pronto comprendieron que el verdadero peligro se encontraba en la cañonera número 7. De esta forma, apuntaron los dos cañones de la toldilla contra nosotros, salpicando agua los piques de las balas a escasas yardas de nuestra lancha, con rociones de espuma sobre nuestras cabezas. Pero más peligroso era el tiro de sus fusilería, que comenzó a rebotar en los parapetos y levantar sangre en algunos cuerpos.

Nos encontrábamos a unas trescientas yardas, con fuego graneado contra nuestras cabezas, cuando ya sus cañones de cubierta no disponían de ángulo

de tiro, aunque concentraban con mayor número el de sus mosquetes. Dos grumetes ya andaban con heridas abiertas, uno de ellos con bala en el pecho y negro futuro. Pero tan sólo podíamos ofrecerles unas pocas palabras de aliento, que bastante teníamos con la lluvia caliente que nos caía desde el cielo. Creía llegado el momento, por lo que apercibí al cabo Enseñat.

—¡Por Dios, Ramiro, que tendremos pocas posibilidades! Apunta bien a la pala, por la sangre y los huevos de tus antepasados.

—Estamos listos, señor. Creo que la distancia es buena.

—¡Fuego!

Y llegó el momento. Mientras nuestros hombres contestaban al fuego con los fusiles a disposición entre las aberturas de los parapetos, sonó el retumbo del cañón, estremeciendo a la lancha en un concierto de quejidos. Sin embargo y para desesperación mía, al tiempo que tres hombres más caían heridos, nuestro disparo le entraba al cúter por la balconada de popa, sin dejar más huella que cristales rotos y marcos desnudos. Cerré los puños con fuerza, maldiciendo las estrellas. No debí proferir palabra alguna, porque ya ordenaba cargar el cabo, esa operación tan complicada en una lancha, mientras nos cosían a balazos de muerte. Arriesgué el pellejo para observar y comprobar que el cúter se encontraba rodeado, así como la goleta, mientras la fragata se sentía incapaz de apoyarlos debido a la inexistencia de viento. Por fin, tras unos seis o siete minutos que se alargaron como horas en mi pecho, el cañón se encontraba cargado de nuevo. Ordené forzar la boga de mis hombres a pesar del visible agotamiento, para situarnos en posición favorable, entendiéndolo por tal la del cañón, que no de nuestros cuerpos.

—Lo tengo a tiro, señor —gritaba Ramiro, maniobrando con la cuña<sup>[28]</sup> y señalando con los dedos al marinero que se encontraba en la caña, para que cayera a babor los puños necesarios.

—Haz fuego cuando tengas la pala en el tubo.

Acababa de decir aquellas palabras y observaba con claridad las letras en el espejo de popa que daban nombre al buque, *Greyhound*, cuando de nuevo el estruendo y el humo negro inundaron la lancha. Y una vez en condición de observar el efecto, sentí una inmensa alegría al comprobar que la pala alargada del timón había saltado en pedazos como monigote de feria, dejando una troncha con esquirlas en la parte alta. Fue el momento en el que ordené abrir distancias, que ya era mucho el daño recibido en la sufrida cañonera como objetivo prioritario. Ahora debíamos atacar en jauría de lobos y entrarle a esos britanos a muerte. Porque en el fondo de mis pensamientos, no pensaba

en otra cosa que abordar el cúter a sangre y fuego, hasta izar nuestro pabellón en el pico de su cangreja.

Por desgracia, no siempre las condiciones que nos favorecen, tanto en la vida como en la mar, se mantienen el tiempo que deseáramos. Mientras la goleta conseguía rechazar la mitad de la armadilla que había hecho por ella, el cúter entraba en duelo de fusil y pistola contra las cañoneras y faluchos, que lo cercaban como zorro entre jauría. Como sus cañones de cubierta no podían disparar en depresión, ya nuestros hombres disparaban a cara descubierta contra los fusileros britanos, que también caían sobre las tablas con el pecho abierto. Por mi parte oía el silbido de las balas mosqueteras, soplando en caliente cerca de mis orejas. Y siempre recordaré la cara pecosa de un casaca roja, apuntando su arma contra la cañonera, al tiempo que disparaba mi viejo pistolón contra él. Tuve suerte, porque la distancia era superior a la de duelo. Debí reventarle los ojos en sangre, al verlo salir despedido hacia atrás con el rostro teñido de rojo. Pero ése fue el momento elegido por Eolo para volver a su trabajo, condición que maldije en mis tripas con odio reconcomido.

El poniente caprichoso volvió a soplar, levantándose a fresco en pocos minutos. Dicha condición fue aprovechada por la goleta para salir del cerco, lo que realizó con extraordinaria rapidez dada su facilidad de maniobra. Al mismo tiempo, la fragata arrumbaba hacia el cúter para entrarle en el necesario auxilio. Pronto comenzamos a escuchar los cañonazos de *a 24* desde la rabizona, silbando por el aire y levantando columnas de agua a nuestro alrededor, con la proa apuntada por derecho hacia la armadilla. Y aunque no eran esos cañones de calibre las armas más preocupantes, no podíamos olvidar su dotación cercana a los trescientos hombres y muchos fusiles a disposición. Era el momento de ciar<sup>[29]</sup> con remos y mente, por mucho que nos doliera.

Nos separamos de la pieza amenazada, momento en el que comenzamos a auxiliar a los heridos, cuyo número había aumentado de forma notable. Mientras tanto, la fragata llegaba hasta el *Greyhound*, el galgo<sup>[30]</sup> herido, ofreciéndole un remolque salvador. Porque además de no poder disponer del timón para la maniobra, eran bastantes los balazos que se le abrían a la lumbre del agua y con entrada generosa de líquido, sin contar que la mesanilla había saltado en pedazos. Estaba herido de muerte y se nos había escapado de las manos por pulgadas de lona.

En la práctica, se dio el duelo por finalizado, que así lo entendía yo, un duelo contra gigantes pero con los huevos bien alzados en la proa de nuestras unidades. Fue entonces cuando el alférez de fragata Obrador me avisó de que

perdía sangre por mi brazo. La verdad es que entre tanto movimiento forzado en reducido espacio, con caídas y resbalones, retumbo de cañón y disparos a quemarropa, había sentido un escozor en el brazo derecho al que no había concedido mayor importancia. Un grumete metió su navaja por la manga de mi camisola, rasgándola hasta el hombro. Y en efecto, alguna bala mosquetera me había entrado en la molla posterior del brazo, con herida de entrada y salida sin mayor complicación a la vista. El cabo Ramiro me la vendó a tenazón con tiras de la misma camisola, porque ya los vendajes de la caja se habían acabado. Pero quedé feliz y contento al observar, una vez más, que los britanos salían de escapada con el rabo entre las piernas. El joven Obrador batía palmas, aunque también él tenía un rasguño en el muslo.

—¡Culebrones cobardes! ¿No queríais manteca española? —se giró hacia mí entre risas—. Son unos huevones sin arrestos estos britanos. Huyen de unas lanchas.

—No huyen de las lanchas, sino de nosotros.

Como suele suceder tras todo combate, alcanzamos el momento más duro y amargo, el recuento de los daños recibidos. La cañonera se encontraba lista para un nuevo combate, con algunas esquirlas y astillas menores en los parapetos. Sin embargo, era mucho lo que habíamos expuesto, bien lo sabían los dioses, y ello se traducía en la triste noticia de haber perdido a dos marineros y un grumete. Además, otros cinco hombres andaban con heridas de cuidado, especialmente dos de ellos con bala en el muslo y mucha sangre perdida. La situación debía ser pareja en las demás unidades porque, conforme los buques ingleses se perdían en la distancia, la armadilla, sin necesidad de orden alguna, aproaba hacia el puerto de Chipiona. Debíamos desembarcar a los heridos que necesitaban cura urgente, así como los cuerpos de los que habían entregado la vida por su patria, héroes anónimos cuyas familias llorarían sin que la madre superior reconociera el esfuerzo supremo.

Aquella misma tarde, pocas horas después, volvíamos a salir a la mar, tanto la armadilla como el convoy, para hacer las pocas millas que nos separaban de la bahía gaditana. Y no andaba en cuerdas de gloria mi cerebro, porque no había conseguido la presencia de un capellán que ofreciera el merecido apoyo a los muertos y heridos graves. Las bajas habían sido numerosas, tanto así que se completaron dotaciones para quedar una lancha y un falucho en blanco, que serían remolcados por los buques más poderosos del convoy. Y ya sin mayores contratiempos, corrimos aquellas 15 millas que nos restaban a proa,

con un viento fresco de poniente, consiguiendo que todos los mercantes y sus garbas de cáñamo entraran en la bahía sin novedad.

Para aliviar el trabajo, ya que algunos heridos de poca consideración se mantenían en sus puestos, Trujillo decidió que la armadilla recalara en Rota, mientras los buques del comercio se dirigían por derecho al puerto de Cádiz. Y allí nos esperaba el general Ruiz de Apodaca con el brigadier Riquelme, alertados del encuentro entablado con los britanos. El nuevo comandante general de la escuadra nos felicitó de forma efusiva, a causa del valor demostrado por todos en la empresa, y el éxito de la misión encomendada. Porque era de destacar en letras doradas, que ni uno solo de los hombres diera la blanda en la ocasión. Era mucha la penuria y desidia que la Armada soportaba en sus hombros, pero más mordían en la carne los comentarios cruzados en desdoro por la Corte, en boca de petimetres de casaca dorada, tripa de barril y culo caliente. Por esa razón, entrábamos a muerte y sin escalas en cuanto se presentaba la más pequeña ocasión.

En Rota me curaron la herida con rapidez y al desgaire aunque, en mi beneficio, no presentaba mal aspecto. No obstante, eché en falta el aguardiente de Cehegín para rociarla en conveniencia, que ese milagroso unguento no suele fallar por ninguna vía. De esta forma y sin más novedades, que ya nada quedaba por hacer, tomé uno de los faluchos que se incorporaban a su estación en La Caleta. Por fin, arribé a mi casa en la calle de la Amargura cuando ya era noche cerrada, y nos encontrábamos cercanos a las primeras luces del día 19. La verdad es que estaba agotado de cuerpo y alma, sin haber comido ni bebido casi nada en todo el día, tanto así que trabajo me costó levantar el león que lucía el picaporte y golpearlo con fuerza.

Okumé abrió la puerta. Como mantenía la brujería de sus antepasados bien prendida en la sangre, según sus propias palabras presentía que llegaría de noche y herido, razón por la que se mantenía alerta. Pero no se alarmó al observar mi camisola ensangrentada, sino que, con su habitual diligencia, apartó las vendas para curar la herida nuevamente. Empapó tiras nuevas con esas hierbas que le aleccionara Setum, para quedar el brazo prieto y en condiciones. Pero la mejor medicina fue el aguardiente de Cehegín, que tomé por boca y supo a gloria de ángeles.

Después de todo, podía resumir la faena como una comisión de guerra más para guardar en el expediente personal y en los recuerdos. Al menos, en aquella ocasión habíamos dejado el pabellón de la Real Armada muy por alto, demostrando lo que éramos capaces de hacer cuando se nos ofrecía una

mínima posibilidad de triunfo. Y como es de suponer, tomé las sábanas como náufrago la playa, entrando en un sueño feliz que se alargó muchas horas.

## 6. En la corte

Tras un alargado viaje que, por fortuna para nuestros cuerpos, no presentó ninguno de los incidentes que se habían convertido en penosa y habitual norma por los caminos que suben de las Andalucías a la Corte, arribamos a Madrid con mujeres, criados y bagajes sin medida. Conseguimos atravesar en escaso tiempo los arrabales de la capital de los Reinos, una zona donde la suciedad y el mal olor campaban de norte a sur, territorio sembrado con el paso inesperado y peligroso de carretas descontroladas, peleas al grito de mujeres en coro de rabizas y un bullicio de gente malencarada que nos hacía ceñir la faltriquera por corto, así como alistar las armas a disposición.

Sin perder un minuto nos dirigimos hacia el palacio de Montefrío, centrado en la calle del Barquillo, donde nos instalamos con el mayor confort y comodidad. Aunque Eugenia mostrara alguna reticencia y cierto nerviosismo en los primeros momentos, el recibimiento que le dispensaron María Antonia y nuestros primos los hicieron desaparecer como por encanto, de forma que se sintió en casa propia desde el primer momento. Y es que mucho debíamos agradecer a esa gran señora a la que consideramos como madre verdadera durante toda su vida, personaje de una bondad e inteligencia extraordinarias.

La primera sorpresa que recibí en la que sería nuestra residencia, fue comprobar que, aunque llegábamos a la Corte en un viernes 27 de marzo, Beto no había recalado todavía por el palacio. Se trataba de circunstancia anormal y difícil de comprender, porque don Antonio había expuesto con claridad su intención de arribar a la capital una semana antes de la ceremonia de inauguración del Consejo, habiendo partido de la Real Isla de León en la mañana del día 18 hacia Cartagena. Y en estas condiciones me mantuve, inquieto y preocupado, hasta las primeras horas de la tarde, llegado el último día del mes, cuando mi cuñado y compañero apareció deslumbrante en el

carruaje del general. Y digo tal porque, fiel a su norma, Beto vestía uniforme de punta en blanco, donde destacaban las vueltas del nuevo empleo.

Una vez saludada la familia y estibado en acuerdo su voluminoso equipaje, aproveché la primera ocasión para narrarle con detalle la operación llevada a cabo con la armadilla gaditana pocos días antes, y entrarle en preguntas por el retraso de su expedición.

—Bien que siento no haber estado a tu lado en una de esas lanchas o faluchos, dándole caña al inglés, en vez de recorrer media España con don Antonio por caminos con roderas de trinchera. Porque siempre lo admiraré como se debe, bien lo sabe Dios, pero por desgracia, necesita pocos alimentos y brebajes al día para mantener su cuerpo en condiciones. Te aseguro que estoy dispuesto a comerme un cochino de morro a rabo, y beber una pipa de vino hasta rebosar la nariz. Pero olvido el tema principal. ¿Cómo se encuentra esa herida de la que me hablabas? Veo que te mueves con soltura.

—Ya tuerce a buenas de bordes y fondo. Aunque no presentaba mal cariz en los primeros momentos, se mantuvo con inflamación durante tres días y largando algunas supuraciones que me preocuparon. Okumé las curó con sus hierbas, y ya puedo mover el brazo sin apenas sentir dolor. Pero debí contar a Eugenia la verdad de lo acaecido en la jornada, porque es mujer inteligente de las que no aceptan medias tintas.

—Si la bala mosquetera te hubiese entrado un poco más hacia el codo..., bueno, perdona, quería decir...

—Que habría sido una herida parecida a la sufrida por don Federico Gravina en el combate de Trafalgar. No creas, que ya pasó tal idea por mi cabeza, con las purulencias a la vista. Pero se trata de caso cerrado, con la intercesión de nuestra Señora de Valdelagua. ¿Y vosotros? Creía que nuestro general deseaba instalarse en la Corte con tiempo suficiente, y llevar a cabo algunas visitas antes del próximo viernes.

—Y era el plan previsto. Pensábamos partir hacia esta ciudad el día 26. Pero cuando don Antonio acudió a despedirse de la máxima autoridad del departamento marítimo, el capitán general don Francisco de Borja, un venerable anciano de movimientos lentos, éste le avisó de que se habían preparado unos magníficos funerales en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, por el alma de don Federico Gravina, para la mañana del día 29. Nuestro general se sintió obligado a asistir y retrasamos el trayecto hasta la Corte. De esta forma, partimos de su ciudad natal esa misma tarde, arreando rebencazos a los animales hasta suspirar cueros, como mensajero real en

noticias de guerra. Y para mi desgracia, disminuyendo todavía más el tiempo dedicado al necesario condumio.

—No te preocupes, que pondré en conocimiento de María Antonia tu estado de desnutrición alarmante, para que refuerce la cena de esta noche. ¿Habías dicho un cerdo y una pipa de vino?

—No exageres. Bastante debemos agradecerle a esta santa señora, por habernos ofrecido su palacio con tal generosidad y...

—Calla la boca, mastuerzo, y no finjas falsos sentimientos conmigo, que bien te conozco. Pero sigue dándome información. ¿Qué planes tiene nuestro general para estos días?

—Me ha concedido día libre para mañana. Ha debido observar cómo he enmagrecido de carnes en tan escaso tiempo —fiel a su costumbre, acompañaba las bromas con risas abiertas—. Por esa razón, deberás acompañarlo a visitar al Secretario de Marina, capitán general don Francisco Gil y Lemus, en las primeras horas.

—Querrás decir al flamante Inspector General de la Real Armada, cargo para el que ha sido nombrado una vez eliminada la Dirección General, y con la Secretaría emparejada a la de Estado de forma interina y sin funciones facultativas. Y una vez que el Almirantazgo navegue a un largo, el antiguo departamento quedará con tres o cuatro oficiales solamente.

—Desde luego.

—Deberemos aprender pronto el nuevo sistema porque, la verdad, no me alcanza el esquema con absoluta claridad. Supongo que las funciones de la Secretaría se dividirán entre el Almirantazgo y la Dirección General.

—Más o menos, según me ha explicado nuestro jefe en el viaje. Pero ya sabes que cuando me encuentro en situación de ayuno forzoso, el cerebro se cierra a la banda. Según parece, a partir de ahora el *cúmplase* en los Despachos Reales los pondrá el Inspector General, aunque deben ser presentados para su toma de razón en la Contaduría del Almirantazgo, que será al mismo tiempo general de la Marina. Pero don Manuel Godoy no dejará puntada libre sin aderezo propio.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que las diferentes autoridades de la Armada dirigirán su correspondencia al Inspector General. Pero cuando la importancia de los asuntos así lo aconseje, que será casi siempre en mi opinión, lo efectuarán directamente al almirante. Ya verás cómo más de uno se cura en salud, para no molestar a su eminencia.

—Eso significa que el Inspector General puede quedar como porcelana de adorno.

—Vamos, *Gigante*, no creo que entres en razón con tanto retraso. Así ha sido hasta ahora en pura realidad en el trato de don Manuel Godoy con el Secretario de Marina, porque todo debía ser visto y aprobado por el gran valido. Aunque, en teoría y según la Real Cédula, el Inspector deberá entender en el detalle y mecanismo del mando de la Armada, expedir las órdenes conducentes al mejor régimen de los Cuerpos de la Marina y desempeñar las demás funciones de pura dirección, como se hallan descritas en las Reales Ordenanzas.

—Algo quedará en manos ajenas.

—Pero también señala la cédula —volvió a sonreír con picardía—, que el Inspector se entenderá de forma directa y única con Godoy, recibiendo sus órdenes para comunicarlas a quien corresponda en su nombre. En resumen, el príncipe de la Paz mandará y dirigirá las fuerzas marítimas, organizará y cuidará de su disciplina, será competente en todo lo relacionado con la construcción y avituallamiento de los buques, si es que llega a construirse alguno, estarán bajo su competencia las enseñanzas náuticas y establecimientos científicos, tendrá facultad para llamar a los individuos a la Corte, trasladarlos de un departamento a otro, conceder licencias, expedirlas a quienes naveguen a los puertos españoles de ambos lados del océano, así como las patentes de corso. Todos esos documentos llevarán como señal de autenticidad el sello del Almirantazgo. Vamos, el ejercicio de un grande Almirante con timón gigantesco en la mano. Y conste que utilizo palabras de don Antonio. Pero ya te explicará él mismo los muchos detalles que revolotean en el panel, con esa privilegiada cabeza suya que todo lo retiene.

—Entramos en periodo de cambios profundos —musité para mis adentros.

—Nada de eso, amigo mío. Todo sigue igual con diferentes nombres y mucha Real Cédula en adorno de luces. Y conste que ésta es opinión cerrada de mi parte. Godoy continua al mando absoluto, sólo que a partir de ahora con mayores atributos personales. Pero ya puedes preparar el uniforme de relumbrón, que no va a ser escasa la actividad de don Antonio en los pocos días previos a la inauguración del Consejo. Desea propiciar una reunión con todos los miembros, para establecer las líneas a seguir sin la presencia del gran señor.

—Pues dispone de dos jornadas solamente, contando el domingo.

—¿Con qué almanaque te mueves? El Almirantazgo se inaugura el viernes, y no queda ningún domingo hasta ese día. Pero sería la misma cosa, porque ya sabes que para don Antonio los domingos son un día más, con la sola excepción del cumplimiento religioso.

—En ese punto tienes toda la razón. ¿Dónde he de recogerlo?

—Mientras navegabas felizmente en las cañoneras de Cádiz para joder el bloqueo del puto britano, le llegó recado de que tenía preparado su nuevo domicilio al gusto. Ha tomado posada, demasiado modesta en mi opinión, a mitad de la calle de Santiago. Como necesaria justificación, alega que desea encontrarse cerca del edificio del Almirantazgo, en la plazuela de doña María de Aragón, y no perder demasiado tiempo en los desplazamientos. En ese aspecto le doy la razón, porque esta capital se ha engrandecido una barbaridad por los cuatro puntos cardinales.

—Ya imaginaba que no tomaría palacio ni ronda de granaderos.

—Estaba cantado.

Aunque fue velada de general alegría familiar, con Beto lanzado a narrar truculentas e inventadas historias, regadas con chanzas al gusto y sin despreñar ninguno de los manjares que por orden de María Antonia situaban al alcance de su mano, me sentía ligeramente preocupado. De pronto, como divina revelación, parecía comprender que comenzábamos una nueva e incierta etapa en la que, con sinceridad, no confiaba una mota. También es posible que prendiera en mi cerebro el pesimismo con el que el general Escaño, aunque no lo declarara a la voz, encaraba este nuevo reto de su carrera, que era, al tiempo, un nuevo reto para la Armada y para España.

Con las primeras luces de la mañana me dirigí a la posada de don Antonio, comprobando que, tal y como había expuesto Beto, no era edificio de relumbrón para quien debía ocupar un puesto tan importante en la estructura del Estado. Pero era táctica habitual en nuestro general, que solía huir de la innecesaria ostentación, según sus propias palabras, como si se tratara de los más peligrosos miasmas. Al ser hora tan temprana, intenté acceder a la residencia sin producir excesivo ruido, pero ya su criado, el fiel Bernardino, destrincaba el portón, al tiempo que me ponía al corriente de la situación.

—Puede moverse y taconear bulerías con entera libertad, señor, que el general anda en danza de gigantes desde las seis de la mañana. Pero me ordenó que le hiciera pasar en cuanto llegara. Le adelanto que no parece

atacar esta singladura de buen humor. Ya he recibido órdenes con bocina alargada y por direcciones contrarias en repetidas ocasiones.

—Mala cosa es ésa.

—Y que lo diga, señor.

Cuando penetré con precaución en la sala de trabajo del general, que así la entendí al observar una alargada estancia con dos mesas atiborradas de legajos y documentos, don Antonio me recibió con una abierta sonrisa en su rostro. No cuadraba la situación a la vista con las palabras de Bernardino, aunque era condición normal en su persona aquellos arranques matinales a un largo, para quedar sin viento poco después.

—¡Vaya por Dios! Ha regresado el joven oficial que deseaba ganar gloria propia y apresar un cúter inglés con unas pocas lanchas cañoneras.

—Y por todos los Leñanza del camposanto, que lo habríamos conseguido, señor, si no se hubiese levantado el maldito viento cuando más necesitábamos un par de horas con esa bendita calmería<sup>[31]</sup>. Lo teníamos entre los dientes y a punto del bocado final. Pero ya veo que sigue funcionando su servicio de información y se encuentra al tanto de nuestro encuentro con la división britana en aguas cercanas a Chipiona.

—No fue difícil. El capitán general del departamento cartagenero me puso al día, tras haber recibido noticias de Cádiz. Por cierto, que encontré al marqués de los Camachos<sup>[32]</sup> bastante avejentado, así como muy torpón de manos, piernas y pensamiento.

—Recuerde, señor, que ha cumplido los ochenta y un años. Debería quedar retirado y pasar sus últimos días en tranquilidad con los suyos.

—Tienes toda la razón. Es un gran error mantener a grandes hombres en puestos de importancia, cuando el declive natural de sus cuerpos y mentes les impiden el adecuado ejercicio de sus deberes. Recuerda que cuando se le concedió el mando de la escuadra del Océano a don José de Mazarredo, tras el penoso combate del cabo San Vicente, en principio nuestro Señor don Carlos pensaba para tal puesto en el marqués de los Camachos, que ya andaba con las facultades muy mermadas. Fue don Federico Gravina quien lo convenció en sentido contrario.

—Lo recuerdo, señor, por haberlo leído en los cuadernillos de mi padre.

—Como te decía, fue el general Borja quien me informó del encuentro con los ingleses. La verdad es que esas tartanas con cáñamo eran de vital importancia para el arsenal y la escuadra —agrió el gesto, al tiempo que golpeaba su mesa con el puño—. Parece mentira que vayamos mendigando unas pocas garbas de filamentos baratos, cuando hace años se consumían en

los arsenales cincuenta mil quintales de cáñamo solamente para la cordelería de los buques. Pero no regresemos a la triste situación actual y miremos hacia esa operación naval que se saldó por alto. Necesitamos elevar la moral, aunque sea con intentonas de pobres. Sé que todos los hombres se portaron bien, pero quiero escuchar tu versión, sin adornos y con rapidez. Debemos salir para la residencia del Inspector General a las nueve.

—¿Para su residencia dice, señor? —pregunté extrañado—. Creía que deberíamos...

—Don Francisco —cortó Escaño con rapidez— anda con una fiebres ligeras, en las que reincide con demasiada frecuencia, y se mantendrá en cama estos días para no empeorar, ahora que se nos presenta por la proa faena de copo. Pero, vamos, suelta el buche.

Volví a narrar lo acaecido a la armadilla de Cádiz, con franqueza absoluta y sin adornos de teatro, que no era ése mi estilo. Pero como creía conocer a don Antonio muy a fondo, apreté el mordisco donde sabía que más le gustaba, hasta conseguir que brotara en su cara una franca y alargada sonrisa.

—Es bueno y bragado ese capitán de navío Trujillo, a quien tuve a mis órdenes en el navío *Príncipe de Asturias*, cuando los desastrosos incidentes del año 97. Pero por los cuernos del sultán, que todos batisteis los cueros muy por alto, demostrando lo que de verdad somos. Sin embargo, mucho arriesgaste para batir la popa de ese galgo, aunque salieras bien parado con un ligero rasguño en el brazo. Como decías, lástima de ese soplo malparido que se levantó a destiempo. Habría sido buena hazaña tomarle ese cúter a los britanos en las mismas barbas de una fragata con sus 40 cañones. En fin, no perdamos tiempo, que el retraso de Cartagena me ha trastocado los planes.

—Estoy dispuesto, señor.

—Pues vamos a tener un par de días bastante movidos si se cumplen mis deseos, sin contar con que el viernes se abre el cántaro celestial. Y conociendo al príncipe de la Paz, no se tratará de ceremonia menor, puedes estar seguro. Avisa para que preparen el carruaje. Salimos en pocos minutos.

No marraba el general en sus predicciones, porque en los dos días siguientes apenas descansamos un par de segundos, batiendo alas de sol a sol y, como diría Beto, con escaso condumio para embarcar en el cuerpo. Visitamos al baylío<sup>[33]</sup> en su domicilio particular, con audiencia de fondo en el mismo lecho del dolor. Pero esa misma tarde mantuvo don Antonio alargada reunión con los tenientes generales Álava y Salcedo, así como con el intendente general don Luis María de Salazar, el auditor Pérez Villamil, el secretario José de Espinosa, que sería del Consejo sin abandonar su puesto

junto a Su Majestad, Martín Fernández de Navarrete como contador y el tesorero Manuel Sixto de Espinosa, del Consejo de Estado. Y por si había sido escasa la ración, repetimos al día siguiente con Álava y Salcedo en la residencia del bailío, los cuatro mosqueteros a solas, tras haber asistido al Santo Sacrificio en el cercano convento de la Encarnación para aclarar luces. Y me tomó tal medida por sorpresa, que no era don Antonio muy pródigo en los ruegos mayores por fuera de las estrictas obligaciones que marca la Santa Iglesia. Por fin, comenzaban a caer las luces del interminable jueves, cuando arribamos a la posada del general, exhaustos de cuerpo y alma.

Como el rostro de mi jefe mostraba signos de pesimismo y contrariedad a las claras, antes de despedirme le entré por veredas blancas para elevar su moral.

—Todo correrá a favor con su tiempo, señor. Embocamos una nueva etapa que necesita su rodaje. Se va a dar un gran paso para la Real Armada, el que ya pregonaba el bailío Valdés, don José de Mazarredo y vos mismo.

—Tienes razón en tus palabras, *Gigante*, aunque no es ésta la derrota que deseábamos seguir. Valdés y Mazarredo defendían un Consejo que eliminara esas políticas particulares y personales que puede llevar a cabo la Secretaría del Despacho de Marina<sup>[34]</sup>; es decir, formar en la Corte una Junta o Consejo de generales expertos de la Marina, que ostentara el título de Almirantazgo, porque no se necesita un almirante como sucede en Inglaterra. Esta Junta debería ocuparse de todo lo que es gubernativo, militar y económico de la Armada, dirigiendo este cuerpo bajo las reglas constantes y sólidas que nunca altera el sistema y, de esta forma, evitar la variedad de ideas, cuando no caprichos, con que cada Secretario ha gobernado a lo largo de casi un siglo. Si se consigue ese Consejo o Tribunal que nunca muere ni altera sus pensamientos, llegaría a florecer nuestra Institución, como lo hizo el almirantazgo británico con la *Royal Navy*, que hasta su establecimiento fue tan precaria como la nuestra.

—Pues debería encontrarse feliz, que ese Consejo es el que vamos a inaugurar el lunes.

—Ni mucho menos, *Gigante*. No debemos engañarnos, como algunos intentan en cierre oportuno de ojos y oídos —ahora expresaba una profunda desesperanza en sus palabras—. A ti puedo decirte mis más escondidos pensamientos, porque eres mi ayudante de toda confianza y sé de tu discreción. La receta está a la vista, para quien quiera verla, desde luego. En este Consejo del Almirantazgo sobra, precisamente, el almirante. Y no lo digo porque sea la persona del príncipe de la Paz, a quien considero un hombre

inteligente. Pero deben ser generales de Marina los que entiendan de los asuntos de la Real Armada, sin la debida sumisión y posible veto de quien poco entiende de las cosas de la mar. Y ya al comprobar las opiniones de mis compañeros, entiendo que arrancamos la tarea con excesiva propensión a inclinar la cerviz en sumisión, aunque llegemos a escuchar opiniones disparatadas. Si Su Majestad nos ha convocado a tan alta magistratura es para decir verdad sobre verdad, que la sinceridad es señal de máxima lealtad a la Corona y a la nación. Y si no gusta escuchar lo que en realidad acaece día a día en arsenales y buques, más vale que regresemos en silencio a nuestros departamentos.

—Por desgracia, señor, sabe bien que no regresarían a sus departamentos en tranquilidad, sino que saldrían a la carrera hacia el destierro. Y destierro sin fortuna propia significa miseria y penalidades hasta la galleta. La prueba palpable la tenemos en el general Mazarredo, que todavía se mantiene en dicha situación cuando..., cuando...

—Puedes hablar conmigo a las claras, *Gigante*, y acabar la frase en la que concuerdo de pleno. Cuando es el general que debía encontrarse en esta Junta —recalcó las palabras que había dejado en el aire—, con el bailío Valdés si la salud lo acompaña y otro más. Bueno, es cierto que no ando con el optimismo prendido en la casaca en estos días, porque no veo el futuro abierto en flores precisamente. Además, somos bastante dispares en el mismo Consejo. Y no me refiero al general Álava, decidido y bragado aunque le falte un poco de..., un poco de esa viveza de mente que tanto se necesita en momentos difíciles. Por el contrario, Salcedo puede convertirse en la voz del amo, lo que me entristece mucho. Lo veo demasiado inclinado a aceptar sin discusión las palabras que emanan del poder, como ya le sucedió a...

Calló don Antonio, como si se hubiera arrepentido de haber tomado aquel camino. Pero me había dado carta blanca, y como ayudante personal la tomé en bastos.

—¿Como ya le sucedió en su momento a don Federico Gravina, señor?

—Puedes estar seguro de que nunca repetiré esas palabras en público. Pero así lo siento. Habría podido ser un extraordinario general, si hubiera gozado de mayor independencia intelectual. Pero también la sangre y la infancia marcan a los hombres de forma indeleble, si son propensos a dejarse llevar por la marea de los honores. Es malo para el hombre de mar encontrarse apegado al poder de la Corte como lapa de fondo.

Quedamos en silencio, como si ya no quedara ninguna opinión por declarar. Pero para mí estaba la situación expuesta a las claras y sin dudas.

Creo que si ya admiraba a don Antonio de Escaño como nunca admiré a ningún otro general de mar, en aquellos momentos comprendí que tenía el inmenso honor de encontrarme a las órdenes directas, y como confidente privilegiado, del mejor y más brillante oficial de la Armada en esas fechas. Como le había escuchado a don José de Vargas y Ponce, el mejor historiador de nuestra Institución por aquellos días, otro gallo habría cantado si la Real Armada hubiera quedado en manos de ese magnífico tándem que formaban los generales Mazarredo y Escaño. Y tras escuchar las palabras de mi jefe, sentía el temor de que siguiera los pasos del gran marino vasco, más todavía al comprobar que el famoso Consejo comenzaría un poco castrado en cuanto a la necesaria equidad en los planteamientos de los tres generales, que se consideraban los mejores de nuestra Institución en aquellos momentos. Para no cerrar la conversación en nubes de agua, intenté un cambio repentino.

—Debe pensar, señor, que mañana será un gran día para la Real Armada, con importante e inolvidable ceremonia. Aunque un navío navegue mal en las primeras pruebas, más vale tenerlo a mano y perfeccionar sus cualidades con posterioridad.

—Que la Virgen del Rosario escuche esas palabras y no nos olvide.

—Bien, señor. ¿A qué hora desea partir mañana?

—Debemos encontrarnos a las nueve y media en el palacio de don Manuel Godoy. Para las once está prevista la ceremonia de inauguración que, como dices, refulgirá en oros y con trompetas de gloria. Serás testigo de excepción y podrás contarlo a tus nietos el día de mañana.

—Me extrañó, señor, que se decidiera establecer el Consejo del Almirantazgo en el domicilio del príncipe de la Paz, en la plazuela de doña María de Aragón. Serán muchas las oficinas y personal que allí se deban instalar. Bueno, la verdad es que no lo conozco, pero son famosos los ágapes que el gran señor ofrece, y se verá muy alterado su habitual ritmo de vida.

—Se están llevando a cabo desde hace dos meses las obras necesarias, ampliándolo en conveniencia. Pero tienes razón porque, además del personal principal que tan bien conoces, cada consejero puede incorporar uno o dos oficiales de guerra como ayudantes, el intendente general está autorizado para instalar una oficina con ocho oficiales del Cuerpo del Ministerio, aparte de un portero y un mozo. La Contaduría, por su parte, estará integrada por seis oficiales del mismo Cuerpo y la Tesorería otra con la misma composición.

—Vuelve a dominar la escena el Cuerpo del Ministerio —alegué con sorna, recordando la antigua disputa entre los dos cuerpos.

—Se intenta emparejar la presencia de ambos, según nos informó el bailío. No es cosa de retomar diferencias y rivalidades que tanto perjudicaron a nuestra Institución años atrás. Pero no acaba ahí la relación, que la Secretaría también dispondrá de seis oficiales, del Cuerpo General o del Ministerio, un archivero con dos ayudantes y tres escribientes. También cabe la posibilidad de nombrar dos ayudantes del auditor general. Y será necesaria la presencia de un escribano de cámara con sus oficiales, un relator, un procurador de pobres y dos o más porteros.

—Parece un número elevado, especialmente en estos días en los que se mira y remira el personal con sueldo.

—Se nutrirá en gran parte del actual de la Secretaría, desde luego.

—Y todo ese personal trabajando en el palacio del príncipe.

—Sin contar la custodia de una compañía de Granaderos de Marina, que se instalará en las dependencias anejas. Bueno, según tengo entendido —pareció dudar unos segundos antes de continuar—, ya se mueve don Manuel Godoy por otros derroteros que aliviarán la madeja. Son comentarios tan sólo, pero con el necesario rigor. El príncipe de la Paz se encuentra en tratos finales con la casa de Alba, para adquirir el palacio de Buena Vista, uno de los más nobles de la capital, negocio que habrá culminado en estos días sin duda alguna, porque a las dos partes beneficia —volvió a dudar levemente—. Bueno, te seré sincero. Se comenta que dicho palacio le será regalado al príncipe de la Paz por la Villa de Madrid.

—¿Un obsequio de la Villa de Madrid? ¿Voluntario o forzoso?

—Y parece haber comunicado —don Antonio evitó mi última pregunta—, que en cuanto le sea posible, dos o tres meses como máximo, se trasladará a las casas de las que dispone en la calle del Barquillo, mientras el palacio de los Alba es remozado y adecuado a sus deseos. De esta forma, su actual palacio quedará por entero para el Almirantazgo.

—¿En la calle del Barquillo? —pregunté, alarmado—. En esa misma calle se encuentra el palacio de Montefrío, donde habitamos con nuestras familias.

—Un gran honor, sin duda —don Antonio entraba en tono burlesco.

—No debe andar escaso de fondos el príncipe —me permití también yo un ligero tono de sorna—. Aunque es raro que abandone su palacio de la plazuela de doña María de Aragón, porque significará su alejamiento del Palacio Real. Bueno, señor, quiero decir que...

—Sé bien lo que quieres decir, bellaco —volvió a reír, ahora franco—. Ya se ha comentado ese punto por voces cerradas, especialmente de la camarilla del Príncipe de Asturias, lo que puede indicar que la relación de don Manuel

Godoy con ciertas personas, que no es necesario nombrar, ha bajado algunos enteros. Según nos comentaba el bailío, la razón de que desee mudarse al palacio de Buena Vista se debe, y repito sus palabras, a que *la extensión de su campo le da margen para fixar en él su casita Cortijo, que le recuerde la inocencia de sus primeros años. Sólo aspira a distraerse algún rato de su mucho trabajo sin salir de casa.*

—No creo que su casa natal se acerque al lujo de ese predio.

—Por supuesto que no, aunque tenga un ciento de genealogistas, escribanos y notarios en busca de sus antepasados, hasta conseguir entroncar con los reyes godos. También se rumorea que su actual palacio será vendido al Consejo del Almirantazgo a un precio nada despreciable.

—Pues no anda la Armada para tales dispendios.

—Ya lo sé, muchacho —retornaba la tristeza al tono de su voz—. En fin, no perderá un real el valido, puedes estar seguro, sino que ganará una buena bolsa en el trueque. Ya veremos en cuánto se tasa su actual palacio, del que cedería todo, incluido su gabinete de historia natural, reservándose tan sólo las habitaciones de cara a poniente y mediodía, que se dejan para su uso personal por si fuera menester en alguna ocasión.

—No podrá pagar la Armada un alto precio.

—Bueno, parece que concederá seis años para el pago —don Antonio no quería entrar en detalles que conocía al punto—. Es posible que el precio final se acerque a los diecinueve millones de reales.

—¡Qué barbaridad! —mi asombro era auténtico—. De esa forma, la caja del Almirantazgo nacerá castrada sin remedio.

—Es posible que debamos acudir a la Caja de Consolidación, hasta que el Almirantazgo genere sus propios fondos.

Quedó en silencio, mientras parecía pensar en sus últimas palabras. Movié los brazos en abanico, al tiempo que abandonaba su asiento.

—Es tarde, *Gigante*, y mañana será también un día largo. Dile a Beto que con un ayudante para la ceremonia me sería suficiente. Pero si desea asistir a tan magno acontecimiento, puede hacerlo, desde luego.

—Muy bien, señor.

Me retiré por fin de la posada de don Antonio, desesperanzado y, al tiempo, preocupado por la tarea que se nos venía encima. Y no debería ser así al estar amparado bajo la casaca de uno de los tres grandes generales de la Armada. Pero para bien o para mal de nuestras almas, los pensamientos se mueven en las cabezas con entera libertad, aunque deseemos que naveguen en dirección contraria.

## 7. El almirantazgo larga amarras

Como todos imaginábamos conociendo al personaje, fachento querencioso de los más altos honores y agasajos, la ceremonia de inauguración del Consejo Supremo del Almirantazgo en poco desmereció de la de cualquier otro estamento superior de la nación. De acuerdo a la opinión expresada por mi amigo Beto, que declinó con rapidez la oportunidad ofrecida por nuestro general de tomar un día libre, se tradujo en una comedia más con pompa de teatro y falsa grandeza, situación tan alejada de la triste realidad que vivíamos por aquellos días.

Con declarada decepción del general Escaño, amante de la puntualidad extrema, los actos se llevaron a cabo con marcado retraso en la hora prevista, sin que se avistara una causa de suficiente peso como para demorar tan importante acontecimiento. De esta forma, cuando el sol comenzaba a batir el cobre en altura, podían escucharse en la plaza de doña María de Aragón las bandas de Granaderos de Marina y Alabarderos Reales amparadas a la galana, esta última cedida por expreso deseo de Su Majestad don Carlos, entonando marchas militares al tiempo que se rendían los honores de ordenanza a todos los personajes comisionados para el acto.

Por fin, cuando los relojes marcaban las diez de la mañana, concurrieron en casa del Serenísimo Señor Príncipe de la Paz, Generalísimo Almirante, los ministros nombrados por Su Majestad para componer el alto Tribunal. Llegados a la antesala de la habitación de Su Alteza, esperaron la salida del gran personaje desde su habitación y, de esta forma, acompañarlo en coro de ángeles hasta el salón destinado para las juntas.

La estancia elegida por el Almirante para la ocasión, que sería donde, en el futuro, se llevaran a cabo las sesiones plenarias del Consejo, era el gran salón de recepciones de su palacio. Don Manuel Godoy había decidido, con o sin consentimiento superior, que el ceremonial a guardar, tanto en el acto inaugural como en los sucesivos, se acoplara sin fisura alguna al propio del

Consejo de Estado. De acuerdo con el ceremonial previsto al mínimo detalle, en el círculo norte del salón, cerrado en cueva y con bóveda superior, presidía las sesiones el Almirante, sentado en sitial entronado bajo dosel, ricamente engalanado. El pabellón horizontal era de color azul oscuro, en cuyo centro destacaba en oro el escudo de la Real Armada, bordeado en este caso por una orla flordelisada. Como contraste, en la colgadura destacaban como frontal sobre fondo granate las armas del Generalísimo Almirante, a las que se les añadían en cuadro una pareja de anclas doradas con sus cepos en comunión.

Los consejeros tomaban asientos a ambos lados del Almirante, uniformados en grande como visita de palacio, comenzando por los generales y de acuerdo a la antigüedad de cada uno. Y para rematar el cierre, los escribanos y notarios abrían plumas en mesas corridas, engalanadas con empavesadas, como si se tratara de bordas o cofas de los buques en jornadas de solemnidad. Un piquete de Granaderos de Marina, uniformados en azul y oros como jamás los había contemplado, cerraba el portón con fusil a la banda. La verdad es que desde mi posición, mezclado con el grupo de oficiales designados para servir en el Consejo, el conjunto de la escena me recordaba a un coro catedralicio, con el cabildo entonando los divinos oficios en sesión de cuaresma.

Cuando todos los asistentes habían tomado asiento y el silencio reinaba por el salón en llano, el jefe de escuadra don José Espinosa, ejerciendo sus funciones de secretario, pasó a leer la entradilla de asiento en la Real Cédula que, por orden de Su Majestad don Carlos IV, daba carácter oficial a la formación del Consejo del Almirantazgo, así como las Reales Patentes que oficiaban el nombramiento de cada uno de los componentes del alto Tribunal. Y acto seguido, dictaba con tono altisonante la fórmula prescrita para los miembros del Consejo que, uno a uno y en dirección al Almirante, depositaban su fiel juramento en las manos de Su Alteza Serenísima, al tiempo que realizaban una ligera reverencia.

Beto, sentado a mi derecha, deslizó en voz baja uno de sus habituales comentarios.

—Esta ceremonia se asemeja bastante a un besamanos real, y en poco debe achicarla.

Por fin, el Generalísimo Almirante tomó la palabra ante un silencio denso y expectante, como si de su intervención pudiera desprenderse el futuro de nuestra Institución. Tal y como publicó la Gaceta de Madrid el siguiente día 10 de abril, que guardo entre mis notas, *Su Alteza Serenísima arengó a los miembros del Consejo, manifestando en breves y muy enérgicas expresiones*

*las sabias miras del REY en la erección del Almirantazgo, para restablecer la Marina y fixar las reglas de su mejor gobierno. Hizo S. A. ver que los enemigos naturales de la España, en la presente situación del orbe, han constituido toda su fuerza sobre las aguas, y que por lo mismo España debe poner el mayor cuidado en hacerse de una buena Marina, pues a nada tiene tanto que temer como a las agresiones de mar; que la inmensa extensión de sus colonias la descubren y debilitan enormemente; que su comercio clama por la protección y sostén necesarios para su seguridad; y que esta seguridad y protección no tiene que esperarlas sino de una respetable y bien ordenada Marina. Manifestó asimismo S. A., que por otra parte la historia de todos los imperios acredita de una manera incontestable, que las fuerzas navales de un estado fueron siempre el principal instrumento de sus triunfos, y su marina mercantil el más abundante manantial de su prosperidad; pero que es evidente que las mejores máximas, en materias de marina y comercio marítimo, no pueden establecerse ni llevarse a efecto constantemente con vigor y sin interrupción sin la existencia de un cuerpo permanente como el Almirantazgo, destinado a ser su perpetuo depositario, y a velar sin cesar sobre su observancia. Por último, concluyó S. A. S. exhortando a todos los ministros a poner únicamente su gloria en el exacto cumplimiento de sus deberes.*

Tras las palabras, lanzadas al aire por el Almirante con voz afectadamente grave y cortesana entonación, pude observar algunos rostros emocionados, por lo general personas ajenas a la realidad de nuestras escuadras y arsenales, tan alejada de la pomposa ceremonia que parecía enmascarar en redondo la verdadera situación de buques y hombres. Porque puedo asegurar que mis tripas se retorcían entre nudos y vinagre, al escuchar la arenga del príncipe. Aquel prepotente engreído, que así lo juzgaba en mis adentros, estaba repitiendo lo que, sin descanso, habían declarado las más altas cabezas de la Armada durante muchos años. Y en verdad que, quien ahora salía de garante, no había parecido comprenderlo desde que, entrados a la guerra contra la Convención francesa, había dejado caer a la Real Armada hasta el penoso límite en que se encontraba actualmente. Y los mismos pensamientos debían cruzar por nuestros generales del Consejo, al comprobar cómo Escaño y Álava dirigían sus miradas hacia el suelo.

Por fortuna, el viento procedente de la sierra madrileña embocaba las calles de la Villa con una temperatura inferior a la normal, circunstancia que aliviaba al gusto el uso de las casacas y aglomeración de personal, de forma especial entre los oficiales de baja graduación. Tras la excelsa ceremonia, que

se desarrolló con mayor rapidez a la prevista, los miembros del Consejo se retiraron, siguiendo el orden de antigüedad, a través del noble portón situado a la izquierda del Almirante. Y a continuación fueron agasajados por el príncipe de la Paz con un espléndido almuerzo, servido en sus aposentos privados. Mientras tanto, al resto del personal se nos ofrecía un refrigerio de velo rasgado y corta duración en los pasillos de oficiales y ayudantes.

Debía apremiar algún asunto de cierta relevancia a Su Alteza Serenísima, porque en acelerada sucesión de hechos y un poco a salto de mata, sin seguir el programa establecido, se daba la jornada por finalizada. Y con el sol a media manta, abordábamos el carruaje de nuestro general sin un gesto más, para dirigirnos a su posada. Una vez en su despacho, don Antonio se mantenía en silencio, sin exhibir un gramo de felicidad en el rostro, ni mostrar a la vista deseos de entrar en detalles. Pero no estaba dispuesto Beto a dejar pasar la liebre por el rastro sin más, y atacó con su habitual sonrisa que no cuadraba al momento.

—¿Y la audiencia prevista con Su Majestad, señor? Estaba marcada con claridad la procesión hasta el Real Palacio, una vez finalizado el acto inaugural.

—Se ha pospuesto para mejor ocasión —contestó el general en tono seco—. Según parece, nuestro Señor don Carlos se encuentra ligeramente indispuesto y necesita descanso.

No parecía el camino abierto a confidencias, por lo que sugerí una posible salida.

—¿Desea algo de nosotros, señor? Quiere que le preparemos de nuevo el legajo que pensaba exponer...

—Deseo que se trabaje en el importante cometido para el que hemos sido nombrados —reventó la granada, al tiempo que forzaba el puño contra la mesa—. Se deja la próxima reunión para el próximo lunes día 6, sin ni siquiera haber establecido las diferentes secretarías y el día a día de esta necesaria Institución. Nunca me ha gustado formar parte de un grupo teatral, ni en función real. He sugerido al general Álava, como miembro más antiguo, que se siga el reglamento y comencemos la tarea.

—¿Se refiere a que en ausencia...? —me atreví a pronunciar, siendo cortado de cuajo una vez más por don Antonio.

—Me refiero a que si su Alteza Serenísima el Almirante se encuentra ausente por cualquier causa, dados sus muchos y principales compromisos —don Antonio entonaba con decepción y cierta ironía—, el general presente más antiguo presidirá el Consejo, informando posteriormente al príncipe de lo

tratado. Porque toda maquinaria complicada necesita su engranaje y hemos de abordarlo cuando antes. Vamos a sufrir un periodo de carencias, con la Secretaría bajo mínimos, la Inspección en ciernes y el Consejo sin navegar una milla. ¡Por todas las putas que circulan entre los muelles de los puertos britanos! Todo es lentitud y parsimonia en la Corte, como si la milla se convirtiera en legua doble. Estamos en guerra, señores, y con penurias a la vista que alarmarían a un saltabardales.

—Ya ha explicado con claridad Su Alteza —entró Beto con soniquete—, que debemos esforzarnos para disponer de la Armada que España necesita.

—Por todos los demonios, que ya lo he escuchado al detalle —el rostro de don Antonio tomaba color de ceniza, mientras movía sus manos de forma nerviosa—. Y lo más terrible es que hemos oído esas palabras sin inmutarnos una onza. Parece increíble. El mismo personaje que, hace trece años, expuso la necesidad de un Ejército poderoso y ¡ni un navío más para la Armada!, tiene la desfachatez de explicarnos ahora, ¡a los generales de la Real Armada!, que dada nuestra portentosa extensión colonial, todo el peligro nos viene desde la mar. ¡Un descubrimiento de eminente estratega! Mucho ha tardado en comprenderlo este jovenzuelo. Hemos demandado este Almirantazgo durante mucho tiempo, que así lo expuso el inteligente ministro Valdés con claridad. Y ahora este sacamantecas lo presenta como obra personal suya —pareció sonreír con tristeza—. Me gustaría saber lo que habría hecho don José de Mazarredo en tal situación. Bueno, como de costumbre habría dicho la verdad sin tintas, con lo que habría sido enviado de nuevo al destierro en silla de postas. No va a ser camino fácil este que emprendemos, si el teatro va a suplir cada día a la realidad del momento.

Como conocía a don Antonio como carta mareada a diario, me temía que no acabaran ahí los males que circulaban por su cabeza. Y en efecto, sin esperar un segundo, soltó la bola negra.

—Para colmo, no son buenas las noticias que nos llegan desde los cuatro puntos cardinales. Parece mentira que observando el chubasco en el horizonte con tiempo suficiente, no se carguen los juanetes en prevención y se chamusque el aparejo.

—¿A qué se refiere, señor? ¿Hemos sufrido alguna pérdida en la mar? —preguntó Beto, interesado.

—¡Por todos los cristos, Beto! ¡No se pueden perder unidades en la mar, si los buques no navegan! —don Antonio dejó de pasear en círculo, para tomar asiento en su mesa, todavía agitado—. Lo que nos temíamos aquellos que solemos utilizar la cabeza para pensar, ha sucedido. Debemos partir de la

base que los ingleses no son estúpidos, ni se mantienen mano sobre mano cuando andan en situación de guerra. Y era lógico establecer que no dejarían pasar oportunidades de oro, como las que les brindamos a diario en esta desastrosa contienda.

—¿Qué ha sucedido, señor? —pregunté con cierta prevención.

—Una corbeta mercante ha arribado a la bahía de Cádiz, de las que se juegan el tipo como ha de ser, con noticias que nadie desearía escuchar. Por desgracia, ya las rumiábamos por dentro desde hace tiempo y, como debéis recordar, las comenté con vosotros en la isla de León hace algunas semanas. En los primeros días de enero, comenzaron a llegar los britanos a las aguas del Río de la Plata.

—¿Vuelven a insistir, después de la derrota que Liniers propició al general Beresford y al comodoro Popham? —pregunté, alarmado.

—Los britanos insisten cuando estiman que una fruta sabrosa se encuentra a la mano. Establecen sus planes y prioridades, hasta llevarlas a cabo si las entienden asequibles. De acuerdo con las noticias que nuestros informadores enviaban desde Londres, sabíamos que se calibraban nuevas intentonas en la dirección señalada. Pero la verdad es que los ingleses todavía desconocían el fracaso de Beresford y Popham, por lo que prepararon dos expediciones, una bajo el mando del brigadier general *sir* Samuel Auchmuty, con 5.300 soldados con destino a Buenos Aires, y la segunda a cargo del general Crawford, de 4.200, para desembarcar en las costas de Chile. Vamos, que intentan limpiar el extremo sur del continente americano de presencia española en mágico doblote y de un plumazo. Habían partido ya ambas expediciones, con mediana escolta y sin miedo a ser estorbadas ante la ausencia total del enemigo en la mar —recalcó con enfado estas últimas palabras—, cuando tuvieron conocimiento de la hazaña llevada a cabo por Liniers con un grupo de valientes, esa derrota de la que hablabas. Por esta razón, se comisionó a una unidad muy velera para alcanzar a la expedición segunda, con órdenes de unirse a la primera y conjuntarse ambas hacia el Río de la Plata en objetivo común. Y al mismo tiempo, para relevar al calamitoso comodoro Popham, que deberá rendir cuentas a fuego cuando regrese a su patria. Así, zarpaba el contralmirante Stirling desde Porstmouth, con más buques y refuerzos, acompañado del contralmirante Murray en una segunda división. El conjunto general de las tropas expedicionarias deberá alcanzar los 15.000 hombres, quedando el conjunto bajo el mando del teniente general *sir* John Whitelocke.

El general calló, mientras tamborileaba con los dedos de forma nerviosa sobre su mesa de escritorio. Beto y yo nos mantuvimos en silencio, porque estábamos seguros de que continuaría su narración.

—Para desgracia de nuestras armas, todavía dio la vara el maléfico virrey, ese marqués de Sobremonte que debió ser parido por rata culebrera.

—Pero, señor. ¿No debía haber embarcado ese pajarraco cobardón con grillos en los pies hacia España? —preguntó Beto, furioso.

—Las noticias con las Indias, especialmente cuando nos encontramos bloqueados a muerte como es el caso actual, se filtran con extraordinaria lentitud. Desde luego que ese bellaco debería pasar bajo la quilla de nuestro mayor navío en repetida maniobra, pero todavía no estaban al tanto en el Plata de las decisiones tomadas en la Corte contra él. Auchmuty llegó a Maldonado el día 5 de enero, atacándolo, así como a la isla Gorriti. ¡Han pasado casi tres meses y acabamos de recibir las noticias! —volvió a golpear la mesa con el puño cerrado, desesperado—. El britano hizo evacuar a la población y, de acuerdo con Stirling, navegó río arriba hasta dar vista a la ciudad de Montevideo. Intimó su rendición como correspondía, respondiendo el jefe de escuadra Huidobro con una rotunda negativa. Ése fue el momento en el que Sobremonte, todavía Virrey y apartado de Buenos Aires por precaución personal tras su cobardía declarada, intentó impedir el desembarco sacando a las tropas veteranas de la ciudad, impidiendo de esta forma los planes de resistencia impuestos por el gobernador Huidobro. El muy cretino presentó batalla en el claro, pero se retiró con rapidez a Guadalupe, dejando con el trasero al aire a Huidobro y toda la ciudad de Montevideo, desacreditándose todavía más, si ello era posible.

—Una solemne estupidez —alegué.

—En efecto. Con su nefasta maniobra había dejado como única guarnición de la ciudad a 1.500 hombres de las milicias. Apartada la tropa veterana y libres de manos los britanos, formalizaron el sitio de Montevideo, rompiendo el fuego sobre la ciudad las baterías instaladas en tierra, con el apoyo de los cañones de la escuadra.

—¿No enviaron refuerzos desde Buenos Aires?

—Se intentó, desde luego. Acudió con rapidez una columna de 500 veteranos bajo el mando del brigadier Arce, a bordo de las lanchas del capitán de fragata Michelena, consiguiendo entrar en la plaza. La segunda columna de apoyo, mandadas por Liniers y Gutiérrez de la Concha, formada por 3.200 hombres y con penosas marchas a pie, llegó tarde, cuando ya la artillería británica había abierto brecha suficiente en la ciudad para propiciar el paso de

sus tropas. Parece ser, aunque las noticias son escasas, que se trató de una verdadera carnicería, con más de 800 españoles muertos y 600 prisioneros, entre ellos Huidobro y Arce. Por parte inglesa también se produjeron casi seiscientas bajas. Pero lo más triste llegó a continuación.

—El saqueo y obtención de botín por parte de los ingleses —entoné con tristeza.

—En efecto. Por fortuna, los comandantes de nuestros buques les prendieron fuego, siendo el último el teniente de navío Antonio Ibarra, comandante de la corbeta *La Atrevida*, que voló por los aires cuando ya los britanos tomaban una batería cercana. Pero la ciudad fue saqueada sin freno alguno en las primeras horas. Y ahora esperan la llegada de las otras expediciones, para con un ejército de 15.000 hombres pasar a la banda contraria del Plata y tomar Buenos Aires.

—Ahí los volverá a batir Liniers, señor —dije, confiado y eufórico.

—Con buen criterio, nuestro compañero de armas se retiró con sus hombres a Buenos Aires, para organizar la defensa. Pero aunque mucho creas en las aptitudes del brigadier Liniers, que son innegables, los milagros no suelen repetirse con tanta asiduidad como gustaríamos —el general volvía a esbozar una triste sonrisa—. Sería catastrófico perder Buenos Aires y Montevideo, porque jamás abandonarán esas plazas los ingleses. A continuación, tal y como habían previsto, tomarán los puertos chilenos del Pacífico. ¿Qué pueden hacer aquellos pobres hombres, sin recibir socorro de la Metrópoli en meses, y sin posibilidad de soñar en ellos? Que Dios y la Virgen del Rosario nos amparen. Sufro al pensar que los ingleses se prepararán a fondo y con tranquilidad, esperando el tiempo necesario los refuerzos de Londres, conscientes de que nada haremos desde aquí, a no ser que el Generalísimo Almirante nos conceda las fuerzas que necesitamos y que tan en alto pregona. La verdad, aunque nos duela, es que se considera imposible el apoyo. ¡Y no debería ser así! Es de ley catalogar dicha acción como difícil y peligrosa, precisamente las operaciones para las que estamos designados como oficiales de la Real Armada. ¿Acaso era fácil la conquista de Méjico por Hernán Cortés, o la defensa de Cartagena de Indias por Blas de Lezo? ¡Peligro y muerte! Esa es la carrera que escogimos.

Dejamos que pasara la tormenta, sin atrevernos a pronunciar una sola palabra. Don Antonio continuó con un murmullo a la baja.

—En cuanto los ingleses estimen que disponen de las fuerzas suficientes, darán el hachazo final a esa bella ciudad porteña. Perderemos una joya de nuestro imperio ultramarino, una cuenta más que nos arrancan del rosario

colonial sin que nos afecte en demasía, como si el cirujano nos sajara de la espalda unos granos purulentos. Y lo más gracioso es que esta corbeta llegada a Cádiz con las tristes nuevas, es la que llevaba a Buenos Aires las noticias de los ascensos de Santiago Liniers al empleo de brigadier, y el de don Pascual Ruiz Huidobro al de jefe de escuadra, al tiempo que se le nombraba para el mando interino de las provincias del Plata, en sustitución de ese bellaco del marqués de Sobremonte. Gracias a Dios y los santos de la mar, se acompañaba la orden de arrestar a ese cobarde inmediatamente, confiscar sus bienes y formarle causa sobre su conducta. Por desgracia, Huidobro no podrá tomar posesión de su nuevo destino, al encontrarse prisionero de los britanos.

—¿En que situación queda el brigadier don Santiago Liniers? —volví a preguntar, intentando tomar la última tabla de salvación.

—Se le ha asignado el mando de la ciudad de Buenos Aires y su territorio.

—Pues también él se estará preparando como debe para defender la ciudad, que ya lo hizo contra el general Beresford sin que los ingleses pensaran en una posible derrota. Ha hablado del general Blas de Lezo, señor, pues eso mismo puede hacer Liniers. Y en esta nueva situación, serán los britanos los que deberán desalojarlo de las calles porteñas.

—Dios te oiga. Pero no tiene mucho material ese valiente de donde sacar tajada. Supongo que si dispone de tiempo, fortificará la ciudad calle por calle, utilizando hasta las dotaciones de las pequeñas unidades navales que ya de poco le sirven. Pero debemos ser realistas, aunque nos duela. Con milicias y voluntarios de la ciudad y su territorio, armados con fusiles o escopetas de oportunidad, no es posible enfrentarse a un ejército regular y con experiencia a sus espaldas. Lo más triste es que se trata de un problema previsible y que se veía venir muy de lejos. ¡Por todos los golillas y sacramantecas de nuestra España, que no son pocos! ¡No se puede disfrutar de un imperio ultramarino sin escuadras a disposición! ¿Cuántas veces me habréis escuchado esa frase, que ahora hace suya el nuevo Almirante? En esta guerra, como en las anteriores a las que fuimos de la mano del francés, todo el peligro se centra en la mar, lo que ha sido olvidado de forma permanente, dejando morir una Armada que mucho costó levantar. Como de costumbre, en esta contienda seremos los únicos en admitir pérdidas territoriales, dada nuestra eficacia en las negociaciones de paz. Y si cae el estuario del Plata, podemos dar por perdido el cono sur. Vamos a vivir una etapa muy dura en todos los órdenes, porque nada sopla a favor.

—¿Todavía queda alguna negra por saber, señor? —volvió a preguntar Beto.

—Todo anda manga por hombro en la nación y sería una lista interminable. Parece mentira que en los pocos años de reinado de don Carlos el Cuarto, hayamos alcanzado un nivel tan impresionante de miseria y abandono. Como os decía, hemos perdido en poco más de diez años lo que costó cosechar durante casi un siglo. Pero lo que también me preocupa de forma especial son las maniobras que parece llevar a cabo el príncipe de Asturias, de las que corren demasiados comentarios.

Callamos una vez más, porque no era tema para entrar sin permiso. Pero ya continuaba don Antonio.

—Nuestro príncipe heredero es vivo e inteligente, aunque poco dado al estudio y el trabajo, según comentan. El valimiento o, como otros significan, la escandalosa privanza de don Manuel Godoy, que ha mantenido aparrado al príncipe de todos los negocios del Estado, se le puede volver en contra. Don Fernando, dado su carácter simpático y con especial gracejo personal, es muy popular entre la gente llana que lo ve como posibilidad de cambio a mejor, es decir, el polo opuesto al príncipe de la Paz. Además, aunque no estoy metido en esos menesteres, parece que la Grandeza lo apoya, como ya se vio en algunos intentos oscuros chamuscados en avance. La relación entre ambos personajes ha ido a peor conforme pasaban los años. Godoy intentó oponerse a la boda de don Fernando con la princesa María Antonia, hija del Rey de Nápoles, y al no conseguirlo, se comenta que intentó enviar a los jóvenes esposos en largo recorrido por las Indias, para afianzar los lazos con nuestras provincias americanas, aunque su real intención era alejarlo del Trono. El resultado es que don Fernando odia cordialmente a Godoy, amor recíproco sin duda, y se ha hecho cabecilla de un numeroso partido que ve con malos ojos el poder del valido. Y es peligroso que un futuro Rey se deje caer en manos de políticos, aristócratas resentidos en su mayoría, aunque haya algunos con buenas intenciones, y manibre en contra de su padre. Entre ellos destacan el canónigo Escoiquiz, que fue su preceptor y es su inseparable mentor, así como los duques de San Carlos y del Infantado.

—¿Y qué puede llegar a suceder, señor? —pregunté con inocencia.

—Pues que Godoy maneja muy bien su servicio de información, mientras don Fernando está perdiendo la necesaria discreción y se hacen bocas en corrillos, situación peligrosa para él, según me comentaba el intendente general. Creo que es una antorcha en un polvorín, del que puede sacar tajada nuestra Alteza Serenísima. En fin, espero que me equivoque y no nos sobrevengan males mayores de los que ya debemos afrontar.

El silencio cayó en la sala como telón de boca de un triste teatro. Lo que podía haber sido un día de alegría general, al conseguir la Armada el órgano colegiado al que tanto tiempo aspiraba, se trastocaba por acción maléfica en otra negra más, que no eran pocas las que nos entraban a diario en los últimos años. Por fin, don Antonio nos despidió hasta el día siguiente. Y por primera vez encontré rastros de cansancio en su cara, amadrinados a un abatimiento general que debía anidar bien dentro.

Cuando llegamos al palacio de Montefrío, nos esperaba la ola contraria, que no todo debían ser noticias de espolón agudo y en cascada. Tanto Beto como yo comprendimos, nada más observar el rostro de las mujeres, que algo de sabor agradable se cocinaba en el fogón, lo que aligeró nuestros espíritus un tanto caídos a la baja.

—¿Qué tal ha corrido esa magna ceremonia? ¿Habéis acudido al Palacio Real? —era mi hermana Rosalía la que entraba en preguntas de andanada sin fin.

—Muy eufóricas y alegres estáis esta tarde —entró Beto, que las veía venir.

—Razones hay para ello —terció María Antonia con media sonrisa—. Pero antes debéis narrarnos algún detalle de la inauguración en el palacio de don Manuel Godoy, ese nuevo Almirantazgo que relanzará la Real Armada a sus momentos de gloria. No todos los días se abre un Consejo de tal categoría. ¿Vestía elegante y pomposo el príncipe de la Paz, como nos tiene acostumbrados?

—No le faltaba aderezo alguno, salvo la capa de armiño en los hombros. Pero hoy andaba con prisas y ni siquiera se dejó querer como en él es habitual.

—Vamos, *Gigante*, cuéntanos todo con detalle y desde el primer minuto. No te vayas por las ramas, como suele ser tu costumbre.

Eugenia me apremiaba con una especial sonrisa en su cara, cuyo significado no supe descifrar. Y aunque deseaba entrar en las noticias que presagiaba de alivio, tuvimos que narrar lo acaecido desde el mismo momento en el que accedimos al palacio. Y no podíamos apretar la marcha porque nos asediaban con preguntas acerca de mil y un detalles a los que, en verdad, no teníamos respuesta. Menos mal que Beto era capaz de imaginar lo desconocido sin morderse la lengua, por lo que escuché pasajes que sólo en su imaginación habían acaecido.

—¿Y a vosotros os ofrecieron un sencillo refrigerio nada más? Qué falta de categoría la de ese advenedizo Guardia de Corps —María Antonia no escondía su profundo desprecio hacia el valido, heredado de mi padre y el tío Santiago, los dos hombres a los que estuvo unida.

—Tampoco el almuerzo fue para reventar tripas —alegó Beto—. Don Manuel Godoy no tenía buena cara hoy, como si se le hubieran torcido durante la noche algunos de sus más importantes asuntos. Pero ya veremos como discurre en el futuro, que el próximo lunes tendremos la primera sesión de trabajo. Bueno, señoras, ya está bien de centrar la conversación en el Grande Almirante. ¿Qué noticias son esas que adelantabais en cerrado?

—¿No asistió nadie de la Real Familia? ¿Ni siquiera el príncipe de Asturias? —ahora era mi prima Cristina, que ya se convertía en una preciosa niña de catorce años, quien mostraba su sorpresa.

—No estaba previsto. Y no creo que don Fernando se presentara de forma voluntaria a un acto presidido por el príncipe de la Paz.

Las cuatro mujeres se miraron entre sí, sonriendo con picardía como si escondieran un divertido secreto.

—La verdad, muchachos, es que sois dos parejas muy compenetradas —ahora era María Antonia quien, tras pronunciar la última frase, volvía a tapar su boca para no abrirse en carcajadas, mientras las jóvenes, especialmente Eugenia, teñían sus caras en rojo.

—¿Acabaréis el juego alguna vez? —me impacientaba por momentos, sin poder imaginar a qué se debía aquella escena más propia de teatro—. Vamos, madre, largue de una vez esas nuevas que tanto las divierten.

—Pues resulta que hace tres semanas —María Antonia dirigía la escena con decisión—, la joven Eugenia me confesó que tenía algunas dudas sobre un importante asunto. Le aconsejé mantener silencio algunos días antes de comunicarlo con seguridad. Y debido a esa compenetración entre los dos amigos y compañeros de la que os hablaba, Rosalía entró en los mismos interrogantes una semana después. En tales asuntos se debe esperar un tiempo prudencial, y creo que ha llegado el momento. Como me han nombrado portavoz familiar, hijos míos, tengo el placer de comunicaros que, con dos semanas de diferencia si todo marcha de acuerdo a las normas de la madre naturaleza, seréis padres.

—Vas a ser padre, querido primo. Me vas a dar un sobrino —Cristina se abrazó a mi para besarme de forma repetida.

La noticia me tomó desprevenido, porque jamás habría imaginado que tal era la razón de las risas cerradas. Pero mayor fue la sorpresa para Beto, que

necesitó tomar asiento junto a su mujer, como si hubiese sido herido en el pecho por tiro de pistola.

—¿Qué le sucede a estos hombres? ¿Se os ha licuado la sangre en limonada? —protestó María Antonia—. ¿No pensáis decir una sola palabra?

Por fin nos abrazamos a nuestras mujeres, mientras un extraño sentimiento de nueva felicidad recorría mi cuerpo en oleadas. Iba a ser padre, una situación normal en todo matrimonio pero que, de verdad, todavía no había sopesado. Posiblemente pensaba muy por dentro que necesitaba de un tiempo adecuado para prepararme, aunque tal consideración sonara a estupidez de grandeza. Como si las palabras fueran dictadas por un duende encastrado en mis tripas, las escuché llegada de lejos.

—Un nuevo Leñanza se abre a la luz, una generación más que, posiblemente, se incorporará a la Real Compañía de Guardiamarinas en su momento, para formar parte de los cuadros de oficiales de guerra de la Real Armada.

—¿Y si es niña? ¿También sentará plaza en la Real Compañía? —preguntó Eugenia.

—Tiene razón tu mujer. A qué viene pensar ahora en la Armada. Es posible que, si el valido continua al mando de la Institución, no exista un solo buque a flote cuando esas criaturas hayan crecido lo suficiente. Pero vengan a mis brazos, hijos míos. Me hacéis muy feliz. Esta casa necesita de savia nueva, niños corriendo por los salones sin freno. Estoy encantada de pensar en esos nietos que ya veo en mi imaginación. Sean niños o niñas, pidamos a la Virgen del Rosario, o a Nuestra Señora de Valdelagua, que vengan con salud al mundo.

La alegría se desencadenó, con abrazos y besos repartidos sin parada. Y como María Antonia estaba siempre pendiente de todo detalle, nos anunció una cena especial para celebrar la doble y esperanzadora noticia.

—Como sé que mucho gustáis de la carne de caza, enviamos a Okumé a la sierra para abatir un par de buenas reses. Y no suele marrar nuestro fiel secretario —le dirigió una sonrisa de cariño que el africano, situado en una esquina pero sin perder un solo detalle, agradeció como si recibiera una joya preciosa—. Y ya metidos en faena, le hemos dejado prepararlas con esos adobos que utiliza y, en verdad, hacen insípidas a las demás.

—También son buenos esos adobos para las madres que esperan descendencia —entró Okumé con su autoridad habitual—. Especialmente para la señora Eugenia, porque el nuevo *Gigante* ha de crecer a ritmo.

—Ya veo que sólo te preocupas de tu señor —saltó Rosalía en falsa indignación—. Carne en adobo para mi cuñada y gachas para mí.

—Sabe la señora Rosalía que daría también mi vida por ella. Pero su hijo no ha de tener esas hechuras, o así lo preveo en mi cabeza negra.

Todos reímos con fuerza los habituales comentarios, que Okumé pronunciaba con seguridad absoluta. Ese fue el momento en el que descubrí una falta.

—¿Y el primo Francisco? No podemos celebrar tal acontecimiento sin él —dije, convencido.

—Debe estar a punto de regresar —contesto María Antonia—. Salió para una cita en casa de don Alonso Sanromán, el administrador.

—¿No viene por casa don Alonso? ¿Sufre alguna enfermedad?

—Por favor, *Gigante*, para los muchos años que calza, debe agradecer al Altísimo su buen estado. No olvides que ya aconsejaba a tu abuelo, y debe haber superado con holgura los setenta. Estos días sufre un terrible ataque de gota, que lo mantiene atado por fuerza al sillón con escabel. Mucho debe sufrir el pobre con ese mal. Bueno, la verdad es que firmaría ante los evangelios, llegar a su edad en buena forma. En cuanto aparezca Francisco, dejaremos que Beto sacie su apetito. He visto que le cambiaba el gesto de su cara cuando nombré las reses adobadas.

—Y acierta como siempre, madre. El leve refrigerio ofrecido por el Grande Almirante en su palacio, no sólo no se acoplaba como debería a su pompa personal, bien lo sabe Dios, sino que me ha dejado un ruido de tripas imposible de acallar. Pero desearía incorporar mi grano de arena en momento tan señalado. Si la señora de la casa me lo permite, ofreceré unas frascas de vino de Madeira verdaderamente excepcional, que mantengo a buen resguardo para una ocasión como ésta.

—¿Guardas buen vino de Madeira, bribón? —pregunté, al tiempo que golpeaba su hombro—. ¿De dónde has conseguido el tesoro?

—Le ofreció unas frascas el marqués de los Camachos a nuestro general en Cartagena. Y don Antonio tuvo a bien cederme alguna para nuestro uso.

—¿Para nuestro uso, dices? Nada me contaste y las mantenías a cubierto.

—Sabes bien, querido amigo, compañero y cuñado, que jamás te escamotearía una frasca de buen vino. Bueno, a no ser que se tratara de Madeira perteneciente a una añada excepcional, como parece ser ésta.

Continuamos la velada con bromas y risas, mientras la felicidad se abría por troneras. Los problemas del Almirantazgo, así como las penurias de España, y de la Real Armada en particular, pasaron a popa con rapidez sin

mayor esfuerzo. Pero así se abre la vida como norma habitual a los humanos, que siempre ofrece soplos de aliento cuando te crees incapaz de respirar una mota de aire. De todas formas, no podía apartar de la cabeza el rostro de mi padre, como si me mirara con satisfacción desde los cielos. Estaba seguro de que se sentiría orgulloso hasta la borda, y feliz al comprobar que una nueva generación se abría paso. Y también él pensaría que los Leñanza deberían continuar al servicio de la Armada, una carnada nueva con nuestra sangre en la mar.

## 8. Avante con la esperanza

El monstruo de las siete cabezas, como embromaba Beto a menudo en aquellas jornadas de incertidumbre para designar al nuevo órgano establecido, se había situado por fin a la rueda. Y en pocos días llegué a la conclusión de que una importante Institución de nuevo cuño, como era el reciente Consejo del Almirantazgo, se asemejaba en muchos aspectos a un buque recién salido de las gradas del arsenal, dispuesto a cubrir millas avante. Es el importante momento en el que se deben cuidar los detalles finales con exquisita escrupulosidad y cariño, para que el nuevo ser de madera y clavazón cumpla las expectativas creadas por los ingenieros en su proyecto y, más importante todavía, se pueda comprobar que cumple las condiciones para las que ha sido creado. De esta forma, el mes de abril de aquel año del señor de 1807, debía ser de ambientación y despegue de la nueva criatura, una esperanza cierta para los componentes de la Real Armada, que veían en ella la posible solución, aunque fuese parcial, de los muchos males que la aquejaban.

El temor que había expresado por escrito el general Escaño, refrendado por alguno de sus compañeros, de que la nueva nave no exigiera un equipaje<sup>[35]</sup> excesivo para sus cuadernas, de forma que dificultara su correcto y ágil funcionamiento, cayó a tierra por esos habituales requerimientos personales que suelen mirar más al papel propio que al general de una corporación. Y digo esto porque conforme se confeccionaban los reglamentos particulares de las diferentes consejerías, aumentaba sin pausa el monto total de personal. Como un ejemplo más, el número establecido en las dos primeras semanas de abril se vio aumentado en pocos días con un agente fiscal, un escribano de cámara con cuatro oficiales, dos relatores, un teniente canciller, un procurador de pobres, un alguacil, un conserje, tres porteros y tres barrenderos, sin que se atisbara el final cercano de la marea. Aunque parezca que tales detalles no deberían mostrar importancia como para ser nombrados

en un análisis superficial, puede ofrecer una idea de cómo engordaba el cochino, sin que todavía se soñara en la fecha de su matanza.

Como negativo resumen, el Consejo del Almirantazgo se convirtió, según palabras de don Antonio, en una serpiente gigantesca en la que era difícil distinguir desde su cola el movimiento de la cabeza, así como su verdadera derrota y los objetivos reales que perseguía o, más bien, debía perseguir. Sin embargo, cuando se había navegado durante unas pocas semanas solamente, intuía por sus comentarios que nuestro general todavía confiaba en el nuevo órgano a futuros, con severas restricciones. A ello contribuía la realidad de que, a pesar de las iniciales sospechas sobre favoritismos y apadrinamientos, una táctica habitual que tanto nos perjudicara durante siglos, los miembros principales habían sido escogidos por sus verdaderos méritos. Tan sólo una monumental excepción oscurecía ese panorama y era la incomprensible ausencia del teniente general don José de Mazarredo, la mente más preclara de la Armada, que se mantenía en un injusto destierro por mano directa del engreído príncipe, que no perdonaba jamás a quien estimaba haber laborado en su contra, sin distinguir con claridad la diferencia entre el bien personal y el de la Armada y España.

Las semanas comenzaron a pasar a tranco largo, y es precisamente el transcurso del tiempo el que da y quita razones en verdad. Por fortuna, según palabras que escuché al general Álava, refrendadas en silencio por don Antonio, la mayor parte de las sesiones del Consejo se llevaban a cabo presididas por el marino nacido en Vitoria<sup>[36]</sup>, aunque sus decisiones debieran ser refrendadas por el Almirante, cuyas muchas ocupaciones y politiquesos sin fin impedían su asidua presencia en el órgano que regía por orden Real. Sin embargo, parecía que se tardaba demasiado en atacar los problemas importantes y reales que nos afectaban a diario, y que necesitaban de urgente resolución. Digo esto porque se perdió mucho tiempo, demasiado quizás, en cuestiones importantes pero parciales, entre las que podemos citar la creación del Juzgado del Almirantazgo en Madrid, así como sus ramificaciones en puertos de América y Filipinas, que sustituía al Tribunal en la Corte, y sus interferencias con el Consejo de Guerra. También el correcto encaje con la Inspección General rechinaba por algunos ángulos. Y de esta forma, los escribanos trabajaban a destajo para que el sistema pudiera funcionar en posibles aunque, para desesperación de algunos, con paradas de calma chicha. Era una nueva estructura, es cierto, pero estimo como muy probable que faltara generosidad de ideas para ensamblar el sistema en conveniencia.

Tampoco era capítulo a desdeñar la necesaria provisión de fondos, tan necesarios a la nueva institución, distinguiéndose entre ellos, ya de entrada, los privativos del Generalísimo Almirante y los pertenecientes al Almirantazgo mismo. El primer apartado era de sencilla solución al haberse decidido, por boca del propio beneficiario, que el salario del Almirante montara los diez mil escudos mensuales, cantidad nada despreciable para una Real Hacienda con telarañas en las arcas. Por su parte, el Almirantazgo debería nutrirse con los ancorajes<sup>[37]</sup>, los mostrencos<sup>[38]</sup> marítimos, la décima parte de las presas y el porcentaje, que podía llegar al ciento, de las multas impuestas por el Consejo o juzgados de él dependientes.

Como cada ministro de oficio del Consejo dispondría de su propio reglamento, una vez aprobadas por el plenario las líneas generales de conducta, a su redacción, bajo las directrices generales del Almirante y la batuta personal del general Escaño, nos alistamos Beto y yo sin descanso. Y salió a gusto de nuestro jefe directo en un alto porcentaje, protestando tan sólo de que todos los generales fueran edecanes<sup>[39]</sup> del Almirante. Como la tarea era continuada por nuestra parte cada día en su posada, donde se nos había habilitado una oficina cercana a su sala de trabajo, se despachó a gusto sobre este punto, aunque me pareció que entraba en falsete de orquesta.

—Ya podéis borrar ese artículo sexto, muchachos. ¿Cómo vamos a ser los generales edecanes del valido? Un teniente general de la Real Armada sólo puede ser edecán de Su Majestad el Rey Católico y esta Serenísima Alteza no lo es... todavía.

—Pues ese artículo no es negociable, señor, y viene impuesto por el propio Almirante.

—¡Si todas las putorronas que se encuentran en el fondo de la mar salieran a superficie, no armarían tamaño escándalo! Nos estamos perdiendo demasiado en estas pequeñas consideraciones, más propias de figurines de Corte, mientras dejamos en segundo plano lo fundamental que es la fuerza naval. Y no debemos olvidar, sin duda alguna, los arsenales, los apostaderos, la artillería, los hombres de mar necesarios y un rosario inacabable.

—Estamos de acuerdo, señor —intenté rebajar la marea—, pero sin reglamentos ningún órgano institucional podría funcionar. Es posible que estos detalles a los que alude debieran quedar en manos de leguleyos, que ése es su oficio, sin hacer perder el tiempo a quienes deben trabajar en otra esfera. Pero son algunos de los..., algunos de los propios consejeros, como bien sabe, los que exigen determinadas prebendas.

—Ya sé por donde navegas en la ocasión, infame mosquetero —me dirigió una paternal sonrisa—. Supongo que te refieres, entre otros, al intendente general, que exige ser la *única voz de mando*, en cuanto a los oficios que el Almirante dirija a los miembros del Cuerpo de Ministerio.

—Siento contradecirle, señor, pero en los nuevos reglamentos aparece ahora como Cuerpo de Cuenta y Razón —entró Beto en corrección con soniquete.

—Espero que te pudras pronto en el vientre de las toninas mediterráneas más rastreras. No me des la matraca una pulgada más con la putera reglamentación, muchacho —don Antonio apuntó con el dedo a la cabeza de Beto—. La verdad es que estoy de acuerdo con esa premisa solicitada por el Intendente, así como que el Secretario sea el medio de comunicación del Almirante con todos los ramos de la Marina. Pero no podemos perder una sesión de varias horas en discutir tales pequeñeces. Por el contrario, los expedientes llegan en tumulto y algunos de extrema urgencia, ¡de verdadera y personal urgencia! Esta mañana he leído con tremenda desilusión la desgarrada petición del piloto graduado de alférez de fragata que, de forma interina, detenta la jefatura del departamento marítimo de San Blas<sup>[40]</sup>. Expone a las claras y sin rebozo, que no se dispone en dicho departamento de un solo oficial de guerra, penosa situación que se sufrió en ocasiones anteriores y creíamos haber desterrado.

—Mi padre lo padeció en sus carnes, señor, cuando andaba destinado por las Altas Californias, en los últimos meses de vida de don Carlos el Tercero. Creía que tal contingencia se encontraba, desde entonces, solucionada.

—Nada de eso, hemos regresado a la misma coyuntura existente, cuando se expandía tal departamento hacia las Altas Californias. Pero debemos tener en cuenta que, en aquellos días, la Real Armada contaba con cerca de cuatrocientas unidades a flote, y el déficit de oficiales era notable. Parece difícil de creerlo ahora. ¡La Real Armada no tiene un solo oficial del Cuerpo General en el departamento marítimo con más leguas de costa, mientras aquí los rifamos en series de a ocho y muchos otros se encuentran pasados a cuartel! Deberíamos aplazar esas discusiones bizantinas sobre competencias y honores personales, para dedicar a peticiones como ésta el tiempo necesario y, sin pensarlo dos veces, enviar una orden urgente en oficio de pliego. ¡Que de forma inmediata y sin posible dilación, pasen algunos oficiales de guerra desde Veracruz a San Blas! —por fin, descargó sobre la mesa el puño, tal y como esperábamos—. Y si no se dispone allí de suficientes hombres, que pasen desde La Habana, sean voluntarios o no para tal destino, que no

estamos en la Armada para asistir a recepciones con guirnaldas —volvía a endurecer el tono de su voz—. Y eso sin hablar de las urgencias de nuestros arsenales, que formarían un rosario con miles de misterios en oración.

—Todo se andará, señor —volví a entrar a la baja—. Ningún buque arranca desde puerto con todo el aparejo largado a los cielos.

Quedó pensativo don Antonio. Parecía haberse perdido en una nueva idea, como si en verdad le preocupara más otro aspecto que no deseaba declarar. Ya que nuestra confianza con el general era muy grande, Beto lo intuyó al momento y entró al fuego.

—Creo, señor, que en el fondo le preocupan otros aspectos de mayor altura.

—Pareces un brujo, como aquel criado negro que no se separaba jamás una pulgada del padre de *Gigante*. Creo que se llamaba Setum o algo así. Pero tienes razón. No sé si seremos capaces de echar a andar este navío de cinco puentes, aunque con trabajo y esfuerzo sin límite, ¡de todos!, sería posible. Como dice *Gigante*, el rodaje es necesario y las velas deben acoplarse a los gálibos previstos. Sin embargo, me preocupa y mucho que este Consejo del Almirantazgo se encuentre, desde el primer día, tan ligado a una sola persona en su espíritu, formación y funcionamiento. Como si se tratara de una obra personal suya. No sé si me comprendéis.

—¿Se refiere a don Manuel Godoy? —pregunté, conociendo la respuesta.

—En efecto. Al principio no otorgaba demasiada importancia a este detalle, con tanto trabajo entablado a proa, pero he comprendido que se trata del gran peligro para esta Institución en la que hemos soñado durante mucho tiempo y, en verdad, necesitamos. Comencé a escucharlo en conversaciones perdidas y noticias escritas de corrillos a la contra, no siempre con la necesaria veracidad. En todos ellos se denomina al Consejo como «El Almirantazgo de Godoy», o «El Almirantazgo del valido». Pero ahora, ese partidillo que achucha al príncipe de Asturias a dar pasos que considero equivocados y muy peligrosos, también se vale de tales apelativos en plan de mofa e insulto. ¡No deberían hablar así de una Institución de capital importancia para la Real Armada y la entera nación! Quiero decir que este Consejo puede nacer castrado, si se considera como un mayorazgo particular del príncipe de la Paz. Deberíamos dejar bien claro a los que quieran oírlo, que el Almirantazgo no necesita almirante, que es un órgano colegiado imprescindible para el buen funcionamiento de la Real Armada. Y que la figura situada a su cabeza es, hoy por hoy, simbólica.

—Sabe muy bien que no es así, señor, aunque no le guste. Me refiero a lo de simbólica. Además, ¿quién se atreverá a comentar ese aspecto al Grande Almirante? —preguntó Beto.

—Me parece que cada día eres menos inteligente, muchacho —hizo un gesto de desesperación con su mano para acallarlo—. Por supuesto que nadie se atreverá. Ya sabéis que no suelo esconder la cara ni peloteo por las alturas, pero tampoco soy idiota. Lo que deseo explicaros es que la suerte del valido, como en el caso de todas las privanzas, es efímera. Puede caer en desgracia con Sus Majestades, o no ser capaz de aguantar el desgaste al que lo somete sin descanso la camarilla de don Fernando. Y en ese caso, si Godoy perdiera la influencia personal de la que disfruta en el Palacio Real y cayera en desgracia, podría arrastrar al Consejo entero con él. ¡Ese es el peligro! Debemos dejar bien claro que el Almirantazgo no depende de su persona ni a él se debe.

Comprendí las palabras de don Antonio y reconocí en mi interior que razón le sobraba. Aunque el valido había pasado a lo largo de los años por momentos de mayor o menor apego a Sus Majestades, era impensable que perdiera toda su confianza porque, como era voz común en la calle, *don Carlos reina y caza, mientras Godoy gobierna*. Pero la salud de nuestro Señor había pasado por momentos de mayor o menor preocupación y nadie dudaba de que, cuando don Fernando ciñera la Corona, el príncipe de la Paz debería salir de estampida por fuera de los reinos, a no ser que quisiera acabar con sus huesos en el más oscuro de los castillos. Quienes lo conocían aseguraban que el príncipe de Asturias odiaba al Almirante con toda su alma, y tampoco era don Fernando persona de las que perdonaban con facilidad. Por estas razones y como decía nuestro general, se había ligado de forma muy negativa a esa nueva Institución con una cabeza visible que, sin embargo, debería ser contemplada como temporal y en inestable equilibrio. Tal circunstancia suponía un motivo de gran preocupación, pensando en el futuro.

Las semanas y meses comenzaron a transcurrir con elevada velocidad. Para comodidad y beneficio de nuestras almas, las familias se mantenían en salud y las mujeres veían crecer sus vientres con alegría de todos. Sin embargo, no era camino de rosas el que debíamos cubrir en el aspecto profesional, porque tanto Beto como yo trabajábamos a destajo con jornadas de labriego esclavizado. Sin embargo, la parte más desagradable, con gran tristeza para nuestros espíritus, fue comprobar que la rueda del Almirantazgo no giraba

como todos esperaban. Y no me refiero a los dos primeros meses de batiburrillo general y lógico para un bebé recién destetado, sino al verdadero fin para el que había sido creado, intentando atajar en lo posible los males que afectaban a nuestra querida Institución.

Bien es cierto que los ánimos de todos, o casi todos, se encontraban preñados de nobleza y sana preocupación. Se intentaban resolver los problemas apremiantes, que no eran pocos. Sin embargo y para desánimo general, no éramos capaces de conseguirlo en demasiados casos o caíamos en los mismos errores achacados al anterior sistema. Había unidades con las maderas en dulce, incapaces de acometer comisión por falta de personal, incluso de oficiales en alguna ocasión. Se ordenaban a los arsenales alistamientos a voz que se consideraban imprescindibles, sin que se pudieran acometer los gastos que a continuación presentaban para el cumplimiento de la orden. En resumen, y como decía don Antonio, se daban órdenes en paloma mensajera con las alas rotas y, peor todavía, con conocimiento de tal situación. Y eso lo llevaba en ciertos momentos a un estado cercano a la desesperación porque, después de todo, el Consejo parecía incapaz de establecer unas prioridades mínimas y que nuestras unidades, o alguna parte de ellas, pudieran batirse el cobre en la mar. Incluso se llegó a pensar en un posible auxilio para ser enviado al Río de la Plata, de forma que desembarcaran las fuerzas expedicionarias al sur y sin oposición, para pasar en larga marcha a la defensa de Buenos Aires, que se suponía más que comprometida. Pero todo se perdía tras alargadas discusiones en el papel y con imposibilidades a la vista, hasta dejar las mentes en blanco y sin soluciones.

En el mes de mayo se creyó atisbar una posible salida al tremendo problema de la falta de fondos, aunque se tratara de un porcentaje de desmayo y para cubrir huecos de arena. Como ya he comentado en ocasiones anteriores, don Manuel Godoy, entrado en el momento de máxima sumisión al emperador francés, de quien esperaba la golosina con corona, daba prioridad al alistamiento de los buques franceses, en detrimento de nuestras unidades. Se trataba de cuestión difícil de creer, pero cierta como el levante gaditano. Y llegó el momento en el que el Almirantazgo evaluó con detalle los costos de las carenas y todo tipo de auxilios que se habían llevado a cabo desde el combate de Trafalgar en las unidades francesas, año y medio atrás, en los arsenales de Ferrol, La Habana y Cádiz. Se calculó con exactitud que el Gobierno francés adeudaba ya una nada despreciable cifra que superaba los

22 millones de reales, sin contar la costosísima carena realizada al navío *Foudroyant*, que no había sido calculada en pliego.

Tras no pocas discusiones, el Consejo pasó detallada nota al Ministerio de Hacienda para que se reclamara el pago al Gobierno francés de forma inmediata, dados los meses transcurridos. Pero como la bota del curso seguía impuesta sobre nuestras cabezas a plomo, pasaron las semanas sin que llegara una sola moneda del emperador. Ni siquiera se admitió una enérgica y oficial protesta por el impago, como defendía don Antonio en las sesiones del Consejo, cuestión zanjada de cuajo por el Almirante como *inapropiada en forma con nación aliada*.

Entrábamos en los primeros calores de un verano que fue muy generoso en temperaturas altas, cuando ya a la vista comprobábamos que la moral de don Antonio decrecía por momentos. Sentí mucha tristeza al escuchar sus palabras, que parecían dirigirse hacia la lejana mar que tanto extrañaba.

—Siempre he defendido la utilización de este superior órgano, bien lo sabe Dios, pero debemos ser sinceros y reconocer que el trabajo llevado a cabo hasta la fecha, no justifica la creación del Almirantazgo. En poco se diferencia con el anterior sistema empleado en la Secretaría, por lo que aquella podía haber continuado sin que se advirtiera la diferencia. No arbitramos los fondos necesarios, la matrícula naval muestra las mismas debilidades, seguimos desembarcando personal de los buques, pasamos unidades a situación de desarmo sin que lo merezcan, por falta de equipaje, cables o artillería, y los vicios se mantienen como prendidos con clavazón. Dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a leyes y nombramientos, muchos de ellos sin particular interés ni real posibilidad. No obstante, ordenamos habilitar a la mayor brevedad los navíos *San Carlos*, *San Pedro Alcántara* y *San Joaquín*, sin comprobar que se llevan a cabo o se dispone de suficientes fondos y materiales en el Arsenal cartagenero. Dejamos de lado el objetivo principal, nuestra presencia en la mar, perdiéndonos en las ramas día a día.

—Pero hacemos todo lo posible y más, señor —alegó Beto casi en lamento.

—Ya sé que trabajamos como asnos amarrados a la noria, y esa condición debería entristecernos más todavía. Porque de poco sirve. Os expondré un ejemplo. Conseguimos que el Almirante firmara una petición para que cada departamento nos expusiera con claridad las posibilidades de la matrícula, el estado real y al día de todos sus ramos, faltas de armamento que podrían ser cubiertas por los parques del Ejército, las necesidades más perentorias y el

caudal que se estima como mínimo para llevar a cabo las órdenes dictadas en el último mes. ¿Tan difícil es ese cálculo? Las contestaciones, sin embargo, se derivan por diferentes conductos, capitanes generales, Inspector General, Comisaría del Consejo, con imposibilidad de abarcarlos en su conjunto. Y es esa visión de conjunto la que necesitamos. Un gran problema, como el nuestro, podría subdividirse en pequeños problemas que podríamos afrontar uno a uno. Sin embargo, parece cuestión imposible. Es como un pellejo de ternero hinchado, que amenaza con reventar si no lo manejas con extremo cuidado. No sé si me comprendéis, porque a mí ya me cuesta entenderlo.

En esta ocasión, tanto Beto como yo nos mantuvimos en silencio, porque no encontrábamos resquicio por donde edulcorar la galleta. Don Antonio siguió en el mismo tono derrotista.

—Debería acabar esta putañera contienda contra los ingleses, que se alarga demasiado, y normalizar la penosa situación nacional de una vez. Nuestra depauperada España no puede mantenerse diez años en guerra casi continua, sin ventana abierta con los océanos. Es de todo punto imposible nuestra supervivencia sin comercio marítimo y las rentas que han de arribar desde las Indias. Por desgracia y aunque os parezca una barbaridad, deseo que ese Bonaparte sea aplastado en Europa de una vez. Sería la única solución para una paz generalizada en este continente.

—Pero, señor, no podemos desear tal desventura. Se trata de nuestro gran aliado, y en el poderío de su ejército confiamos como única esperanza de éxito —comenté a la baja.

—No podemos calificar como aliado a quien consigue la alianza con la amenaza de un ejército a las puertas de tu casa. Y ya os he repetido muchas veces que nada fío en ese emperador tramposo y torticero, cuando no dispongamos de Armada suficiente para poner a su servicio. Nada significan para él los acuerdos firmados, si no cuadran a su voluntad del momento. Si llega a formarse ese tratado sobre la partición de Portugal, en cuyos apartados no creo, correremos peligro.

—No sea pesimista, señor —Beto intentó animar el ambiente—. También podrían triunfar los planes del emperador y dominar toda la Europa, con la derrota definitiva de los bótanos.

—Por favor, muchachos, no creáis en los cantos de sirena, esos mismos en los que parece soñar Su Alteza Serenísima. Si Bonaparte triunfara y se hiciera dueño de toda la Europa, no dudaría un segundo en tomarnos con nuestro imperio ultramarino por entero de un bocado, o al menos lo intentaría. Ahora somos títeres a su voluntad, con lo que podéis imaginar la situación de una

Francia todopoderosa en el continente. ¡Válgame los cielos, que me asusta más esa posibilidad que los ataques navales de los britanos a nuestros puertos!

Me alarmaron estas últimas palabras del general porque las pronunciaba con una severa convicción. Y pareció comprender el efecto que causaban en nuestra moral porque, con rapidez, intentó una sonrisa y algunas palabras evasivas.

—Sabéis que me encuentro en momentos de escaso optimismo. Esperemos que España salga adelante como siempre hizo. Ya pasamos malos momentos en la Guerra llamada de Sucesión, cuando combatimos en soledad contra el mundo. Y todos despreciaron nuestras posibilidades, olvidando que los españoles somos capaces de enormes heroicidades, cuando una mano capacitada nos impulsa a ello. Una mano honrada, enérgica y capacitada — repetía estas últimas palabras en un suave susurro, como dirigidas a sus adentros—. Bien, trabajemos.

De aquella forma canceló don Antonio una conversación, que se mantuvo bien encastrada en mi cerebro. Porque partiendo de la premisa expuesta, no aparecía en un futuro cercano ninguna solución medianamente positiva para nuestra calamitosa situación, y me refiero a la de España. A decir verdad, también temía por la suerte personal de don Antonio, si comenzaba a airear por largo aquellas opiniones, en las que concordaba al ciento el general Álava, aunque el vizcaíno fuera más reservado en sus manifestaciones. Y para colmo de males, fue por aquellos días de julio cuando se comentó en un panfleto indigno, que los generales del Consejo del Almirantazgo se habían entrevistado en secreto con algunos miembros del partidillo de don Fernando, lo que puedo declarar en juramento de ley como falso de solemnidad. No era nuestro general de los que andaban en palabras de corro cerrado y con deslealtad a la persona que lo había nombrado.

En cuanto a la vida familiar, que se mantenía apartada del día a día por el horario al que nos sometíamos, cuadró una mala nueva en momento considerado de luces. Y era de las de tamaño con extremo dolor. Aunque no nos pillara de sorpresa, mi primo Francisco, dedicado por entero a mantener los bienes de la familia con el auxilio de administradores, caía nuevamente enfermo del pecho. A pesar de ser un jovencito con sólo dieciséis años de edad, se había entregado a su cometido con ilusión, una vez comprendida la imposibilidad de su ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas. Por fortuna, recibía los consejos del viejo y honrado don Alonso Sanromán, que hacía de preceptor en los asuntos comerciales, guiándolo con mano experta por ese complicado mundo de intereses.

Como triste repetición en su corta vida, al jovencito le atacaron unos terribles ataques de tos ronca, que parecía agarrada al pecho por estachas de fuerza. Los galenos volvían a ser pesimistas respecto a su futuro y recomendaban una nueva estancia en la sierra, tarea a la que se dedicó en cuerpo y alma María Antonia, que volvía a recibir un nuevo revés familiar. Se trasladaron a la hacienda de Galapagar, acompañados de la joven Cristina, que no quería separarse de su hermano en aquel trance un solo minuto. Como sucediera dos años atrás, se intentaba un nuevo milagro.

En el palacio de Montefrío nos mantuvimos los dos matrimonios en soledad y sin noticias durante tres largas semanas, preocupados por la salud y la vida de aquel joven que ya había sufrido suficientes reveses en su corta vida. Y como siempre había salido de trances similares, confiábamos esperanzados en una nueva mejoría, mientras las mujeres rezaban y encargaban novenas a los conventos cercanos. Sin embargo, fueron unas palabras de Okumé las que me hicieron ver la realidad que nos negábamos. Y es cierto como la existencia de la mar, que el cariño extremo suele cegar muchas veces a las personas, hasta oscurecer en velo la desgraciada realidad.

—Veo la situación de don Francisco muy mal, señor, y mucho que lo siento.

—Ha salido de trances similares. Confiemos en que así sea otra vez.

—También a mí me gustaría creerlo. Pero cuando los trances de tos aguda producen tanta sangre en brote, como tuvo lugar en el último ataque, son pocas las posibilidades de sanación que se le abren al enfermo. Ni las hierbas de los dioses podrían parar lo que preveo como un fatal y triste desenlace.

—Por Dios, Okumé, no puede morir mi primo Francisco. María Antonia no merece otro golpe así, que bastante ha sufrido la pobre con la pérdida de dos esposos y un sobrino, a quien también quería como un hijo.

—Como decía el sabio Setum, todo está escrito en el libro del destino sin posible cambio, señor. Por supuesto que la señora María Antonia es merecedora de regalos celestiales día a día. Una mujer como ella, que nunca hizo mal a nadie sino bien a todos, debería recibir algún especial detalle de Dios. Pero así es la vida, injusta a las bandas sin medida.

Y la nube preñada en negra conjunción cayó en nuestra casa de la calle del Barquillo pocos días después. María Antonia regresaba desde la hacienda de la sierra al palacio de Montefrío en una calurosa tarde de agosto con el cuerpo de Francisco en sus brazos, aunque no era más que un cadáver con los últimos suspiros elevados al viento. Pero en su último momento de lucidez, consciente de la dura realidad, el joven había pedido a su madre morir en el

hogar familiar, rodeado por todos a los que tanto quería. Y de esta forma exacta sucedió, porque aquella misma noche dejó este mundo rodeado por madre, hermana y primos, desconsolados en llanto ante tan terrible pérdida. Tan sólo nos aliviaba en parte el dolor observar su rostro, con el alma en la singladura definitiva, mostrando una extraña mueca de felicidad.

Como tantas otras veces, María Antonia, a pesar del dolor encastrado en las tripas, nos ofreció una nueva lección a todos. Había que seguir adelante, repetía como soniquete nervioso, una frase que tantas veces le había oído repetir a lo largo de los años. Y ya de entrada era necesario cumplir con las últimas voluntades, expresadas por el niño con extraordinaria lucidez. Francisco deseaba reposar para siempre donde le esperaban su padre, sus tíos Cristina y Francisco, el primo que había llevado su mismo nombre y el espíritu oculto de Setum. Como es lógico, nos decidimos a cumplir sus deseos al punto exacto.

Don Antonio de Escaño, que acudió a expresar sus condolencias a María Antonia, nos concedió los días de licencia necesarios para llevar a cabo el penoso viaje hasta la hacienda de Santa Rosalía. Como susurraba mi hermana Rosalía entre sollozos, qué diferente llegada al lugar querido, en comparación a la de pocos meses atrás, cuando aparecía en esa tierra recién casada y con el espíritu en vuelos.

Como un acto teatral, repetido de forma macabra una y otra vez desde que me alcanzaron las primeras luces, en las primeras horas de la tarde del 12 de agosto de aquel maléfico año de 1807, con una temperatura capaz de derretir la brea, dimos cristiana sepultura a los restos del primo Francisco. Llevamos a cabo el enterramiento, como era norma familiar desde que mi madre abandonara este mundo y acorde a sus deseos, bajo la pequeña ermita de la hacienda de Santa Rosalía, en recogida ceremonia. De esta forma, el pequeño reposaría para siempre junto a los miembros de esa familia unida que, poco a poco, perdía sus miembros como orden implantada por el maligno.

Contemplé con tristeza las lápidas que mostraban los nombres de mis padres, la del tío Santiago, la de mi hermano Francisco, así como una apartada y sin nombre, con una solitaria pero grande letra S grabada en el centro. En ella reposaban los restos del fiel e inolvidable Setum, inhumado de forma secreta para enmascarar la presencia de un musulmán en camposanto cristiano. Y era consciente de que habríamos caído en las rejas de la Santa Inquisición, de haberse conocido aquella medida decidida por toda la familia. Bajo la inicial de su nombre, tan sólo podía leerse: *Lealtad elevada al infinito*, que yo mismo había hecho grabar. Decía siempre mi progenitor, que mucho

debía agradecer a nuestra Señora de Valdelagua, a la que tanta devoción profesara desde la niñez, por haber recibido el regalo de ese sabio africano de piel negra como brea de calafate. Porque además de salvarle la vida en diversas ocasiones, Setum había decidido dedicarse al cuidado de su persona por el resto de sus días, con tintes de lealtad elevados hasta el infinito o más allá. Y tan unido se sintió a quien consideraba como su amo y señor, que no pudo sobreponerse a su pérdida y murió de tristeza.

Pero como decía María Antonia, coceada por todos los vientos a lo largo de su vida, debíamos seguir avante, como navío desarbolado tras furioso temporal, aunque fuera necesario navegar con todos los aparejos mentales en bandolas<sup>[41]</sup>. No podíamos olvidar que nueva sangre andaba prendida en los vientres de las jóvenes esposas, y era necesario luchar para que viviesen en una España que mereciera sus esfuerzos.

## 9. Santiago de Liniers y Buenos Aires

Atravesamos las semanas de intenso calor madrileño, sin que decreciera una mota nuestra dedicación al trabajo. Y he de ser sincero, al punto de reconocer que, tanto para Beto como para mí, se trataba de una tarea muy alejada de nuestros objetivos personales. No quisiera que se me interpretara mal, pero aquello de andar con papeles y requerimientos en tinta día y noche, se apartaba en muchas millas de lo que un joven oficial de la Armada puede desear. Echábamos de menos la brisa del mar con su característica humedad, los vientos de levante y poniente, las cubiertas de los barcos y, por encima de todo, la vida a bordo. Sin embargo, debíamos agradecer al general Escaño por ampararnos bajo su manto, con la esperanza lanzada hacia un nuevo escenario que nos permitiera regresar a lo que entendíamos como «lo nuestro». Pero éramos realistas al tiempo, y sabíamos que sólo un milagro podía cambiar el panorama abierto a nuestra Marina por aquellos días.

Aunque pasábamos por momentos de ligero optimismo, esos que el espíritu se empeña en presentar para no rendir el alma hasta la sentina, era incuestionable que la situación de España y su Armada no cuadraban a favor de ningún viento de la rosa. Comprendía que don Antonio se desesperara una y otra vez, así como su creciente escepticismo sobre el nuevo Consejo, pero también es cierto que en árbol podrido no es posible albergar frutos de calidad durante varias cosechas. Para elevar la moral en escasas onzas, algunas unidades a flote rendían servicios de fortuna, con derrotas a Indias en las que se derrochaba ingenio y valor, pero era fácil comprender que en un alargado periodo de tiempo, sería empresa imposible formar una escuadra capaz de enfrentar con mínimas garantías a una britana de similar poder. Pero como alegaban algunos generales, debía intentarse la faena, que para eso se alistaban los buques en los arsenales, y no quedar en puerto gastando comisiones con las cuatro anclas fondeadas en abrigo.

Por fortuna, en nuestra familia parecían allanarse los rescoldos de la marea negra poco a poco, aunque el dolor quedara prendido en telas interiores. María Antonia nos ofrecía una vez más su ejemplo de mujer positiva, capaz de encarar la vida en blanco y negro, aunque sufriera muy adentro sus penas y en silencio. Sin embargo, me preocupaba de forma especial mi prima Cristina, el único miembro que restaba de esa rama familiar perseguida por la desgracia, una preciosa jovencita cercana a cumplir los quince años, que se había convertido de la noche al día en una mujer de extraordinaria belleza, aunque ciñera vestidos de luto que no suelen realzar los encantos. Y era ella quien más se había visto afectada con la muerte de su hermano, por lo que intentamos ampararla en corro y suavizar las olas que parecían azotarla a fondo.

Pero siempre la vida puede ofrecernos algún rayo de sol, aunque la rumazón se mantenga en los cielos con maldita persistencia, como huracán antillano entablado a desbarate. Era necesario comparar de nuevo la vida y la mar, en esa mutación paralela y caprichosa que nos ofrecen día a día y que, posiblemente, conformara la salsa que las almas necesitan para transitar por este mundo con esperanza. Con el tiempo cabalgando leguas, habíamos entrado en los primeros días de un mes de octubre con cielos encapotados y ventoso por más, que cuajaba las calles de la capital con hojas muertas. No era más que el periódico símbolo de la tristeza o la esperanza, según cuadrara el ánimo de cada uno aunque, en verdad, no fuera el de la Real Armada como para lanzar vivas a los cielos. Sin embargo, una mañana en la que acudíamos a la posada del general Escaño para trabajar entre legajos, por no estar prevista sesión en el Consejo, encontramos a don Antonio con una sonrisa de felicidad que no le observábamos desde muchos meses atrás. Parecía esperar nuestras preguntas, que no tardaron en llegar.

—Parece que se abre esta singladura de mejor cariz, señor —lanzó Beto de buen humor.

—¿Tanto se aprecia en mi cara?

—No puede negarlo.

—Tenías razón, *Gigante* —me señaló con el dedo, al tiempo que ampliaba todavía más su gesto de satisfacción—. Y no lo creía posible por mi parte, sin que quisiera pecar de cenizo pesimismo.

Beto y yo nos miramos en silencio, sin comprender todavía por donde disparaba el general. Me disponía a entrar al detalle, cuando largó la primera frase dulce que nos entraba de frente en varias semanas.

—El brigadier de la Real Armada don Santiago de Liniers y Brémond, un hombre con los machacones bien puestos y el valor encastrado en las venas, ha batido a los britanos de parte a parte. Gracias a su heroico y extraordinario comportamiento no se ha perdido de forma irremediable la ciudad de Buenos Aires, ni tierra alguna del virreinato del Plata.

—Benditos sean los dioses de la mar y sus hijas las sirenas doradas — exclamé, exultante, sin poder contener mi alegría—. Ya le dije, señor, que...

—No me vengas con esas monsergas, por favor —elevó su mano para detener mis palabras—. Ya sabes que no admito esa frase de *ya se lo dije*, claramente derrotista. Todos sabíamos de la capacidad personal de Santiago Liniers, por su anterior actuación en la defensa de la ciudad. Pero debes reconocer que, en realidad, soñabas con un milagro capaz de salvarnos el pellejo, condición que no se presenta a diario. Y por la gracia de los cielos, sin olvidar el trabajo y el valor de aquellos hombres, ese milagro se ha producido. Bienvenido sea, por todas las zorronas del harén, que ya necesitábamos escuchar el sonido de las fanfarrias de victoria.

—Entonces, señor —me sentía felizmente nervioso y necesitaba una mayor información con rapidez, sin la lentitud a que nos tenía acostumbrados el general—, ¿se derrotó al inglés en toda regla? ¿Fue decisiva la victoria? ¿Se recuperó la ciudad de Montevideo y el margen opuesto del Río de la Plata? ¿Qué condiciones...?

—Para el carro, muchacho, o se desbocarán los animales sin remisión — don Antonio volvía a sonreír, satisfecho—. Una vez más, hemos tenido conocimiento de los hechos a través de una fragata mercante, *La Dorada*, que entró en el puerto de Cartagena con bandera de conveniencia. No sé que pabellón utilizaría en la ocasión, pero tuvo suerte de no ser interceptada por los britanos. Además de excelente y preciada carga, esa unidad traía el informe preliminar del brigadier Liniers sobre lo acaecido, un informe que ha enviado por cuatro derrotas diferentes. Y en vista de su lectura, podemos elevar un brindis de honor a los cielos.

Volvió a callar nuestro jefe, dispuesto aquella mañana a mantener ese juego de silencios e información entregada a pliegos escasos, con que nos obsequiaba a diario. En esta ocasión nos mantuvimos en silencio, lo que provocó el comienzo de la narración.

—Una vez que los británicos se habían apoderado de Montevideo, tras catorce días de heroica defensa por parte del jefe de escuadra don Pascual Ruiz Huidobro y sus milicias, se dedicaron a preparar a conciencia el definitivo ataque a Buenos Aires. Bien guarnecida la plaza de Montevideo

con 1.500 de sus hombres, el general Auchmuty decidió esperar la llegada de las fuerzas transportadas en las expediciones de Crawford y Withelocke, escoltadas por el almirante Murray. Éste tomaba el mando de las fuerzas navales en su conjunto, mientras *sir* John Withelocke lo hacía con las de tierra para conseguir el objetivo común. Pero en el ínterin había trabajado bien Auchmuty, formando un batallón de milicia con los ingleses que residían en la zona, un número demasiado elevado que no es comprensible hubiera sido autorizado sin medidas a la contra, en el estado de guerra que sufrimos. Envió diversas columnas a tomar la colonia del Sacramento y otras localidades interiores, con el fin de asegurar la línea de suministros y refuerzos para los futuros ataques a la ciudad porteña, que suponía bien defendida por ese Liniers que ya les había dado palmadas de sangre en la cresta. Un buen trabajo el del britano, que cumplió con éxito sus objetivos, mientras esperaba la llegada del general en jefe que mandaría un ejército que superaba los 15.000 hombres, una fuerza más que respetable para aquel escenario.

—Y llegaron los refuerzos —afirmé para aligerar la maniobra.

—Desde luego, que no suelen fallar esos bribones cuando ven la presa en la red, o así lo estiman. Como son conscientes de nuestra debilidad e incapacidad para enviar los refuerzos necesarios desde este viejo continente, se lo tomaron con absoluta tranquilidad.

—Por esa razón aumentaron los bloqueos de nuestros puertos en las últimas semanas —afirmé con seguridad.

—Ya lo suponíamos. Está claro que no querían fracasar de nuevo ante un puñado de valientes mal armados, y quedar en ridículo en un momento de la guerra en el que afectan mucho esos efectos sobre la honra personal. En los primeros días de junio comenzaron los preparativos para trasvasar sus fuerzas a la banda contraria del Río de la Plata. Y no era pequeña la moscarda, porque Withelocke preparó el transbordo de más de diez mil infantes, un regimiento de dragones, un buen número de piezas artilleras y un tren de puentes capaz de vadear el infierno. Por fin, el día 17 de junio, si los recuerdos no me engañan, comenzó el movimiento de tropas en sus unidades navales hacia la ensenada de Barragán que, con toda lógica, había sido la elegida como base de operaciones y fondeadero de los transportes. Recuerdo bien aquellas aguas de cuando, en los empleos de alférez de navío y teniente de fragata, estaba destinado en el Apostadero de Montevideo. Y casi pierdo la vida allí sin remedio, aunque sea ése otro cantar que no viene al caso.

Don Antonio nos ofreció un nuevo silencio, mientras se perdía en sus pensamientos juveniles y mi sangre hervía a borbotones de impaciencia. Por

fortuna, fiel a su capacidad recitaba de memoria fechas y números, con la seguridad por mi parte de que no marraba ninguno. Conociéndolo, podía apostar que habría leído el feliz informe más de cinco veces, hasta memorizar sus detalles. Pero yo no podía esperar un segundo más.

—Y comenzó el asalto.

—Mientras los ingleses se preparaban a fondo, no se mantuvo don Santiago Liniers mano sobre mano, ni mucho menos —no parecía haber escuchado mis palabras—. Como recordaréis, cuando su columna de apoyo llegaba, tras penosas marchas, a la vista de Montevideo, ya los britanos habían abierto brecha y entraban a saco en la ciudad. Por esa razón, se retiró a Buenos Aires con rapidez, pensando en no perder un solo hombre y preparar la defensa contra el ataque que, sin duda, se avecinaba. Y es gracioso que en aquellos momentos, precisamente, llegara una fragata mercante española que se coló en el puerto de Buenos Aires, sin que nadie comprenda cómo lo consiguió, burlando el intenso bloqueo, con el Río de la Plata atestado de pabellones britanos. Creo que ya os comenté, aunque ahora sepamos fechas y detalles, que esa fragata portaba los pliegos oficiales, en respuesta a las comunicaciones del año anterior con el éxito de Liniers. En esos documentos se especificaba el ascenso de don Pascual Ruiz Huidobro al empleo de jefe de escuadra, con encargo de ponerse al mando interino de las provincias del Plata en sustitución de ese bigardo malparido de Sobremonte. A Liniers lo ascendían al empleo de brigadier, debiendo continuar al mando de la ciudad porteña y sus aguas. Y no se olvidaban del nefasto virrey, porque el malhadado Sobremonte debía ser arrestado sin pérdida de tiempo, sus dineros y propiedades confiscadas a canto, así como serle formada causa severa sobre su conducta y actuación al rendir la plaza el año pasado. Por desgracia, el pobre de Ruiz Huidobro no podía tomar mando alguno, al encontrarse prisionero de los britanos, pero ya os digo que el flamante brigadier Liniers se preparó bien.

—Vamos, señor, podría entrar al grano sin mayor retraso, que nos tiene con el alma en vilo —Beto arimaba demasiado las ascuas, aunque mostrara la más dulce de sus sonrisas.

—Eres un impertinente, teniente de navío Pignatti. Debe ser la sangre italiana que incorporan tus venas en exceso. Te salvas por el buen humor del que disfruto esta mañana —don Antonio entraba por falsos y sin disgusto—. Bueno, seguiré con la narración de los acaecimientos a mi aire. Ya os decía que los ingleses estaban felices por disponer del tiempo necesario para preparar su ataque. Incluso podrían haber esperado una nueva expedición, si

así lo hubiesen dispuesto. Pero por fortuna para nosotros, su arrogancia alcanza límites difíciles de superar y supusieron, no sin razón, que disponían de la fuerza suficiente para arrasar a los defensores de Buenos Aires. Porque esos días de relajo y solaz también fueron cruciales para organizar la defensa, aunque las limitaciones de Liniers fueran mucho mayores. Pero aquí entra nuestra especialidad, que de los numantinos procedemos y sacamos escuela.

—Así hemos defendido gran parte de las Indias a lo largo de un siglo —medió Beto, ahora con voz zalamera.

—No hace falta que pelotees a la cortesana —don Antonio parecía disfrutar con la escena—. Liniers, con las vueltas<sup>[42]</sup> de su nuevo empleo a la vista, reunió al cabildo bonaerense que, como un solo hombre, se dispuso a seguir las medidas dictadas por nuestro gran hombre. Organizó a los habitantes en diferentes cuerpos y compañías, armándolos con todo lo que era capaz de matar a un inglés y atrayendo con rapidez a los de las provincias vecinas, utilizando correos para dar la voz de alarma. Y no fueron pocos los que acudieron a la llamada. Pero también se dedicó a fortificar la ciudad, calle por calle y casa por casa. Se establecieron barricadas y parapetos de fábrica en las avenidas principales, abriendo zanjas en las quiebras, preparó protecciones en las azoteas, distribuyendo a los hombres con orden, aunque se tratara de milicianos con escasísimo adiestramiento militar. Pero también actuó con la cabeza, desplegando ideas basadas en la astucia, ese medio que tantas veces hemos utilizado en casos de penuria. Digo esto porque fabricaron gran cantidad de frascos de fuego<sup>[43]</sup> y granadas de mano, como las utilizadas en nuestros barcos.

—Mucho gustaba de ellas el general Barceló, señor, así como de las camisas de fuego<sup>[44]</sup> —entré en recuerdo de los cuadernillos escritos por mi padre.

—Porque era de ese estilo y con los huevos en su sitio. Bien que las utilizó tu progenitor a bordo de los jabeques, cuando incendió aquella fragata argelina.

—¿Y que hizo con las fuerzas navales a su disposición? —preguntó Beto para regresar al nido.

—En cuanto a la escuadrilla bonaerense, si puede denominarse de tal forma a un grupo de zumacas<sup>[45]</sup>, cañoneras y unidades menores, con toda lógica las consideró inútiles ante el dominio naval britano, desembarcando armamento y todo lo que pudiera ser utilizado, situándola a buen recaudo dentro del Riachuelo. Pero concentró todas las dotaciones que, bajo el mando del ya capitán de navío Gutiérrez de la Concha, también ascendido en las

últimas mercedes, se formaron en un batallón de más de 400 hombres, marineros y soldados de Marina, que le llegaban como rosario a dama en duelo. La suerte se encontraba lanzada a los aires y ya sólo rendía la astucia y el valor, materias de las que no han podido privarnos todavía los golillas de turno en la Corte.

—Y atacaron los britanos a romper duelas —entré por varas de una vez.

—Por supuesto, y de qué forma. Pero no debemos perder la objetividad y reconocer, aunque nos duela, que en los primeros momentos, don Santiago Liniers estuvo desacertado por más.

—¿Desacertado? —era difícil aceptar aquellas palabras.

—No me miréis con esa cara, que él mismo lo reconoce en su informe como debe ser. El día 23 ordenó *sir* John Withelocke el desembarco de sus fuerzas, según lo previsto, en la ensenada de Barragán. Unos nueve mil hombres en principio, contando los agregados de la escuadra. Y con su habitual parsimonia, utilizó las jornadas siguientes para poner en tierra los bastimentos y artillería necesarios. El día primero de julio alcanzaban Los Quilmes, avanzando hacia el Riachuelo. Por su parte, Liniers había sacado sus fuerzas por fuera de la ciudad, a un punto desde donde creía poder acudir a cualquiera de los que eligiera el inglés. Dividió sus fuerzas en tres cuerpos, artillería de batalla y obuses, así como una necesaria reserva. Pero cuando los britanos llegaban al Riachuelo, les salió al paso Liniers con cinco mil hombres, extraña mezcla de soldados, milicianos y paisanos patriotas, con mil de ellos a caballo. Mucho valor y mayor desorden tras las primeras refriegas. Todos sabemos lo que un ejército regular es capaz de hacer en terreno abierto, especialmente los ingleses con su férrea disciplina de campaña, contra un grupo de voluntarios. Ya os decía que fue una imprudencia un tanto temeraria de Liniers. Como resultado, a pesar del valor desplegado, sus tropas se vieron envueltas, al punto de huir con escaso orden, mientras un generoso número quedaba con sangre en el campo de batalla, valientes que intentaban suplir con valor los conocimientos que todo soldado ha de poseer. Lo que más dolió a nuestro hombre fue el abandono, en la precipitada dispersión, de doce piezas artilleras y armamento de mano que tan necesario se consideraba.

—¿Huyeron? —no podía creer lo que escuchaba—. Pero eso no es posible si...

—Si dejaras hablar, jovenzuelo, entenderías mejor las explicaciones. Por una parte me apremiáis y, sin embargo, cortáis la narración una y otra vez — hizo un nuevo aspaviento de falso enfado—. La verdad es que se produjo un pequeño desastre. Pero ese fue el momento en el que le alcanzó a Liniers la

paloma de la suerte, ese soplo que necesitan los grandes hombres en determinados momentos de una campaña y que cargan la balanza a favor. Si el general inglés hubiera aprovechado el desconcierto y atacado por todos los frentes dispuestos, creo que habría arrasado las posibilidades españolas. Por fortuna, creyó haber triunfado en línea y esperó al día 3 de julio para enviar parlamento de rendición. Una solemne estupidez. Les había concedido el tiempo necesario para reponer fuerzas y establecerse en los puestos de los que no debían haber salido. El parlamento fue rechazado por Liniers de plano, sin mayores explicaciones. Sin embargo, de nuevo fue enviado por el inglés veinticuatro horas después, antes de ordenar el ataque general. También rechazó Liniers esta segunda proposición, que otros muchos habrían aceptado, con enérgicas palabras. Creo que las tengo por aquí y son dignas de mención —don Antonio buscó entre los legajos de su mesa, hasta encontrar lo que buscaba—. Dice Liniers en su respuesta:

*Acabo de recibir el oficio de V. E. de fecha de hoy, sobre cuyo particular tengo el honor de contestarle que mientras tenga municiones y exista el mismo espíritu que anima a toda esta guarnición y vecindario, jamás admitiré propuesta alguna de entregar el puesto que me está confiado por Su Católica Majestad, muy persuadido de que me sobran medios para resistir a todos los esfuerzos que V. E. haga por vencerme. Los derechos de la humanidad que reclama V. E., cualquiera que sea la definición de esta contienda, me parece que serán más bien vulnerados por V. E., que es el agresor, que por mí, que no pienso más que cumplir con lo que me prescribe mi honor y el justo derecho de represalia. Dios guarde a V. E. muchos años. Buenos Aires, a 4 de julio de 1807. Firmado: Santiago Liniers. Dirigido al Excmo. Sr. John Withelocke.*

—Buena respuesta, sí señor —aplaudía Beto con entusiasmo.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo. La verdad es que el general inglés perdió un tiempo precioso, creyendo que estaba barrida la cubierta de proa a popa. Ordenó el ataque general, por norte, centro y sur en las primeras horas del día 5, mientras una lluvia intermitente calaba a fondo y el frío se metía bien dentro de los huesos. Utilizaba un total de unos diez mil hombres, más otros dos mil cedidos en reserva. Se destacó en primer lugar por el extremo septentrional el ataque del general Auchmuty, que intentaba forzar las posiciones del Retiro y Plaza de Toros, defendidos por el capitán de navío

de la Concha, atrincherado a muerte con los 400 hombres de la escuadrilla. Y debía oponerse a los 3.000 britanos que fueron rechazados en tres ocasiones sucesivas. Las tropas de Marina, así como una compañía de gallegos que se había hecho fuerte en la Plaza de Toros, debieron salir a la bayoneta, consiguiendo que los britanos retrocedieran a sus posiciones iniciales. Fue el momento en el que Auchmuty, con buen criterio, decidió dejar paso a la artillería para que barriera aquellas posiciones sin exponer un hombre más. Y tras el bombardeo, siguió un nuevo ataque ante el que debió rendirse de la Concha, cuando se encontraba acompañado por doce oficiales y 150 hombres, sin municiones y encontrándose él mismo herido de balazo en una pierna, después de clavar los cañones. Pero todo se encontraba en el aire, aunque los britanos daban el desenlace como próximo.

—Su prepotencia les ciega a veces —lanzó Beto en voz baja.

—A un tiempo, la columna mandada por el general Mauran entraba desde el sur de forma poco caballeresca por el hospital de la Residencia, desguarnecido por los españoles debido a la función humanitaria a que se dedicaba, mientras Auchmuty, vencida la resistencia, lo hacía desde el norte, ambos en dirección por líneas convergentes hacia la Plaza Mayor. Y en perfecta sincronización entraba en la ciudad el general Crawford por el centro, sin encontrar la feroz resistencia que presagiaba. No se apercibió de la celada que Liniers le tendía, pero ya sabemos que estos britanos son muy astutos en la mar, pero como peces babosos en tierra.

El general Escaño se permitió una risotada por su propio comentario, mientras Beto y yo nos manteníamos atentos como asistentes a un acto teatral. Pero ya estaba el general lanzado sin pausa.

—Con leves tiroteos en la distancia, se permitía avanzar a los ingleses hacia el interior de las calles. Y una vez que la columna del centro se encontraba en la ratonera, que así lo presentía Liniers, se produjo el milagro, o más bien el rayo diabólico para los ingleses. Porque, como por arte del maligno, aparecieron en las azoteas de cada edificio hombres con armas en la mano, disparando balas mientras otros en apoyo lanzaban frascos de fuego, granadas, metralla en bolsas, ladrillos, piedras y todo lo que pudiera ofender al enemigo. Cada propietario, con sus negros, defendía la casa propia, habitación por habitación, hasta convertirlas en fortalezas inexpugnables. Podemos asegurar que no había en la ciudad habitante que no estuviera presto a su defensa, aunque hubiese cogido un fusil por primera vez aquella misma mañana. Al mismo tiempo, de las bocacalles aparecían montajes ligeros de artillería manejados a mano, que contribuían a la masacre con fervoroso

ardor. Las tropas de Crawford intentaron desviarse y salir del espantoso atolladero, llegando a unirse con la columna britana que aparecía por su derecha, pero los tiradores apostados en terrazas y ventanas persistían en su incansable misión, mientras los ingleses continuaban sembrando de sangre las calles. Por fin, Crawford pensó que su única solución se encontraba en el espacioso convento de Santo Domingo, donde se parapetó a bastión, instalando a sus hombres en cada ventana. De todas formas, quedaba copado al igual que las otras columnas, caídas en la misma y elemental celada. En aquellos momentos, Liniers estimaba unas bajas en los britanos superiores a los cuatro mil hombres, mientras las de los españoles apenas llegaban a los 800.

—¿Y se rindieron los ingleses? —pregunté, esperanzado en una respuesta positiva.

—Bueno, Liniers ofreció parlamento a Crawford, que respondió con impropio altanería, creyendo que era el único mando britano en encontrarse con problemas. Esperaba que otra columna llegara en su auxilio, lo que no era posible en aquellos momentos. Por fin, a las dos y media de la tarde, tras ocho horas de sangrienta e inagotable lucha, habiendo perdido la mitad de sus hombres y con escasa munición, el general Crawford entregó su espada al coronel Elio, quedando prisionero sin más garantía que la de las vidas de sus hombres. Estas condiciones habían sido dictadas por orden directa de Liniers, escarmentado quizás de su excesiva caballerosidad en el encuentro mantenido el pasado año con el general Beresford.

—¿Y las demás tropas inglesas? ¿También se rindieron? —preguntó Beto.

—La noticia de lo sucedido en el convento de Santo Domingo se corrió entre los grupos dispersos de las otras columnas, que vagaban intentando evitar la lluvia incesante de fuego producida por los fusileros de fortuna escondidos en cada agujero. Los que no pudieron salir de la ciudad en desbandada, acabaron por rendir las armas. De esta forma, se ordenó cesar el fuego por ambas partes en la tarde del mismo 5 de julio.

—¿Se rindió el general en jefe? ¿Devolvieron la ciudad de Montevideo?

—Calma, *Gigante*, que todo llega en esta vida. Ya os dije que el éxito milagroso e inesperado se había producido. Lástima de esa salida absurda de Liniers, que propició pérdidas evitables. Pero, bueno, bien está lo que acaba en orquesta de luces. En la noche de ese mismo día, era Liniers quien enviaba generosas proposiciones al general en jefe *sir* John Withelocke, invitándolo al fin definitivo de las hostilidades. Le avisaba de que se podían producir mayores daños a sus hombres si persistían en su actitud, avisándole de que,

además de los muertos que sembraban de forma profusa la ciudad, tenía en su poder dos mil prisioneros, de ellos 105 oficiales, varios coroneles y el propio general Crawford, así como gran cantidad de heridos. Liniers ofrecía entregarlos si se aceptaban sus condiciones de rendición definitiva, con devolución de las plazas tomadas y promesa de no volver a combatir contra las posesiones españolas en el Río de la Plata.

—Supongo que el general inglés intentaría embaucar a Liniers, como ya hicieron en el anterior ataque —clamó Beto, indignado por adelantado.

—Ya estaba nuestro hombre escarmentado en carne propia. Y eso que se encontraba disminuido de condiciones físicas, por haber sufrido herida abierta en el costado. De todas formas, la contestación del britano fue de cal y arena, solicitando veinticuatro horas de suspensión de hostilidades para recoger muertos y heridos, y entrar posteriormente en conversaciones definitivas. Pero ya os digo que había aprendido bien Liniers la lección. Le contestó que no entendía como aceptadas sus condiciones y si persistía en la forma, retomaría el combate. Y lo hizo una hora después tan sólo, abriendo fuego con todo el material a disposición y la moral por las nubes. Acogotado el britano, envió rápido parlamentario para proponer el armisticio, hasta que se trataran las condiciones entre los generales superiores y el almirante al mando de las fuerzas navales.

—¿Y lo aceptó?

—Ya tenía Liniers la sartén por el mango y no pensaba soltarla una pulgada. En las conversaciones, los britanos, con su forma habitual de negociar, ofrecieron evacuar Montevideo en seis meses, manteniendo comercio libre para sus barcos, una porción de territorio bajo soberanía británica en el Plata, así como considerar neutral el escenario por el resto de la guerra. ¡Querían un nuevo Gibraltar en aguas del Plata esos huevones del demonio! Nuestro hombre negó una a una dichas condiciones sin inmutarse una mota, hasta que, por fin, obligados los britanos, se firmaron las cláusulas definitivas en la tarde del día 6 por Liniers y el mayor general John Lewison Gower. Por estas condiciones de capitulación, se cesaban las hostilidades de forma definitiva en la zona. Se restituían los prisioneros, incluidos todos los britanos que habían sido apresados desde el principio de la guerra. Las condiciones eran las habituales en estas ocasiones, los oficiales en prenda con palabra de honor dada y el resto de los hombres bajo recibo. Todos con la condición de no servir en la guerra por tierra o por mar, en tanto no fuesen canjeados. Y hacían entrega de la ciudad de Montevideo, con la artillería y efectos depredados. De esta forma, 6.059 hombres del ejército, con

numerosos heridos, embarcaron en la escuadra, abandonando el Río de la Plata el 13 de julio. Los más graves quedaron en Montevideo, abandonando el último inglés tierra española el día 9 del pasado mes. Y lo más importante, los britanos se comprometieron a no molestar a la ciudad de Buenos Aires ni otro territorio del virreinato del Plata, mientras dure la contienda abierta entre las dos naciones. ¡Así se coman los marrajos los huevos de esos ingleses prepotentes y bucaneros! ¡Rendición británica al fin, y de envergadura! No debéis olvidar que han sufrido en Buenos Aires cuatro veces el número de bajas, en comparación con el combate de Trafalgar.

Don Antonio de Escaño ofreció uno de sus habituales puñetazos en la mesa, esparciendo legajos a derecha e izquierda, aunque esta vez se tratara de pura satisfacción. Quedó por fin en silencio, mirándonos a la cara con cierta sorna.

—Como podéis comprobar, no es exageración lo que tantas veces os he repetido, y que debéis tener en cuenta para el futuro. Con valor en las tripas y los machacones bien puestos, es posible atacar cualquier empresa, por difícil o imposible que parezca. Aunque estemos bloqueados, debemos ser capaces de salir a la mar y rendir servicios, si se juega con la cabeza, manejando las condiciones favorables, la astucia y con los pendolones por alto. En el Plata lo han demostrado esos bravos, armados con trabucos y ofreciendo una alegría cuando mucho lo necesitábamos pero, más importante todavía, una lección a seguir. Y no creáis que estos comentarios los limito a este despacho. Se lo he comentado en persona al Almirante, empeñado en que los navíos se mantengan en puerto bien alistados, aunque ese último aspecto sea una quimera difícil de creer. Eso sí, bien defendidos por armadillas que cuestan dos reales, por mucho que hayan prestado extraordinarios servicios. Los navíos se construyen en los arsenales, para salir a la mar y hacer la guerra. Si se pierden ante el enemigo, pues se reza un responso por los muertos y se continúa en la brecha. Pero si una provincia española, acá o en las Indias, se encuentra en peligro, se debe echar el resto, que no siempre gana la superioridad, como ha demostrado don Santiago Liniers. Pero estos cortesanos, golillas o marqueses no lo comprenden. ¿Sabéis por qué? Es una respuesta bien sencilla. Porque jamás han luchado con el pistolón encastrado en los huevos, ni han visto correr la sangre por la cubierta de un barco.

Nos dejaron impresionados aquellas palabras que le brotaban al general del corazón. Pero no deseaba cerrar aquella conversación de gloria en negro, por lo que derivé hacia otros derroteros.

—Supongo que los héroes del Plata serán recompensados como se merecen.

—Son tan escasas las victorias de las que gozamos en esta guerra, que se forzaré la mano en la ocasión. Nos comentó el príncipe de la Paz que se manejan diversas gratificaciones. A la ciudad de Buenos Aires, como un todo homogéneo, se le concederá especial prebenda, para que luzca en su escudo el lema de *Noble, Leal y Excelente*. A don Santiago Liniers se le ascenderá al empleo de jefe de escuadra, pero también recibirá encomienda en la Orden Militar de Montesa, así como nombramiento de virrey y capitán general de esas provincias que tan bien ha sabido mantener para la Corona. Pero creo que se quiere ir un paso más allá y acabará por recibir un título de Castilla, el condado de Buenos Aires posiblemente, con una nada despreciable renta de cien mil reales de aquellas cajas. En cuanto al resto del personal, ascenso inmediato para todos los jefes y oficiales de la Armada, así como a sus compañeros del Ejército, sin olvidar a las milicias que se portaron como leones. Y a propuesta del propio príncipe, manumisión de los esclavos que hayan combatido con demostrado valor, indemnizando a sus dueños por medio de las cajas reales.

—Ya es hora de que se actúe con generosidad con quien lo merece —dijo Beto—. Bien se lo ganaron todos los que allí lucharon.

—Siempre he dicho —ahora don Antonio entonaba en voz baja—, que la asignatura pendiente en nuestra Armada, a lo largo de siglos, ha sido el saber premiar y castigar con rigor y sin favoritismos. A pesar de estas golosinas, poco fío en que se enmiende la plana. Pero, bueno, es hora de celebrar y no de pensar en tristezas.

Y bien que lo celebramos aquel día. Aunque era de teórico descanso, don Antonio nos ofreció un magnífico almuerzo, esta vez regado con buenos caldos y suficiente generosidad. Se trataba de una excepción en sus normas, que Beto aplaudía mientras trasegaba carnes y vinos rojos por su garganta. Sin embargo, por encima de aquellos placeres quedaba prendida la hazaña del ya jefe de escuadra don Santiago Liniers, que con sus acciones había sido capaz de levantar la moral de un pueblo abatido. Si ese ejemplo era seguido, todavía era posible soñar, y a esos pensamientos nos aferramos con los garfios.

## 10. Prevenciones del general Escaño

A pesar de las buenas noticias recibidas desde el Río de la Plata, que levantaron en júbilo la moral alicaída de todos los españoles, aquel mes de octubre de 1807 debía entrarnos todavía con nuevas de grueso calibre, calientes y a la cara, como si Satanás en su maligna conjunción hubiese decidido que la ya sufrida y depauperada España, debiera padecer algún golpe más de rebenque en sus dolidos costillares. De esta forma, la vida un tanto acomodada, aunque de intenso trabajo, que tanto Beto como yo manteníamos bajo el mando del general Escaño en el Almirantazgo, saltaría por los aires sin darnos respiro para asimilar los bandazos que la mar política propiciaba a esa nave nacional sin descanso.

Pero antes de entrar en lo que podríamos denominar como escenario político español y europeo, que afectaba a la Real Armada por derecho, también en el palacio de Montefrío, donde convivíamos en unida familia, nos entraba una nueva rasa por malas, cuando todavía no habíamos asimilado la pérdida del primo Francisco. Debió ser a mediados de mes, cuando sufrimos una inesperada noticia con profunda tristeza. Mi hermana Rosalía, que entraba en su octavo mes de gestación, sufría los dolores típicos del alumbramiento. Llamado el médico de la familia y la partera Alodía, se encerraron ambos con la parturienta en su alcoba, bajo la atenta mirada de María Antonia. A Eugenia, que se encontraba un poco más adelantada en su embarazo que mi hermana, se le prohibió asistir para no sufrir choques emocionales que incidieran negativamente en su estado.

Aunque faltaban poco más de cuatro semanas para que el parto de Rosalía se alumbrara con el tiempo justo y medido, tanto el galeno como nuestra madre aseguraban sin dudarle una absoluta normalidad, porque eran sobrados los casos de nacimiento con adelantos iguales o superiores. Y para calmar los nervios al alza, María Antonia nombraba un alargado número de miembros pertenecientes a familias amigas con casos parecidos. Sin embargo, una hora

después de iniciada la tarea, con Beto en paseo incesante por la galería superior, no se escucharon desde los alojamientos de mi hermana los llantos de recién nacido que todos esperábamos de un momento a otro, sino el rostro entristecido del galeno saliendo de la alcoba con sudor en la frente. Y no esperó un segundo de más el doctor Buenarosi para enroscar la llave del portón. Se dirigió por derecho a Beto, al tiempo que intentaba limpiar los cristales de sus lentes con movimientos nerviosos.

—Bien que siento tener que ofrecerle una mala e inesperada noticia, señor. He de comunicarle que el niño ha muerto en el parto. Bueno, sería más correcto decir que el pobre nació ya sin vida. Todo se complicó al aparecer la criatura con el cordón umbilical enroscado en su cuello, situación que le produjo una asfixia irreparable, visible en el color de su cara. Ha sido de todo punto imposible remediar la anomalía, que sólo el infortunio concede en algunos casos. Le ofrezco mis mayores pruebas de aprecio y sentimiento.

El rostro de Beto empalideció al color de la cera, mientras se mantenía en silencio, incapaz de articular palabra. Fueron unos segundos de especial dolor para todos los presentes, hasta que pude escuchar sus palabras, tristes palabras lanzadas con voz queda que parecían llegar desde muy lejos.

—El pobre niño asfixiado —parecía no creerlo todavía—. ¿Y la madre? ¿Cómo se encuentra?

—No debe preocuparos. Su esposa es una mujer sana y fuerte. Ha soportado el parto con especial entereza y sin mayores complicaciones..., para ella quiero decir. Se repondrá en pocos días y podrá alumbrar de nuevo sin dificultad alguna. Han sufrido la desgracia de ese inesperado episodio, que se presenta a veces sin posible solución.

—¿Era un niño? —volvió a preguntar mi amigo.

Pareció dudar el galeno antes de contestar, mientras continuaba con el nervioso masajeo de sus lentes.

—Sí, un varón sano y fuerte, que habría soportado el parto prematuro sin problemas. Pero no se martirice por ello cuando ya nada ni nadie puede remediarlo. Son jóvenes y otros muchos alumbramientos seguirán el camino.

Mientras Beto solicitaba permiso para entrar en la alcoba de su mujer, apreté a Eugenia por los hombros contra mí, al observar cómo la pobre se rendía en sollozos apagados. Intenté consolarla, mientras por mi cabeza pasaban imágenes desoladoras, como si fuese posible un contagio en la desgracia y debiéramos sufrir un castigo similar en nuestras carnes. Acabó por salir María Antonia, también con los ojos bañados en círculos rojos,

enlazándose con fuerza a nosotros. Escuché su voz lastimera cerca de mi oído, como si hablara con el más allá.

—Parece que Dios nos quiere castigar una vez más a causa de pecados no cometidos. Por todos los santos del cielo, que no lo merecía esta pobre niña mía. Por fortuna, no llegó a ver a su hijo, que era un niño fuerte y precioso. Pero hemos de continuar, hijos míos, que ya volverá a crecer la semilla. Y tú, mi niña —se dirigía a Eugenia, acariciando sus mejillas con especial cariño—, no te preocupes, olvida esta desgracia y cuídate sin pensar en posibles problemas. Tu hijo nacerá en su momento y sin contratiempos.

Es fácil suponer que, una vez más, se sumía el palacio de Montefrío en el más espeso dolor. Y ya arreciaba el temporal con demasiada insistencia y peligro de desarbolar más de un aparejo. Pero María Antonia tenía razón como siempre y debíamos continuar el camino, aunque se abriera en cardos. Como era norma habitual en tales casos, sin mayores demostraciones y con la necesaria discreción, Okumé fue el encargado de transportar el féretro blanco hasta la hacienda de Santa Rosalía, donde recibió un ligero responso en la ermita.

Aunque don Antonio concedió a Beto los días que estimase oportunos para paliar el difícil trance sufrido, mi compañero decidió refugiarse en el trabajo como mejor medicina, aunque no desaprovechaba ocasión para consolar y estimular a mi hermana. Gracias a Dios, Rosalía se recuperaba sin problemas físicos añadidos, aunque todavía el dolor se reflejara en sus ojos con claridad. Creo que mi compañero acertó en el tratamiento impuesto a machamartillo, porque no hay mejor unguento para el alma preñada en dolor intenso que las preocupaciones profesionales y, de esta forma, intentar apartar los miasmas del cerebro.

Sin solución de continuidad, lejos de disfrutar de un merecido descanso para cuerpos y espíritus, pocos días después del fatal desenlace familiar, irrumpía don Antonio en el saloncito donde trabajábamos Beto y yo con rostro preocupado. Era extraño que para hablar con nosotros acudiera a la estancia que actuaba como secretaría, en vez de hacer sonar la campanilla de aviso que, durante muchos días, se mantenía en agitación permanente. Aunque nos pusimos en pie nada más observar su figura, ordenó con un gesto de su mano volver a nuestros asientos, todavía sin pronunciar una sola palabra. Inquieto en sus movimientos, tras dar un par de vueltas en círculo por el despacho sin rumbo decidido, se apoyó en el borde de mi mesa escritorio. Comenzó a acariciar su barbilla, actitud que reforzaba la preocupación de su rostro. Por fin, dejó caer sus primeras cuentas con tono a la baja.

—Este indigno emperador no ha sido capaz de esperar siquiera a la firma del Tratado, para pasar a la acción. ¡Qué falta de respeto y dignidad! Su nerviosismo es enfermizo cuando ha planificado alguna acción, como niño impaciente por recibir un esperado regalo. Los hechos nos demuestran a las claras una y otra vez, que poco importan esos aspectos legales a quien salta sobre ellos sin el más mínimo decoro.

Parecía que el general exponía esas consideraciones a un público inexistente, sin dirigirnos la mirada en ningún momento. Me creí en la obligación de intervenir porque, como tantas otras veces, no seguíamos a ritmo los pensamientos de nuestro jefe.

—¿A qué se refiere, señor?

Me miró a la cara como si se hubiera percatado de mi presencia en aquellos momentos. Respiró con profundidad antes de retomar la palabra.

—Estaba prevista la firma del Tratado entre Su Majestad Católica y el emperador de los franceses para el próximo día 29 en la ciudad de Fontainebleau. Hoy deberían partir hacia la Francia, los comisionados para estampar los sellos en los documentos, como plenipotenciarios de Su Majestad. Ya sabéis que considero un error, preñado de cierta indignidad, ese acuerdo por el que se reparte el reino de Portugal en tres tajos. Pero más indecoroso es que ayer, día 18, atravesaran nuestra frontera las tropas francesas bajo el mando del general Junot camino de nuestro país vecino, sin haberse signado el acuerdo. Según el Generalísimo Almirante, que nos ha puesto al día ante los requerimientos del general Álava, ya estaba decidida la fecha con anterioridad. Pero como conozco los movimientos del valido y puedo leer en su cara cada día mejor, os juro que no lo creo, y quede tal afirmación entre estas paredes, aunque ya lo expusiera en reservado ante mis compañeros del Consejo. Porque en esta alianza con los franceses que nos envió Lucifer, el emperador gabacho decide y los demás acatan con obediencia inclinando la cabeza, independientemente de documentos signados o no. Sin embargo, don Manuel Godoy exhibe sonrisa de milla larga, y ha ordenado movimientos del Ejército en apoyo de los franceses desde diversas direcciones, especialmente las tropas del marqués del Socorro, establecidas en Extremadura. El elevado personaje ya ve la corona de Los Algarves sobre su cabeza.

—Y la provincia que formará el reino más al norte, Entre Duero y Miño, quedará en plena soberanía para el Rey de Etruria, que ostentará el título de Rey de la Lusitania Septentrional, aunque deba ceder los estados de Italia que

pasan a manos del emperador. Debe estar contento Su Majestad don Carlos, al contemplar en ese trono a uno de sus hijos.

—No caigáis también vosotros en esa celada, muchachos —don Antonio hablaba con despecho, como si mereciéramos una dura reprimenda—. Os juro que no comprendo cómo tantas eminentes cabezas de nuestra patria pueden creer esa maldita patraña, que así la califico a las claras y sin arrepentimiento. Concedamos que don Manuel Godoy se encuentre cegado por las magnánimas promesas del emperador francés, y esa corona en guirnalda de flores a la que tanto aspira. Pero las sesudas mentes de nuestros más preclaros hombres no pueden mantenerse ciegos y sordos, a no ser que en España no quepa un estúpido más. Bueno, o los afrancesados que apoyan las nuevas ideas hayan crecido en mayor proporción a lo que imaginan nuestros regentes. No me creáis un raro ejemplar, que la misma opinión defienden casi todos los miembros del Almirantazgo, aunque ninguno lo elevemos con bocina larga, desde luego. ¿De verdad alguien puede creer que el emperador emplea hombres y capital para invadir y tomar una nación, y después repartirla de forma generosa entre diferentes facciones españolas? ¿De verdad se puede creer que le preocupe la posibilidad de recuperar la plaza de Gibraltar y la isla de la Trinidad para España, cuando en la campaña de las Antillas pudimos hacerlo y nos lo prohibió? Ni un temporal con olas en ampollas que se alzarán hasta la galleta del palo, me harían tragar esa paletilla.

—El general Junot atravesando España en estos momentos con sus tropas, para entrar a la fuerza en el reino de Portugal. No creo que sea dura la oposición del ejército portugués. La verdad, señor —incidió Beto, rebajando cuerdas—, que no lo creí cuando nos lo adelantó hace algunos meses, como si se tratara de otra fantasía más del emperador, que eleva cien planes a la semana de imposible ejecución. Es un duro golpe para la Gran Bretaña, al privarla de uno de sus más fieles aliados y, todavía más importante, de sus puertos que ha utilizado con gran beneficio durante muchos años. Incluso es posible que las tropas del emperador le echen mano a la escuadra portuguesa, aunque no sea muy importante.

—Llegarán tarde, podéis estar seguros. Los ingleses suelen adelantarse casi siempre cuando se trata de cuestión naval, y esta operación corre en voces desde hace meses, aunque se pretendiera el máximo secreto. Han llegado rumores de que la familia real portuguesa se prepara para partir hacia el Brasil, con su escuadra y apoyados por unidades británicas. Y es una salida que estimo correcta, desde luego.

—También podían permanecer en sus reinos y combatir a las tropas invasoras, al frente de sus soldados —dije, convencido de mis palabras—. Los reyes no sólo han de ejercer sus prerrogativas para recibir honores y parabienes.

—Tienes toda la razón. Sería una acción loable que el pueblo agradecería, pero ineficaz porque no creo que presenten batalla —sentenció don Antonio—. Las tropas de Junot se pasearán hasta Lisboa a bordo de carruaje emplumado y en escaso tiempo. Porque, según he escuchado a un general del Ejército, marchan a la carrera y sin descanso. Además, si permanecieran en Portugal, podría ser el fin de esa dinastía. Bueno, ya lo adelantó el propio Napoleón con su habitual arrogancia, al espetarle al embajador portugués con esa frase que corrió por las cancillerías europeas: *Dos meses es la vida que le doy a la casa de Braganza*. Este petimetre enaltecido a la corona imperial quiere dominar la Europa entera, y ese aspecto debería preocuparnos.

—No pensaré... —comenzó Beto, quedando su frase a medio camino.

—Ya sabéis que siempre intento situarme en la peor de las situaciones tácticas, para evitar sorpresas negativas. Y desde luego, nada fío en ese personaje, como me habéis escuchado tantas veces. Después de todo, no sólo estoy de acuerdo con la casa real portuguesa, aunque debiera quedar alguno de sus miembros para dar la cara y defender el reino, sino que también podría haber sido una salida por nuestra parte.

—Ya le escuché esa opinión hace tiempo, señor —contesté—. En ese caso, sí que nos habría invadido el emperador.

—Mira, *Gigante*, cuando nos obligaron a esta alianza, en base a un cuerpo de Ejército establecido en Bayona y evidente amenaza de invasión, ya dije que la Real Familia podía haber embarcado hacia Nueva España. Era factible unir nuestras fuerzas navales a las británicas y luchar para defender nuestro territorio, si se consumaba la amenaza. Ya sé que no podemos enfrentarnos al Ejército francés a la brava, pero mantendríamos la Armada, las Indias y, lo más importante, la dignidad y el honor. Porque ya se vio en la paz de Amiens, que es España la única que pierde territorios coloniales en las guerras contra la Gran Bretaña. Tomada esa medida que apuntaba, el futuro podría abrirse por muchos caminos, sin olvidar que no es fácil invadir España con nuestro espíritu numantino. Pero, bueno, dejemos estas cavilaciones y esperemos que el emperador, una vez conquistado Portugal, sea fiel con los pactos firmados. Recemos para que se cumpla lo que entiendo como milagro.

Nos dejó un mal regusto aquella discreta conversación, especialmente por la insistencia de don Antonio en sus personales prevenciones con los planes

del emperador, que destilaban muchos negros en futuros. Y como lo decía quien considerábamos como una de las cabezas mejor ensambladas en la Real Armada y, por qué no decirlo, en el conjunto del Estado, hacía mella de verdad en nuestros sentimientos. Pero para bien o para mal, lo cierto es que el general Junot atravesaba España a marchas forzadas, mientras los movimientos de nuestros ejércitos de apoyo eran más bien teóricos, sobre el papel y sin trabajo descollante a la vista, aunque se establecieran algunas tropas españolas en diversos puntos del país vecino. Y tampoco lo exigían en mayor proporción los franceses, como si poco les importara una ayuda que estimaban innecesaria.

Si no solíamos abordar en el palacio de Montefrío ninguno de los asuntos relativos al servicio, salvo pequeños detalles con suficiente discreción, respecto a esta última información mantuvimos la boca cerrada en lazo. Y no ya por el secretismo de una noticia que, como era habitual en la Corte, comenzaba a ser comentada en corrillos y publicada en panfletos más o menos dignos, sino porque mi mayor preocupación del momento era Eugenia y el hijo que estaba cercano a alumbrar. La pérdida del esperado sobrino pesaba como dura carga en los lomos, por mucho que intentara ahuyentar los negros presentimientos. Okumé, siempre atento a la situación, entraba también a serenar ánimos con habilidad. Y como tenía bastante ascendencia en sus opiniones sobre mi mujer, me alegré al escucharle palabras de aliento.

—Nada ha de temer la señora, puede estar segura, que su hijo nacerá en pocas semanas, fuerte y robusto. En un abrir y cerrar de ojos, tendrá un nuevo ser en sus brazos, batiendo palmas.

—Dios te oiga, Okumé.

—No le quepa la menor duda de que me oirá bien fuerte, señora. De hecho, ya preparo las armas y potrillos para aleccionarlo en los bellos artes de la caza y la equitación. Estoy convencido de que abatirá grandes piezas, como Setum y Okumé, cuyas cuernas decorarán el pabellón de caza allá en la hacienda de El Bergantín.

Al observar a Eugenia entre risas, agradecí una vez más la labor de ese hombre fiel y generoso, con una especial inteligencia que le confería el don de decir las palabras justas en el momento más preciso. De todas formas y a pesar de sus augurios, debo reconocer que yo sufría en los higadillos, contando los días que restaban para lo que debía ser un feliz acontecimiento.

Aquel mes que comenzara en dulces por la garganta con las noticias del Plata, acabó virando con claridad hacia los infiernos más profundos. Y digo esto porque en los últimos días de aquel nefasto mes de octubre, una última noticia pareció arrasar los ánimos nacionales. Y no fue en esta ocasión don Antonio de Escaño quien nos sirvió la información en bandeja, sino el capitán de fragata Bascuñana, que trabajaba al lado del capitán de navío don Martín Fernández de Navarrete, contador del Almirantazgo, a quien ya se consideraba como uno de los mejores historiadores de la nación, junto con su compañero de armas don José de Vargas Ponce. Llegamos a su sala de trabajo para tomar unos datos que nos había exigido nuestro general, cuando nos largó el notición a la cara.

—¿Estáis al día de los últimos y sorprendentes acontecimientos?

—A qué acontecimientos se refiere, señor —pregunté con mesura.

—A los que corren sin descanso por todo Madrid —bajó la voz para emplear un tono confidencial—. El Generalísimo Almirante, con la anuencia de Sus Majestades, ha hecho detener al príncipe de Asturias y a las principales cabezas de su partido.

—¿El príncipe de Asturias detenido? —exclamó Beto con rostro alarmado.

—Así es. Parece mentira que no lo hayáis escuchado. Y ya se encuentran en prisión Escoiquiz y los duques de San Carlos y del Infantado, que serán sometidos a juicio indagatorio. Pero se rumorea que la lista es más gruesa y caerán otros peces en la red.

En efecto, comprobamos que era de público conocimiento la noticia recibida por boca de Bascuñana. Y no debe pensarse que nos mantuviéramos al margen de la vida social, por fuera de recibos y saraos que tanto se propiciaban en la Corte, sino que, en los últimos meses, con los lutos impuestos, quedamos recluidos por decisión propia en el palacio de Montefrío. Pero como sabíamos que la fuente principal de información era nuestro jefe, lo atacamos por las dos bandas cuando rendimos jornada en su posada. Fue Beto quien primero le entró en preguntas, esperando nuevas confidencias. Sin embargo y para nuestra sorpresa, no concedía don Antonio mayor importancia al tema.

—¿Os referís a lo que ya se denomina como conspiración de El Escorial? —hizo un gesto con sus manos que restaba valor al suceso—. Mucho ruido movido por el príncipe de la Paz y escasas nueces a la vista, aunque él crea

que la sonada operación le beneficia. Es muy peligroso acusar a un príncipe heredero, de preparar un golpe de Estado contra su propio padre. Todos sabemos que don Fernando, con esos tres que aludís a la cabeza, politiquean a fondo en contra del valido. Y no es nueva esa pieza sino que viene de muy atrás. Hasta con la extinta duquesa de Alba en su palacio de Buenavista, se terciaban hace años los quites en dicha dirección y sin excesiva discreción. Y han sido apoyados por muchos Grandes, que también sienten repulsa por la escandalosa privanza de don Manuel Godoy, un puesto que desearían ocupar por mucho que desprecien a los golillas. Lo peor del caso es que se azuza al pueblo llano en contra de Godoy y su escandalosa privanza, según sus propias palabras, lo que ya representa una cuestión más peligrosa. En mi modesta opinión, no ha sido más que una soberana estupidez, tanto del príncipe heredero como de los que lo apoyan, así como de don Manuel Godoy por entrar a un trapo que no lo merecía. En este caso, además, se ha tomado como motivo el carteo de don Fernando con el emperador, personaje bucanero dispuesto a jugar con mil cartas en la mano.

—¿Se carteaba don Fernando con el emperador de los franceses, sin permiso de Su Majestad?

—Desde que el príncipe de Asturias quedó viudo de doña María Antonia de Nápoles, se empeña el valido en casarlo con su cuñada María Luisa de Borbón. Y como goza del favor real, se cree en condiciones de dictar hasta la boda del príncipe heredero. Pero se resistía don Fernando con uñas y dientes, al punto de entregar en manos del embajador francés, Beauharnais, una carta dirigida al emperador, solicitando la mano de una princesa imperial. También parece que a don Fernando le gusta jugar a todos los palos de la baraja. Y no es el embajador francés persona como para confiar una sola palabra. Ya os dije en alguna ocasión que don Manuel Godoy mantiene un buen servicio de información, con espías bien pagados hasta en las esquinas, y se enteró de la materia. Supongo que lo agrandaría en conveniencia ante Su Majestad la Reina, su impenitente favorecedora, hasta conseguir este escándalo que podía haber sido evitado. Ya veréis que no se trata más que de un ligero chubasco de verano, y en pocos días todos los cómplices del partido se encontrarán en la calle, como mártires de la causa.

—De todas formas, señor, es un escándalo que puede salpicar a la Corona.

—En nuestra querida España, *Gigante*, ningún puñado de barro salpica una casaca noble, salvo cuando interesa a determinados personajes. Es cierto que la figura de un príncipe caído en desgracia por culpa del valido, personaje poco querido por el pueblo, aumentará su popularidad, que ya es grande. Por

esa razón estimo poco acertada la política de Godoy, quien debiera acercar posturas a don Fernando, que es su verdadero peligro pensando en futuros. Pero está obsesionado con la corona de los Algarves y sentirse un igual entre los reyes, tremenda soberbia que acabará por perderle.

—Parece que nada funciona en estos días por España al gusto —medié con tristeza.

—Afrontamos momentos malos, sin duda, aunque vienen muy de lejos. Pero dejemos los chismes de corrillos cortesanos a la banda, que es mucho el trabajo que se avecina. Precisamente ayer nos comunicó el Almirante que hemos de prever dos escuadras, para el posible embarque de tropas francesas.

—¿Embarque de tropas expedicionarias? —preguntó Beto al punto—. ¿Seremos capaces de romper el bloqueo de los britanos?

—¿Se sabe el destino, señor? —también entré yo con rapidez.

—Para mí que ese destino no lo sabe ni el Generalísimo Almirante en persona, aunque presuma de superior información. En un batiburrillo difícil de comprender y con demasiada prisa, nos habló de posibles expediciones a Sicilia, una canción repetida en el tiempo que no creen ni los monos del África. Incluso comentó un posible ataque a Gibraltar.

—¿Un nuevo sitio? —entré en uno de los temas que dominaba, por haber leído mucho sobre el Gran Sitio en las memorias de mi padre—. Sin dominar la mar en la bahía de Algeciras, se tratará de tarea imposible.

—Eso lo saben hasta los barrenderos del Consejo. Pero lo que me preocupa es que se habla de tropas del Ejército francés, y no, como otras veces, de cuerpos expedicionarios de Marina, como embarcamos en la operación de las Antillas que rematamos en Trafalgar. También aludió a un refuerzo en las armadillas ante posibles desembarcos britanos, en los que tampoco creo. Pero se van a habilitar recursos extraordinarios para alistar una escuadra en Cádiz y otra en Cartagena que, en pura teoría, ya se encuentran alistadas bajo los mandos de Apodaca y Valdés. Tampoco me trago esa mantecada. La verdad es que no me gustaría ver miles de soldados franceses recorriendo la península con objetivos sin aclarar, aunque sé que pensaréis en mi impenitente sospecha contra los gabachos.

Y por supuesto que lo pensamos, al punto de estimar que ya el tema se convertía en una verdadera obsesión del general. Pero de acuerdo con sus premoniciones, la llamada conspiración del Escorial quedó en agua de borrajas con inusitada rapidez, siendo considerados inocentes los encausados, aunque las voces cerradas anunciaban un odio de don Fernando y sus apoyos hacia el valido muy difícil de mitigar, lo que pocas luces alumbraban para el

futuro. También acertaba don Antonio en otras de sus consideraciones, dictándose una orden pocos días después al Capitán General de Andalucía, para que destinase con urgencia ochocientos hombres al arsenal de La Carraca, donde se necesitaban para cubrir puestos de primera necesidad. Entendimos que se trataba de aumentar la armadilla, así como recomponer los equipajes de la escuadra bajo el mando del teniente general don Juan Ruiz de Apodaca, faltos de personal. Y ya clamaba don Antonio en contra de tal medida, alegando que no era solución para nuestros navíos, mermados de auténtica gente de mar y bastimentos indispensables. Pero no eran más que letras repetidas sobre las aguas.

Para mi sorpresa, también aprobaba el Almirantazgo la orden de que las escuadras de Cádiz y Cartagena embarcasen víveres para tres meses, como si se preparara alguna operación importante de forma inmediata. Sin embargo, dicha noticia quedaba rebajada por don Antonio con una de sus habituales frases, al comentar que *mal navegan y hacen la guerra los navíos con galleta pero sin marineros de verdad, ni cables para las anclas y muchas jarcias en puro desbarate*. Y todo ello sin olvidar, desde luego, que la bahía de Cádiz seguía bloqueada por los britanos a tenazón, aunque Cartagena pareciera haber sido aliviada de sus fuerzas.

De esta forma, con tanta noticia y trasiego de pensamientos, nuestro trabajo aumentaba al punto de que pensara don Antonio en solicitar más personal para su secretaría. Pero a mediados del siguiente mes, el día 16 de noviembre, todo se eclipsó en mi cabeza como por encanto. Porque a las cuatro de la tarde de aquel día con viento norte y frío intenso, en el palacio de Montefrío alumbraba Eugenia un precioso niño. Y aunque mucho había oído hablar de la satisfacción que produce engendrar un nuevo ser, debo declarar que las sensaciones de nuevo cuño removían tripas y corazón en generoso repique de campanas. Además, me llenaba de gozo al comprobar el rostro de felicidad en mi mujer, cuando tomaba el niño entre los brazos. Sin saber la causa, vino a mi cabeza el recuerdo de que, en el momento de mi nacimiento, mi padre luchaba con los argelinos a bordo del jabeque *Murciano* jugándose el pellejo, un dato que me entristeció al compararlo con mi destino actual. Pero no duró mucho ese pensamiento amargo, ante las estampas que observaba a mi alrededor.

Ya de entrada puedo afirmar, que no era un nuevo *Gigante* el alumbrado a este mundo. El niño había nacido sano, rubianco, muy blanco de piel y con cara angelical, pero se percibía a la vista sin las recias hechuras que habían distinguido a los Leñanza, al punto de recibir ese apodo que ya se mantenía en

tres generaciones. Pero no me importaba ese detalle, sino la salud de madre e hijo que, gracias a nuestra señora de Valdelagua, salían avante sin problemas a la vista. María Antonia, observando al niño, me lanzó un comentario entre sonrisas.

—Me parece, querido hijo, que más que un *Gigante* te ha nacido un *Pecas*<sup>[46]</sup>. Porque veo en este niño muchos detalles de tu inolvidable tío Santiago.

—Poco me importaría, porque era una persona de inteligencia extraordinaria y un valor que demostró de forma repetida hasta su muerte. Además, sé que me dispensaba especial cariño, lo que era un sentimiento recíproco. Mucho lo quería y siempre recordaré sus sabios consejos.

—Fue un gran hombre, al igual que tu padre. Tuve mucha suerte al haber estado unida en matrimonio a esos dos grandes hombres, que dieron su vida por la Armada y por su patria. Como bien sabes, eran muy distintos de figura y pensamientos, pero se compenetraban al ciento, como soléis decir en la Armada.

—Estoy de acuerdo contigo.

Con estos vientos que nos soplaban desde muy diferentes direcciones e intensidad al gusto, nos abocamos a las últimas semanas del año. Y en el Almirantazgo continuaban los requiebros de quita y pon, porque eran difíciles de entender algunas de sus decisiones. Bien es cierto que atravesábamos una situación terrible, penuria desastrosa que no cuadraba con la vida que la Corte llevaba a cabo en la capital de los Reinos. Era Beto quien repasaba en la jornada final de cada semana las órdenes dictadas y firmadas en sello por el Almirante, que pasábamos a comentar entre nosotros con la suficiente discreción. Y fue por aquellos días cuando me presentó algunas, que parecían navegar en dirección contraria a la línea establecida en teoría.

—Fíjate que extraño, *Gigante*. Se ha ordenado una disminución en la armadilla de Cádiz.

—¿Disminución? Pero si don Antonio hablaba de un posible refuerzo en las unidades menores, ante el aumento del bloqueo britano.

—Por esa razón me cuesta comprenderlo. Pero la orden en ese sentido es muy clara. Con objeto de reducir los gastos en la escuadra de Cádiz, se dan de baja seis cañoneras, que serán sustituidas por tres faluchos y tres lanchas de las que se habían puesto a disposición del almirante jefe de la escuadra francesa. De esta forma, la armadilla queda reducida a 12 faluchos y 17 lanchas del Rey.

—Me parece bien que nos devuelvan los franceses esas unidades, de las que no han hecho uso en meses. Pero no puedo entender la disminución general. No se comprende que se insista en la permanente reducción de gastos, cuando parece que se desea emprender algunas operaciones de altura.

—Mira, *Gigante*, concuerdo con el general Escaño y poco confío en esa posibilidad de navíos a la mar con ejércitos a bordo. Los generales Apodaca y Valdés siguen clamando sobre falta de marinería y tropa en sus escuadras, así como elementos vitales de maniobra —Beto hizo su clásico gesto de desprecio—. Porca miseria.

—Esa cuestión es mies trillada desde hace años y no se pone remedio. Al general Ruiz de Apodaca se le contesta que tome el personal del navío *Terrible* y la fragata *Flora* si fuese preciso, unidades que también deben andar en cuadro. Para remendar la vela, como se reconoce que la marinería de la que se dispone en nuestros buques es solamente de nombre, se ha ordenado el embarco en cada navío de dos oficiales de pito más para instruir a esos hombres. Por Dios y los ángeles, la instrucción inicial es necesaria, desde luego, pero son los meses y años de mar los que dan el certificado.

—Estás un poco anticuado, amigo mío —Beto hizo un ademán de superioridad, habitual en él cuando entraba en chanzas—. Deberías saber que, a propuesta del Inspector General, ha resuelto Su Serenísima Alteza el Generalísimo Almirante que, a partir de ahora, el cuerpo de contra maestres y oficiales de pito se constituya como los demás de la Armada, y se denomine en adelante como Cuerpo de Oficiales de Marinería. Pero, ahora hablando en serio, lo que levanta las tripas de don Antonio hasta los diablos, es el tema de los desarmos continuos que se llevan a cabo entre nuestras unidades. Porque cada buque que queda sin dotación en estos días, acaba muerto por la broma<sup>[47]</sup>. Eso sin contar las bajas definitivas, como la ordenada del navío *Santo Domingo* en Cartagena, para evitar una carena que se considera costosa. Y ese navío fue construido en las gradas del arsenal ferrolano en 1781. ¡Válgame los cielos! Cualquier guardiamarina sabe que toda carena es costosa, si no se lleva a cabo con la periodicidad establecida. Y para mayor escarnio, se añade en la orden que sus maderas se utilicen en las bombas de fuego<sup>[48]</sup> de los diques del arsenal. ¡A qué punto hemos llegado! Parece que ya ni siquiera se dispone en los arsenales de madera de trilla para las bombas de fuego. Y no debemos olvidar que esos diques, de extraordinaria importancia para el mantenimiento de la escuadra allí emplazada, se encuentran casi inútiles, con las portas diseñadas por don Jorge Juan y

Santacilia sobre pernos de aire. No se puede perder una obra de tal categoría, como se clama desde Cartagena.

—Ya se ha prevenido al jefe de escuadra don Juan Smith, para que lleve a cabo su composición. Pero como los pliegos aguantan todo tipo de soluciones, posibles o no, al arsenal de Cartagena no le llegan los dineros necesarios para la faena.

—También se ha acordado el desguace del *España*, aunque en este caso sí que eran malas sus propiedades marineras. Y como se encuentra en Vigo, no podrán ser sus maderas utilizadas en las bombas de fuego —Beto sonreía a pesar de lo que significaban aquellas noticias.

—En esos casos, deberíamos adoptar la costumbre británica, de pasar a la marina comercial esas unidades con pobres condiciones marineras o de guerra, un caso que se podía aplicar al *España*, pero no al *Santo Domingo*. Pero, bueno, ya sabemos que poco a poco, perdiendo unidades importantes, especialmente navíos, como pasan las cuentas de un rosario, acabaremos sin Armada. No debemos olvidar que desde 1794 no se ordena la construcción de un navío. Cuenta mi padre en sus escritos que, durante la guerra contra la Convención francesa, cuando nos invadieron los franceses, Godoy gritó enfurecido: *¡Ni un navío más para la Armada. Fusiles para el Ejército!*

—Lo recuerdo. Fue en la época que los franceses llegaban a Navarra y el general Moncey amenazaba a las Castillas. Precisamente, se rumoreó con fuerza que la Corte se preparaba en aquellos días para salir hacia Nueva España. Pero el príncipe de la Paz ha negado siempre esa posibilidad, así como la famosa frase.

—Pues, como dices, se aseguraba que esa frase la pronunció en 1794, casualmente los meses en los que se ordenó la construcción de los dos últimos navíos que han salido de nuestras gradas, el *Neptuno* y el *Argonauta*. Es demasiada la coincidencia.

—Bueno, por otro lado debemos alegrarnos porque el Generalísimo Almirante —Beto entonaba en guasa a la cortesana cuando nombraba al valido— quiere que sus generales estén contentos y reparte mercedes. Se ha concedido la encomienda de Montijo en el Orden de Santiago a don José Justo Salcedo.

—Es lógico. Pero no porque sea uno de los tres miembros principales del Almirantazgo, sino porque se trata de norma habitual que Su Majestad conceda encomiendas en las diferentes órdenes militares a los oficiales superiores. Normalmente, los tenientes generales debían cruzarse en alguna perteneciente al Orden de Santiago.

—Vamos, *Gigante*, sabes que ésa es la forma habitual de complementar sus ya depauperadas y atrasadas pagas. Nuestro general recibió la encomienda santiaguista de la Carrizosa, por la que percibe, aunque también se retrase, ocho mil reales de vellón al año. Y mucho lo alivian esas rentas, aunque no lo demuestre en carnes y caldos —Beto reía.

—Según sus propias palabras, fue una sorpresa y por directa intercesión de don Federico Gravina, así como su ascenso tras la Paz de Amiens. Por esa razón le ha sido fiel hasta los últimos momentos, y jamás ha salido de su boca una crítica a quien tanto lo favoreció.

—Don Federico lo favoreció por sus cualidades profesionales pero, al tiempo, para mantenerlo a su lado. Necesitaba a un general con sus conocimientos cerca de él. A don Santiago Liniers, sin embargo, se le ha concedido la encomienda de Ares en el Orden de Montesa, aunque con buena renta.

—No ha salido mal parado Liniers en cuanto a prebendas, y bien que lo merecía.

—Por cierto, hablando del teniente general Salcedo. ¿Sabes si el general Escaño ha tenido problemas con él en años pasados?

—¿Por qué lo dices, Beto?

—No sé, pero cuando nuestro jefe habla con él, lo percibo distante y sin la confianza con la que se expresa, por ejemplo, con el general Álava.

—Creo que con el general Álava le une una buena amistad. Pero también yo había observado esa tirantez, aunque no se perciba en general. No estoy seguro, pero es posible que, cuando se formaba la escuadra de Cádiz, antes de partir hacia las Antillas, y la de Cartagena, bajo el mando de Salcedo, debía unirse a la de Villeneuve a su paso por el departamento levantino, tuvieran alguna comunicación un poco tensa. Bueno, son rumores que escuché a mi padre sin mayor justificación y que, en verdad, no recuerdo con exactitud. Pero estoy de acuerdo contigo en que no existe confianza plena entre ellos.

Nuestra vida continuaba entre trabajo y comentarios que, por desgracia, solían tender a la baja. Pero también es cierto, que a todo se acostumbra el ser humano, y cuando entras en veredas negras, ese color acaba por parecer como el soporte normal de los tinglados. Sin embargo, nos entró un poco de luz cuando, a finales del mes de noviembre, Eugenia y yo cristianamos a nuestro hijo. Beto y Rosalía fueron nombrados padrinos de aguas, lo que les hizo mucha ilusión. Y no fue fácil decidir el nombre del pequeño, manejando varias posibilidades entre nosotros. Por último, pedí el consejo de María Antonia.

—Es cuestión paterna esa decisión, hijo mío. Dos son los nombres que más se han utilizado en la familia en las últimas generaciones, Francisco y Santiago. Por ese campo podéis caminar.

—Entre esas dos opciones nos debatimos Eugenia y yo. Por una parte, ella dice que debería llevar mi nombre, razón aumentada por el parecido del niño con el tío Santiago, que apadrinó mis primeras aguas. Pero también el recuerdo de mi padre está presente y sé que en los cielos bendeciría esa decisión.

—Tu padre fue bautizado con los nombres de Francisco de Asís Jerónimo Pascual —María Antonia sonrió, porque también ella se encontraba al tanto de la secreta maniobra que permitió a mi padre sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas—. Creo que sería el momento de certificar ese conjunto. Me comprendes, ¿verdad? Además, con esa decisión puede llevar el nombre de tu padre y el apodo de tu tío, porque ya hasta Okumé lo denomina como el pequeño *Pecas*.

Los dos reímos al tiempo, momentos de felicidad que mucho necesitábamos. Tanto Eugenia como yo encontramos sabía la decisión y bajo esas advocaciones, Francisco de Asís Jerónimo Pascual, escogidas en su día por un hombre sabio para mi padre como necesidad<sup>[49]</sup>, recibió el sacramento bautismal nuestro primer hijo. Y deben creerme si les afirmo que sentía cierta satisfacción nostálgica, cuando escuchaba ese apodo, *Pecas*, tan unido a la familia, pues hasta el general Escaño aplaudió el mote incorporado, recordando a mi inolvidable tío Santiago.

Creo que fue también por aquellos días, cercanos a encarar el último mes del año, cuando nos llegaron detalles sobre la expedición francesa del general Junot a tierras portuguesas. Y aunque habíamos escuchado rumores entre los oficiales que purgábamos en el Almirantazgo, fue don Antonio una vez más nuestra fuente principal de noticias, que aceptábamos sin rechistar como verdad incuestionable bajada de los cielos.

—Tal y como os adelanté, ya salió de Lisboa la familia real portuguesa, al completo, hacia el Brasil. Pero tenías razón en tus palabras, *Gigante*, cuando opinabas que debería haber quedado algún miembro de la real casa para ponerse al frente del ejército. Muy mal ha sentado al pueblo portugués lo que consideran como una deshonrosa y cobarde huida. Se rumorea que tan sólo la que apodan como reina loca, supo mantener el necesario decoro.

—¿La reina loca? —preguntamos a coro, ignorantes de la historia portuguesa.

—Se trata de la reina María I, que había entrado en demencia, o así se aseguraba. Originó un grave problema sucesorio, que se resolvió habilitando de regente al infante don Juan. Pero volviendo al tema que nos interesa, como el emperador Bonaparte exigió a Junot la máxima velocidad en su marcha hacia Portugal, para intentar apoderarse de su escuadra y abastecimientos, la marcha de las tropas francesas fue agotadora y penosa al máximo. Se comenta que alcanzaron la raya portuguesa hambrientas y medio desnudas. La Corte de la nación vecina, lejos de preparar algún tipo de defensa, únicamente pensó en salir hacia el Brasil, también con prisas alocadas ante las noticias del rápido avance francés. La excepción fue, como os decía, la reina loca. Esta señora protestó mientras era conducida en una berlina hacia el muelle para embarcar. Parece ser que repetía una y otra vez: *¡Qué vergüenza! ¡Huir, huir sin combate!* Y en un gesto que le honra, ordenó al cochero: *Maneje despacio, buen hombre, que no se vea tan a las claras que huimos a la carrera.*

—Pues no debía estar tan loca la señora —alegué con sinceridad—. Tenía toda la razón.

—Es posible —aseguró el general.

—¿Y abandonaron Portugal en buques britanos? —preguntó Beto.

—Utilizaron la escuadra portuguesa o, al menos, los buques que lograron alistar. Un total de ocho navíos de línea, cuatro fragatas, cuatro corbetas o bergantines y veinte transportes, con todo el ajuar de los palacios que pudieron reunir. También acompañaban a los miembros de la real familia unos 18.000 súbditos, que tampoco estaban dispuestos a defender la causa. Esos eran los buques que quería tomar Bonaparte a la brava. Pero no tenían posibilidad porque, desde la ribera del Tajo, el almirante británico *sir* Sydney Smith les ofreció una generosa escolta con una escuadra compuesta por nueve navíos y seis fragatas. En fin, que el emperador se quedó sin la escuadra portuguesa a la que aspiraba. Y creo que los britanos se ocuparon de desbaratar las instalaciones navales, así como otras unidades que se hallaban en construcción o pendientes de carena.

—Típica maniobra británica que, desde luego, es de aplaudir.

—En ese caso, ¿Junot tomó Portugal sin lucha? —pregunté, incrédulo.

—Tras el auxilio recibido por parte española en cuanto a vituallas, Junot continuó el paseo a marcha forzada, para acabar entrando en Lisboa al frente de unos 600 hombres el pasado 30 de noviembre. El marqués de Abrantes, a quien el rey fugitivo, nombró como presidente del Consejo de Regencia en el momento de su salida, recibió en persona al general intruso y, en un gesto que tampoco le honra, reconoció su autoridad de forma inmediata. Veremos qué

camino sigue Junot ahora, aunque debe conocer bien al pueblo portugués, tras haber sido embajador en Lisboa hace tres años. Dicen que es un buen general, aunque muy propenso a prodigalidades, intrigas, violencias y exacciones. Bonaparte no debe estar muy contento con él porque lo ha ido enviando de un lado para otro, como si quisiera perderlo de vista. Deberemos estar atentos y comprobar lo que sucede a partir de ahora, con el reino vecino en manos de los franceses.

—Bueno, señor, por fin se firmó el Tratado que llaman de Fontainebleau el pasado día 29 de octubre. Ahora, si para colmo de bienes los franceses no encuentran activa oposición por parte portuguesa, será llegado el momento de que se sigan los apartados de ese Tratado, y se divida Portugal en las tres partes acordadas. El Generalísimo Almirante debe estar frotando sus manos con inusitada alegría. Por fin va a ceñir la corona por la que tanto ha suspirado...

—Y conspirado —remató Beto la frase.

—Bueno, las cláusulas de un Tratado firmado entre dos o más reinos son de seriedad y para ser cumplidas, desde luego —creí entender cierto tono de sorna en sus palabras—. Pero ya os he repetido en varias ocasiones, demasiadas quizás, que para ese curso enaltecido, poco significan los papeles firmados. Bien sabe Dios que desearía errar en estas sospechas que me atacan, pero mucho desconfío de sus verdaderas intenciones y ya veremos como se disuelve la madeja.

Una vez más, Beto y yo entendimos que don Antonio exageraba por largo en sus sospechas. Y aunque por mi parte no deseaba que el gran valido, a quien, según los escritos de mi padre, en mucho se debía la paulatina destrucción de la Armada en los últimos diez años, ciñera corona, era buena nueva que Portugal dejara de apoyar a los britanos y un Infante español fuera coronado en la provincia portuguesa del norte. Y si al término de la guerra contra la Gran Bretaña, también de acuerdo a las cláusulas firmadas, se conseguía que la provincia central regresara a manos de la casa de Braganza, a cambio de que España recuperara Gibraltar y la isla de la Trinidad, el conjunto se convertiría en un sueño que era difícil evitar. Pero las palabras y prevenciones de don Antonio se mantenían grabadas a fuego en mi cabeza, sin capacidad de borrarlas como deseaba. De todas formas, era hermoso considerar tales circunstancias como posibles, aunque se tratara de un maravilloso sueño solamente.

## 11. Palabras mayores

Abandonamos aquel año de 1807, que nos había regalado noticias de bomba y moscarda abiertas a todos los colores del arco iris, reunidos como una inseparable pina en el palacio de Montefrío. Por encima de otros aspectos dignos de olvidar, reinaba la alegría que suponía escuchar los lloriqueos y pataletas del pequeño *Pecas*, incansable en sus movimientos y protestas a pesar de su corta edad. Y aunque no pintaran oros de forma general para la España y su Real Armada, gozamos en familia de aquellos entrañables días navideños, aunque se echaran en falta los seres queridos que nos habían abandonado para siempre. Por mi parte, intentaba que mi hermana Rosalía no sufriera al tomar en brazos al pequeño, y que su visión le recordara el perdido semanas atrás. Pero en contra de lo que parecería normal, me confesó que le sentaba bien acaramelar al pecoso para olvidar su pena.

Abordamos los primeros días de 1808 con cierto optimismo, aunque se tratara de ese sentimiento artificioso que suele concedernos en norma habitual el comienzo de un nuevo año, como si de esa forma se pudiesen borrar, fruto de especial encantamiento, los males sufridos hasta el momento. No sabía entonces, claro está, que nos veríamos abocados en pocos meses a extraordinarios acontecimientos que lanzarían el castillo de naipes nacional por los aires, y podrían cambiar la faz y la propia historia de España de un plumazo. Pero no debo adelantar acontecimientos, aunque ya son muchos los lustros que calzo a la espalda, circunstancia que entorpece mis dedos al manejar la pluma, y el espíritu intenta lanzarme de cabeza hacia aquellos especiales recuerdos.

El día 4 de enero, siguiendo una norma establecida por nuestra madre desde la muerte de su primer marido, el inolvidable tío Santiago, asistimos en familia sin excepción al santo sacrificio de la Misa en Los Jerónimos el Real, una especial rogatoria por las almas de los familiares muertos a lo largo de los años, que no eran pocos. Y cuando, enlutados a bordo de la berlina,

embocábamos el Prado de los Recoletos, pude comprobar las obras que se llevaban a cabo en el maravilloso palacio de Buenavista, tanto en sus fachadas como en el majestuoso jardín. María Antonia dejó caer un comentario con voz al quite y un claro gesto de desprecio, que me sorprendió por ignorarla en conocimiento de tales detalles.

—Muchos fondos gasta el príncipe de la Paz en la remodelación de ese magnífico palacio de Buenavista. Siento una profunda pena al pensar en mi amiga Teresa, que tanto odiaba al engréido valido. Si levantara la cabeza de la tumba y encontrara a este advenedizo durmiendo en su alcoba, sería capaz de arrancarle los ojos, que era muy brava la duquesa.

—¿Te refieres a la duquesa de Alba? —preguntó Eugenia, interesada.

—En efecto, la decimotercera, un número que arrastró en vida. Con su muerte sin descendencia se perdió el apellido Álvarez de Toledo en la casa de Alba, a pesar de matrimoniar con quien lo portaba en primeras, otro hombre que no supo estar a su altura. Era un encanto de mujer, brava y castiza como pocas. Mucho disfruté en sus agradables recepciones, donde podías encontrar desde una tonadillera, a un torero, pintores, dramaturgos ilustrados, así como personajes de la política y la Grandeza. Aunque cabeza de una de las tres casas más importantes de España, gozaba con el pueblo llano. Como Godoy no consiguió sus favores, y me refiero a los de todo tipo —hizo un explícito gesto con manos y cara—, la persiguió con saña, ayudado por la Reina María Luisa que la odiaba, o envidiaba quizás, todavía más.

—¿Y cómo han vendido el palacio sus herederos, a quien se declaraba su enemigo?

—A Teresa la heredó una prima lejana con la que no mantenía un trato afable. Creo que su hijo, un tal Carlos Fitz James Stuart, es el que ha llevado las gestiones para traspasar este palacio a Godoy. También se ha desembarazado del de la Moncloa, que tanto amaba la duquesa, para vendérselo a la Corona. No es más que otra venganza de doña María Luisa, contra esa gran mujer que le pasó por encima del moño. Además, no son muchos los que, en estos días, plantan cara a los deseos del valido.

—¿Y es cierto lo que se comentaba, de que podía haber sido envenenada por Godoy? —preguntó Eugenia.

—Nadie sabe de que murió en realidad la pobre, aunque circularon rumores de todo tipo, uno de ellos el que apuntas. Pero no considero a ese chisgarabís de don Manuel Godoy con valor suficiente para atreverse contra una Alba bien puesta, como era Teresa. A no ser, claro está, que fuese ayudado en la faena por doña María Luisa, sabia en esos conocimientos de

ungüentos venenosos como buena italiana. También se rumoreó que las pinturas del famoso pintor aragonés, al maquillar su cara, produjeron efectos mortales.

—¿Te refieres al famoso Goya? —volvió a preguntar Eugenia, deslumbrada por los conocimientos de María Antonia.

—En efecto. Lo conocí en el palacio de Buenavista, en una de aquellas magníficas y originales recepciones. Y aunque Francisco de Goya aparente ser un hombre rudo, despliega un especial encanto y su mirada atrae como una aguja imantada. Mucho quería a Teresa y ella también le concedió..., bueno, quiero decir que fue mutuo el aprecio —María Antonia sonreía en cerrado—. Pero sobre las verdaderas causas de su muerte, creo que nunca se sabrá la verdad.

Regresados al trabajo, la primera noticia que descubrimos en el nuevo año fue chocante y hasta divertida, aunque se amadrinara con ella cierta desesperanza. Me la leyó Beto en el Almirantazgo con seriedad, aunque también él se esforzaba por mantener la debida compostura.

—Estoy seguro de que esta noticia te va a agradar, *Gigante*. Escucha lo que dice este documento tan interesante: *Por Real Orden de fecha 3 de enero, Su Majestad ordena extender las medidas tomadas para constituir en estado de bloqueo a las Islas Británicas. El Almirantazgo ha acordado su exacto cumplimiento.*

Debí hacer un esfuerzo para no romper en carcajada llana, que la andanada era de calibre.

—¿Vamos a bloquear las Islas Británicas? ¿Solos o con ayuda de la Marina francesa? ¡Por Dios y los santos! Pero si son ellos los que bloquean los puertos gabachos y españoles a su voluntad.

—Eso tenía entendido.

—Por cierto, ¿dónde se encuentra don Antonio?

—Anda reunido con los generales Álava y Salcedo. Y me parece que no está de humor para chanzas esta mañana.

Aunque nada comentó el general Escaño a lo largo de aquella primera semana, actitud poco habitual en su comportamiento, fue a mediados de mes cuando debió estallar lo que maquinaba sin pausa en su cabeza. Saltó la bombarda mientras dictaba un oficio a Beto, y sin que se relacionara con el asunto en cuestión.

—¡Toninas y buitres carroñeros en jodida conjunción! ¿Estarán ciegos o no quieren ver la realidad de lo que va sucediendo por nuestras tierras? —Entonaba el general con gran enfado, al tiempo que propinaba un tremendo

puñetazo sobre su mesa, en esta ocasión con tamaña fuerza, que debió masajear a continuación la mano dolorida.

Como el oficio que redactaba Beto era de orden menor y relativo al desbarate del navío *Ángel* en el arsenal de la Habana, quedamos en silencio y sin atrevernos a elevar pregunta o pronunciar comentario alguno. Hay momentos en los que es mejor ver las olas llegar de lejos.

—Vamos a ver si tengo razón o he entrado en profunda demencia, lo que también sería posible. Ya tienen bajo dominio absoluto el reino de Portugal. ¿No es así?

—¿Se refiere a los franceses?

—Qué inteligente eres, Beto —miró a mi compañero con rostro de pocos amigos—. Si te parece, me voy a referir a los egipcios y sus faraones. Se han hecho dueños de Portugal sin oposición. Pero a pesar de dicha situación, ¡continúan entrando tropas francesas a través de la frontera sin descanso! ¡Por Cataluña, Aragón, Navarra y Guipúzcoa! Me gustaría saber con detalle cual es el fin que persiguen, porque nada de eso se especifica o apunta siquiera en el Tratado de Fontainebleau.

—Estará previsto en acuerdos particulares con Su Majestad —dije en voz baja, que no se encontraba la mar para navegar por llano.

—¡Aquí no está previsto nada! ¡Somos sumisos esclavos de ese buitres corso, que bien podía haber muerto en su alumbramiento, para beneficio de la humanidad! Se lo hemos planteado esta misma mañana al príncipe de la Paz y, por toda respuesta, nos recomienda serenidad y confianza. Y para colmo, exhibe una sonrisa. Alega que las operaciones sobre Sicilia se llevarán a cabo con prontitud, para lo que se van a reunir escuadras en Cádiz. También apuntó como posible un ataque sorpresa sobre la plaza de Gibraltar. Sin olvidar que se estima muy factible, según los informes reservados de los que él dispone, un desembarco británico en costas cercanas a Cádiz o Ferrol, para cuya defensa necesitaríamos el apoyo de tropas francesas. Pero todo es vago y sin concretar, por lo que no lo creo, aunque suene muy fuerte lo que digo. ¡No creo una sola palabra! Porque según nos comentó el general O’Farril, de la Secretaría de Guerra, las tropas francesas no se limitan a atravesar la frontera, sino que se hacen fuertes en los puntos más importantes y estratégicos, como son Pamplona, San Sebastián, Pancorbo, Huesca, Barcelona y puede que alguno más. Si continúan así, dispondrán de la península a su antojo. Y según noticias sin confirmar, se corre la voz de que son ya cien mil los soldados que se han instalado en tierra hispana, bajo el mando del mariscal Murat, gran duque de Berg y lugarteniente del emperador, además de cuñado suyo por

estar casado con Carolina Bonaparte. Ya sé que pensaréis en mi vieja obsesión, que va tomando cuerpo, pero es que, en estos momentos, debería ser comprendido por todos el peligro que nos acecha con claridad.

El tono de su voz no dejaba lugar a dudas, y nosotros comenzábamos a creer que don Antonio tenía razón en sus viejas prevenciones sobre la actitud francesa. Tan sólo un rayo de luz abrigaba esperanza y así lo mencioné.

—Si se van a reunir fuerzas navales de importancia en la bahía gaditana para embarcar tropas francesas y españolas con destino a Sicilia, se debería prevenir al comandante general de la escuadra de Cádiz sin pérdida de tiempo.

—Me alegra escuchar esas palabras, *Gigante*, porque fueron las que elevé exactamente al Almirante. Y parece que, en verdad, se va a prevenir a la escuadra del Océano en tal sentido aunque, en mi opinión, sólo sea para cubrir el expediente. Don Manuel Godoy está nervioso a la vista, porque pasan las semanas y no se concretan las decisiones estipuladas en Fontainebleau, con su querida corona de los Algarves en el alero. El embajador francés lo tranquiliza, explicando que en primer lugar es necesario pacificar el reino portugués, necesidad mundialmente desconocida, porque nadie se ha levantado en armas en el país vecino contra los invasores. El resto de los temas no parecen interesarle una mota, salvo acatar hasta el último deseo que provenga del emperador, para mantener su favor a toda costa. Ése es mi temor y el de mis compañeros en el Consejo. Por otra parte, sé de buena mano que también esta situación preocupa a muchos generales del Ejército que, como es lógico, encuentran muy extraña y no acomodada a los planes previstos la expansión de tropas francesas.

Don Antonio abandonó el asiento para comenzar uno de sus nerviosos paseos en círculo. No fue necesario intervenir porque llevaba la escopeta cargada.

—El Almirante nos ha ordenado que se preparen dos acciones de forma inmediata. Por una parte, la más importante, unión inmediata de las escuadras española y francesa presentes en la bahía de Cádiz, bajo el mando del almirante Rosily. Es decir, que continúa la sumisión al francés, sin una mínima independencia de movimientos por nuestra parte. Pero con anterioridad sería necesario resolver los graves problemas de personal y material que acosan al general Ruiz de Apodaca, cuestión de difícil solución, para hacer posible esa mencionada operación sobre Sicilia. Todo ello sin tener en cuenta que el inglés nos espera fuera de la bahía, y suelen estar al día de todo lo que se cocina en España. Supongo que tanto el emperador como Su

Majestad don Carlos, no desearán una versión renovada del combate de Trafalgar, porque en estos momentos las diferencias a favor del inglés serían mucho más notables que en octubre de 1805.

—A no ser que se refuerce la escuadra aliada con un elevado número de navíos franceses —entró Beto con extrema cautela.

—Condición en la que no creo, sencillamente por que no disponen de ellos en suficiente número en el Mediterráneo. Y de los puertos del Canal no sale una avispa sin permiso de la *Royal Navy*. Pero, al mismo tiempo, don Manuel Godoy quiere que se avise por vía reservada al comandante de la escuadra de Cartagena, don Cayetano Valdés, para que pase con sus unidades a Tolón y se una a la francesa allí establecida. ¿Por qué a Tolón, si se han de reunir las escuadras en Cádiz? Debo reconocer que esta parte me gusta menos, mucho menos —parecía volver a calibrar con detalle sus propios pensamientos. Fue el momento en el que se dirigió a mí directamente—. Por cierto, que si se produce esta orden para la escuadra de Cartagena, *Gigante*, propondré que lleves tú la comunicación en persona al general Valdés.

—¿Yo? —mi sorpresa era real, porque no se trataba de mecanismo normalmente utilizado.

—Ya lo comprenderás en su momento. En fin, que este año de 1808 comienza con verrugas en la frente. Nada me gusta el panorama, y quiera Dios que yerre en mis apreciaciones.

A partir de aquellos días, aumentó el ritmo de reuniones particulares entre los generales Escaño, Álava y Salcedo, a las que concurrían a veces otros generales de mar, incluso el Inspector General, don Francisco Gil y Lemus. Y en más de una ocasión, acompañé a don Antonio a la Secretaría de Guerra, donde también conversó con algunos mandos del Ejército. Aunque se dieran todas las formalidades necesarias, a mi me sonaban aquellas acciones como de especial reserva y muy a la callada, lo que nada bueno podía presagiar. Pero de acuerdo con las indicaciones expuestas por don Antonio en su despacho, comenzaba a funcionar el engranaje del Almirantazgo en el sentido que apuntara con suma claridad.

El día 4 de febrero, se prevenía de forma oficial al teniente general don Juan Ruiz de Apodaca, comandante general de la escuadra de Cádiz, que por orden de Su Majestad debía unir sus fuerzas a la francesa bajo el mando del almirante Rosily, para operar con ella y seguir su destino. Es decir, que de nuevo la escuadra combinada quedaba bajo las órdenes directas del emperador Bonaparte. Y como era necesario dulcificar en medida la golosina salada, antes de recibir las habituales protestas del mando español, se

adelantaba orden a los comandantes del departamento marítimo y provincia de Andalucía, para que facilitasen al general Apodaca cuantos auxilios necesitara. Y también para no perder las malas costumbres, el propio Almirante exponía al comandante general de la escuadra cómo podía rellenar las dotaciones de sus unidades, tomando gente de mar de un navío determinado y otras medidas por el estilo. Pero todos sabíamos que las unidades de la escuadra gaditana necesitarían de mucho auxilio para poderse hacer a la mar con unas mínimas garantías, tanto en hombres como en pertrechos, especialmente si esperaba el britano a las puertas con una poderosa escuadra.

La segunda medida, tomada el mismo día, me afectó de forma directa. Porque como ya nos previniera don Antonio, Su Alteza Serenísima ordenaba al comandante general de la escuadra de Cartagena, don Cayetano Valdés, por correo extraordinario y reservado, que diese la vela a la mayor brevedad. Debía dirigirse con los buques bajo su mando al puerto de Tolón. Una vez llegado a su destino, uniría sus fuerzas a las de Su Majestad Imperial y Real surtas en dicho puerto, para pasar a operar bajo mando francés en todas las empresas que se decidieran. De una sola tacada, casi todos los navíos disponibles de la Real Armada quedarían bajo la bota francesa, sin un mínimo resquicio de independencia operativa. Como era habitual en don Manuel Godoy, también le explicaba con detalle al general Valdés, cómo debía mandar su escuadra y solventar los problemas de personal o material que le surgiesen en puerto francés. Era tal la prepotencia del Grande Almirante, como lo llamaba Beto, que se creía en disposición de aconsejar a generales bragados con muchos años de mar, sobre circunstancias puramente profesionales. Y como decían algunos compañeros, su única experiencia militar era la de un capitán de la Guardia de Corps, en misión de acompañamiento y escolta a Su Majestad la Reina.

Decía que afectaba esta segunda medida a mi persona de forma directa, porque yo debería ser el correo extraordinario y reservado por el que el general Valdés debía recibir las instrucciones señaladas. Esta sorprendente noticia me alcanzó el mismo día 4 por la tarde, cuando fui llamado por don Antonio a su despacho. Creí que se trataría de un asunto más, porque no eran pocos los que llevábamos aquella semana en la bolsa. Sin embargo, pronto me malicié que alguna menestra de grado se cocía en la perola, al observar su rostro y comprobar que cerraba la puerta de su sala de trabajo. Y era de llamar la atención dicha maniobra porque, como norma habitual, se mantenía abierta

de forma permanente. Desde el primer momento, utilizó un tono de especial confianza que me alarmó ligeramente.

—Mira, *Gigante*, como sabes eres un oficial de mi completa y absoluta confianza. Por esa razón voy a largar sobre tus espaldas una gestión de la mayor importancia, no sólo para la Armada sino para nuestra patria. Ya sabes que cuando hablo en serio, y esta es una ocasión para hacerlo sin una sola duda, no exagero una mota. Has de llevarla a cabo con la mayor discreción y sin posible fallo, porque es mucho lo que nos jugamos en el envite.

—Usted dirá, señor —contesté de forma mecánica, sin comprender todavía sus palabras.

—Has de partir inmediatamente hacia la ciudad de Cartagena. Puedes tomar uno de los carruajes del Almirantazgo o el tuyo particular, aunque sé de tus posibilidades y preferiría esta segunda posibilidad, que sería más discreta. No quiero que se llame la atención en ningún caso. Te presentarás en persona ante el jefe de escuadra don Cayetano Valdés, que iza su insignia en el navío *Reina Luisa*, y le harás entrega de ese sobre lacrado en el que se le comunican las órdenes para su pase al puerto de Tolón, así como otros detalles pergeñados por el Almirante.

—¿Puedo preguntarle, señor, a qué se debe esa especial reserva, si la orden es conocida en el Almirantazgo? —me sentía seguro, aunque la situación clamara a desconfianza.

—Lo que es verdaderamente reservado e importante es lo que te voy a comunicar a continuación —volvió a efectuar un gesto paternal, como si hablara a un hijo muy querido—. No puedo obligarte a ello, *Gigante*, porque te voy a pedir que contravengas una orden del príncipe de la Paz, sancionada por la mano de Su Majestad el Rey. Es cuestión muy seria, como es fácil comprender, porque has jurado fidelidad a nuestro Señor don Carlos. Un juramento depositado en las manos de Su Majestad es sagrado, pero estimo que la lealtad a la patria se encuentra por encima de cualquier rasero, una medida que, a partir de ahora, deberemos calibrar en más de una ocasión.

Pareció dudar unos segundos, masajeando su barbilla, para seguir con decisión.

—Ya sabes que me gusta tomar el toro por los cuernos y hablar con claridad. No sólo has de entregar esa valija al general Valdés, en cuyo caso no sería necesaria tu presencia. Lo más importante es que, una vez a solas con él, obligadamente a solas y sin posible excepción —me señaló con el dedo al pronunciar estas últimas palabras—, circunstancia que debes exigir en mi nombre, le comunicarás que, en acuerdo tomado por el general Álava y por

mí, apoyados por el capitán general Gil y Lemus, le rogamos emplee cualquier pretexto a la mano, nada difícil en principio con una escuadra en la mar, para evitar esa derrota ordenada hacia Tolón por el príncipe de la Paz. No debe llegar a puerto francés al precio que sea necesario. Puede alegar el mal estado de la mar o desperfectos en algunos buques de su escuadra, lo que no sería de extrañar, y tomar un puerto alternativo en las islas Baleares, por ejemplo. Pero ya Valdés dispone de suficientes luces para salir del paso.

Sentí cómo un rumorcillo se extendía por mi cuerpo, porque no era granada de bajo calibre lo que escuchaba. Si me involucraba en una desobediencia de aquel tipo y era descubierto el tenebroso asunto, me jugaba no sólo mi carrera en la Armada, sino la misma vida. Pero no podía dar la blanda en la ocasión de ninguna forma, y comencé a comprenderlo todo antes de que don Antonio me explicara las razones que lo movían a tal excepción.

—El general Valdés, a quien mucho conozco, es un hombre inteligente, patriota y leal. Lo comprenderá perfectamente con rapidez. Le darás a leer esta carta que le he escrito, donde le explico muchas circunstancias que ya me habéis escuchado en este despacho. Pero la petición de que no se dirija a Tolón será solamente verbal y a través de tu persona, porque tampoco debemos arriesgarnos sin necesidad con peligrosos pliegos escritos. Como puedes comprender, *Gigante*, la presencia de tropas francesas en España se está convirtiendo en un asunto de la mayor preocupación, lo que ya muchos comprendemos con cierta claridad. Si la escuadra de Cartagena pasa a Tolón, quedará en manos del emperador sin posible retorno, y es posible que en meses posteriores la necesitemos si..., si las cosas se torcieran en demasía. ¿Me comprendes, muchacho?

—Perfectamente, señor, y puede contar conmigo sin cortapisa alguna. Llevaré sus órdenes y mantendré el más absoluto secreto sobre lo que he escuchado en este despacho, lo que juro por mi honor.

—No es necesario, que ya te conozco bien. Pero te repito que no es una orden lo que te doy, sino un ruego de tu general que intenta lo mejor para la Armada y para España.

—Lo comprendo, señor, concuerdo con sus palabras y las acepto.

—Nada más, muchacho —don Antonio me ofreció una palmada de cariño en el hombro—. Tu padre estaría orgulloso de ti, puedes estar seguro. Él habría obrado de la misma forma. Te deseo un feliz viaje hacia mi tierra. Y, por favor, infórmame sin pausa a tu regreso.

—Así lo haré, señor.

Aunque el rumor seguía navegando por las venas, sentí una especial emoción al escuchar las últimas palabras de don Antonio. Iba a provocar una desobediencia a Su Majestad, lo que estaba castigado con la pena de muerte en las Reales Ordenanzas y, sin embargo, me sentía halagado porque se me hubiera concedido lo que consideraba como un especial honor. De esta forma, abandoné el despacho del general Escaño dispuesto a todo y, por supuesto, resuelto a cumplir lo que se me había pedido.

Como ya habían caído las luces cuando abandoné la posada de don Antonio, de acuerdo con su parecer dejé para la mañana siguiente la salida hacia la ciudad de Cartagena. Pero antes de que el sol comenzara a despertar por el horizonte, con las primeras luces del crepúsculo, abandoné el palacio de Montefrío con Okumé a mi lado y Rufino a las riendas. La verdad es que el pobre Sebastián cuadraba ya demasiados años, carcomidas sus extremidades por la reuma, y la comisión era más propia de reventar cueros, por lo que decidí relevarlo por su hijo, que ya atendía con destreza al manejo de los animales.

Aunque no solía ser empresa fácil para mí, alegué una excusa de tientos ante la familia. Ni siquiera a Beto comuniqué la verdad, explicándole que actuaba de correo para llevar al general Valdés las órdenes relativas a su escuadra, que él ya conocía perfectamente. No disfruté por faltar a la verdad con mi gran amigo y compañero, pero hay veces en la vida que la nube superior se impone. Sin embargo, creí observar un brillo especial en sus ojos, como si atisbara que alguna razón oculta se escondía en mis palabras. Y es que siempre fue fácil comprobar en mi rostro la falta de veracidad, un defecto o cualidad que me causó serios problemas en ocasiones de cierta importancia.

El trayecto hasta la ciudad departamental del levante lo trazamos a ritmo de vergajo y sin una mínima concesión, para animales y personas. Por fortuna, Okumé había alistado con rapidez una buena cesta, lo que nos permitió navegar leguas sin necesidad de parar en ventas para reponer fuerzas. Y aunque los caminos en dirección al Mediterráneo no solían deparar sorpresas como aquellos que bajan hacia las Andalucías, llevábamos armas a disposición, que la importancia de la comisión así lo merecía. De esta forma, ya entrados en el Reino de Murcia ordené ralentizar la marcha, que habíamos corrido la milla a todo trapo y no era cosa de perder alguno de los animales escogidos para la faena. Por fin, atravesábamos las puertas que la muralla

cartagenera abre hacia el norte, con el cuerpo un tanto descoyuntado pero feliz de no haber sufrido mayores contratiempos.

A pesar de las prisas impuestas, y a causa de cometido particular del general Valdés, debí esperar a la mañana siguiente para tomar el barqueo que me transportara al buque insignia de la escuadra cartagenera, el navío de tres puentes y 112 cañones *Reina Luisa*. Y he de recalcar en primer término que, llegado el momento de pisar su cubierta, me llovieron en la cabeza sentimientos y añoranzas que no son fáciles de explicar con la pluma. Porque ése era mi verdadero ambiente, los barcos y la mar, al punto de envidiar a los tenientes de navío que saludaban a mi paso. Pero como el deber volaba por encima de vergas y masteleros, urgido con mis prisas y fantasmas, el oficial de guardia me acompañó hacia el camarote del segundo comandante, fielato obligado a bordo para visitas de oficiales inferiores, donde encontré al capitán de navío don Bruno Estremera. Con rapidez le expuse la misión encomendada, dejando bien claro desde el primer momento la necesidad de entregar en mano al comandante general de la escuadra las órdenes que le dirigía Su Alteza Serenísima el Almirante.

Aunque el segundo comandante parecía dudar en los primeros momentos, debió hacer fuerza la resolución de mi rostro porque, sin esperar un segundo más, me acompañó hasta la cámara del general. Y tras los permisos de recibo, me presenté ante la persona a quien debía largar comentarios de oído cerrado. En aquellos momentos, quien mandaba en las unidades de la escuadra cartagenera, se encontraba acompañado por su mayor general y el comandante del buque, un brigadier bajo y orondo como tinaja de jardín, con el brazo izquierdo tajado a cercén por debajo del codo.

—A las órdenes de vuestra excelencia, señor general. Se presenta ante vos con el debido respeto el teniente de navío Santiago de Leñanza, ayudante del general don Antonio de Escaño, en correo especial del Almirantazgo con órdenes que debo entregarle.

Era don Cayetano Valdés un personaje que, desde el primer momento, me entró como suave brisa por barlovento. Creo que esas impresiones muy favorables al primer vistazo, pocas veces me han fallado a lo largo de mi azarosa vida. De regular estatura y magro de carnes, destacaba por encima de otras consideraciones la especial afabilidad de su rostro, en comba de bondad y con una media sonrisa permanentemente prendida en sus labios. Pero también destacaba por largo su nariz aguileña, afilada en gancho como uña de bichero. Moreno de ojos y cabello, aunque éste comenzara a ralearse a la vista, vino a mi encuentro para estrechar la mano, mientras repasaba mi cuerpo.

—Apostaría la casaca a que es usted hijo de Francisco Leñanza, hombre de confianza del general Gravina.

—Así es, señor.

—Sentí su muerte tras el combate que sufrimos junto al cabo Trafalgar. Lo traté a menudo y siempre recibí de él buenas palabras y excelentes consejos. Bueno, puede entregarme esas órdenes para mí que, si no me equivoco, se refieren a una pronta salida a la mar de la escuadra bajo mi mando.

—Sí, señor —le tendí los pliegos lacrados—. Don Antonio de Escaño me ordenó que se los entregara en mano a la mayor brevedad y que... —dudé unos pocos segundos, con el runruneo comiendo mis intestinos—, y que hablara con vuestra Excelencia a solas. Debo ofrecerles un recado verbal y personal de mi general, según sus propias palabras, solamente para sus oídos.

En contra de lo que esperaba, no causaron sorpresa mis palabras al general, aunque sí al brigadier que actuaba como mayor general. Pero no dudó don Cayetano, que se dirigió con rapidez a los tres hombres que nos acompañaban en la cámara.

—Por favor, señores, déjenme a solas con el teniente de navío Leñanza.

Cumplimentaron la orden sin rechistar, aunque recibiera alguna mirada de corte al paso. Por fin, una vez a solas, me hizo sentar en una butaca junto a él.

—Usted dirá, Leñanza.

—Verá, señor. En primer lugar he de entregaros esta carta personal del general Escaño —metí la mano en la tienda de mi casaca, para extraer el documento—. Pero lo que debo comunicarle de voz y a solas es más importante, según me comunicó con mucha claridad. Le recitaré exactamente las palabras de don Antonio dirigidas a su excelencia: *en acuerdo tomado por el general Álava y por mí, apoyados por el capitán general Gil y Lemus, le rogamos que emplee cualquier pretexto a la mano, nada difícil en principio con una escuadra en la mar, para evitar esa derrota ordenada hacia Tolón por el príncipe de la Paz. No debe llegar a puerto francés al precio que sea necesario. Puede alegar el mal estado de la mar o desperfectos en algunos buques de su escuadra y tomar un puerto alternativo de las Baleares, por ejemplo* —había recitado de corrillo, como los niños aprenden las primeras oraciones. Ya con voz pausada, rematé la faena—. Eso es todo, señor.

Don Cayetano Valdés pareció alargar su sonrisa, mientras movía el último documento entre sus manos. Decidió romper los lacres con un pequeño descalfador en mi presencia, y leer lo que don Antonio le escribía. Esta vez su sonrisa se abrió a las bandas, como si hubiese comprobado alguna noticia

jocosa. Y sin pensarlo dos veces, prendió fuego a los dos pliegos, cuyas cenizas acabaron en un balde con agua enclavado a estribor. Volvió a tomar asiento con lentitud, porque no era hombre de los que apresuraban movimientos. Se dirigió a mí con un tono todavía más cordial y tendido a la baja.

—Supongo que mucho debe confiar el general Escaño en usted para solicitarle esta peligrosa encomienda. Debe ser un digno hijo de su padre, sin duda. Puede estar tranquilo, Leñanza, y confiar en mi discreción. También yo he de pedirle que le conteste al general Escaño de palabra, solamente para él, si esta dispuesto a ello —me miró fijamente a los ojos.

—Por supuesto, señor.

—Conteste a su general que muestro mi plena conformidad a la..., a su sugerencia, y que me encuentro informado al punto de la peligrosa situación por la que atravesamos. Que concuerdo con todas las opiniones que me envía en pliego lacrado. Dígale también de mi parte, que estaba al tanto de esta comisión hacia Tolón y pensaba hacer, exactamente, lo que a través de sus palabras se me recomienda. Ya suponía que la entrada en esa ratonera era comisión sin posible retorno. Y por último, este punto es de la mayor importancia —su rostro adquirió una especial severidad—, asegúrele que me tienen a su entera disposición, así como los buques bajo mi mando, para lo que hayan menester, siempre que sea en defensa de los intereses de España. ¿Me ha comprendido bien?

—Perfectamente, señor general. Repetiré esas palabras a don Antonio una a una.

—Dispenso una especial admiración por don Antonio de Escaño, a quien considero como uno de nuestros mejores generales de mar, si no el mejor. Estuve a sus órdenes y sé de su competencia y patriotismo. Y estoy de acuerdo con todo lo que piensa sobre nuestra peligrosa situación actual. Ojalá equivoquemos este análisis que, sin embargo, cualquier cabeza sensata que no se mueva por los intereses de un día, llevaría a cabo.

Volvió a quedar en silencio, dirigiendo ahora su mirada hacia un cuadro en el que se representaba a Nuestra Señora del Rosario. Aunque esperaba alguna confidencia más de su boca, apartó el tema por completo.

—Supongo que llevaría a cabo el trayecto desde la Corte a milla presa. ¿Quiere descansar a bordo? ¿Necesita algún auxilio de boca para el regreso?

—Se lo agradezco mucho, señor, pero preferiría salir de inmediato. Creo que no sería buena idea perder una sola hora. Estimo que debo llevar su respuesta a mi general con la mayor prontitud.

—Estoy de acuerdo. Una vez más le agradezco que haya aceptado esta comisión. Y no se preocupe, que de mi boca no saldrá una sola letra de lo que me ha referido. Suceda lo que suceda en los próximos meses, puede estar seguro de que siempre gustaré tenerlo a mis órdenes.

—Muchas gracias, señor.

En detalle de especial deferencia y ante la sorpresa de algunos oficiales, el general Valdés me acompañó hasta su portalón, ordenando que su falúa me transportara a tierra. Y en la misma meseta estrechó mi mano, deseándome una vez más suerte en la misión encomendada.

Aunque no imprimimos la urgencia del día anterior, regresamos a la Corte sin perder tiempo. Para nuestra desgracia, nos tomó un inesperado aguacero recién entrados en tierras de La Mancha, aunque Rufino trenzaba las riendas con soltura y tomó el camino con la necesaria prudencia, que las roderas escondidas bajo el agua pueden dar a tierra el carruaje con peligro para sus ocupantes. Aún así, tanto Okumé como yo debimos echar una mano para sacar la rueda derecha trasera de una grieta, con lo que acabamos empapados y ateridos como náufragos. Por fin, era noche cerrada, entrados en el día 7 del mes de abril, cuando sorteábamos los arrabales madrileños.

La verdad es que dudé del camino a seguir, porque no eran horas de abordar la posada de don Antonio, cuando a bordo de los buques se debía picar la entrada al cuarto del alba. Por esta razón, me dirigí al palacio de Montefrío, donde repuse el cuerpo con un necesario bocado, al tiempo que cambiaba de ropas, salpicadas de barro y suciedad. Aproveché unos pocos minutos para abrazar a Eugenia y ponerla al día de mi regreso, aunque no creo que, entre sueños, llegara a comprender una sola de mis palabras.

Conociendo las costumbres del general, tocaban las campanas del convento Carmelita a maitines, cuando golpeaba la conocida aldaba en forma de león rampante en la posada de mi jefe, un recuerdo de los buques de la Armada. Y no erraba en mis predicciones, porque ya andaba don Antonio metido entre papeles. Me recibió en su sala de trabajo sin especial inquietud, como si diera por sentado que todo se había desarrollado de acuerdo con sus deseos.

—Sin novedad en la misión encomendada, señor.

—Luces como alistado para recibo de honores —se permitió una sonrisa.

—Llegué a Madrid empapado y con barro, por un problema imprevisto en el carruaje a causa de la lluvia. Tomé un bocado y cambié el uniforme hace un par de horas.

—Bueno, cuéntame con detalle tu entrevista con el general Valdés.

Sin vacilar un segundo, le relaté palabra por palabra toda la conversación mantenida con don Cayetano Valdés desde que entrara en su cámara, recalcando las últimas que consideraba de especial importancia. Don Antonio asentía con la cabeza, pensativo, como si le repitieran un guión memorizado.

—Es un hombre cabal el general Valdés y confío plenamente en él. Esperaba una reacción así. Dios quiera que no sea necesario tomar peores medidas, aunque todo apunta hacia el infierno. Pero, bueno, necesitas descansar, que has debido sufrir de nervios entreverados y eso agota tanto como un combate a tocapienoles. Puedes estar tranquilo y olvidar todo lo que has escuchado en estos dos días últimos. Nadie sabrá de estos detalles.

—Puedo quedar para comenzar la jornada de trabajo, señor. No me siento cansado y ya he probado un bocado en casa antes de venir a verle.

—Nada de eso, muchacho. Sentirás el cansancio cuando caigas en la cama, ya lo verás. De nada me sirven oficiales en bajo estado. Descansa y mañana nos veremos, que no hay ningún asunto de especial urgencia.

Debía obedecer a mi general, por lo que regresé al palacio de Montefrío. Y tenía razón don Antonio porque, aunque fresco de sentidos, caí en un pesado sueño al tomar la cama, durmiendo de un tirón hasta la hora del almuerzo, y gracias al aviso de Eugenia. Repuesto de fuerzas y como forzado de galeras, ataqué a muerte un cuarto de cordero, con un ansia que hizo reír al resto de la familia. Respondiendo a las preguntas insistentes de las mujeres, largué algunos comentarios superficiales sobre la ciudad de Cartagena y poco más, alegando que el viaje había sido de ida y retorno, sin estancia de suficiente duración en la bella ciudad mediterránea como para observar alguna novedad digna de mención.

Bien entrada la tarde, cuando Beto regresó a casa, me bombardeó con preguntas sobre la comisión efectuada. Y aunque no entraba en detalles concretos, era consciente por mi parte de que deseaba saber más, en especial esa parte oculta que intuía como principal de mi gestión. Conseguí mantenerlo a raya con algunas bromas, saliendo del envite como pude, cuestión nada sencilla con mi compañero, bien dotado para desempeñar el cargo de inquisidor general. Y aunque parezca difícil de creer, aquella noche volví a tomar el sueño con extrema facilidad, aunque fuera cuestión ardua apartar de mi cabeza las últimas palabras de don Cayetano Valdés a bordo del navío *Reina Luisa*: *asegúrele a don Antonio que me tienen a su entera disposición, así como los buques bajo mi mando, para lo que hayan menester, siempre que sea en defensa de los intereses de España.*

## 12. Se desata la tormenta

Continuamos el trabajo en el Almirantazgo con los mismos condicionantes entablados a lo largo de las últimas semanas; papel sobre papel y memorias al vuelo. Destacaban por su envergadura y prioridad, así como motivo central de preocupación, los preparativos necesarios y urgentes de la escuadra de Cádiz, que debía alistarse a la mayor brevedad para operar en conjunción de la francesa. Y no eran pocas las demandas que nos llovían desde la bahía gaditana a ritmo de trueno, con muchos problemas cuya solución no se alcanzaba a la vista, por cientos de horas de trabajo que se le dedicaran.

Hasta el último de los pajes a bordo de un sencillo bergantín habría sido capaz de comprender que, sin hombres cualificados ni suficiente crédito a disposición, se trataba de empresa imposible alistar una escuadra de orden, consideración más propia para ser escrita en papel y pasar al archivo de utopías. De todas formas, la preocupación real bajaba enteros en los corazones de muchos, que estimaban como muy poco reales tales perspectivas de acción naval. Pero con vistas a la mala, los que estábamos al tanto de la comedia éramos capaces de vislumbrar cómo, poco a poco, se cargaba la atmósfera de humo negro, aunque todavía con niveles que permitían un leve rayo de esperanza.

Ni siquiera cuando el comandante interino del departamento gaditano avisó de haberse avistado un convoy inglés con 60 velas, y la posible alarma de un desembarco en aquella costa o en la cercana plaza de Ceuta, se alarmó el general Escaño. Las estimó sin mayor análisis como adecuadas para el necesario abastecimiento de la plaza de Gibraltar por parte britana, ante los rumores de ataque a aquella plaza. Sin embargo y para curar en salud, se aprobó la proposición gaditana de fletar 18 cañoneros en aumento de las fuerzas sutiles de Cádiz y Sancti Petri. Y como acción más propia de chanza, enfatizaba personalmente el Generalísimo Almirante, como experto en cuestiones de mar, que dichas unidades fueran comandadas por oficiales con

conocimientos prácticos y teóricos necesarios, a ser posible tenientes de navío, como si sobraran en número los de dicho empleo. Se trataba de consideraciones que provocaban la sonrisa encubierta de algunos generales de mar.

Debo declarar con sinceridad, que cuando me sentí realmente satisfecho, con orgullo personal elevado sin medida, fue la mañana en la que se recibió en el Almirantazgo valija procedente del jefe de escuadra don Cayetano Valdés, comandante general de la escuadra de Cartagena, en la que, con fecha de 17 de febrero, daba cuenta a Su Alteza Serenísima *de los sucesos acaecidos en su navegación, los esfuerzos y más activas diligencias que había hecho para seguir las órdenes recibidas y de que, convencido de no ser posible verificar su comisión sin un evidente riesgo de ser perdida la escuadra en caso de encuentro con enemigos, había tirado sólo a asegurarla en la bahía de Palma de Mallorca, de donde no saldría hasta que VA. resolviese con conocimiento de estas circunstancias.* Me produjo una especial satisfacción leer aquellas líneas, como si hubiera sido yo en persona quien arrancara aquella escuadra de las garras del emperador gabacho.

Y no se retrasaba el Generalísimo Almirante en la respuesta, porque el mismo día se expedía urgente nota para el general Valdés, en la que se le ordenaba *tratar de reparar a la mayor brevedad las averías de los buques para que pudiesen proseguir la campaña, pero que no se moviese de aquel fondeadero hasta recibir nuevas órdenes, facultándolo VA. para que sólo en el caso de considerar necesario para la habilitación y seguridad de su escuadra el trasladarla a Mahón<sup>[50]</sup>, podía dar este paso si se le presentaba coyuntura favorable.* Es de notar cierto cambio por parte de Godoy en la exigencia de que la escuadra de Valdés pasara a Tolón con la mayor urgencia, pero es que ya a finales del mes de febrero comenzaba a cambiar la marea en su cerebro, ¡y de qué forma!, como podrán comprobar a continuación.

Por aquellos días, tanto Beto como yo, en conocimiento de la dura realidad que podríamos afrontar en un futuro cercano, creímos llegado el momento de hablar con la familia en serio y preparar las posibles acciones a tomar. Porque en tiempos de revueltas, guerras o grandes cambios nacionales, más vale mantener a las mujeres y niños a buen resguardo y con alimentos de salud a disposición. Por esa razón, nos reunimos a coro en el palacio de Montefrío con las cuatro mujeres, para satisfacción de la joven Cristina que era considerada entrada en edad, y exponerles bajo prenda de severo secreto, la realidad de la situación política que atravesábamos, aunque ya corrían en mentideros y corrillos afirmaciones de todo tipo. Y para nuestra sorpresa, no

se alarmaron en exceso, especialmente María Antonia, a quien ya le rondaban por los oídos cuestiones de ese calibre.

—Se veía venir tal desaguisado. Por mi parte, no albergo duda alguna de que ese casquivano chiquilicuatre de Bonaparte nos invadirá más pronto que tarde e intentará gobernar nuestros intereses.

—Por desgracia, gobierna nuestros intereses a su gusto desde hace bastantes años —rezongó Beto en tono lastimero.

—Pero ahora lo pretende en directo y sin máscaras —insistió María Antonia—. Poco sabe ese desdichado de la capacidad de resistencia española. Si lo intenta, saldrá trasquilado.

—La verdad, madre, es que ya se encuentran más de cien mil soldados franceses en puntos estratégicos del norte, dirigiéndose hacia el sur, amparados con excusas y razones que comienzan a desmoronarse por su propio peso. Y se rumorea la venida a Madrid de un ejército, bajo el mando del duque de Berg, para preparar la visita del emperador, condición en la que tampoco creen algunos, comenzando por nuestro general.

—Gabachos farsantes y miserables. Siempre dije que no eran dignos de ser aliados de Su Majestad Católica, aunque debamos reconocer a la callada —María Antonia bajó el tono de su voz—, que la actitud de nuestro Señor y su valido, sin olvidar a la entrometida Señora, dejarán a la Corona en muy mala situación. Para mí que la única esperanza de recobrar la dignidad se encuentra en el príncipe de Asturias.

—Es posible —dijo Beto a la callada.

—Esos franceses —insistía María Antonia con desprecio— son el diáfano ejemplo del advenedizo en su más pura esencia. Unos pobres revolucionarios del tres al cuarto, que acaban por nombrar a un emperador sin imperio, y conceden grandes títulos con mayor profusión que el régimen antiguo.

—Habíamos pensado —dijo Beto—, que sería prudente abandonar la Corte. Nos referimos a las mujeres solamente, claro está. *Gigante* piensa que el lugar idóneo para quedar por fuera de todo peligro, sería la hacienda de Santa Rosalía.

—O en la de El Bergantín, por tierras extremeñas —apuntó María Antonia con seguridad—. Tendríamos más cerca la raya de Portugal.

—Portugal se encuentra bajo dominio francés —alegó Beto con firmeza—, y sería más peligroso.

—Pero si acabamos luchando contra los franceses, no tardará por establecerse una alianza con los británicos, cuya puerta de entrada será el reino vecino —María Antonia se explicaba como un verdadero estratega.

—Tienes mucha razón, madre, y por ese motivo será zona de aglomeración de ejércitos y paso de tropas descontroladas.

—¿Por qué hemos de partir? —preguntó Cristina—. Aquí en la Corte se vive mucho mejor que en el campo y con mayor comodidad. Ahora que iba a comenzar a asistir a recepciones y saraos, no podemos partir de ninguna forma. No creo que vayamos a guerrear con los franceses, nuestros aliados de siempre, ni todos esos apelativos denigrantes que les adjudicáis.

El tono de protesta empleado por la que consideraba todavía como una pequeña, me llamó la atención al punto de dejarme sin palabras. ¿Qué monstruoso cambio se había producido en la cariñosa y juguetona niña, para no poder reconocerla de la noche a la mañana? Me recliné en tripas mi actitud como cabeza visible de la casa, al no estar al día de la situación. Sin embargo, María Antonia reaccionó con rapidez.

—Mira, niña, acatarás sin rechistar lo que decidan tus mayores. Y si lo dices por ese oficialillo francés que te ha dirigido dos requiebros durante los paseos por los Prados, creo que deberíamos acelerar la marcha.

—¿Requiebros? ¿Oficial francés? —mi sorpresa era mayúscula por momentos, aumentando la desazón interior—. ¿De qué demonios estáis hablando?

—Cuando hemos paseado algún domingo con el carruaje por los Prados, se nos acercó en un par de ocasiones un joven oficial francés, creo que debe ser teniente de granaderos con destino en la embajada, para solicitar permiso de compañía en cortejo. Pero ese ganapán sólo tenía ojos para esta jovencita —María Antonia empleaba un duro tono de voz—. Y como no me gustaba nada esa mirada, denegué con firmeza la petición.

—Se trata de un joven educado y apuesto, que sólo intentó ser cortés con unas damas, madre. Y cabalgaba sobre un corcel precioso —Cristina volvió a protestar.

—Pero Cristinita —intenté un tono de voz cariñoso—, si eres todavía una niña.

—Nada de eso, primo Santiago. Soy una mujer hecha y derecha.

—En eso tiene razón esta alocada jovencita. Es una mujer y en estado de comenzar a despuntar en la Corte, desde luego, pero no con oficiales franceses. ¡Y no vuelvas a abrir la boca, Cristina, si no quiere sufrir las consecuencias!

—Podríamos esperar un poco más, a ver cómo se desarrollan los acontecimientos —intervino Rosalía con tono pausado—. Tampoco Eugenia y yo deseamos alejarnos de nuestros esposos sin necesidad. Si ese peligro del

que habláis se materializa a la vista, será el momento de tomar el camino. Y estoy de acuerdo en la elección de Santa Rosalía como destino.

—Me parece una interpretación correcta —afirmó María Antonia, regresada a la calma—. Pero debemos prepararnos en avance y avisar a la hacienda, para que lleven a cabo el acopio de víveres necesario.

—En cuanto a la carne no han de preocuparse las señoras —intervino Okumé, considerado como un miembro más e imprescindible en la familia—. En la hacienda hay caza suficiente para alimentar a un ejército, y con mi escopeta tomaré ese encargo.

—Pero no vamos a comer carne de venado todos los días, Okumé.

—Sabe la señora que también se dispone de volateo, conejos y liebres. No faltará nada.

—Tienes razón.

Rosalía sonreía al pronunciar sus palabras, mientras todos agradecemos el cambio de rumbo en la conversación, aunque no llegáramos a ningún plan definitivo. Además, la postura de Cristina me había dejado profundamente preocupado. En primer lugar, porque había caído en la cuenta, de un solo golpe, que se trataba de una mujer con una extraordinaria belleza, y no esa niña que todavía se mantenía en mi cerebro, a la que mimar y acariciar. Así lo hablé con Beto poco después.

—No te preocupes, *Gigante*. Por fortuna, María Antonia se encuentra al quite y es mujer de carácter.

—Pero yo soy el hombre de la familia. Bueno, tú también, pero ya me entiendes.

—No tienes que disculparte. Tienes razón y eres el hombre de su sangre.

—Cristina debería comprender que es duquesa de Montefrío y quedará a la cabeza de una casa importante de España. Mucho quería al tío Santiago, y sufro al pensar que pudiese ver a su única hija en relación con un oficial francés.

—Dejemos que la marea nos saque del atolladero, si es que existe. Debemos estar atentos a lo que estimamos como muy probable, y tener preparada esa mudanza hacia el campo. Allí olvidará la joven esos amores tomados al vuelo de corazón recién abierto.

—Dios te escuche.

Aunque Beto estimaba la situación bajo control y sin mayores problemas a la vista, no era fácil evitar esos pensamientos en mi cerebro. También Eugenia rebajó las cuerdas, asegurándome que había visto al teniente sólo un par de veces, y se trataba de esos amores amparados en jovencitas, más

propios de novelas caballerescas. Sin embargo, aquella moscarda se mantenía zumbando a mi alrededor, y no eran pocas las preocupaciones que rondaban nuestras almas por aquellos días.

Al menos, durante aquellas jornadas revueltas en hechos y sorpresas de norte a sur, recibimos una muy buena noticia en la familia. Mi hermana volvía a encontrarse embarazada, lo que significó una gran alegría para todos. Incluso pareció cambiarle el semblante a Rosalía, como si, de esa forma, se quitara de encima los recuerdos que todavía debían navegar por su mente sobre el niño perdido. También Beto, aunque siempre pareciera tomar los asuntos a la ligera, se sintió inmensamente feliz, que ya podía leer en los rastros de su cara como libro abierto. Eugenia me comunicó que había decidido rezar en silencio, para que todo se alumbrara en orden. Mientras tanto, el pequeño *Pecas* crecía en salud aunque de corta alzada, aumentando su parecido con el tío Santiago cada día. Todo podría navegar en orden y concierto, si las dudas sobre los gabachos no acecharan tan en caliente.

Aunque observábamos con cierta ansiedad la creciente tirantez que se establecía a machamartillo en España, la bombardera tronó a muerte en la última semana del mes de febrero, si los recuerdos me acompañan en conveniencia. Aunque el príncipe de la Paz se mantenía reacio a ver la realidad que campaba a su alrededor, parece que se hizo la luz definitiva en su cerebro cuando, por aquellos días, el general Junot dictaba una severa proclama en Lisboa, por la que declaraba bajo protección y gobierno del emperador francés a toda la nación portuguesa. Y acto seguido, por orden directa de Bonaparte, era arriado el pabellón nacional portugués de todo organismo oficial, para ser sustituido por la tricolor francesa. Y como el petimetre corso se mantenía ávido de presupuesto para sus muchas campañas, decretó una contribución especial a Portugal con un montante de cien millones que, con toda claridad, no podrían sufragar sus habitantes. Cualquier posible concordia con el pueblo portugués quedaba rota, y sólo faltaba la chispa para hacer saltar la bomba por los aires.

Tras estas noticias, el Generalísimo Almirante cayó por fin en la dura realidad. De un severo plumazo, volaba en cielo alto su pretendida corona de los Algarves. Bonaparte lo había utilizado a su antojo con promesas de gloria, mientras sus tropas tomaban todas las fortalezas del norte de España. A finales del año anterior, con excusa de apoyar al ejército de Junot, el general Dupont pasaba el Bidasoa con 25.000 hombres. En enero, el mariscal Moncey

también había entrado en España, mientras Dupont se encontraba a las puertas de Valladolid, a sólo doscientos kilómetros de Madrid. Por el este de la península, con pretexto de enviar tropas de refuerzo sobre Gibraltar, el general Duhesne penetraba en Cataluña. Y nadie se oponía porque los franceses ¡eran nuestros aliados!, aunque cualquier cabeza en sitio era capaz de calibrar la verdad y dejar de creer en tanta palabrería absurda. La triste realidad, proclamada en voz baja desde semanas atrás por generales de la Armada y el Ejército, así como algunos políticos por fuera de la onda del Almirante y los del partido del príncipe don Fernando, era que los franceses se encontraban en posesión de los fuertes de Figueras y Santa Eugenia de Pancorbo, así como las ciudadelas de Barcelona y Pamplona.

El 20 de febrero, Napoleón nombraba a Joaquín Murat, gran duque de Berg, comandante en jefe de sus ejércitos en España y lugarteniente del emperador. En la primera semana de marzo, Murat se encontraba a las puertas de Madrid. Pero además de las noticias arribadas desde Portugal, el confidente de Godoy en París, Eugenio Izquierdo, llegaba a la Corte con extrema urgencia, para comunicar las alarmantes noticias que corrían en la Corte Imperial, sobre la inmediata destitución de los Borbones en España.

Su Alteza Serenísima decidió que la única solución viable para la familia Real era la inmediata huida hacia Sevilla, para proseguir después navegación hacia las tierras de Nueva España, evitando la bahía de Cádiz donde se encontraba la escuadra del almirante Rosily. Sobre esta posible decisión nos informó el general Escaño, exponiéndonos algunos puntos interesantes.

—Nuestro Generalísimo Almirante, el todopoderoso príncipe de la Paz, ha sido atacado por una oleada de pánico atroz. Aunque mucho nos duela, lo ha merecido el muy necio por su inconsciencia y egoísmo, más allá del verdadero servicio a la patria. Parece mentira que en ocasiones lo contemple como una persona inteligente, aunque es cierto que la ambición puede cegar las mejores cabezas. Pero por todos los dioses de la mar, es norma sabida desde las enseñanzas griegas, que nunca has de correr por el camino que el enemigo te indica.

—¿A qué camino se refiere, señor? —preguntó Beto con gesto de incompreensión.

—Queda a la vista con trazas gruesas. Para mí que la trama planteada por ese indigno Bonaparte está muy clara, aunque discrepe de la mayor parte de los generales. Defiendo a ultranza la opinión de que ese pájaro desea amedrentar a la Casa Real y al propio Godoy. Para él la situación ideal se establecería si la Real Familia abandonara España, como sucedió en Portugal,

y dejarle mano ancha para sus asuntos en nuestra tierra. De esta forma, podría nombrar un regente a su capricho o algún miembro de su propia familia coronado, como ya ha resuelto en otros estados de Europa. Y desde luego, tomar la escuadra o la mayor parte de ella. Esta última cuestión no sería difícil, porque pocos buques se encuentran en disposición de hacerse a la mar. Por esa razón, no debemos caer en la celada.

—Usted mismo, señor, declaraba hace pocas semanas, que la Familia Real debería salir hacia Nueva España —alegué a la contra.

—Pero no al completo. Es un caso a estudiar y ser planificado con sumo cuidado. Aunque un informador asegura que el almirante Rosily ha recibido instrucciones de su ministro de la Guerra, *monsieur* Decrés, en el sentido de que impida a toda costa la salida de la Real Familia de España, me cuesta creerlo, ni lo veo en condiciones de cumplirlo.

—Desde luego. También allí se encuentra nuestra escuadra. Y no sería difícil barrer a los buques franceses, apoyados por las baterías de los castillos.

—Seamos serios, muchachos. La escuadra francesa se encuentra pertrechada como es debido, aunque sea a costa de nuestro capital, y dispuesta a salir a la mar, lo que no lleva a cabo por el bloqueo britano. La nuestra en aquellas aguas, sin embargo, se compone hoy en día de seis navíos y una fragata, de los que ninguno se halla en situación como para salir a la mar con garantías y, bien lo sabéis, sin suficiente personal de marinería y artilleros. Pero por supuesto que sería posible batirlos entre nuestros buques y los castillos, sin olvidar las armadillas que en los caños pueden ser decisivas. También debería prepararse tal situación, y evitar que se encuentren los navíos de ambas Marinas entremezclados, como hasta ahora.

—Entonces, señor, ¿quién estima que debería permanecer en España de la Real Familia? —pregunté, absorto en la información que el general nos transmitía.

—Aquí deben permanecer los representantes que se estimen necesarios solamente. Por ejemplo, uno debería quedar al frente de los ejércitos y oponer seria resistencia al francés, aunque sea misión casi imposible. Pero es de ley y honor intentarlo. El segundo se retiraría a alguna zona inexpugnable de nuestro territorio, donde pueda mantenerse el pabellón nacional en alto, buscando el apoyo de la Gran Bretaña que será prioritario más pronto que tarde. Los infantes don Antonio y don Carlos<sup>[51]</sup>, por ejemplo, podrían ser los elegidos. Creo que ambos tienen el carácter necesario.

—¿Y qué zona de España considera inexpugnable, señor, ante un ataque en gran número de los ejércitos franceses? —pregunté, intrigado.

—La bahía gaditana, desde luego. Podéis estar seguros de que he estudiado la situación a fondo, dada mi lejana desconfianza con el francés, en la que no creíais. Con la necesaria actividad, cortando puentes en conveniencia y reforzando castillos, podemos convertir el triángulo formado por Cádiz, la Real Isla de León y La Carraca en una verdadera isla. Sin olvidar el importantísimo factor de los caños, que podemos manejar en adecuada conveniencia con nuestras armadillas. Para que me comprendáis bien, una especie de Gibraltar, mientras el resto de España se opone a los franceses a la numantina. Todo ello sin olvidar que la alianza con los britanos debería ser inmediata y, de esta forma, mantener abierta la puerta con las Indias y sus recursos.

—Habría que saber lo que opina al respecto el príncipe de Asturias y su camarilla —alegó Beto—. Hoy por hoy, lo único que persiguen es la caída de Godoy.

—Y la del mismo Monarca, según creo —apostilló don Antonio, moviendo la cabeza hacia ambos lados con cierta pesadumbre—. Debemos andar con pies de plomo y prepararnos para lo que se avecina, que no va a ser camino de rosas.

No marraba don Antonio en sus predicciones, y poco tiempo necesitamos para comprobarlo con nuestros ojos. Como todo andaba ya manga por hombro, la situación se fue deteriorando por momentos y a gran velocidad. Ya era pública la decisión tomada por el príncipe de la Paz sobre la inmediata huida de los Monarcas, a pesar de la estricta reserva impuesta. Se oponían a la medida con fuerza los partidarios de don Fernando, que podían enarbolar oportuna bandera de dignidad ante el pueblo. Y como factor coadyuvante, la presencia de Murat a las puertas de Madrid aceleró el proceso. Su Majestad don Carlos comunicaba a los ministros el día 13 su decisión de pasar con la Corte a Sevilla, sin aclarar las medidas posteriores. Los miembros de su Gobierno no mostraron perplejidad alguna, por estar al día de los comentarios.

La circunstancia fue aprovechada por los hombres del partido de don Fernando y a ello se dedicaron con fuerza, haciendo de la supuesta retirada de los Monarcas su caballo de batalla. Como Godoy manejaba bien los servicios de información, hizo llegar al Real Sitio de Aranjuez, donde se encontraban Sus Majestades, mucha tropa de la guarnición de Madrid. Pero ya la trama del partido llamado fernandista se encontraba en marcha, sin las improvisaciones aparecidas en El Escorial, y con mejores razones para exponer al pueblo y arrastrarlo a la acción. En la noche del 17 al 18 de marzo, los ya claramente

amotinados, el pueblo llano manejado por expertos, atacaron la casa del príncipe de la Paz, procediendo a un terrible saqueo y buscando al detestado valido, sin encontrarlo. Sin embargo, el populacho destruyó lo que se podían llamar valores del bien común, respetando las joyas y bienes valiosos que entendían como de los Reyes, usurpados por Godoy, que fueron entregados a sus dueños.

Pero se alcanzó el día 18 sin que apareciera el personaje buscado. El propio conde de Teba, fernandista acérrimo disfrazado de manchego entre el tumulto, lo buscaba con ahínco, aunque también quisiera rebajar los ánimos de los exaltados y no perder el control de la situación. Pasó el día sin mayores incidentes, pero con anuncio de una nueva noche de truenos si no se encontraba a Godoy. Por esa razón, Su Majestad don Carlos, atemorizado hasta el paroxismo en su enfermiza cobardía, firmaba un decreto por el que intentaba salvar la vida de su querido valido con las siguientes palabras: *Queriendo mandar por mi persona el Ejército y la Armada, he venido en exonerar a D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, de los empleos de Generalísimo y Almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode. Tendreislo entendido, y lo comunicaréis a quienes corresponda.*

Por extraño que pueda parecer, esta medida no sólo no contentó a los levantiscos, sino que pareció enfurecerlos todavía más, bien aleccionados por los que suelen mover tales situaciones en la sombra, que ningún vuelo se alza de forma espontánea. Pero en cuanto a la Armada se refería, el Almirantazgo quedaba de momento sin Almirante, condición que algunos estimaban como gozosa y saludable. No parecían caer en la cuenta de la extrema ligazón existente entre valido e Institución, situación que podía llevarla a su pura extinción.

Por fin, en la mañana del 19 apareció el desacreditado personaje escondido en el desván de la casa contigua. Y es cierto que salvó la vida gracias a la intervención directa de don Fernando, enviado por sus padres tras impenitente ruego para salvar al favorito. A partir de ese momento, la abdicación de Su Majestad don Carlos se presentaba como necesaria. Y a las siete de aquella tarde, trastornado por un intenso pavor, convocó a los ministros del Despacho, para notificarles que abdicaba la Corona a favor de su hijo Fernando: *Como los achaques de que padezco no me permiten soportar por más tiempo el gran peso del gobierno de mis Reynos... abdicar de mi Corona en mi heredero y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias... y para que este mi Real Decreto de libre y espontánea abdicación tenga su exacto y debido cumplimiento, lo comunicaréis a quien corresponda.*

La renuncia fue publicada en la Gaceta de Madrid el día 25, aunque desde el primer momento se corrió la noticia como reguero de pólvora hasta el último rincón de España, que lo celebró de forma efusiva, a pesar de la situación de clara invasión que sufría la nación. Todas estas nuevas nos las retransmitía el general Escaño, regresado del Real Sitio de Aranjuez, donde había sido citado con urgencia por quien ya oficiaba como ministro de Marina y Director General de ella, el capitán general don Francisco Gil y Lemus. Por otra parte, don Antonio no cesaba en sus reuniones más o menos tapadas aunque, según sus propias palabras, se tratara de conversaciones claramente particulares con generales de la Armada y del Ejército.

—Creo que se andan destruyendo bienes del príncipe de la Paz por toda España —comenté para forzar su conversación que, según entendí, también le servía como una recopilación y análisis general de la situación.

—Esos movimientos, casi revolucionarios, deben ser sabiamente encaminados si no quieres ser triturado por sus ruedas. Bueno, ya tenemos nuevo Monarca, lo que muchos entienden como solución de todos los problemas. No parecen mirar hacia el norte los que así piensan, por donde se escuchan tambores franceses. Pero se equivocan los partidarios de don Fernando, si no consiguen una total legitimidad.

—Pero si don Carlos ha abdicado ante los ministros —protesté en falso.

—Deberían reunirse las Cortes en sesión excepcional para ratificar esa decisión. Por desgracia, estos partidarios de don Fernando tienden con claridad al poder absoluto de los Reyes, y consideran a las Cortes sin peso alguno. Creo que se equivocan de parte a parte, que ya no se puede gobernar así en el siglo XIX. Sin embargo, este cambio de situación tan brusco ha debido alterar los planes embastados por el emperador. No tiene más remedio que reconocer al nuevo Rey, que ya ha intentado casar con una princesa de su familia. A no ser que decida salir por el camino derecho y a la cara, condición que no sería de extrañar. Pero creo que don Fernando debería apoyarse más en el cariño de un pueblo unido y fervorosamente favorable a su persona, en vez de intentar mantener el favor del emperador. En este caso, saldrá trasquilado como todos lo que confiaron en ese falsario a lo largo de muchos años en toda Europa.

—¿Habéis sido recibido por Su Majestad en el Real Sitio? —pregunté con voz melosa.

—Ya sé que habéis sufrido por no acompañarme esta vez en la comisión —sonrió como un viejo zorro—, pero no era situación para ello. Don Ignacio de Álava y yo pasamos al Real Sitio de Aranjuez. Debíamos presentarnos a

don Francisco Gil y Lemus y, por su medio, recibir las órdenes de Su Majestad don Fernando para continuar en el despacho de los negocios de la atribución del Consejo de Marina.

—Un momento interesante para visitar el Real Sitio —alentó Beto con media sonrisa.

—Pues así es, que estamos viviendo jornadas importantes de la historia de España, a la vista y sin antejo. Cuando andábamos a la altura de Palacio, pudimos observar cómo la tropa de la Casa Real y el pueblo en ruidoso bullicio, saludaban y aclamaban al príncipe de Asturias, que acababa de librar del tumulto popular a don Manuel Godoy. Este orgulloso personaje, adulado y temido hasta el día anterior, quedaba befo y conducido entre los caballos de la guardia, para quedar arrestado en el cuartel de Guardias de Corps.

—Mucho habrá gozado don Fernando en la ocasión, con el odio que se le atribuye contra el valido caído en desgracia.

—Pero le ha salvado la vida, portándose con cierta dignidad y altura de miras. Creo que ha sido una postura inteligente, aunque se asegura que ordenará confiscar todos sus bienes con extrema rapidez lo que, sin que salga de estas cuatro paredes, aplaudo sinceramente. La verdad es que el general Gil y Lemus se encontraba en momento de máxima tensión y trabajo, por lo que nos citó a su casa a la hora de la comida, para hablar en privado. Fue una conversación interesante.

Quedamos en silencio, mientras don Antonio jugaba con nuestra curiosidad.

—Siempre han gozado los ayudantes de información privilegiada —exhibió una franca sonrisa—. Puedo decir tan sólo que el ministro nos ha asegurado, que don Fernando se resistía a tomar la Corona, manifestándose satisfecho tan sólo con la exoneración del príncipe de la Paz de todos sus cargos.

—Con todos los respetos, señor —dije en voz queda—, se trata de una cuestión difícil de creer.

—Ya lo sé y concuerdo con tu opinión. Es posible que don Fernando así se lo dijera al general Gil y Lemus para mantener las necesarias apariencias. Pero una vez que se fuerza a un Rey a dictar decretos, no queda más remedio que la abdicación. De esta forma, don Fernando debe creer que se libra de una posible acusación, por haber presionado al Monarca su padre para cederle la Corona. No pudimos tratar con Su Majestad, por motivos fáciles de comprender. Gil y Lemus nos recomendó regresar a Madrid porque, esa

misma tarde, se proclamaría al Príncipe de Asturias como Fernando el Séptimo.

—Un nuevo Rey —musité por bajo— y sin que haya fallecido el anterior.

—Ya veremos por qué camino decide navegar el joven. En el viaje de regreso hemos podido comprobar, que todo el pueblo se encuentra en festejos, ajenos a la realidad y peligros del momento. Y creo que en Madrid se allanan las casas de parientes y amigos de Godoy, con destrucción de mobiliario, una situación delicada que se debe controlar. Hay veces que las revueltas toman unos caminos que no son, precisamente, los que se habían planeado de antemano.

—¿Se conoce ya el primer equipo ministerial de don Fernando?

—Ha ratificado a los anteriores en sus puestos, con lo que el capitán general Gil y Lemus ocupa la plaza de Marina, Cevallos en Estado, Olaguer Feliú en Guerra, Caballero en Gracia y Justicia, y Soler en Hacienda. Según parece, ninguno de ellos, de momento, ha dado muestras de fidelidad a Godoy con una apresurada dimisión, ni siquiera Soler que tan cercano se le suponía.

—¿Y el Consejo del Almirantazgo?

—Los sucesos de Aranjuez afectan de forma muy directa a la Armada, lo que es lógico después de todo. Nos dijo el general Gil y Lemus, que está preparado un Real Decreto por el que regresaremos a la situación anterior a la del 13 de enero del año pasado, con la diferencia de que se establece un Consejo Supremo de Marina, semejante al Consejo Supremo de Guerra. Esto significa el fin del Almirantazgo en el que tantas ilusiones habíamos depositado y el restablecimiento de la Dirección General de la Armada, con lo que también desaparece la Inspección General. Es posible que para estos precisos momentos que vamos a vivir, de los que no soy nada optimista, no sea mala la medida. Ya intentaremos un nuevo Almirantazgo sin Almirante pretencioso, cuando se calmen las aguas, si es que llegamos a verlo —el tono de don Antonio era pesimista en remate—. Bueno, la verdad es que Gil y Lemus ya actuaba ayer, en la práctica, con esos cargos que os he citado.

—¿Y quién formará parte de ese Consejo Supremo de Marina?

—Nos ha hablado el ministro de un proyecto que piensa presentar a don Fernando, por el que dicho Consejo estaría integrado por tres generales de Marina, uno del Cuerpo del Ministerio, un consejero, tres ministros togados y algún personal más. Vamos, un sistema parecido al Almirantazgo que se elimina, pero bajo la cabeza de un Secretario a la antigua.

—¿No asociarán los revoltosos a los generales del Consejo con don Manuel Godoy? —pregunté con cierta prevención.

—No debéis preocuparos por ese asunto. No es la táctica que desea emplear don Fernando, ni permitirla. Nada me asusta en ese sentido. Tampoco hemos destacado por pertenecer a su corte. Es conocido que fuimos escogidos únicamente por nuestros méritos profesionales. Lo cierto es que hemos sido confirmados en los puestos, aunque no sabemos realmente con qué función. El general Álava estima que los ministros del Almirantazgo ocuparemos los que se crean de nuevo cuño en este novedoso Consejo Supremo. Pero nos encontramos en momento de graves mudanzas y cambios, por lo que es mejor dejar que se calmen las olas antes de entrar en más profundas disquisiciones.

—¿Y las tropas francesas, señor? —pregunté, interesado.

—Ese es otro cantar, que ya veremos cómo se afronta. Me malicio, sin datos a favor, que moverán pieza sin pérdida de tiempo. En estos momentos, Murat se encuentra en Somosierra con la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo del ejército del mariscal Moncey. No sabemos realmente cuales son sus intenciones, pero se estima que vendrá a Madrid. Nos dijo Gil y Lemus que, según parece, se espera la visita del mismísimo emperador Bonaparte a la capital de nuestros reinos. Incluso se ha dado orden de que se preparen los aposentos que ocupaba don Carlos en ese sentido. Mucho me temo que, si llega para reconocer al nuevo Rey, don Fernando deba aceptar sus dictados. Pero es mejor esa triste solución, a que nos invada a la fuerza por completo, y decida caminos peores. Pero, bueno, no adelantemos los acontecimientos. De momento, debemos cesar en nuestros trabajos relativos a la preparación de la escuadra de Cádiz, hasta nueva orden. Y menos mal que los buques del general Valdés han pasado a Mahón, aunque el pobre solicita cuatro mil raciones diarias y doce mil duros mensuales que, ya nos adelanta, no pueden abastecerle allí de ninguna forma. Hace varios días se ofició con el intendente del Ejército de Cataluña, para que intentara proveer aquella necesidad, y al Director General de Provisiones para la segunda, aunque no creo que le llegue a la isla menorquina un solo cuartillo de bronce.

—Mala debe ser su situación, señor, porque ya había solicitado betería<sup>[52]</sup> y motonería<sup>[53]</sup> de forma urgente.

—Espero que esos pertrechos se le puedan enviar desde el arsenal de Cartagena.

De esta forma, quedamos en suspenso, sin saber todavía la carta que cuadraba en firme por el tablero, pero con la inquietud subida de tono. Nuestro trabajo entraba a capítulo disminuido, con la correspondencia personal de don Antonio y algún recado particular tan sólo, lo que aliviaba los

cuerpos en grata medida. En los próximos días debería concretarse cómo quedaba regida España, tema de capital importancia que parecía pasar desapercibido para muchos. Al menos, se auguraba exaltación popular cuando nuestro nuevo Señor don Fernando hiciera la entrada en la Corte, que se esperaba triunfal y muy aclamada por el conjunto de la ciudad.

También creímos llegado el momento de que las mujeres se dispusieran para la marcha hacia tierras murcianas. Por desgracia, como pudimos comprobar con posterioridad, fuimos convencidos de que se debía esperar unos días más, hasta comprobar si se calmaban los acontecimientos de forma definitiva con el nuevo Monarca. Después de algunas discusiones, decidimos acatar esa espera, aunque todo andaba preparado para una salida inmediata, así como enviado recado a la hacienda de Santa Rosalía.

Pero debo ser sincero y declarar que, en mi interior, estaba convencido de que todo acabaría por saltar hacia los vientos como piñata de feria, aunque ningún dato preciso me lo indicara a las claras. Las cartas parecían echadas, o así lo pensaba en aquellos momentos de franco pesimismo, a los que me arrastraba sin remisión.

## 13. Marejada gruesa

Aunque muchos de los que vivieron aquellos días de confusión, desasosiego y lejana esperanza, hayan asegurado, tiempos después, que presumían por entonces con bastante exactitud lo que sucedería a continuación, debo asegurar que faltan a la verdad en su mayor parte. Incluso los juicios negativos dictados contra personajes relevantes de aquellos momentos, en la tranquilidad de los años posteriores, se alejan de la realidad si no se tienen en cuenta los acontecimientos de tremenda confusión a los que estábamos sometidos. Porque no hay circunstancia más negativa para el soldado, que cuando no tiene claro a quien ha de obedecer, y esa penosa confusión fue sufrida por un número elevado de hombres buenos, sin mayor culpa que la discrepancia abierta entre el deber al superior y el fin supremo de la defensa de la patria.

Así nos encontrábamos tras los sucesos de Aranjuez, un tanto anonadados de espíritu y esperando con cierta ansiedad en la Corte la llegada del nuevo Monarca don Fernando. Pero el día 23 de aquel mes de marzo, el pueblo de Madrid se mostró asombrado al observar la ostentosa entrada en la ciudad de la Guardia Imperial francesa, con el duque de Berg, lugarteniente del emperador, a la cabeza, sin que se supiera con exactitud la verdadera razón de su presencia. Y doy fe que no fue visión agradable comprobar la prepotencia de aquel personaje, gran duque de nombre tan sólo, con sus femeninos labios carnosos, el pelo rizado y sonrisa descarada, encaramado sobre hermosa cabalgadura. Por fortuna, al día siguiente llegaba el momento esperado por tantos, en el que se cifraban muchas esperanzas, porque Su Majestad don Fernando VII hacía triunfal entrada en la Corte por las puertas de Atocha, siendo aclamado de forma efusiva y calurosa por la población en pleno.

Para sorpresa de muchos bienintencionados, no encontró el nuevo Monarca español el apoyo, respeto y debido acatamiento en el duque de Berg, como debía suceder en norma de ley a todo extranjero ante el Rey soberano

del suelo que pisaba. Fue el momento decisivo en el que nuestro nuevo Señor, en lugar de exigir sus prerrogativas, comenzó un indigno y desenfrenado servilismo con el emperador y su representante en España. Pero como nos expuso el general Escaño, en una de las muchas conversaciones que mantuvimos por aquellos días finales del mes de marzo, otras manos de sangre azul movían las cortinas por detrás de la batayola y no de forma patriótica.

—Es indigna e impropia en un Rey la postura que adopta don Fernando. Pero en su descargo también debemos reconocer que otros no cooperan a la empresa como deberían, si pensaran solamente en el bien de España. Parece ser que el Rey Padre, don Carlos, ha escrito al duque de Berg y al mismísimo emperador, aduciendo que su abdicación en Aranjuez fue forzada por la actitud del príncipe de Asturias. ¡Por las sucias tripas de la sultana! ¿No comprenden que, de esta forma, le entregan todos los bastos en bandeja a ese corso ambicioso? Es triste aceptar que quien ha sido Rey de España, exponga tan escasa categoría personal, acción que hace desmerecer a la más alta Institución. Incluso me han dicho fuentes bien informadas, que llega a comentar por escrito: ... *a la cabeza de todos los enemigos de los franceses está mi hijo, aunque aparente ahora lo contrario y quiera ganar al Emperador, al Gran Duque y a los franceses para dar mejor y seguro su golpe.* Doy la cita por cierta, aunque sea muy difícil de creer. Lo más triste de esta denigrante situación es que a los anteriores Monarcas sólo les mueve con sus denigrantes confesiones, pedir la protección del favorito don Manuel Godoy, detenido en el castillo de Villaviciosa. Temen por la vida del valido como si se tratara del hijo más querido, una vez anunciado su inmediato procesamiento. Y aunque conforme el peor de los esperpentos, esa cuestión les parece de mayor importancia que el bien de su patria.

—Bueno, señor, se espera la llegada del emperador Bonaparte, que ha de reconocer con honores al nuevo Rey —alegó Beto.

—Ya sé que se han preparado sus aposentos en el Palacio Real y todo se mueve en tal sentido. Murat, en su primera entrevista con don Fernando, le ha jurado que Bonaparte lo reconocerá como Rey de España en cuanto se encuentre con él. Sin embargo, el lugarteniente actúa por libre, y poco concuerdan sus movimientos con que el nuevo Rey se encuentre en Palacio y gobierne la nación. Se ha decidido que el infante don Carlos salga pasado mañana hacia Burgos, para recibir a Bonaparte como se merece y acompañarlo hasta la Corte. Don Fernando espera ansioso el arribo del gran personaje a Madrid y el prometido reconocimiento, aunque deba seguir al

palmo los dictados de su política, a lo que está dispuesto. No es más que una degradación más, porque no necesitamos los españoles que un extranjero legitime a quien consideramos como nuestro Rey. Pero poco fío en ese emperador torticero, como tantas veces me habéis escuchado. Si Bonaparte hace caso a las quejas de quien reinó como don Carlos el IV, capaz es de desenmarañar la cuestión y ponerlo de nuevo en el Trono.

—Esa cuestión, señor, debería ser decidida por los españoles —afirmé de forma tajante.

—Vamos, *Gigante*, baja de los cielos de una vez. Son muchas las cuestiones que debían haber sido decididas por los españoles en los últimos diez años. Se hará lo que diga el emperador de nuevo, a no ser que..., a no ser que, de una putañera vez, el pueblo se levante contra tanto atropello.

Aquellas palabras, soltadas al aire con extrema acritud, nos tomaron a contrapié, como si hubieran lanzado una granada en las inmediaciones.

—¿Alzarse contra los franceses? —preguntó Beto—. Pero, señor, si todavía son nuestros aliados.

—Si habéis paseado por las calles de Madrid en estos últimos días, habréis comprobado que sube el tono del pueblo contra los franceses, al ser comidilla general que Murat no hace caso a don Fernando ni a su legítimo Gobierno. ¡Si ni siquiera el embajador Beauharnais ha reconocido al nuevo Rey! El pueblo llano es más sabio de lo que muchos políticos opinan, y comienza a mirarlos como verdaderos enemigos. Se suscitan riñas a diario entre ciudadanos de la calle y soldados imperiales. En la tarde de anteayer, sin ir más lejos, hubo rifirrafe en la plaza de la Cebada, que pudo acabar en baño de sangre. Pero también se han producido incidentes de parecido orden en Toledo y otras muchas localidades. No olvidéis que los franceses siguen ocupando España poco a poco, de norte a sur, aunque sea a la chita callando y ya sin excusas a disposición.

Tenía razón don Antonio, por lo que pudimos comprobar con nuestros propios ojos. Además, Bonaparte no aparecía en Madrid a pesar de la inquietud creada. Fue el mismo día de Pascua, 10 de abril, cuando tuvimos noticia de que Su Majestad don Fernando VII salía de Madrid para reunirse con el emperador, a medio camino desde Bayona, donde se encontraba quien mandaba en Europa. Murat le había asegurado, que *el adelantarse el Rey al encuentro del emperador, será muy grato y lisonjero para Su Majestad Imperial*. De esta forma, quedaba en la Corte el infante don Antonio, encargado de despachar en su nombre con una Junta Suprema de Gobierno o Consejo, compuesto por cuatro de sus anteriores ministros, entre ellos el

capitán general de la Armada y ministro del ramo don Francisco Gil y Lemus. Y para escarnio del pueblo, Murat comenzaba aquel mismo día a negociar la libertad de don Manuel Godoy, subiendo el tono de sus exigencias a tal punto, que el Consejo, una vez conocido que don Fernando había traspasado la frontera, lo dejó en libertad el día 20. Porque para sorpresa de muchos, nuestro Rey había sido atraído para su encuentro en Burgos, luego en Vitoria, más allá en Irún, para caer finalmente en la celada y llegar hasta Bayona, metido de lleno en territorio del emperador, aunque hubiese sido vitoreado en todos los pueblos y ciudades de España a su paso.

En Bayona se reunió la serpiente enroscada que desencadenó la tormenta nacional. Porque poco después de la llegada del Rey, lo hacían sus padres y el propio Godoy. Y allí se debería materializar la mayor de las vergüenzas que han podido achacarse a nuestra Monarquía a lo largo de la historia, como supimos días después. Entretanto, los acontecimientos comenzaron a batirnos por las dos bandas. Murat ejercía en Madrid, aposentado en el antiguo Palacio de Godoy y después del Almirantazgo, como si ya fuese amo y señor de nuestros destinos, por mucho que el Infante don Antonio despachara en nombre de su sobrino don Fernando. Y así se movió el resto del mes de abril, con los nervios entablados de capitán a paje.

Don Antonio de Escaño se mantenía en permanente inquietud, manteniendo a lo largo del mes diferentes reuniones con los generales Gil y Lemus, Álava, O'Farril, Ezpeleta y otros. Pero el día 30 por la tarde, nos llegó un urgente y especial aviso a su posada. Debía presentarse en el Palacio Real a mediodía del día siguiente, para despachar con el Infante don Antonio. Y algo se debía haber cocido sin nuestro conocimiento, porque no se sorprendió el general ante lo que entendíamos como imprevista llamada. Fui el elegido para acompañarlo en comisión, y a las once de la mañana tomábamos el carruaje con uniforme grande, dirigiéndonos hacia el destino señalado.

Mientras don Antonio pasaba a despachar, en principio, con el general Gil y Lemus, quien además de ministro de Marina, actuaba como alcalde de Corte, me mantuve en la sala de ayudantes durante varias horas, mientras otros generales o políticos seguían su camino. Y fue a las cinco de la tarde cuando apareció don Antonio, sin que pudiera observar en su rostro ninguna señal que me pudiera marcar preocupación o cualquier otro sentimiento. Se mantuvo en impenetrable silencio durante todo el trayecto de regreso, con los pensamientos perdidos en el más allá, hasta que abordamos su posada. Y nada más entrar en su despacho, esperaba Beto con mil interrogantes en su rostro. Fue entonces cuando abrió la boca por primera vez.

—Tenemos trabajo serio, muchachos, y esta vez de verdad. Pero antes de pronunciar una sola palabra, debéis recordar que es de vital importancia para la nación lo que vais a escuchar, y que deberéis dejaros arrancar la piel antes de comentarlo con nadie, ni siquiera bajo tortura del Santo Oficio.

La seriedad de rostro y el severo tono de su voz, calaron hondo en nuestros corazones. Pero sin esperar un segundo, le alcé a tono en defensa.

—No creo, señor, que llegue a dudar de nuestra lealtad.

—Ya lo sé, *Gigante*, pero debía decirlo. Como sabéis, he despachado con el Infante don Antonio. Lo he encontrado hundido y desmoralizado, a tal punto que he cambiado mi impresión sobre él. Debo reconocer que se trata de una persona inepta en toda regla para llevar a cabo cualquier misión importante, y en esa tesitura se encuentra para nuestra desgracia. Alega que su sobrino don Fernando apenas le ofreció unas pocas recomendaciones. ¡Por Dios y todos los santos del calendario! ¡Si es quien preside la Junta Suprema y puede actuar en nombre de Su Majestad! Por fortuna, puede ser manejado por Gil y Lemus con facilidad, al menos de momento. Al Infante don Antonio le ha ordenado el duque de Berg, ¡ordenado!, que se traslade de forma urgente a Bayona con el infante don Francisco de Paula y la reina de Etruria, aunque tal denominación sea sólo de nombre. No mostréis esa cara de extrañeza, que es cierto como los santos evangelios. ¡Un duque extranjero se permite ordenar a un Infante de España, que gobierna en nombre del Rey! De esta forma, no quedará en territorio español ningún miembro de la Real Familia. ¡Por todos los cristos! Vuelvo a repetir que no debía haber abandonado don Fernando la Corte. Aquí lo tiene todo; un Ejército nacional, aunque mal organizado y en penurias, la Real Armada en las mismas o peores condiciones, pero también un pueblo en masa entregado a su persona y dispuesto a lo que sea necesario por defenderlo. Pero, bueno, no es tiempo de llorar amarguras, sino de arrimar el hombro a la empresa.

—Y si los infantes abandonan la Corte, ¿quién quedará al mando de la Junta Suprema?

—Nadie lo sabe, pero algunos nos maliciamos que será don Joaquín Murat, bien por iniciativa propia o porque llegué algún documento de la Casa Real, voluntario o forzoso, en tal sentido.

En contra de su costumbre habitual, don Antonio no se movía en círculos por la sala, ni masajeaba las manos. Tomó asiento con lentitud, antes de dirigirnos de nuevo la palabra, con tono de severa solemnidad.

—Debemos reconocer que la situación no puede ser peor. Gil y Lemus estima que Bonaparte intenta sacar a todos los miembros de la Real Familia

de España, para nombrar una Regencia bajo la mano de Murat, o un nuevo rey de su propia familia, como ya ha sucedido con otros estados europeos. Nos han engañado durante meses con la entrada de sus tropas, para dar el golpe en el momento que dominan con sus ejércitos la nación, o eso creen. Si se produce lo que tememos, deberemos actuar sin pérdida de tiempo. No es posible reconocer en el trono de España a quien no sea nuestro legítimo Rey don Fernando VII. Por desgracia, en la Junta Suprema que gobierna España bajo la batuta del infante don Antonio, no todos exhiben este espíritu. Algunos, a boca cerrada, verían con buenos ojos un cambio bajo mano francesa. Por esa razón, desde hace algunos días, los que somos partidarios de resistir de forma activa al invasor, capitaneados por Gil y Lemus, hemos preparado una Junta disidente capaz de tomar las medidas necesarias para cortar el avance francés, y organizar la lucha con el pueblo.

—¿Y qué pretenden los otros miembros del Consejo? —preguntó Beto.

—Pues, sencillamente, mantener la colaboración con los franceses. Algunos por razones políticas, unos pocos por beneficios particulares, mientras otros no tienen las agallas necesarias para poner su privilegiado culo en peligro. Gil y Lemus ha convencido al infante don Antonio de su teoría, aunque no consiguiera la declaración de guerra que pretendía. Por esa razón, asistimos en su cámara a una secreta reunión los considerados como fieles a don Fernando, o algunos de ellos, que son muchos en toda España. Hemos sido designados los generales Ezpeleta y Cuesta, los ministros de los Consejos Lardizábal y Villamil, quien fuera Auditor del Consejo del Almirantazgo y a quien debemos avisar por encontrarse en Móstoles, así como Gil y Lemus, por supuesto, y esta humilde persona, para una comisión de la mayor importancia, que emprenderemos mañana. Y debéis acompañarme los dos sin posible excusa.

—Ya sabe, señor, que nos tiene a su disposición para lo que estime oportuno ordenar —saltamos al unísono los dos ayudantes.

—Eso esperaba —Escaño nos miró con afecto—. Pero debéis saber que podremos correr, llegado el momento, un elevado riesgo. Se me darán instrucciones escritas, que está redactando en estos momentos el general Gil y Lemus. Estas instrucciones me conceden el mando de la escuadra de Cartagena, que se encuentra en Mahón, para conducirla sin pérdida de tiempo hacia el puerto de Tolón.

—¿A Tolón? —no podía creer lo que escuchaba—. Pero, señor, si precisamente...

—No te adelantes, *Gigante*. Esas órdenes son de aire y simuladas para hacer pantalla. Pero adquieren cierta credibilidad en estos momentos, y serán del gusto del francés. Tras el ya visible retraso del general Valdés en cumplimentar la comisión, un ayudante de campo del emperador salió en posta urgente, con orden expresa de que lleve a cabo sin posible dilación la orden recibida. Pero como parece ser que estos gabachos no son descerebrados y desconfían a las claras de don Cayetano Valdés, en pocos días se pretendía nombrar como relevo al teniente general don Justo Salcedo, a petición de Murat. Esta claro el interés de Bonaparte por hacerse con el mayor número de nuestros navíos. Ya habréis deducido que no confío mucho en el general Salcedo, lo que queda a la vista. Por esa razón, alegó Gil y Lemus mi extrema fidelidad al emperador en presencia de Murat. El duque de Berg parece haber picado en el anzuelo sin dudas al respecto, al punto de concederme ese mando teórico de la escuadra de Cartagena.

—Es buena esa confianza y le ofrece seguridad —declaré con firme convicción—. Y con esa orden simulada, ¿saldremos hacia Cartagena?

—No. Con ella partiremos hacia Teruel, donde deberé recibir las órdenes auténticas, firmadas y selladas por el Infante, y más..., y mucho más peligrosas. Los implicados saldremos hacia diferentes puntos de España. En cuanto a mi caso particular, si a nuestra llegada a Teruel no se encuentran las órdenes, que deberán serme entregadas en mano por un capitán de navío ayudante de Gil y Lemus, seguiremos hacia Valencia, segundo punto donde deben alcanzarnos. Se deben tomar todas las precauciones posibles. Es necesario salir de la Corte y no permanecer en un mismo punto, con esas peligrosas órdenes circulando en las manos, y quemarlas si hay posibilidad de ser apresados por los franceses. ¿Lo comprendéis?

Miré a Beto, que debía efectuarse las mismas interrogantes que ya bullían en mi cabeza. Lancé la esperada pregunta.

—¿Y qué órdenes secretas son esas, señor, si es que podemos estar al corriente de ellas?

—Pues nada menos que encargarnos del Gobierno de la Monarquía, una vez sean depuestos, como se espera, o prisioneros los miembros de la Junta Suprema y el Consejo. Debemos dar a la nación un manifiesto llamándola a la guerra contra los franceses, organizar ejércitos con fuerzas del Ejército, de la Armada y cualquier hombre en condición de empuñar un arma. También debemos buscar los medios necesarios para armarlos y socorrerlos, gestionando una alianza con los británicos. El fin único y principal es el de

rechazar con todas nuestras posibilidades, hasta la muerte si es preciso, la fuerza que se oponga al regreso de nuestro Rey y Señor don Fernando.

Volvió a caer el silencio a manta cerrada sobre la sala, mientras sentía un ligero rumor por el cuerpo. Lo que tanto temía sin saberlo a ciencia cierta, había llegado y era el momento de darlo todo por nuestra patria. Sin quererlo, pensé en mi familia, en ese hijo recién nacido, pero la escena de una España invadida por los franceses era de una magnitud capaz de arrasar todas las demás. Escuché la pregunta de Beto.

—¿Cuándo debemos partir, señor?

—Mañana mismo, día dos de mayo. *Gigante* saldrá a primera hora para buscar un carruaje adecuado, con las armas del Almirantazgo, del Consejo, del Infante o de quien sea, pero bien visibles. Gil y Lemus me lo ha prometido, de los que se mantienen en el parque de carruajes de Palacio. A mediodía podemos partir, sin prisas para que no se sospeche nada.

—Todo estará preparado, señor, mañana a mediodía —alegué con decisión—. Y triunfaremos en nuestra misión cueste lo que cueste.

—Que Dios y Nuestra Señora del Rosario te oigan. Aunque no sea de los que rezan a Dios todo lo que se debe, en este caso nos hará falta su concurso.

De esta forma, comenzamos a trabajar para preparar valijas y documentos, así como eliminar cualquier papel que pudiera ofrecer una mínima pista de la realidad. Al mismo tiempo, debíamos amparar órdenes y pliegos relativos a la escuadra de Cartagena, cuestión relativamente sencilla, para el caso de que fueran revisadas por personal poco experto en asuntos de la Armada.

Era ya bien entrada la noche, cuando abandonamos la posada de don Antonio. Y como no disponíamos de tiempo, urgimos a las mujeres para que salieran hacia la hacienda de Santa Rosalía cuanto antes. Pero no podíamos apurarlas en base a noticias exactas, de las que nada debíamos revelar. Esta situación suscitó alguna discusión menor, aunque María Antonia pareció comprenderlo todo sin palabras, asegurando que abandonarían la Corte en cuanto prepararan los equipajes, el personal y los carruajes necesarios.

Dormí mal aquella noche, mientras Eugenia me preguntaba más detalles sobre esa extraña comisión hacia las islas Baleares y la posible duración de la misma. Intenté tranquilizarla con dulces palabras, aunque no debí conseguirlo. No se trataba de empresa fácil en aquella situación, cuando ni siquiera era capaz de remansar mis propios pensamientos y tomar un sueño que necesitaba.

El 2 de mayo de 1808, una fecha a recordar en futuros con orgullo, amaneció radiante y, como dicen los hombres de mar, de un cariz excelente. Aunque más inclinado a los crepúsculos que se abren sobre las aguas, debía reconocer que esos días madrileños de primavera, con brisa fresquita de la tierra y un cielo azul salpicado de madejas blancas, también amparaban belleza sin medida. Mi espíritu intentaba amadrinarse a las condiciones expuestas, aunque fueran demasiadas las preocupaciones que bullían en el interior, ante la empresa que debíamos acometer.

Pasaban de las ocho de la mañana, cuando Beto y yo nos dividimos de acuerdo al plan establecido. Mientras él se dirigiría por derecho a la posada de don Antonio, para ultimar los preparativos finales, debía encargarme de pasar por el parque de carruajes del Palacio Real, donde esperaba encontrar el vehículo adecuado, en buen estado y con animales para encarar una marcha de grado. Me retrasé algunos minutos al cruzarme por la calle con el teniente de navío Gregorio Zaporito, que había venido de Cartagena con el batallón de granaderos solicitado por Godoy, bajo el mando del capitán de fragata Guillermo Scott. Como éramos compañeros de curso, charlamos mientras continuaba camino hacia el Palacio. Y ya llegando a su altura, observamos agitación, gritos y movimientos de medio centenar de personas. Aunque pensaba rodear el edificio para tomar el acceso lateral, Zaporito preguntó a un hombre que gritaba cerca de nosotros.

—¿Qué sucede, buen hombre?

—La Reina de Etruria ha salido hace media hora hacia Francia. Y ahora intentan embarcar al infante don Francisco en ese carruaje que se encuentra situado ante palacio. ¡Se quieren llevar al resto de la familia!

Lo que voy a relatar a continuación es una mezcla de lo que pude ver con mis propios ojos y sufrir en mis carnes, así como las noticias que me alcanzaron desde otros puntos de Madrid a voz en grito o supe horas después. Por encima de la potente voz de quien nos informaba de los acontecimientos con cara de pocos amigos, podíamos escuchar a otro hombre de elevada estatura, que gritaba a pulmón abierto en dirección a Palacio, mientras era coreado por otros cercanos a él.

—¡Traición! ¡Traición! ¡Los franceses nos han traicionado!

Cerca de él, una mujer ataviada de manola, también reventaba su pecho con voz aguda.

—¡Nos los llevan! ¿No veis que nos los llevan? ¡Los franceses nos los llevan!

La situación parecía complicarse conforme transcurrían los segundos, porque el conjunto de personas en airada postura aumentaba poco a poco; mujeres y hombres del pueblo llano, que se sumaban a los gritos y protestas. Me pareció observar a un grupo reducido entrando en Palacio y, en efecto, tuvimos conocimiento de que llegaban a presencia del Infante, vitoreándolo y pidiendo que no abandonara España. Don Francisco acabó por asomarse a uno de los ventanales, moviendo los brazos en lo que más parecía señal de rogatoria para calmar al gentío. Pero todos lo tomaron en otro sentido, aclamándolo con fervor.

Apareció un francés a caballo, según parece un edecán de Joaquín Murat, enviado por el duque de Berg al tener conocimiento de la situación. Y allí mismo, en la entrada, fue descabalgado por varios hombres, mientras uno de ellos pedía su muerte. Dos oficiales de los guardias walonas salieron a defenderle, y a los tres un batallón de granaderos de la guardia, que utilizó tres piezas de acompañamiento para dispersar al gentío, que ya formaba multitud incontrolada. Al ruido de las descargas, comenzó el movimiento desordenado de los paisanos. Y se produjeron bajas, una decena entre muertos y heridos, la primera sangre de una épica y terrible jornada.

Aquella noticia, los primeros madrileños muertos a mano de los franceses, se corrió por Madrid como un incontenible reguero de pólvora. Comenzaron a formarse grupos por toda la ciudad, pidiendo venganza y muerte a los franceses. Y como llovía fuego sobre azufre, la reacción se produjo en cadena. Olvidado de mi asunto principal, que sería tarea imposible en aquellas condiciones, y acompañado por Zaporito, intentábamos acoplarnos hacia la plaza de Santa María, cuando observé a un joven oficial de la Real Armada, que gritaba como poseído por el demonio. Pronto lo reconocí como el alférez de fragata Hezeta, hijo del jefe de escuadra don Bruno de Hezeta, sin antigüedad y pendiente de hacer los cursos prácticos para su confirmación como oficial. Lo había conocido en la posada de don Antonio pocos días antes. Se encontraba de paso por la Corte y con recado de su padre para el general. Cuando llegué cerca de él, me reconoció, acudiendo presuroso a ponerse a mis órdenes.

—¿Me recuerda, señor? Soy el alférez de fragata Hezeta, para lo que desee ordenar.

—¿Qué sucede?

—Los franceses andan arrasando a la población civil. Esta gente está dispuesta a todo, pero no tienen armas. ¿Sabe usted dónde se podrían conseguir?

—Supongo que en el Parque de Artillería.

Sin esperar una palabra más, auxiliado por quien se declaraba como cerrajero y subido sobre sus hombros, Hezeta comenzó a predicar a gritos, haciendo bocina con sus grandes manos.

—¡Al Parque de Artillería! ¡Todos conmigo al Parque de Artillería! ¡Allí nos entregarán las armas que necesitamos! *¡Los franceses han tocado a degüello, por lo que es preciso decidirse a morir matando!*

Como si se hubiese olvidado de mi presencia y tocado por una orden divina, el joven Hezeta, a la cabeza de un numeroso grupo que aumentaba por momentos, salió en dirección del antiguo palacio de los duques de Monteleón, soñando con los fusiles que, según sus propias palabras, de buen grado o a la fuerza debían recibir. Zaporito y yo los seguimos como dos paisanos más, admirados de la fuerza que desplegaba aquel joven. Porque allí no se trataba ya de graduaciones militares ni nada parecido. Era el pueblo de Madrid que reaccionaba como una sola persona, de forma violenta en defensa de lo que consideraban sus intereses y los de España.

Como después tuve conocimiento, en un principio el pueblo se hizo dueño de la calle, organizándose en grupos que capitaneaban individuos de toda clase y condición. Incluso se intentó ocupar las puertas de la ciudad, para evitar la entrada de refuerzos, y cuando los franceses alcanzaron la de Toledo, fueron las manolas del barrio de la Paloma quienes intentaron resistir el ataque de los coraceros. Por desgracia, las tropas solicitadas por Murat convergieron sobre Madrid con más de treinta mil hombres. Pero pronto los centros de mayor disputa y feroz resistencia fueron la Puerta del Sol y el Parque de Monteleón.

El grupo en el que nos encontrábamos Zaporito y yo, arrastrados entre hombres y mujeres codo con codo, y a cuya cabeza caminaba Hezeta en divina misión, llegó al Parque. Y sin esperar un segundo, pidieron a gritos, maldiciendo a los franceses, que los artilleros les entregaran las armas. Una y otra vez, la voz de Hezeta se elevaba sobre las demás, y volvía a repetir su famosa frase de que los franceses andaban a degüello y era necesario morir matando gabachos. En el Parque se encontraban los capitanes Daoiz y Velarde, así como el teniente Arango. Nos pusimos al habla con ellos. Dudaba Daoiz entre cumplir su deber como oficial, que le impedía la entrega de armas sin autorización de sus jefes, y el deber de patriota ciudadano, que le

impulsaba a no dejar acuchillar a sus compatriotas. Las palabras del alférez de fragata Hezeta, repetidas a pocos metros del capitán con su habitual excitación, acabaron por decidir a Daoiz. En primer lugar hizo detener al destacamento francés que custodiaba el Parque, ayudados por cuarenta granaderos que habían llegado poco antes con el teniente Ruiz.

Para hacer más legal la situación, Daoiz me comunicó la necesidad de dar cuenta de los hechos, de forma inmediata, al inspector de artillería Navarro Falcón. Hacía falta un voluntario que se jugara el pellejo, porque en esos momentos andábamos medio bloqueados. El joven Hezeta se ofreció para la comisión, sonriendo como si se tratara de un juego infantil. Ya las tropas francesas habían llegado a la puerta del Parque con claras intenciones, momento en el que Daoiz ordenaba disparar contra ellos las piezas preparadas minutos antes. La lucha se generalizó con derramamiento de sangre por ambas partes. El alférez de fragata Hezeta debió salir por una puerta falsa, no sin antes volver a gritar que debían todos morir matando.

Por la Puerta del Sol andaban muy en sangre los acontecimientos, siendo atacados los grupos civiles que, según decían, alcanzaban las 20.000 personas, por lanceros polacos y mamelucos. Fue una verdadera carnicería, aunque soldado francés que caía del caballo, era masacrado por hombres y mujeres. En el Parque, como se resistía con energía, Murat acabó por enviar una columna de dos mil hombres bajo las órdenes de los generales Lagrange y Lefranc. Y llegábamos a las dos de la tarde, cuando el enemigo comenzaba a entrar en el interior, momento en el que se dio orden de retirada para los que estuvieran en ocasión de hacerlo.

Todavía hoy, tantos años después, no comprendo cómo fui capaz de alcanzar la posada de don Antonio de Escaño, sano y salvo, lo que conseguí pasadas las cinco de la tarde. Como había tropas francesas dispersas por casi todas las calles, que disparaban sus armas o hendían cuerpo con la pica antes de preguntar, era preciso andar bordeando por los corredores, y esconder la cara al menor ruido, para progresar algunos metros. Ya el pueblo se rendía en gloriosa retirada, mientras seguía siendo masacrado por las fuerzas imperiales, inundadas las avenidas de cuerpos y sangre. Por mi parte había tenido mucha suerte, sirviendo las piezas artilleras en el Parque, donde tantos habían muerto a mi lado, comenzando por los valientes artilleros del Ejército. Al entrar en la casa, me abracé a Beto, desfallecido. Don Antonio debió escuchar nuestras palabras y los gritos de asombro de mi compañero, porque apareció en la sala de trabajo a la carrera. Cuando me vio sin casaca, la

camisa con las mangas rasgadas y restos de sangre en mi cara, gritó como un poseído.

—¡Por todos los demonios del infierno! ¿De dónde sales en tal estado? ¿Estás herido? —mientras hablaba a socollazos, palpaba mi cuerpo para comprobar su estado—. ¿Has luchado contra los franceses? ¿Dónde? ¡Habla de una putañera vez!

Me dejé caer en un sillón, sin solicitar permiso, porque ya las fuerzas habían desaparecido por entero. Tan sólo pude exhibir una sonrisa, mientras intentaba cortar aquel río de preguntas.

—Si me deja tomar un poco de aire, me acercan un poco de vino y cesa en sus preguntas, señor, seré capaz de narrarle lo sucedido.

—Vamos, Beto, vino para este loco —se volvió hacia mí de nuevo—. Ya sé bastante de la tragedia. Pero cuéntame los detalles que hayas presenciado.

Con voz pausada y a ritmo lento, mientras bebía a borbotones una frasca de vino, expuse lo que había vivido desde las primeras horas de la mañana. Don Antonio me cortaba a ratos, para que repitiera alguno de los datos. Acabé con malas noticias.

—Según tengo entendido, en el grupo que se defendía a la brava y casi sin armas por la calle de Fuencarral contra la caballería imperial, se situaba al frente el alférez de fragata Juan Van Halen.

—Se trata del ayudante del ingeniero general de la Armada, don Tomás Muñoz —intervino Beto, debiendo callar a una orden de don Antonio.

—Pues ha muerto como un valiente, degollado por un lancero polaco cuando se encontraba herido en el suelo, según me comentó un curtidor que llegó a refugiarse en el Parque. Y la misma suerte ha corrido el alférez de fragata Manuel Esquivel, que ha sacado las fuerzas de granaderos de Marina a la calle por su cuenta y riesgo, intentando parar las acometidas de los gabachos por el Retiro. Supongo que Hezeta, un joven con los huevos bien puestos, habrá corrido la misma suerte, porque debía haber regresado con nosotros y no lo hizo.

—Bien que lo sentirá su padre. ¡Qué horror!

—¿Qué ha sido del teniente de navío Zaporito? —preguntó Beto, interesado por la suerte de nuestro compañero.

—Nada sé de él, porque en el barullo que se produjo durante el combate en el Parque, lo perdí de vista.

Don Antonio masajeaba sus cabellos, como si él mismo hubiese recibido la peor de las heridas. Repitió varias veces la misma frase.

—Cuánta sangre derramada por quienes han sido pobres víctimas.

—¿Y las tropas de la guarnición en Madrid? —pregunté, cuando ya recuperaba las fuerzas—. En el Parque esperábamos su apoyo.

—Se mantuvieron acuarteladas, obedientes a las órdenes del capitán general don Francisco Javier Negrete. ¡Qué vergüenza para los uniformes, santo Dios! Mujeres y hombres del pueblo llano mostrando a las claras, al Ejército y a la Armada, cuál es nuestro deber —Escaño volvía a sufrir en sus tripas a la vista—. Pero aunque sea un día de dolor, muchachos, os juro por mis huevos que la sangre de esos valientes patriotas sembrará los campos de España con generosidad. El gran duque de Berg, ese personaje odioso que espero pene pronto sus crímenes en el más profundo de los infiernos, ha cometido un error, un tremendo error. Estas noticias de la heroicidad madrileña también recorrerán la península de parte a parte, y deberán producir el levantamiento general de la nación. Es hora de que aparezca nuestro orgullo por fin, que nunca fuimos corderos a lo largo de la Historia. Pero ésa es la importante misión que debemos llevar a cabo en el levante español, ahora más que nunca. Por desgracia, estamos sin carruaje a disposición.

—En el palacio de Montefrío, señor, disponemos de tres en situación de revista —dije, convencido.

—Nada de eso. Ya me ha dicho Beto que se necesitan para el traslado de la familia. Solicitaremos uno de forma oficial, cuando se calme la situación. Como los franceses piensan que vamos a llevar la escuadra de Cartagena a Tolón, nos entregarán los medios que sean necesarios en puente de plata. Además, debes descansar. Beto se ocupará de todo.

—Debería pasar por casa y cambiar...

—Tú no te separas de esta posada una yarda hasta que yo lo autorice, tal y como se mueven las piezas en estos momentos —don Antonio mostraba una energía irrefrenable—. Esperemos a ver cómo transcurren las siguientes horas y ya decidiremos los pasos a seguir. Vamos, que te preparen algo de comer. Supongo que debes estar desfallecido.

—Eso sí que es cierto, señor.

Comí y bebí como náufrago rescatado de la mar tras varias semanas de odisea. Y aunque intenté descansar, mi cerebro se mantenía en revoltijo imparable. Por la cabeza desfilaban algunas de las muchas y terribles escenas que había vivido en tan pocas horas; hombres y mujeres tendidos en la calle cubiertos de sangre, otros gimiendo y pidiendo un auxilio que era imposible otorgar, mientras el primer soldado imperial que pasaba a su lado lo remataba sin misericordia. Y en círculo alrededor, las piezas artilleras del Parque abriendo fuego contra un batallón westfaliano que rodó a muerte. Pero por

encima de cualquier otro sentimiento, crecía sin medida el profundo odio al francés y el ardiente deseo de acabar con todos ellos.

Creo que debí caer en un inquieto duermevela, mientras las escenas se mantenían en giro permanente. Sin embargo, se enseñoreaba del cuadro el rostro del joven Hezeta, un valiente entre los valientes que no podría olvidar<sup>[54]</sup>.

## 14. Una extraña comisión

A las ocho de la mañana del día 3 de mayo, cuando todavía las calles madrileñas se encontraban cuajadas en charcos de sangre negra, partimos en un carruaje con las armas del Alcalde de Corte en dirección a Teruel, preparados a bordo para lo que pudiera suceder. Incluso portábamos un salvoconducto del propio duque de Berg, alegando la importancia de la misión encomendada al teniente general Escaño. Sin embargo y como es de suponer, no albergaba todas las manzanas en el cestón, por lo que solía lanzar la mirada a través de los vidrios, en busca de posibles y desagradables sorpresas.

Tras el terrible y glorioso dos de mayo madrileño, que debería pasar a la historia de España en letras de oro, si se hacía justicia con el verdadero significado de tanta víctima, ya andábamos con la mente pausada, aunque las noticias de las que habíamos tenido conocimiento en la noche anterior no fueran para alegrar corazones. Tal y como suponíamos, la mortandad entre los ciudadanos de Madrid había sido muy elevada, con un número de mujeres inusual en cualquier batalla. Como dijo un amigo de don Antonio, *la cacería organizada contra balcones y ventanas, dio el contingente más numeroso de las víctimas de aquel día*. Porque una vez remansadas las aguas, todavía se mantuvo la reacción de los soldados imperiales de forma violenta e innecesaria, asesinando hombres y mujeres a ciegas, al tiempo que saqueaban domicilios particulares.

La Junta y el Consejo de Castilla, a requerimiento de Joaquín Murat, intentaron restaurar la tranquilidad entre la población, que se mantenía al quite con un ojo a las bandas, aprobando las órdenes estrictas de acuartelamiento dictadas por el capitán general. Incluso de forma un tanto cómica y a petición del propio Murat, se fijó una proclama en las calles, *prohibiendo que se maltratara a los franceses*. Pero mientras nuestras autoridades, sumisas al gran duque, intentaban restablecer la paz en la ciudad

en contra de otras opiniones más combativas, Murat tomaba duras y desproporcionadas medidas para castigar de la forma más sangrienta el levantamiento popular. A tal efecto, creó una comisión militar con las más severas instrucciones, ordenando el fusilamiento de todos los que habían sido presos en el alboroto con las armas en la mano, de aquellos que las conservaran en sus domicilios sin función específica o permiso especial, así como de todos aquellos que publicasen o vendiesen libros considerados por la autoridad, francesa por supuesto, como sediciosos. Aquella misma noche, en El Pardo y en la Montaña del Príncipe Pío eran pasados por las armas los patriotas culpables de sedición.

Como ya don Antonio había adelantado, el gran duque de Berg tomaba el mando de la Junta Suprema en la tarde del día 2, investido con plenos poderes emanados de su propia decisión, con lo que reunía en su persona la suprema autoridad sobre españoles y franceses. Y tuvo la osadía el prepotente gabacho de dirigir al infante don Antonio una clara señal, de cómo deberían moverse las piezas a partir de aquel momento. Porque no sólo obligaba a que se le informara de todas las medidas antes de ser aplicadas, sino que, olvidando que los poderes de la Junta emanaban de la soberanía de don Fernando Vil, remataba la misiva con una palabras que aclaraban la postura francesa: *Deseo también que hagáis saber oficialmente a la nación la protesta de Carlos IV<sup>[55]</sup>, y que continuéis gobernando en nombre del rey de España, sin nombrar cual.*

Como no era la paciencia uno de los atributos que adornaban al gran duque, alejadas las últimas máscaras del rostro, el 3 de mayo salía el Infante don Francisco hacia Francia. Mientras tanto, el Infante don Antonio, en entrevista mantenida con el conde de Laforest, era fácilmente convencido de la necesidad de su inmediato traslado a Bayona. Y así lo hizo aquel impenitente bobalicón, incapacitado para cualquier empresa medianamente digna, aunque muchos le aconsejaran en contrario. Se despidió con un billete que refleja fielmente la categoría del personaje: *A la junta, para su gobierno, la pongo en su noticia cómo me he marchado a Bayona, de orden del rey, y digo a dicha junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviera en ella. Dios nos la dé buena. Adiós señores, hasta el valle de Josafiat.*

Una vez sin miembros de la Real familia en España, Murat participaba a aquella Junta sin cabeza ni espíritu, que por invitación del rey mismo, *he resuelto tomar y encargarme de la Junta de Gobierno, hasta que la gran querrela que se halla sometida al arbitraje del emperador y rey por la familia real se dirima.* De los nueve miembros componentes de la Junta, cuatro

ministros y cinco representantes de los Consejos, tan sólo Azanza, Gil y Lemus, O’Farril y el marqués de las Amarillas elevaron oficial protesta, dimitiendo de sus cargos. Pero estas dimisiones no fueron aceptadas por Murat, con amenaza velada, alegando no estar facultados para ellas sino ante su Rey. Y para rematar el festín del reptil y la faena en negro, don Carlos IV confirmaba por escrito al duque de Berg como presidente de la Junta Suprema.

Mientras ganábamos camino hacia la ciudad de Teruel por campos desiertos, todavía rumiaba don Antonio las últimas noticias, aunque se había aplacado su agitación mental, para dar paso a una persona que parece medir sus actos con astuta y medida reflexión. Hicimos la primera noche en la villa de Tarancón, decisión que nos tomó desprevenidos a los ayudantes, porque pensábamos continuar a la capital turolense sin descansar cuerpos.

—Haremos noche en Tarancón. Al llegar a la villa, preguntad a algún paisano por la finca del general don Tomás Ballarda.

Seguimos sus instrucciones al punto y, una vez informados de la cuestión, acabamos por tomar la salida norte de la villa. A media legua de distancia encontramos una hermosa huerta en la que, para nuestra sorpresa, se acomodaba un anciano señor, retirado de la vida activa, que se abrazó a don Antonio como si le uniese una larga amistad. Nos ofrecieron un refrigerio, que tomamos al gusto, antes de que el general Escaño se reuniese con el dueño en una sala reservada. Nada más supimos aquella noche, y ni una palabra salió por boca de nuestro general hasta que, en la mañana siguiente, tomábamos de nuevo el camino, ahora en dirección a Cuenca.

—Espero que no os hayan defraudado las gachasmigas con tasajos de tocino, preparadas con cariño por la dueña para abrir los ojos.

—Muy ricas y con excelente calidad en los tropezones, no sólo de tocino, que a mí me alcanzaron también de chorizo —contestó Beto, mientras todavía chascaba la lengua de placer.

—Fue muy interesante mi conversación con don Tomás, a quien mucho aprecio desde hace años. Debió retirarse joven del servicio a causa de sus males en el pecho, que en esa hacienda parecen mitigar. Tomará a su cargo llamar a la guerra contra los franceses en la región, y lo llevará a cabo con resolución, condición que todavía no le falta. Creo que hemos comenzado con buen pie esta comisión, porque ésa es nuestra tarea fundamental.

—Parecía muy anciano —alegué a la contra.

—Pero con más determinación y patriotismo que todos los lechuguinos y aristócratas de la Corte. Para alegrarnos el trayecto, me dijo que, ayer mismo

por la mañana, les había llegado una especial noticia desde la pequeña ciudad de Móstoles. Resulta que un sacerdote llamado don Fausto Fraile, huido de Madrid en plena refriega, llegó a esa villa en la misma tarde del día 2, poniendo al corriente de lo que acontecía en la capital. El alcalde convocó el Consejo sin pérdida de tiempo, pero ya el pueblo en masa deseaba acudir en auxilio de sus hermanos. Por fortuna, estaba allí don Juan Pérez de Villamil, auditor del Consejo Supremo del Almirantazgo, a quien pasé aviso para completar esta comisión de la que formamos parte. Villamil expresó su opinión de que era necesario avisar a todos los pueblos de la península de lo ocurrido sin pérdida de tiempo. A tal efecto, redactó una especial proclama que leí anoche emocionado. Y será conocida en toda España, gracias a la labor de diez jóvenes jinetes que salieron en todas direcciones. De esta forma, la nueva alcanzará hasta el último rincón de la patria.

—¿Qué dice ese parte para que llegara a emocionarlo, señor? —pregunté, intrigado.

—Fiel al estilo del general Villamil, escueto y con claridad, expone: *La Patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid a salvarla! 2 de mayo de 1808. El alcalde de Móstoles*<sup>[56]</sup>.

—Escueto, desde luego —corroboró Beto.

—Dice lo que debe decir y con extrema claridad —afirmó don Antonio, todavía agitado en el pecho por las palabras de la proclama—. ¿No os dais cuenta de que es el primer parte oficial de sublevación contra la presencia francesa en España? Es de vital importancia porque, además, es el alcalde de un pequeño pueblo quien pide a todo español con arrestos, que levante su mano contra el invasor. Si permanece con éxito para los años venideros y el debido reflejo en nuestra historia, éstas serán las palabras que iniciaron el levantamiento del pueblo dormido contra los enemigos de la patria. ¡Porque se llama al pueblo a reaccionar, una vez abandonados de sus príncipes! Y también significa un honor para la Real Armada, que uno de sus miembros redactara ese llamamiento.

—Pero la gloria caerá sobre la figura del alcalde que lo firma, y no en un miembro de la Real Armada —protestó Beto.

—A ver cuándo te enteras de que no buscamos la gloria, sino cumplir con el deber. Y nuestro deber en estos momentos, es el de recobrar la dignidad nacional y el suelo patrio, hollado por extranjeros. Como decía ese bravo alférez de fragata Hezeta, *¡los franceses han tocado a degüello, por lo que es preciso decidirse a morir matando!* ¿Has comprendido?

—Por supuesto, señor.

Bien rendida la tarde de aquel día 4 de mayo, entramos en la ciudad de Teruel. Y en este caso no dudó don Antonio una mota porque, a la vista de las primeras edificaciones, ordenó con decisión por donde debíamos dirigirnos, hasta dar con la casa de quien, como supimos después, era el alcalde de la villa. En este caso, el general debió darse a conocer, ante un señor de baja estatura y cuadrado en carnes, mostrando cédulas cuyo contenido desconocíamos. Al mismo tiempo, le explicaba la misión concreta que le llevaba por aquellas tierras, así como la necesidad de esperar 24 horas la llegada de los pliegos con las órdenes secretas. No se arriesgaba don Antonio en la ocasión, informado previamente de la postura del alcalde, quien se ofreció con extraordinaria amabilidad a facilitar nuestra tarea, incluso albergándonos en su propio domicilio.

Nos mantuvimos en Teruel todo el día 5, sin que apareciera el correo esperado, con visible aumento de tensión en el rostro de don Antonio. Pero como no era de los que cambian los planes establecidos, una vez llegada la noche, decidió dejar a Beto en la morada del alcalde, con su consentimiento, y de acuerdo a lo establecido por don Francisco Gil y Lemus, pasar a la ciudad de Valencia. Mi compañero debía esperar hasta que recibiera instrucciones en contra, o pasar a la capital valenciana con las órdenes si, por fin, le llegaban a la mano.

Nueva etapa acometimos el día 6, en esta ocasión sin los comentarios de Beto que tanto solían animar el ambiente. Y no las tenía todas consigo don Antonio, que rumiaba por lo bajo a menudo.

—No me huele bien este guiso. Cuando se emprende una tarea como la obligada en la ocasión, en la que arriesgamos el pellejo y el futuro de España, han de darse los pasos establecidos sin demora y con exactitud. Los pliegos debían haber llegado a Teruel, si el general Gil y Lemus ha conseguido abandonar la Corte.

—Llegarán esas órdenes, señor, y Beto las traerá hasta Valencia.

—Dios te oiga. De todas formas, hemos de continuar con nuestra misión.

Se repitió la función en parecidas cuerdas cuando arribamos a la ciudad de Valencia, sin conceder unos minutos de descanso a los necesitados cuerpos. En la capital levantina don Antonio desplegó una frenética actividad, con diversas reuniones cada día. En primer lugar comenzamos por el Jefe del Apostadero naval, brigadier de la Armada don Joaquín Castrovil, con quien pasamos a residir, para continuar con oficial visita a quien ejercía de capitán general. Y de la misma forma acudieron otros miembros del Ejército y civiles de rango con lo que, en mi opinión, aumentaba el riesgo personal del general

Escaño. Porque, conforme se amplia la gama de la fruta, hay más posibilidades de que aparezca algún ejemplar podrido por bichos. Y como no parecía dispuesto a perder un solo minuto, don Antonio me dejó en la residencia del brigadier Castrovil, para pasar en solitario a la ciudad de Cartagena, aunque no estuviera previsto en el plan.

Las instrucciones de don Antonio eran claras y concisas al abandonar la ciudad. Si en su ausencia llegaba Beto con los pliegos, debíamos pasar de inmediato a la capital del departamento. La verdad es que quedé con el ánimo un tanto abatido, porque nada parecía cuadrar en varas con el plan previsto. Pero recobré los aires cuando regresaba don Antonio pocos días después. Y llegó con preguntas a metralla.

—¿No ha aparecido Beto todavía? ¿No han llegado los pliegos directamente aquí? —me preguntó, nada más bajar del carruaje.

—No, señor. Y no me he movido de la Jefatura del Apostadero un solo segundo.

—No me gusta como baja la marea. Algún imprevisto ha debido suceder —paseaba por la sala de trabajo del brigadier Castrovil, masajeando sus cabellos.

—Llegarán esas órdenes, señor. No se preocupe y coma algo, que anda con rostro desfallecido —intenté calmar su ansia.

—Ya son muchos años a cuestras, para cubrir tantas leguas en carruaje —alegó con media sonrisa.

—¿Cómo le fue en Cartagena, señor? —preguntó Castrovil.

—De tintas grises y escaso viento, amigo mío. Me entrevisté con don Francisco de Borja, el capitán general, que ya cabalga con 82 años en la bolsa.

¿Cómo se puede desempeñar tan importante puesto, entrado en la más degradante senectud? Deberíamos limitar la edad de los mandos superiores, especialmente cuando, a la vista, se comprende que su decrepitud no le permite manejar las riendas a tono.

—¿No se comprometió en ninguna medida? —volvió a insistir el brigadier.

—Ni blanco ni negro. Para colmo del disparate, me expuso que, a su edad, no se encuentra con fuerzas para levantar al pueblo. ¡Por todos los dioses del Olimpo! ¡Pues que se retire a su casa de una putañera vez! Por fortuna, también hablé con el teniente general Hidalgo de Cisneros, paisano mío, que se mantiene en Cartagena sin destino, como prisionero de guerra en libertad bajo palabra dada. Está dispuesto a tomar el mando del departamento, llegado el momento, por las buenas o las malas.

—Fue comandante mío hace muchos años. Es hombre valiente y de carácter —dijo Castrovil.

—Estoy seguro. También mantuve una agradable entrevista con don Gabriel Ciscar, que se encuentra de Capitán y Director de la Academia de Guardiamarinas. Ese hombre es harina de otro costal.

—Un excelente compañero de curso en la Escuela Naval, con una inteligencia poco común y absoluta dedicación al estudio de las ciencias. Fue seleccionado como representante español en París, al congreso que debía elegir, con los diferentes miembros del Instituto Nacional de Francia, la unidad fundamental del nuevo sistema de pesas y medidas.

—Me pareció un personaje extraordinario, con quien deberemos contar en el futuro, y no me refiero solamente a sus conocimientos matemáticos. Está dispuesto a todo y sin la más mínima cortapisa mental, para echar a todos los franceses del territorio nacional. Pero para dar la de arena a tono de bombarda, en Cartagena tuve conocimiento del gran fiasco nacional que, supongo, también habrá llegado hasta aquí.

—¿A qué fiasco se refiere, señor? —pregunté con cierta prevención.

—¿No lo sabéis? —parecía realmente sorprendido—. Me refiero, desde luego, a la abdicación de nuestros reyes, si es que se puede hablar en plural de tal concepto.

—¿Abdicación dice? —Castrovil apenas podía creer lo que escuchaba—. ¿Abdicación de don Fernando? ¿En quién?

—El día 5 de mayo, don Carlos IV firmó en Bayona la cesión, a favor del emperador Bonaparte, de la Corona de todos los dominios españoles.

—¿Y don Fernando, el verdadero Rey? —pregunté sin esperar un segundo.

—Hizo lo mismo cinco días después, renunciando a los derechos que le competían a la Corona de España. Todo ha sido un vergonzoso juego del emperador, con el indigno don Carlos como comparsa acompañante. Más que Rey de España, parece que ese señor ha sido enemigo de su patria, a la que quiere hundir todavía más en el fango y el deshonor. Tras escenas que declaran como escandalosas, don Fernando devolvió la Corona a su padre, una vez acusado de forzar los hechos de Aranjuez y, más tormentoso todavía, de los sucesos acaecidos en Madrid el glorioso 2 de mayo. Para confundirlo, lo convencieron de que el levantamiento madrileño tuvo lugar entre sus partidarios y los de su padre. De don Carlos, cuyo odio a su hijo sobrepasa cualquier condición natural y con patriotismo inexistente, no me extraña. Pero soy incapaz de comprender que don Fernando haya aceptado signar un

documento de tal calibre. Será difícil superar esta vergüenza. ¡Padre e hijo, de la Real familia española, ofendiéndose públicamente ante extranjeros! Necesito pensar que tuvimos reyes como don Felipe II o la Reina Católica, para que la moral regrese a mi alma.

—Don Fernando habrá sido presionado por todos, señor, incluso con amenazas de toda índole —dije, intentando una esperanza.

—Aunque lo presionaran con torturas al cepo y plomo derretido, que no creo llegado el caso, no podía firmar semejante aberración. Más vale morir con honor, que esa demostración tan indigna e indecorosa en quien ha de ceñir la Corona de España, heredada de sus antepasados durante siglos. Pero no podemos flaquear. Aunque el personaje no lo merezca una onza, vendaremos nuestros ojos y defenderemos sus derechos hasta la muerte. Porque, después de todo, significan la libertad de España.

—¿Qué será de ellos ahora? Me refiero a los miembros de la Real familia, señor. ¿Regresan a España? —pregunté con cierta candidez.

—¿Creéis imbécil al emperador? —don Antonio soltó una amarga risotada—. No los dejaré salir de Francia ese odioso Bonaparte mientras pueda, estoy seguro. De momento, se rumorea que don Carlos y doña María Luisa, acompañados del inseparable y muy querido favorito Godoy, han pasado a morar en el palacio de Compiègne. Una poderosa mina que levantara ese palacio por los aires, haría justicia —el general desbarraba sin tapujos y con tono de extrema acritud, como jamás lo había escuchado—. Por otra parte, don Fernando, su hermano don Carlos y su tío don Antonio, se trasladan al palacio de Valencey. Debería escapar y regresar a España, aunque sucumbiera en el intento.

—Pero, si han abdicado en las manos del emperador, ¿Bonaparte será el Rey de los españoles?

—Una cosa son los planes del emperador, y otra muy distinta lo que vaya a suceder. Ya se escuchan rumores de creación de Juntas de Defensa en reinos, provincias, ciudades y hasta pueblos de escasos habitantes. Un batiburrillo peligroso que se deberá encauzar en su momento, aunque no sea tarea sencilla. En nuestra tierra los reinos de Taifas son muy del gusto. Estoy seguro de que cuando la Gaceta publique las reales abdicaciones, lo que ha de ser de hoy para mañana, el levantamiento contra los franceses será una realidad generalizada en pocos días, sea cual sea el Monarca que nos quieran imponer.

—Bonaparte se mete en tremenda e injusta ilegalidad con sus propios y más fieles aliados, aparte de inmerecida a todas luces —apuntó Castrovil en

voz queda—. Ese personaje es un bellaco y comete una barbaridad.

—Ese petimetre se encuentra enfermo de locura y poder, aunque su maniobra parece aclararse por momentos. Se rumorea, y en mi opinión con claros visos de realidad, que, a iniciativa de Murat, convocará Cortes en la ciudad de Bayona y, al tiempo, promulgará una Constitución para los españoles. ¡Un emperador extranjero, dictando una Constitución para el pueblo español! ¡Que baje Cristo crucificado y lo vea! También se habla en corrillos, que pondrá en la corona de España a su hermano José, actual Rey de Nápoles.

—Que Dios nos ampare —comentó Castrovil—. Me temo que España se bañará en sangre.

—Por supuesto y así debe ser —afirmó don Antonio con severidad—. Las tierras de España se bañarán en ríos de sangre. Pero por nuestra Señora del Rosario, que espero sea francesa en su mayor parte.

Por fin, el día 22 aparecieron las órdenes, aunque no fueran las que don Antonio esperaba con destacado nerviosismo. Por el contrario, en ellas don Francisco Gil y Lemus, al tiempo que le comentaba la imposibilidad de salir de Madrid por haber quedado en principio como miembro más antiguo de la Junta Suprema, e intentado que Murat no tomara el poder, le recomendaba regresar a la Corte a la mayor brevedad. No le cayeron bien estas nuevas a mi general. No obstante y sin dudarle, me hizo pasar a Teruel como rayo lanzado al viento, para recoger a Beto, mientras él ultimaba algunos asuntos en la zona. Una vez regresado a Valencia con mi compañero, pasaríamos a Madrid.

Cumplí las órdenes navegando al límite de nuestras fuerzas, con los pobres animales a batir cueros, para regresar a Valencia con mi cuñado, que nada comprendía. Y sin un minuto de descanso, partimos hacia la villa de Madrid, donde arribamos el día 29 con los cuerpos medio descoyuntados de tanto baquetear por caminos y veredas. Y como no parecía necesitar un mínimo reposo o recuperación, don Antonio pasaba sin dudarle a la residencia particular de don Francisco Gil y Lemus, para conferenciar con él. Por fin, de regreso en su posada, nos puso al día de la situación.

—Fracasó el sistema impuesto. ¡Malditas sean las putorronas del harén y sus crías, rabizonas de futuro! —parecía escupir sus palabras con extremado odio—. Aunque sea difícil de creer, resulta que en el Consejo no sólo hay miembros escasamente patriotas, sino también miserables cobardes.

—¿Algún delator entre ellos? —me adelanté con cierta prevención.

—En efecto. Nos libramos por un pelo encanecido en la ocasión, muchachos, y no creáis que exagero una mota. Hemos recibido un buen

apoyo por parte de Nuestra Señora de Valdelagua, como diría tu padre —me señaló con afecto—. Y conste que desconozco por dónde se disfruta la advocación de esa Virgen milagrosa.

—Si le digo la verdad, señor, tampoco yo estoy al día de ese detalle. Creo que se encuentra en una pequeña ermita por tierras de Castilla.

—Resulta que Gil y Lemus, al no poder abandonar la Corte, trasladó los pliegos al general Ezpeleta. Pero una vez enviados, supo Gil que Murat andaba al tanto de la operación por delación de un miembro del Consejo, con quien algún día arreglaré cuentas en persona. ¡Os lo juro por mis antepasados! —nuevo destello de furia incontenible en sus ojos—. Gil se vio obligado a comisionar un hombre de su entera confianza a mataballos, para que Ezpeleta quemase los pliegos sin leerlos. Al mismo tiempo, todos los comprometidos que ya habían partido, debíamos retirarnos con extrema rapidez a la Corte. Para explicar mis movimientos sin que cayera la negra sobre estos hombros, Gil le ha expuesto al duque de Berg la imposibilidad de mi misión para tomar la escuadra de Valdés, debido a repentina enfermedad y necesidad de tomar las aguas. Murat le ordenó, porque ya ordena y manda sin cortapisa alguna, que se entregara el mando de dicha escuadra al general don José Justo Salcedo sin pérdida de tiempo, y que se forme causa indagatoria al general Valdés, si fuese necesario. Espero que, por una vez en los últimos años, los cielos nos echen una buena mano y Salcedo no cometa la locura de pasar a Tolón.

—Las órdenes suelen perderse en el camino con mucha facilidad, señor, especialmente cuando se necesita tal coyuntura —apuntó Beto.

—En este caso particular será difícil, porque se le han enviado al interesado por sextuplicado, utilizando todas las vías posibles.

—El general Salcedo no entregará la escuadra a los franceses.

—Eso espero o, más bien, lo deseo sin excesiva convicción.

Por fin, abandonamos al general para reintegrarnos al palacio de Montefrío, todavía en el carruaje con las armas del Alcalde de Corte bien a la vista, lo que estimábamos como una necesaria precaución. Pero no eran ya de obligación tales medidas, porque las calles de la ciudad mostraban normalidad aunque, eso sí, escasez de personas a la vista, como si el pueblo madrileño hubiese decidido retirarse de la vida pública. La verdad es que el cansancio se mantenía encastrado en nuestros huesos, como si hubiésemos sufrido un huracán antillano de grado, razón por la que el general nos había concedido 24 horas de licencia para reponer fuerzas. Sin embargo y de común acuerdo,

no esperábamos cumplir esta última orden de don Antonio, sino presentarnos al día siguiente en su posada, dada la situación que se atravesaba.

Aunque no eran momentos de aventurar alegrías ni soltar palmas en seguidillas, sino de aferrar los pernos a muerte en prevención y con vistas a un futuro muy incierto, nos alegraba la idea de regresar a casa. Suponía una enorme tranquilidad pensar que las familias se encontraban alejadas de la Corte, en completa seguridad y a buen recaudo. Pero ya saben los que han leído alguno de estos cuadernillos en la ocasión, que la vida, como la misma mar, es caprichosa y cambiante al gusto cual dama cortesana, con sorpresas de todos los colores en el devenir de cada día. Por esta razón, cuando vi la figura de Okumé plantada en la puerta del palacio, una voz en mi interior me adelantó que no cuadraba el trapo con la navegación impuesta. Quedaba a las claras que la familia se mantenía en la Corte, sin saber las razones que a ello la habían movido. Y si penosa había sido la comisión por el levante español, ahora debería enfrentar uno de los momentos más delicados y peligrosos que se extendieron en mi alargada vida.

## 15. La pragmática de Felipe V

Cuando descendí del carruaje, Okumé se acercó hasta nosotros con premura, fiel a su costumbre habitual, para aligerar las valijas. Se trataba de una acción llevada a cabo muchas veces, sin cambio apreciable a la vista. Pero cuando se han navegado muchas millas y por diferentes mares con un mismo barco, se conoce hasta el mínimo ruido que produce la última de sus cuadernas. Digo esto porque desde el primer momento, tanto en la compostura como en su mirada, advertí una extraña condición, circunstancia poco agradable porque todo lo que se aleja de la cotidiana normalidad, suele amparar miasmas en el cerebro. Por esta razón le ataque al costado con rapidez.

—¿Qué hacéis aquí todavía? ¿O es que han decidido las señoras marchar a Santa Rosalía sin tu compañía?

—No lo habría permitido, señor, bien lo sabe —parecía contrariado por mi velado reproche—. La señora María Antonia así lo decidió, hasta que se tranquilizaran las aguas en la ciudad.

Seguía con la moscarda en vuelo corto sobre la cabeza, por lo que, en compañía de Beto, abordamos el interior de la casa a zancada larga. Como norma inamovible en los regresos a casa desde mar o tierra, separaciones de mayor o menor duración, fuimos recibidos por nuestras mujeres con la alegría marcada en el rostro. Eugenia se echó en mis brazos con especial fuerza, apretando su cuerpo a torniquete y lanzando suspiros de alivio. Y aunque era mujer cariñosa y de gestos elocuentes, desde el primer momento comprendí que algo importante había sucedido en nuestra ausencia, porque toda la vela cargaba en la misma dirección. Pero también en este caso, como si se tratara de mecánica protección, aligeré a la banda.

—¿Cómo os encontráis todavía en la Corte, querida? No era ése el plan establecido. ¿Y el pequeño Francisco? ¿Se encuentra bien? —ahora preguntaba en dirección a María Antonia, que también nos esperaba con los brazos abiertos.

—Tu hijo duerme con buena salud, *Gigante*. Estaba todo previsto para nuestra marcha pero, tras la terrible proclama de Murat, con orden de ejecutar a los que portaran armas, y los registros posteriores, decidimos posponerlo. Ya sabes que, como decía tu tío Santiago, para andar por esos caminos, es buena medida cuidarse con algunos trabucos a la mano.

Conocía muy bien a quien considerábamos como nuestra madre, y una ligera vacilación en su voz aumentó la alarma que ya circulaba en ondas agigantadas por mi cerebro. Pero fue la mirada esquiva de la pequeña Cristina, separada en un rincón y sin movimiento alguno, la circunstancia que desató todas las alarmas. Me dirigí a ella, intentando normalidad en mi voz.

—¿Qué te sucede a ti, mi niña? ¿Ya no saludas a tu muy querido primo como siempre?

—Te repito que no soy ninguna niña, primo Santiago. Y te ruego una vez más, que no vuelvas a dirigirte a mí con esas palabras.

Quedé como estarna de sal, porque jamás habría creído posible que esa niña a quien tanto quería, un cariño siempre correspondido al límite, llegara a hablarme con aquel tono de voz, más propio a utilizar contra enemigos. Pero fue María Antonia la que saltó como yegua desbocada, sin esperar el quite.

—¿Cómo te atreves a hablar con esa forma y tono a tu primo, jefe de la familia? Pídele perdón de forma inmediata.

No parecía dispuesta la joven a cumplir los requerimientos de su madre, por lo que ésta arremetió contra ella. Ante su silencio, atacó de nuevo a la brava y, ahora, con los ojos en llamas.

—¡Sube a tu alcoba y no salgas de ella hasta que te lo autorice! ¡No eres más que una niña, una niña maleducada! Y si no te gusta esa palabra, lo aguantarás con buena cara una y mil veces. Quedarás encerrada bajo llave si es preciso.

Cristina rompió en sollozos, al tiempo que corría hacia las escaleras, camino de su habitación. Por fin, decidí encarar las olas por derecho.

—¿Puedo saber que ha sucedido aquí? Y, por favor, nada de evasivas ni medias verdades.

El más denso silencio se emplazó a muerte en el saloncito, mientras Beto miraba un tanto asustado en su derredor. Por fin, tras alargados segundos, María Antonia, fiel a su estilo, se decidió, aunque el tono de su voz seguía aventando incógnitas que ya pesaban demasiado en mi alma.

—Debemos hablar. ¿Puedes pasar conmigo a la biblioteca, hijo mío?

—Desde luego.

Nos disponíamos a separarnos del grupo, cuando Eugenia, con el rostro alterado y cercana al llanto, dirigió a María Antonia lo que más parecía una súplica, quebrada a medio camino.

—Madre, por favor...

—No te preocupes, niña.

Con los nervios desatados por las venas y los latidos a ritmo de bombarda, pasé con María Antonia al antiguo escritorio de mi tío Santiago. Con extrema lentitud, como si necesitara asentar sus pensamientos, cerró la puerta con el cerrojo interior, antes de girar su cuerpo y enfrentarlo al mío. Por fin, tomó mis manos y me miró fijamente a la cara.

—Sabes que no puedo ni debo mentirte, hijo mío. Temía el momento, pero ha llegado y de nada sirve esconderse. La verdad, *Gigante*, es que hemos sufrido un pequeño..., un ligero percance.

—¿Un percance? —no podía soportar más la tensión—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con quién?

—Cálmate, hijo mío, por favor —también el rostro de María Antonia parecía elevar súplicas—. Escucha mis palabras con calma y no tomes decisiones apresuradas. Tras vuestra marcha decidimos que, a pesar de la tragedia sufrida en la ciudad, debíamos mostrar seguridad. La misma postura tomaron otros amigos. No debíamos achantarnos ante la proclama y esa dictadura que ejerce el duque fantoche. Anteayer, domingo, acudimos a pasear por el salón del Prado en nuestra berlina sin capota, aprovechando un magnífico día. Fue entonces..., fue entonces cuando ocurrió algo verdaderamente desagradable.

Aunque me mantenía en ignorante tensión, comencé a suponer la causa de la situación. Volvió a sonar esa voz lejana que anuncia olas en ampollas y que, para nuestra desgracia, suele acertar con demasiada frecuencia.

—Por favor, madre, no perdamos el tiempo y ataquemos el ojo del asunto.

María Antonia dudó por última vez antes de lanzarse, mientras mantenía mis manos fuertemente apretadas.

—Ese teniente de dragones del que ya te hablamos alguna vez, creo que se llama François Roger de Bronac, volvió a acercarse a nosotras sobre su montura. Un increíble atrevimiento y falta de tacto. Solicitaba el permiso de cortejo, que ya le fuera denegado con anterioridad. Una vez más, volvía a mirar a Cristina de una forma muy poco caballerosa, con una sonrisa que jamás olvidaré, mezcla de burla y superioridad. Le denegué la nueva petición al tiempo que, en correcto francés, le rogaba que se atuviera a las normas de cortesía habituales en un caballero y no volviera a insistir. Fue entonces

cuando, con el tono más ruin y despreciable, nos dirigió una frase que no me atrevo a repetir.

—¡Qué frase, madre! —creo que llegué a alzar la voz—. Habla, por favor.

—Fue realmente denigrante para una mujer. Traducido a nuestro idioma, vino a decir algo así como —María Antonia dudaba, mientras movía sus manos con evidente nerviosismo sobre las mías—. Vino a decir: ¿Qué sucede, señora? ¿Acaso guarda su preciosa hijita para algún español cobarde, de los que disparaban a los franceses el 2 de mayo y acabaron por refugiarse entre faldas blancas?

—¡Cómo! ¿Ese bellaco se atrevió a pronunciar tales palabras ante vosotras?

—Le contesté que era un grosero y no merecía lucir su uniforme. Al mismo tiempo, ordené a Sebastián que azuzara al tiro de regreso a casa. Eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Te parece escaso condimento? No puedo tolerar tal...

—Por favor, hijo mío, no tomes decisiones apresuradas. He hecho indagaciones por mi cuenta, y no son buenas las nuevas que recibí.

—¿A qué nuevas te refieres?

—Resulta que ese bellaco, el teniente François Roger de Bronac, se encontraba con destino en la embajada francesa, en la guardia personal del embajador Beauharnais. Pero al llegar Joaquín Murat a Madrid, pasó a su servicio como uno más de sus edecanes porque..., porque es sobrino suyo.

—Me importa un rábano que sea sobrino de ese gran duque, como si fuera hijo del emperador. Le exigiré una inmediata reparación.

—Por favor, *Gigante* —María Antonia imploraba ahora como nunca lo había hecho—. Queríamos mantenerlo en silencio y contártelo más tarde, cuando no pudiese haber reacción posible. En esta ocasión deseábamos que no regresaras en varios meses, bien lo sabe Dios. Habíamos decidido salir mañana mismo hacia Santa Rosalía. También tuve conocimiento de que ese oficial se ha batido en mil y un duelos, normalmente por cuestión de señoras, y siempre salió triunfante de los lances. No podemos perderte a ti. Tienes mujer y un precioso hijo que...

Tomé a María Antonia por los hombros, agitándola porque comenzaba a sollozar. La apreté contra mi pecho, sintiéndola endeble por primera vez. Le susurre las palabras al oído.

—María Antonia, sabes que mucho te quiero, como a la madre que no pude disfrutar. Pero también eres consciente de que no puedo tragar esa afrenta en blanco. En tal caso, perdería el honor, lo que no es posible

sobrellevar en esta vida. Debo pedir reparación, y así lo solicitará Beto en mi nombre de forma inmediata.

—Por Dios, hijo mío —ahora ya no ocultaba sus lágrimas—. Si algún daño te llegara a ocurrir, me sentiría culpable y no podría sobrevivir a tal angustia. Te lo pido por toda la familia.

—Es inútil, madre, y lo sabéis. Pediré reparación inmediata y, si es preciso, me batiré en duelo con ese desalmado. No podemos admitir tamaña ofensa, nunca lo haría, pero mucho menos de un extranjero que ha invadido nuestra patria.

Quedamos abrazados en silencio, mientras escuchaba la agitada respiración de María Antonia y sus sollozos. Pero necesitaba mayor información en cuestión de familia.

—¿Qué sucede con Cristina?

—Ha perdido la cabeza por ese francés. No se atiene a ninguna norma que se le dicte. Ni siquiera alcanza a comprender el daño que puede recibir la familia. Pero estoy dispuesta a maniatarla a su cama si insiste en su postura, o que entre en religión aunque sea mi único hijo de sangre con vida. Siempre me he sentido atraída por la Corte, pero estoy deseando salir hacia el campo de una vez.

—Todo se arreglará, madre, y volveremos a disfrutar de la familia como siempre.

Aunque pueda parecer de enajenación absoluta, tras la conversación me sentía tranquilo y relajado, evaporado el cansancio de mi cuerpo como por arte de magia. Creí que era llegado el momento de pasar a la acción. Pero todavía, María Antonia me abrazó fuerte una vez más, a la vez que susurraba en mi oído.

—Por Dios, *Gigante*, no podemos perderte. Si llegas a batirte en duelo, mata al francés, derrama la sangre de ese bellaco.

Le respondí con una sonrisa, al tiempo que abandonaba la biblioteca. Al regresar al saloncito, Eugenia llegó hasta mí en carrera, para volverse a fundir entre mis brazos.

—No hagas locuras, *Gigante*. No ha sucedido nada que merezca...

—Por favor, querida, tengo cosas importantes que hacer y debes comprenderlo. Este no es asunto tuyo.

Antes de que pudiera decir una palabra más, me separé de ella. Y juro por Dios que pocas veces me he sentido tan mal, al observar las huellas de profundo dolor que expresaban sus ojos. Por fin, giré el cuerpo hacia mi compañero.

—Beto, acompáñame.

Sin decir una palabra más, subimos a mi habitación. Beto se mantenía con la seriedad marcada en su rostro, sin decir una sola palabra. Lo abordé sobre la marcha.

—Supongo que te habrán puesto al corriente de lo sucedido, mientras hablaba con María Antonia.

—En efecto, y ya puedes imaginar lo que siento en las tripas. Sin embargo, no es momento de apresurar ideas. Además, no has de ser tú necesariamente quien se enfrente a ese...

—¿Qué dices, Beto? Por favor, seamos serios y vayamos al grano del asunto.

—No olvides que también yo soy un miembro de esta familia. Además, manejo mucho mejor las armas, si me permites decirlo.

—Ya lo sé, pero no viene al caso —lo tomé por el hombro antes de continuar—. Mira, Beto, soy el jefe de esta familia y María Antonia es como una madre para mí. Y esa loca de Cristina, a pesar de su demencia momentánea, es prima de sangre. Has de hacer una gestión en mi nombre de forma inmediata, por favor.

—Estoy dispuesto a lo que quieras, pero ahora te encuentras agotado, no razonarás bien y sería mejor...

—Te juro que se ha evaporado el cansancio y mi cabeza trabaja a ritmo. Además, cada segundo que pase, ese bellaco debe pensar que estamos metidos entre faldas sin la necesaria respuesta. No puedo permitirlo. La reparación a la ofensa debe ser inmediata, como mandan las normas. Con esas instrucciones irás a verle inmediatamente.

—Por lo que hablan de ese malnacido, parto de buitre y putorróna francesa, aceptará el duelo encantado y sin batirse en retirada. Por esa razón, debemos hablar y medir nuestros pasos. En primer lugar, te recuerdo que la pragmática de nuestro Rey don Felipe V de 1716, así como las Reales Ordenanzas por su inspiración, prohíben de forma tajante los duelos entre oficiales, con pena de pérdida de sus empleos para los infractores. Y esa ley se mantiene en vigor.

—Ya lo sé —sonreí ante los esfuerzos de mi amigo que, estaba seguro, no respondían a sus propios sentimientos—. Pero también tú sabes que no se ha ejercido jamás. A nuestro señor don Carlos III, uno de los más serios y rígidos reyes que pasaron por esta Corte, en una ocasión se le presentó un oficial de la Guardia de Corps para manifestarle que, abofeteado por uno de sus

compañeros, no había querido desafiarle en debido respeto a la pragmática de don Felipe V. ¿Sabes lo que le contestó el sabio Monarca?

—Pues no.

—Le dijo lo siguiente: *Tu virtuosa conducta te hace merecedor de un premio...; mas para alcanzarlo conviene que cambies la carrera de las armas por el estado eclesiástico, y yo te empeño mi real palabra de que he de darte la primera canonjía vacante.*

—Buena respuesta, sí señor. A lo mejor fue don Manuel Godoy el abofeteado.

—Era un niño por entonces, aunque habría obrado de esa forma probablemente. Bueno, Beto, has de llevar a cabo la gestión sin pérdida de tiempo.

—Ya lo sé y mucho me duele. Pero mientras hablabas con tu madre y las mujeres me ponían al día, mi cabeza trabajaba a destajo en los necesarios detalles. Ya sabes que una vez me batí en duelo con un antiguo amigo, y prefiero olvidar la escena del resultado final. Y eso que no era a muerte, aunque no pude evitarlo. En primer lugar, dos deben ser los padrinos, al menos en presencia.

—Tú presentarás la ofensa. Llegado el momento, Okumé nos acompañará.

—¿Un negro como padrino en duelo de honor? —Un hombre, Beto.

—Ya lo sé. Un hombre extraordinario, pero negro. Puede ser interpretado como mayor ofensa. Además, el código de honor expone que los padrinos deben ser hombres de gran honorabilidad.

—Esas cuestiones las dejo de tu mano. En estos momentos, lo único que deseo es matar a ese bellaco mañana por la mañana al alba.

—Bien —Beto parecía serenarse y adoptar su poco agradable papel—. En primer lugar, creo que la ofensa debe ser considerada como de segundo grado, es decir, graves injurias por vía de hecho. En ese caso, como eres el ofendido, puedes escoger las armas, así como el sistema de duelo.

—Me es indiferente.

—No puede serte indiferente, maldita sea mi estampa. Sé que no eres especialmente hábil con la espada y el sable, ni siquiera con daga de vela<sup>[57]</sup> a disposición, esa costumbre de mis antepasados italianos que podría tomarlo en desventaja. De esta forma, nos queda solamente la pistola, aunque debo ser sincero y reconocer que tampoco eres un genio. Para tu desgracia, ese francés debe ser un gran tirador.

—Es igual. Juro que lo mataré, aun con una bala clavada en el pecho.

—Hay una frase famosa en los duelos, amigo mío. *Nadie es muerto en duelo sino por sus padrinos*. Quiero decir que he de hacer bien mi trabajo, por mucho que me duela. La elección de pistolas, que deben ser desconocidas para los duelistas, han de ser escogidas por los padrinos. Si te parece bien, propondré una pareja que heredé de mi padre. La verdad, no creo que llegara a pagarlas con su montaña de deudas. Aunque italiano, era un buen duelista y debió comprarlas en España poco antes de morir. Forman una pareja de honor de la arcabucería vasca. Las llaves son de chispa a la francesa y con cañones ochavados en la zona de la recámara. Creo que serán aceptadas.

—Beto, amigo mío, te repito que no me interesan esos detalles.

—Pues han de interesarte porque te juegas la vida en ello. Y la vida se disfruta una sola vez. Tienes suerte porque soy experto en las armas cortas. Comentaba el detalle de las pistolas, porque ese gabacho, si es noble como parece ser, aunque sólo sea de palabra, estará acostumbrado a las pistolas fabricabas por Nicolás Boutet. Es un armero establecido en Versalles, que sirvió a la casa Real francesa con Luis XVI, y ahora continua con el emperador. Son unos ejemplares magníficos y en todo destacamento francés suelen disponer de ellas para los duelos. Pero tienen una característica común, y es que sus gatillos son suaves como carne de doncella. Por el contrario, estas que ofreceré, han de ser pulsadas con fuerza y de un solo golpe, sin paso primero.

Asentí en silencio, comprendiendo que mi buen amigo intentaba cumplir con la penosa obligación que había echado sobre sus espaldas. Escuchaba sus palabras como si llegaran de muy lejos, mientras mis pensamientos regresaban a Eugenia y a mi hijo.

—Como doy el duelo por realidad, y ojalá me equivoque, propondré que se lleve a cabo con pistola, a 25 pasos, arma baja y fuego a la señal. Creo que son las mejores condiciones para un..., para un no especialista.

—No lo comprendo.

—Pues los adversarios han de separarse con el arma apuntando al suelo. Al llegar a la distancia y girarse, el juez de campo pronunciara, ¿listos? Se debe contestar, ¡ya! En ese momento, el juez dará, acompañando de las correspondientes palmadas, las voces de ¡una!, ¡dos! y ¡tres!, siendo la obligación de los combatientes levantar el arma a la primera, apuntar a la segunda y disparar a la tercera. ¿Estás de acuerdo?

—Lo que tú digas.

—Por Dios, *Gigante*, no me hagas pasar este trago —Beto parecía derrumbarse—. Eres mi cuñado, compañero y mejor amigo. No puedo asistir

a tu muerte, triste condición que, contra este bellaco, es más que probable.

—Mataré a ese higo de la zorróna más grande de París, no te preocupes. La razón está de mi mano y nuestra Señora de Valdelagua no ha de abandonarme en este trance.

—La razón de tu lado, pero la puntería y el adiestramiento en estos lances de parte del francés. Un dueto para dar saltos de alegría.

—Ya ha llegado el momento, Beto. Parte de una vez y gestiona la reparación.

Beto me dio un fuerte abrazo, con los ojos empañados. También yo sentí una fuerte emoción, como si se tratara de una despedida definitiva, al tiempo que un cierto bienestar invadía mis entrañas. Una vez a solas, me dejé caer en la cama. Cerré los ojos, intentando no pensar en nada. Sin embargo, una cara desconocida, rubia y sonrosada, que mi imaginación adornaba con una sonrisa despreciable en sus labios, copaba la escena por entero. Y por encima de todo, soñé que aquel rostro quedaba bañado en sangre.

A las siete de la mañana del día siguiente, Beto y yo, con Okumé a las riendas del carruaje que mostraba las armas de Tarfí en los portones, abandonamos el palacio de Montefrío en silencio. A paso de parada iniciamos el camino, saliendo de Madrid por la puerta y puente de Segovia. Media legua después, deberíamos arribar al linde de un hermoso robledal, en uno de cuyos claros se encontraba lo que, por el común, se denominaba como *rincón de los caballeros*. Aunque dirigía la mirada por la estrecha ventanuca, pasaba la vista en blanco a lo lejos, sin fijar mucho en los detalles. Sin embargo, no permanecía mi cerebro en pausa, sino todo lo contrario, con una fijación única y diabólica quizás, la de acabar con la vida de quien había cometido tamaña afrenta a mi familia.

Por fortuna, no había debido sufrir despedida alguna en casa, una situación terrible, a evitar, porque podría haber desgarrado mi pecho en cuarterones. Sin notificar en avance asunto, fecha ni hora, habíamos abandonado el palacio de Montefrío a las seis de la mañana, cuando comenzaba a clarear el alba. Nos movimos en silencio de muerte, mientras todos dormían plácidamente. Sin embargo, dirigí una mirada de concentrado cariño hacia Eugenia y a mi hijo, porque entraba dentro de lo posible, y según mi compañero y padrino de armas muy probable, que no volviese a verlos en esta vida.

Tal y como Beto me había referido al detalle, tras su nocturna entrevista de presentación y afrenta, el francés no mostraba intención alguna de reconocer ni reparar la ofensa, bien de palabra o de acto. Aceptaba por

derecho y sin pestañear el duelo a muerte, en su opinión de forma muy complaciente y con una seguridad en sus palabras que rayaban la prepotencia más jactanciosa, condición tan alejada de cómo ha de comportarse un caballero. Bien es cierto, que no nos extrañó una mota dicha circunstancia en semejante ser. Y también él hablaba de su especial sonrisa, bastarda mezcla de burla y sorna, al punto de que mi compañero estaba dispuesto a medirse con él en un próximo futuro, cediendo en la ocasión por su papel de padrino. El teniente de Bronac había soslayado los problemas con rapidez, decidiendo que se presentara un solo padrino por adversario, y que el propio Beto hiciera de juez de campo. Una circunstancia anómala por más y con ventaja teórica para una de las partes, lo que aumentaba la sensación de superioridad manifestada. Sin embargo y por expresa petición de Beto, se dispondría de un cirujano, que debía quedar a su elección.

Siguiendo los consejos de mi amigo, en el que descubrí facetas de especiales sabidurías desconocidas hasta entonces, debía vestir casaca negra sobre camisola blanca, con la cabeza cubierta o destocada a voluntad. Beto aportaba en sus brazos, como un niño muy querido, una preciosa caja de nogal, donde se encontraba la pareja de pistolas de honor, que serían sorteadas en su momento. Pero ya durante el camino continuaba con los consejos, tantos y tan medidos que eran difíciles de recordar en su conjunto.

—¿Tantas veces te has batido en duelo? Conoces el sistema hasta el más mínimo detalle.

—Debí sufrirlo en mi familia de forma repetida. Mi padre era muy dado a esta práctica, por su excesiva afición a las mujeres del prójimo, aunque hasta sus últimos años la llevaba a cabo con sable. Y ya te comenté que debí aceptar un duelo hace tres años que no deseaba. Fue a pistola y 35 pasos. Era a la primera sangre e intenté acertarle en el brazo. Por desgracia, la bala le entró por donde no debía. Siempre lo lamenté. Pero ahora te digo una vez más que, dadas las circunstancias, soy yo quien debería ocupar el puesto en el campo esta mañana.

—No volvamos a ese tema, por favor.

—Bueno, en ese caso te repetiré el punto crítico y principal. Deberás apuntar el arma al centro del pecho. Por esa razón escogí una distancia corta. Los buenos duelistas, como parece ser este gabacho del demonio, nunca se precipitan y esperan el tiempo suficiente para apuntar bien y no fallar. Tu única posibilidad es disparar primero y, por supuesto, acertar. Al pecho, la bolilla del punto de mira en el centro del pecho. Y aprieta el gatillo de una tacada.

Le dejaba hablar de forma nerviosa. Y era gracioso que los nervios se aferraran a él de tal forma, cuando debía ser yo el que se recomiese en las tripas. Por fin, tras un recorrido que se me hizo interminable, llegamos al escenario. Ante mí se presentaba una pequeña vaguada abierta en el robledal, cubierta de pasto y con un poste blanco clavado en su punto central.

—Ese poste es el testigo, donde me situaré como juez de campo. Es completamente irregular que uno de los padrinos actúe de juez, pero así lo ha querido el bastardo huevón de la permanente sonrisa, y no era cuestión de llevarle la contraria en un aspecto que nos beneficia. Parece ser que no quiere muchos espectadores —sacó un reloj de bolsillo, para comprobar la hora—. Deben estar a punto de llegar. Espero que, al menos, ejerza la debida puntualidad.

Dejamos el carruaje a unos pocos metros de la vaguada. Bajé con agilidad, sin sentir cansancio alguno, aunque no hubiera dormido más que un par de horas. Tan sólo sentía como dato negativo el estómago un poco revuelto, debido probablemente al ayuno al que Beto me había forzado. Una vez en tierra, Okumé me tomó de los hombros, mirándome a los ojos.

—Espero que el señor tenga suerte. Lo merece. Por mi parte, he vuelto a efectuar los cánticos que escuchaba de pequeño a mi madre, solicitando auxilio a sus dioses. Y para compensar la posible herejía, recé a la Virgencita que preside el oratorio. Espero escuchar sus bromas dentro de algunos minutos, de regreso a casa. No puede fallar en la ocasión, señor.

—Queda tranquilo, Okumé.

Sin una palabra más, me abrazó a tenazón. El pobre también estaba seguro de perder a su único amigo, a su señor y a la persona que conformaba toda su vida. Le sonreí, golpeando sus fuertes brazos.

—Todavía hemos de luchar muchas veces a bordo de los buques de la Real Armada, así como cazar buenas piezas en El Bergantín. No te preocupes, que volveré.

Cuando nos dirigíamos hacia el campo, escuchamos el ruido característico de un carruaje, que avistamos a continuación. Poco después, descendían de él tres hombres, también vestidos de negro. Y no necesité mucho tiempo para reconocer al teniente de Bronac, aunque no se ceñía a la imagen que se había enseñoreado de mis pensamientos. Tan sólo quien debía ser médico o cirujano, un hombre de baja estatura y regordete, con el clásico estuche negro en la mano, miraba hacia el suelo. Parecía poco feliz de la misión impuesta.

Al llegar a nuestra altura, el padrino del francés se acercó a Beto. Se llevó a cabo el sorteo de las posiciones, detalle indiferente por la ausencia de viento

y sol, así como el de las armas, procediendo cada uno a la carga de la pistola correspondiente. Por mi parte, no apartaba la vista de mi oponente. Bronac era un joven alto y fuerte, de rizos morenos en cascada, bien parecido y con una permanente sonrisa en sus labios, como decía Beto, mezcla de sorna y superioridad. Esa sonrisa sí que la había sufrido en mi cerebro durante la noche, y volví a soñar con abrir sus labios en sangre, una enfermiza pasión que abrasaba mis sentimientos. Por último y como necesaria medida, Beto musitó las palabras de rigor.

—Es la última oportunidad de reparación de afrenta, si se aviene por ambas partes, antes de proceder al duelo de honor.

Nos mantuvimos en silencio, mientras mi adversario aumentaba la sonrisa si cabe, sin apartar sus ojos de los míos. Fue entonces cuando Beto ordenó ocupar los puestos de reparación en duelo de honor. Nos movimos hacia el centro señalado, hasta quedar enfrentados a escasa distancia, momento en el que pude percibir un fuerte aroma, más cercano a perfume femenino de rosas. Aunque era norma obligatoria de cortesía saludarse entre los caballeros alistados, por mi parte, mientras bajaba suavemente la cabeza, no pude evitar musitar una palabra que sólo fuera escuchada por sus oídos.

—Bastardo.

No perdió la sonrisa el francés ni elevó protesta por mi falta. Por el contrario, al tiempo que también saludaba con una leve inclinación, musitaba una frase, amadrinada con fuerza a su despreciable sonrisa.

—Esa será su última palabra en esta vida.

Los padrinos y el cirujano, con la cabeza cubierta, se retiraron unos pasos, hasta quedar a la altura exacta del testigo. Fue el momento en el que los combatientes elevamos los cuellos de la levita para evitar la blancura de la camisola. Beto, cuyos nervios eran más que evidentes, comenzó sus palabras.

—Comienza el duelo a muerte. Los adversarios deben situarse espalda con espalda.

Aunque ya no veía al francés, su sonrisa entraba todavía en el cerebro, amadrinada en nebulosa. Por unos segundos, pasaron por mi cabeza los rostros de mis padres, del tío Santiago, de Setum, de María Antonia, de la alocada Cristina y de mis hermanos, para rematar con la bella cara de Eugenia y el pequeño batiendo palmas en su regazo. Pero, como caída de telón, era sustituida con rapidez por la sonrisa, esa boca que deseaba triturar con toda la fuerza de mi alma. Bajamos los brazos, hasta dejarlos extendidos a lo largo del cuerpo. Volví a escuchar la voz de Beto, que comenzaba a contar los

pasos. Cuando llegamos a los 25 estipulados, todavía con el arma baja, nos giramos a la orden. Por fin, escuché las palabras de Beto que tanto esperaba.

—¡Duelo de caballeros a muerte y a la señal! ¡Uno! ¡Dos!

Como un autómatas, elevé el arma hacia el cielo a la primera palmada, como si fuera a entrar en reñido combate de cubierta, para bajarla con lentitud a la segunda y apuntarla contra el adversario. Fue el momento en el que la nebulosa de nuevo pareció querer borrar de mis ojos la figura del francés, aunque su sonrisa se mantenía con mayor desprecio si cabe, actuando como un faro en la mar. Bien sabe Dios que deseaba apuntar a sus labios y partirlos con la bala, pero me decidí por seguir el consejo de Beto y bajé el punto de mira hacia su pecho. Fue el momento en el que se escuchó la tercera voz de Beto, la definitiva.

—¡Fuego!

Apreté el gatillo sin dudarlo, aunque todavía tuve ocasión, una fracción de segundos antes, de reconocer los labios del francés, esperando con seguridad el fallo de mi disparo. Aunque muchas veces había utilizado el pistolón en la mar con suerte alternativa, el disparo agitó mi mano en demasía, al tiempo que el humo me cegaba el campo de visión. La verdad es que esperaba sentir una punzada en el pecho, una bala que acabara con mi vida en aquellas largas décimas de segundo. Sin embargo, conforme se disipaba el humo, comprobé que la sonrisa francesa salía despedida hacia atrás, sin haber sonado todavía el disparo de su arma. Quedé quieto, mirando el cuerpo del teniente francés tendido sobre el césped, sin un solo movimiento.

Al tiempo que los testigos y el cirujano se acercaban con rapidez a mi oponente, por haberse escuchado un solo disparo, también yo me dirigí con lentitud hacia la escena. Cuando llegaba a su altura, escuché las palabras del galeno, dirigidas hacia el padrino contrario.

—Lamento comunicarle, señor, que *monsieur* de Bronac está muerto.

En contra de lo esperado, no sentí una inmensa alegría por haber escapado de una muerte segura, pero sí al observar su cara, un pecado que jamás me será perdonado, porque nunca llegará el necesario arrepentimiento. Mi bala, apuntada sin vacilación hacia su pecho, debía haber sido guiada por los ángeles, para entrarle en redondo por el ojo izquierdo al francés. Era una estampa más propia de carnaval, aquel cuerpo tendido en el suelo, con un ojo enrojecido en derredor, como payaso inanimado. Fue entonces, cuando sintiendo la felicidad en mi cuerpo con fuertes oleadas, recordé las palabras que mi padre repetía, tomadas de su admirado general Barceló: *Cuando se*

*dispara una pistola contra el enemigo, hay que romperle los ojos en sangre.* Y era cierto que había cumplido la premisa al punto.

Como Beto debía cumplir las normas, a pesar de su inmensa alegría exclamó las palabras de rigor con la máxima seriedad.

—Siento comunicarles que el señor de Bronac ha fallecido en el duelo de honor —a continuación se giró hacia mí, para elevar todavía más su voz—. ¿Considera reparada la afrenta, señor de Leñanza?

—Sí, la considero reparada con su muerte.

El testigo contrario, otro joven teniente, amigo y compañero del muerto, inclinó suavemente su cabeza, antes de hacer una señal hacia su carruaje. Acudieron con rapidez los dos hombres que se mantenían izados en el pescante, para recoger el cadáver y transportarlo. Poco después desaparecían, olvidando al viejo cirujano. Nos ofrecimos a llevarlo en nuestro carruaje, al saber que se trataba de un pobre galeno madrileño, sacado de la cama a toda prisa dos horas antes, que todavía reflejaba el más intenso pavor en sus ojos. Por fin, Beto se abrazó a mí, mientras Okumé llegaba a la carrera.

—Estaba convencido de que serías tú quien se encontraría tendido sobre el pasto en estos momentos, con una bala en la frente. Bendita sea esa Virgen a la que dedicas especial advocación, devoción que deberías aumentar, si ello es posible, después del día de hoy. Ya te dije que este prepotente del demonio esperaba el tiempo necesario, para apuntar sin posible error antes de disparar. ¡Vaya resultado has producido! ¡Una bala bien justita en el centro del ojo izquierdo! ¿Por qué no me hiciste caso? Te repetí que debías apuntar hacia su pecho. Has corrido un riesgo innecesario.

—Vamos, amigo mío, no me vengas ahora con milongas. He apuntado al pecho, aunque deba quedar esa información entre nosotros.

Beto reía ahora a batientes, mientras me azuzaba hacia el carruaje.

—Lástima de la necesaria discreción, porque siento ganas de publicarlo en la Gaceta de Madrid.

—Más vale que no corra mucho la noticia.

—Que no corra nada, amigo mío. Ese culebrón que ya andará entre brasas por el infierno, era sobrino del gran duque. Y no estoy seguro de que su compañero se porte como un caballero, si era buen amigo. Deberíamos acudir a la posada de don Antonio y pedirle consejo.

—De acuerdo.

También Okumé se abrazó a mí, riendo entre lágrimas. Debo reconocer que me sentía inmensamente feliz, aunque nadie confiara en mi puntería. Bueno, ni yo mismo, si entro en sinceridad. Por fin, subimos al carruaje, para

dirigirnos a la posada del general. Después, Okumé llevaría al galeno, que también me felicitaba, a la calle de Lavapiés.

—¿Has matado en duelo a un teniente francés, sobrino de Joaquín Murat? —el general Escaño abría los ojos a palmo, sin creerlo todavía, con rostro avinagrado y mal humor a la vista—. ¿Te has vuelto loco? ¿Para qué llevamos a cabo este paripé con el gran duque cada día, si después me llegáis con tales noticias?

—¿Me permite, señor, que le explique la causa? —expuse con suavidad y decisión—. Por favor, no me juzgue sin conocimiento de la causa.

—Cuéntame lo que quieras, pero te has puesto en gravísimo peligro.

Beto se adelantó, para explicar con todo detalle la ofensa proferida por el teniente de Bronac, así como la reparación solicitada. A continuación, se explayó con el duelo, la sonrisa prepotente del francés y el balazo en el ojo. Don Antonio pareció calmarse.

—¡Menudo bastardo, hijo de la más grande rabizona de Estambul! Decirle tal cosa a una señora española, duquesa viuda de Montefrío. ¿Dices que le entró la bala por el centro del ojo?

—Por la misma niña del izquierdo debió entrar, señor —arguyó Beto, al tiempo que señalaba con su mano sobre su propio ojo.

—Le rompí los ojos en sangre, señor, tal y como se merecía ese bastardo.

—Esa frase se la escuché a tu padre en más de una ocasión —ahora me apretó los hombros con afecto—. No sabía que fueras tan buen tirador a pistola. Bueno, mucho me alegro de esa muerte. Después de todo, es un francés menos a quien batir. Pero has de abandonar la Corte de forma inmediata por tu seguridad.

—¿Abandonar Madrid? —las palabras del general me abatieron, al punto de sentir nuevamente un profundo cansancio. No había pensado en que se abriera en mi camino tal posibilidad—. ¿Por qué, señor?

—Pues la cuestión brilla con claridad, si usas ese cerebro que Dios te concedió. Poco fío en el compañero del teniente muerto, y la versión que puede circular entre los edecanes de don Joaquín Murat, lugarteniente y cuñado del emperador. En estos días, el odio mutuo entre gabachos y españoles se recrudece por momentos, y mal queda un oficial francés de dragones, edecán del gran duque, abatido en duelo a pistola por un teniente de navío de la Real Armada. Tampoco *monsieur* Murat destaca por la imparcialidad en sus juicios. Así que partirás de inmediato hacia... —dudó unos segundos, hasta palmear sus manos como si hubiese encontrado la solución definitiva—, partirás hacia Cádiz. Me viene bien porque le llevarás

un recado personal al comandante general de la escuadra. Hay que aprovechar todas las oportunidades que se presentan.

—Pero, señor...

—¿Quieres perder la vida, ajusticiado por los franceses? Parece que la has salvado contra un buen duelista, no tienes más a la suerte. Marcha hacia casa y prepara el equipaje a la mayor velocidad. Parte en tu carruaje hacia las Andalucías. Te prepararé un recado para el general Ruiz de Apodaca, que deberá ampararte en su mayoría general. Le ampliarás mis noticias con los detalles de lo sucedido en Madrid el día dos de mayo, que viviste en primera persona, así como las gestiones que llevamos a cabo por el levante. Es persona de toda mi confianza y puede estar al tanto de la verdad sin compromiso alguno. ¿Vas comprendiendo?

—Perfectamente, señor.

—Bien. Beto saldrá hoy mismo con las familias hacia esa hacienda que poseéis en tierras murcianas, para dejarlas en seguro y regresar a mi lado. Nada de protestas, porque es una orden el plan que trazo a la rápida. No hemos de dejar punto alguno al albur de los vientos. Pero aprovechemos la ocasión que se presenta, porque ya pensaba enviar un emisario hacia Cádiz y tu forzado viaje nos llega en rosas. Además de tu seguridad, que es lo primero, deberás llevar a cabo una faena parecida a la que aliñaste con el general Valdés en Cartagena. Quiero decir que has de comunicarle al general Apodaca en persona y de mi parte, que no esperen un minuto más y tomen la escuadra del almirante Rosily. Con las baterías de los castillos, navíos en bahía y armadillas a disposición, no tendrá más remedio que rendirse. Y que le den aviso al almirante inglés que manda las fuerzas de bloqueo, para que se encuentre al tanto de la situación y apoyen a los españoles que se van a alzar contra los franceses. Para que no tengas sorpresas negativas, aunque hacia el sur no hay noticias de tropas imperiales, o eso entendemos, te daré un salvoconducto con el seño de Murat.

—¿Un salvoconducto del duque de Berg? —pregunté, incrédulo—. ¿Falsificado?

—No digas majaderías. Don Francisco Gil y Lemus me consiguió unos pocos, que emplearemos en momentos de compromiso como éste. De momento, no peligra mi persona en la Corte porque Murat confía en mí. Gil y Lemus lo ha convencido de mi valía y disposición favorable a su causa.

También contribuye a favor el hecho de haber sido el hombre de confianza del general Mazarredo que, según todos los rumores, será quien rijan los destinos de la Armada en el futuro, con los franceses en el poder.

—¿Don José de Mazarredo colaborando con los franceses? —preguntó Beto—. No puedo creerlo.

—Aclaremos un punto de la mayor importancia, muchachos, que no pienso volver a repetir. Cada hombre es un mundo en su pecho. Y nadie como don José de Mazarredo, el general de mar más brillante de nuestra Armada, ha sufrido en sus carnes, y de qué forma, la estulticia, las malas artes y la sinvergonzonería de Godoy, amparado por su Señor don Carlos. Si hay alguien que pudiera..., bueno, prefiero no hablar más de ese tema. Lo que sí puedo decir, pensando en los meses venideros, es que jamás diré un calificativo negativo sobre el general Mazarredo, ni lo admitiré en mi presencia. ¿Entendido? Bien —hizo un gesto con sus manos, para dar por zanjado el asunto—, es posible que pronto aparezca también yo por Cádiz, si las cosas se tuercen y comienzan a pensar mal de mí, lo que sucederá más pronto que tarde.

—Puedo esperarle para acompañarle.

—Nada de eso. Ahora lo primero es tu seguridad. De momento, puedo hacer un mejor servicio aquí. Dile también al general Apodaca, que con los capitanes generales del departamento marítimo y de Andalucía, preparen un plan para dejar aislada por completo la isla gaditana. En su momento deberán destruir puentes, alistar castillos y fortalezas, así como aumentar nuestras armadillas por los caños. De esa forma, podremos ser inexpugnables y con una ventana abierta hacia la mar, si se produce lo que, por desgracia, me temo y ha de llegar pronto.

—Sí, señor.

—¡Vamos, vamos! No puedes perder un minuto. Recoge lo que consideres imprescindible de tu casa, y parte hacia el sur.

De esta forma, abandoné la Corte a caballo lanzado, con Rufino a las riendas, Sebastián de compañía, y Okumé a mi lado, bien provistos de viandas y con armas camufladas bajo el pesebrón. En el palacio de Montefrío me había despedido de la familia, eufórica al tener conocimiento del duelo y su resultado. Por desgracia, y con gran dolor en mi pecho, debí escuchar los gritos de la joven Cristina, acusándome de haber matado a su gran amor. María Antonia salió al paso sin dudarle, cruzándole la cara con una tremenda y sonora bofetada, como no se la habría propinado un hombre. La joven sangraba por el labio, mientras se retiraba a su habitación. Eugenia, convencida de mi muerte, estaba feliz de mi partida hacia el sur, besándome de forma repetida cuando ya subía al carruaje.

Con extrañas sensaciones en recorrida de tripas y venas, pero ciertamente feliz, tomamos el camino que baja hacia las Andalucías. Un profundo cansancio, dormido hasta entonces por necesidad, pareció abatirse sobre mí sin misericordia. Y en el fondo del alma, pensando que la familia se encontraría a buen resguardo, no dejaba de ser una excelente nueva el regresar junto a la costa. Embarcaría en el navío *Príncipe de Asturias*, buque insignia de la escuadra del Océano, esas tablas donde mi padre había perdido la vida. Ya creía oler el perfume de la mar de lejos, cuando caí en un pesado sueño. Las últimas imágenes fueron las de Eugenia con mi hijo en sus brazos, así como la sonrisa pendenciera del francés con el ojo enrojecido. Fue un sueño alargado y feliz.

## 16. El perfume de la mar

Como mi vida parecía haberse acelerado a golpe de bala mosquetera en las últimas semanas, condición más que habitual en la vida de los oficiales de la Real Armada, no me extrañó sufrir aquel alargado trayecto con escaso descanso y acecho casi permanente. Y llegó el agotamiento de mis hombres al límite, de forma que hasta Okumé debió servir bastantes horas en el pescante, con Sebastián y Rufino cercanos a la extenuación extrema. Por fortuna, no avistamos partida alguna de tropas francesas, aunque aquellos caminos, sembrados de bandoleros y rufianes sin alma como norma habitual, recomendaban ceñir por corto el armamento y mantener los ojos bien provistos a las bandas, por lo que pudiera acontecer.

Con fortuna añadida y bendición de los cielos, el día 2 de junio, cuando ya avistábamos nuestro destino en el horizonte con las primeras luces, mi primera intención fue la de trasladarme sin pérdida de tiempo al arsenal de La Carraca. Debía solicitar noticias de la situación de fondeo<sup>[58]</sup> del navío *Príncipe de Asturias* donde, según suponía, aposentaría sus reales el comandante general de la escuadra, don Juan Ruiz de Apodaca, a quien debía presentarme. Sin embargo, debido al estado visible del cuerpo, con necesidad de reponer fuerzas y mejorar el aspecto personal, cuando arribaba a la Real Isla de León, decidí acudir a la venta de entrada que llamaban El Arrecife. Y como era fonda donde siempre se podía encontrar personal de la Armada, sería posible obtener información adicional de interés.

Tras un generoso desayuno, con abundantes gachasmigas y regias tajadas de tocino en clamoroso acompañamiento, así como el adecuado aderezo corporal en aguas y enjuagues, me sentí con fuerzas para atacar de inmediato la misión impuesta. Al igual que en otras ocasiones, un teniente de fragata que también atacaba los tasajos variados con otros compañeros, como si no hubieran probado bocado en meses, me informó de que el navío insignia de la escuadra se encontraba fondeado en el caño de La Carraca, bajo el fuerte de

San Luis, entre otros navíos españoles. Como punto de ataque recomendaba Puntales, a pocas yardas de mi destino.

Repuesto al ciento, al menos en el aspecto exterior, decidí continuar camino hasta el embarcadero de Puntales, donde se mantenía en su escala de tránsito el adecuado barqueo para el personal de la escuadra. De esta forma y con Okumé a mi lado, partimos en una falúa desaliñada y cercana a inminente desguace de sus maderas, con evidente sospecha por mi parte de que ni siquiera le fuera posible atravesar el caño. Por fortuna, el cielo se mantenía a sol de plomo, sin viento en superficie y con la mar abierta en plata.

Pocos minutos después, con cierto regusto sabroso en el paladar comprobaba a la vista, por nuestra proa, la situación de algunas unidades españolas que componían la escuadra de Cádiz, llamada en formalidad como del Mar Océano. Estaba formada por el navío de tres puentes *Príncipe de Asturias*, insignia del teniente general Ruiz de Apodaca, así como los 74<sup>[59]</sup> *Terrible*, *Montañés*, *San Justo*, *San Fulgencio*, *San Leandro* y la fragata *Flora*. Tal y como me había informado el oficial, se agrupaban en dirección norte-sur, con el buque insignia cercano al fuerte de San Luis. Por el contrario, destacaba la bandera tricolor en otras unidades, fondeadas en grupo algo más hacia el norte, al sur del bajo de la Cabezuela, alineados en dirección a la bocana del Caño del Trocadero. Se trataba de la escuadra francesa bajo el mando del almirante Rosily, compuesta por los navíos de dos puentes *Heros*, insignia francesa, *Neptune*, *Algèsiras*, *Platon* y *Argonaute*, así como la fragata *Cornelie*.

Pasamos recortando aguas entre costados y a escasas yardas de nuestras unidades, hasta que pude comprobar cómo el navío de tres puentes y 112 cañones *Príncipe de Asturias*, fondeado al abrigo con dos anclas, se agrandaba por momentos a la vista. Sentí una profunda emoción al recordar que, en ese buque, mi padre había tomado parte en el combate sufrido en aguas cercanas al cabo Trafalgar junto al general Escaño, con los resultados que ya he comentado. Y ya cuadraba el sol cercano a la meridiana, cuando abordaba el portalón de oficiales, con una mala maniobra del patrón de la falúa que cerca estuvo de lanzarme al agua, si el fuerte brazo de Okumé no hubiese llegado a tiempo para asirme con fuerza.

Pisé la cubierta del *Príncipe*, como solíamos denominar a dicho buque entre los miembros de la Armada por común, con un extraño sentimiento de nostalgia y felicidad. Mucho representaba para mí aquel navío, sin contar las conexiones familiares, donde había rendido servicio bajo las órdenes del general Escaño, cuando todavía se encontraba como mayor general de la

escuadra a las órdenes de don Federico Gravina. Requerí al oficial de guardia para que me llevara a presencia del segundo comandante, que resultó ser el capitán de navío don José Rodríguez de Arias, una excelente persona y magnífico oficial, con el que años después me tocó vivir difíciles situaciones. Una vez explicada mi petición de presentarme a la mayor brevedad al general Apodaca, con recado personal de don Antonio de Escaño, pasé primero a presencia del comandante, el brigadier don Tomás de Ayalde, a quien conocía por haber servido como segundo en aquel mismo buque durante el luctuoso combate.

—El teniente de navío Leñanza —me ofreció una amable sonrisa, al tiempo que estrechaba mi mano, una vez efectuada la presentación en reglamento—. ¿Qué le trae por esta hermosa bahía? Le suponía como ayudante del general Escaño en la Corte.

—Más que en la Corte, señor, podríamos decir en el extinguido Almirantazgo.

—Eso es cierto.

Quizás influenciado por los apuntes y cuadernillos de mi padre, donde se hablaba del brigadier Ayalde en bastantes ocasiones y a la baja, no me entraba el personaje muy por derecho. Con una carrera donde aparecía algún negro baldón, incluso rendición de buque sin causa de rigor, había llegado a servir en el buque insignia del general Mazarredo como aventurero, cuando los ataques perpetrados a Cádiz por el almirante Nelson. Sin embargo, el hecho de ser uno de los *hombres de Gravina*, le había llevado hasta aquel empleo sin acciones de especial merecimiento. Continué mi explicación.

—Con él estaba hasta hace pocos días, señor, cuando abandoné la Corte. Debo dar un recado personal, de su parte, al comandante general de la escuadra.

—Pues vayamos a su cámara. En estos momentos debe encontrarse despachando con su mayor general, el brigadier Riquelme.

Corrimos la cubierta del general hacia popa, hasta llegar a la cámara de quien mandaba sobre cuerpos y almas en la escuadra española. Pero ya debo adelantar en sinceros, que la primera impresión recibida al quite de ojos sobre el estado del navío insignia, dejaba mucho que desear, tanto del personal que se detenía a nuestro paso, destocándose con respeto, como del material a disposición. Aunque en teoría la escuadra había recibido semanas atrás la orden de alistarse para dar la vela en cualquier momento, quedaba a las claras que el *Príncipe* no se encontraba en tal situación, ni visto por anteojo a varias millas de distancia. Y si el buque insignia andaba bajo cuartos, era fácil

suponer la situación del resto. Tras golpear la puerta en permiso de recibo, el comandante Ayalde penetró en ella, cerrándola ante mi cara sin una sola palabra, circunstancia que poco me agradó. Pero poco después volvía a abrirla para franquearme el paso.

El teniente general don Juan Ruiz de Apodaca era un hombre de regular estatura, recio de hechuras y bien parecido, entrado en la cincuentena. Destacaba en su rostro la nariz aguileña, así como el cabello moreno, muy corto y ceñido en rizos. Sin embargo, imponía su mirada penetrante, que transmitía especial fuerza mental a sus decisiones, como pude comprobar en jornadas sucesivas. También me tendió la mano con afabilidad, tras la presentación de rigor.

—Aunque sea un comienzo con comentario triste, al verlo he recordado el día que murió su padre en esta misma cámara, habilitada como improvisado operatorio. Fue un gran hombre, sin duda.

—Muchas gracias, señor.

También recibí el saludo del brigadier Riquelme, a quien habíamos entregado la mayoría de manos del general Escaño meses atrás. Pero ya Apodaca atacaba en busca de información.

—¿Qué noticias frescas me trae de la Corte y del general Escaño?

—Mucho ha sucedido en el último mes, señor.

—En la Corte y en toda España, Leñanza, que andamos en pura revuelta. Pero cuéntenos punto por punto los hechos acaecidos en Madrid desde ese sangriento y glorioso día, que puede haber cambiado la historia española. Esta mañana disponemos de algunos minutos, aunque no sean demasiados.

Comencé la narración exponiendo los sucesos del día dos de mayo en Madrid, con unos detalles que a la vista desconocían, tanto por el interés mostrado en sus rostros, como por las muchas y continuas preguntas que me hacían retomar la cuenta en repetición. Sin embargo, una vez recordado lo que, de todas formas, era un triste día, antes de continuar con las instrucciones personales de don Antonio, debí alegar las órdenes recibidas.

—Lo que debo decirle a continuación, señor, debe ser para sus oídos solamente, según me ordenó el general Escaño.

—Puede continuar sin problemas, Leñanza —hizo en gesto en abanico con su mano, restando importancia a mis palabras—. Confío plenamente en mi mayor general y el comandante del buque.

Aunque poco gustaba de saltar sobre las órdenes recibidas, no me pareció momento de tensar la cuerda de la que pendía mi futuro alojamiento. De esta forma, continué la narración con la comisión llevada a cabo en compañía de

don Antonio por el levante español, así como los planes embastados con don Francisco Gil y Lemus para el levantamiento general contra los franceses. Le transmití que tanto el bailío<sup>[60]</sup>, como Álava, Escaño y otros generales, seguirían sirviendo en Madrid, mientras fueran útiles a la causa, para salir en urgencia si el duque de Berg llegaba a sospechar el verdadero juego. Pero también era necesario tener en cuenta que, por desgracia, otros oficiales de alto grado parecían ver con buenos ojos la condición de continuar bajo la bota francesa, o consideraban imposible resistirse a la invasión extranjera. Por fin, llegué al momento que suponía definitivo.

—Por último, señor, y como de especial importancia, me dijo, para que le transmitiera textualmente, que en conjunción con el capitán general del departamento y el de Andalucía, no esperen un minuto más y tomen la escuadra del almirante Rosily. Que necesitamos esos navíos bien alistados para futuras empresas. Con las baterías de los castillos, navíos en bahía y armadillas a disposición, o las que se puedan reunir al efecto, el francés no tendrá más remedio que arriar el pabellón. Y que le den aviso al almirante inglés al mando de las fuerzas de bloqueo por fuera de la bahía, para que se encuentre al tanto de la situación y apoyen a los españoles que se van a alzar contra el francés. También me dijo que, cuanto antes quede esa escuadra en nuestras manos, antes podrán alistarse los hombres que han de reforzar al ejército de Andalucía contra las tropas imperiales que, sin duda, bajarán pronto hacia el sur en plan de dominio.

Tras aquella larga parrafada, le hice entrega de la carta personal de don Antonio de Escaño. También le expliqué los planes de mi general sobre la futura defensa de Cádiz, ante los ejércitos franceses que acabarían por llegar a sus puertas. Tras leer la misiva, el general Apodaca se abrió en sonrisas, al tiempo que parecía dirigir sus palabras al viento.

—Qué gran hombre es don Antonio de Escaño. Algún día no muy lejano, sin duda, deberá regir los destinos de la Armada, estoy seguro. Aunque algunas voces hablen más de la cuenta y sin real conocimiento, mucho arriesgan los que permanecen en la Corte con doble juego, porque los franceses no parecen dispuestos a perdonar un fallo sin sangre. Por cierto —me dirigió una sonrisa burlona—, creo que ha debido abandonar la villa de Madrid por vía de urgencia.

—En efecto, señor —dudé unos pocos segundos, pero creí que debía entrar desde el primer momento con sinceridad—. Maté en duelo a un teniente francés, sobrino del gran duque de Berg.

—¿A un sobrino de Murat? —Apodaca abría los ojos al límite, aumentando su sonrisa— ¿Se puede saber la razón de tan extrema medida, si no es materia muy reservada y personal?

Aunque no creía que la información llegara al caso, debí narrar los sucesos que me llevaron en aquella mañana ya lejana, al rincón de los caballeros. Y no se paró en melindres el general.

—¡Bellacos, groseros y prepotentes franceses! ¡Se creen que somos indios con plumas en la cabeza! Me alegro de que le arrancara el ojo en grana a ese sacamantecas, de camino hacia las brasas eternas. Tal y como me pide don Antonio, puede quedar destinado en la mayoría general de la escuadra, para satisfacción del brigadier Riquelme —lo señaló con la mano—, que mucho despotrica sobre la falta de personal, especialmente tenientes de navío experimentados. Contestaré a don Antonio por conducto seguro, de que ya estamos en esa operación que se nos pide, así como los hechos acaecidos en la ciudad de Cádiz, que no son mota de polvo. Espero que podamos echar mano a la escuadra francesa en pocos días, y Dios quiera que sin recibir muchos daños, porque no se encuentra nuestro arsenal para peticiones de cobre. También estoy de acuerdo en preparar el conjunto de esta bahía y sus caños con objeto de resistir, porque será difícil parar a los ejércitos franceses en llano. ¿Alguna cuestión más?

—Nada más, señor.

—Muy bien. Le agradezco su llegada a rendir cueros por esos caminos del diablo. Puede retirarse.

—Preséntese en la mayoría general al primer ayudante —apuntó el brigadier Riquelme—. Y que le vaya poniendo al día de la situación en Cádiz y su bahía, que también encontrará interesante.

—Muchas gracias, señor.

Abandoné la cámara del general Apodaca con sentimientos contrapuestos. Sin embargo, por encima de cualquier otra consideración, brillaba el sol de plano en mi alma, por el simple hecho de pisar la cubierta de un buque de la Armada y percibir en mis fosas nasales el olor de la mar. Se trataba de condición más que deseada, tras meses de aburrido seco y manos en tinta. Comenzaba una nueva estadía con futuro incierto, pero era optimista como siempre.

Tal y como me habían ordenado, pregunté por el primer ayudante de la mayoría, que resultó ser el capitán de fragata Ignacio Uriortúa. Por fortuna,

era una persona de extrema amabilidad, muy competente en su trabajo y comunicativo por largo. Pronto se comprendía que una de sus pasiones era la conversación, aunque se alargara en ocasiones hasta altas horas de la madrugada. Creo que desde el primer momento nos compenetramos muy bien, a lo que ayudó la admiración que demostraba por el recuerdo de mi padre.

—Me alegro de conocerle, Leñanza. Oí hablar de usted cuando arribó a Cádiz con los pesos de las Indias a bordo, y el pobre bergantín *Penélope* medio desarbolado. Debe ser digno hijo de su padre.

—¿Llegó a conocerle, señor?

—Mucho. Bueno, sería más correcto decir que intensamente y en momentos de gran tensión. Estuve embarcado en el navío *Triunfante* en el empleo de alférez de navío, y fue su padre quien nos salvó de las garras de aquel terrible temporal, hasta varar en la arena en la bahía de Rosas. Pero pasemos al tema que nos ocupa. Le ha dicho el general que debo ponerle al día de la situación en estas aguas. Es muy movida e interesante, sin duda. Pero, la verdad, en primer lugar desearía que me contara lo sucedido en Madrid el dos de mayo, que ha corrido como reguero de pólvora por toda España. Si lo presencié, seguro que me ofrece datos de garantía, y no lo que suelen trasvasar de boca en boca con aportaciones propias.

—Como diga, señor.

Una vez más, debí narrar la historia que ya resonaba en mis oídos como repetida y penosa canción. Uriortúa me escuchaba en silencio y con la máxima atención, asintiendo con la cabeza cuando concordaba con alguno de los puntos expuestos. Una vez finalizado, dejó pasar unos segundos antes de intervenir.

—Fue un error de los franceses, y de ese orgulloso y prepotente Joaquín Murat. Esa narración, ampliada si cabe, ha recorrido toda España, hasta la última de las aldeas. Y las palabras del alcalde de Móstoles, aunque escritas por Villamil, circunstancia que desconocía, se han convertido en una proclama de sublevación en toda línea, que ha dado paso a la creación de Juntas patrióticas o de Defensa en todas las ciudades y pueblos de España sin excepción. Además, llueve sobre mojado.

—¿Ya había ocurrido algo parecido? —pregunté, interesado.

—No. Quiero decir que son muchos los años aceptando el bastón de mando de Bonaparte, denigrando a los españoles en su conjunto, incluso a la persona de nuestro Rey, una sumisión que nos avergonzaba a muchos. No sé,

yo al menos tengo la sensación de haberme quitado de los pies unas pesadas cadenas.

—Lo comprendo, señor, y concuerdo al punto.

—Bien, tal y como ha dicho el mayor general, he de ponerle al día de nuestra situación. Como sabrá por haber servido con el general Escaño en esta misma mayoría, tras el combate de Trafalgar se han carenado y alistado los buques franceses del almirante Rosily poco a poco pero sin pausa, con órdenes precisas de la Corte, e incluso aportaciones dinerarias directas de don Manuel Godoy. La verdad es que esas partidas se han llevado un elevado tanto por ciento de los escasos recursos a disposición en el arsenal de La Carraca. También debería avergonzarnos tal situación a la que, no obstante, estábamos habituados. Aunque sea difícil de creer, hoy por hoy los cinco navíos del emperador se encuentran pertrechados y alistados en dulce, tanto en dotaciones, víveres y armamento, como bastimentos propios de a bordo. Podrían salir a la mar sin mayores complicaciones en cualquier momento, si no estuvieran los ingleses esperando la presa a las puertas de la bahía. Es de ley reconocer al almirante Rosily como una persona con excelentes dotes de inteligencia, habilidad política y profesionalidad marinera. ¡Lástima que no llegara su silla de postas a tiempo, para relevar al maléfico Villeneuve y evitar el desastre de Trafalgar! Bueno, don Antonio de Escaño diría Villanueva.

—Así se refería al almirante francés en sus escritos, debido a su procedencia española.

—¿Es eso cierto? Lo creía una chanza de corrillo sin rigor.

—Así se lo explicó el mismo almirante Villeneuve a don Antonio. Parece ser que su familia emigró a la Provenza francesa desde San Baudilio de Llobregat, cambiando una generación después el Villanueva por Villeneuve. Pero volviendo al tema, señor, entiendo que nuestras unidades, tras haber dado un ligero vistazo, no gozan de la misma situación que la escuadra francesa.

—Puede jurarlo ante los libros sagrados. La conservación de nuestras unidades, y me refiero a los seis navíos y una fragata que, de momento, componen la escuadra del Océano, mientras otros se pudren en el arsenal, se encuentra en situación bastante deficiente, sea cual sea el aspecto desde donde se mire. La verdad, no sé para qué seguimos elevando peticiones, que quedan escritas sobre el agua. Como anécdota puedo referirle que, en el día de ayer, se nos reconoció por escrito que no hay existencias en La Carraca de pinturas, alquitrán ni material para el correcto mantenimiento de costados, jarcias o cabuyería. Un apartado de especial atención es la no existencia de cables con

suficiente seguridad para las anclas, ni posibilidad de respetos, con lo que algunos navíos andan fondeados con cuatro ojos al cielo. Bueno, miento al decir que nuestros buques se encuentran todos en la misma y precaria situación. Uno de ellos, el *San Justo*, luce como los oros, al nivel de los franceses.

—¿El navío *San Justo*? ¿A que se debe esa discriminación?

—Porque de orden directa del defenestrado Godoy, fue incorporado a la división francesa, con dotación española escogida entre los demás buques. Debían pensar que, de esta forma, nos superaban en un navío. Una vergüenza más a incluir en la lista.

—De equipajes, supongo que también andan los buques a la mala.

—Bajando escalones sin descanso. Como norma habitual en estos diez últimos años, faltan elevados porcentajes de verdadera marinería y artilleros de mar. Ese es el *quid* de la cuestión, como ha sido nuestro permanente caballo de batalla en los últimos tiempos. Y fieles a la denostada costumbre, los huecos son rellenados por tropa de Artillería de Marina, así como artilleros e infantes del Ejército. Un verdadero desastre. Todo ello sin contar la penosa situación de los haberes, porque los oficiales no hemos recibido todavía la paga correspondiente al mes de agosto del año pasado, con lo que todos se encuentran hasta el cuello en manos de los acreedores, si no disponen de fortuna propia.

—Una terrible situación. Ya era mala cuando partimos hacia la Corte, pero creo que caminaron a peor.

—Y un último aspecto que no se debería tolerar. Las unidades francesas y el *San Justo* disponen de víveres para cuatro meses. Por el contrario, en nuestros buques escasean a cantil, al límite del día a día. ¡Hasta el pan y la galleta deben racionarse, como si anduviéramos en comisión por el Mar del Sur! Pero se nos contesta que los almacenes de la Intendencia del Departamento se encuentran agotados, según un escrito recibido esta misma mañana. Ha prometido el capitán general, don Juan Joaquín Moreno, que va a tomar cartas en el asunto. Porque se puede superar el hambre en la mar a causa de sufrir condiciones extraordinarias, pero tal situación en puerto puede dar lugar a complicaciones que se nos escapen de las manos.

—Vaya un panorama —exclamé, alarmado.

—Bueno, que no se venga el ánimo a los suelos. Como siempre, saldremos adelante, que así nos parieron a los españoles. Y ahora son momentos de gloria los que esperan por la proa. Es necesario echar a los putos gabachos de nuestra tierra y entrar en alianza con los britanos. De

entrada, deberemos echarle mano a esos buques franceses, que nos vienen al pelo.

Lo que entendía como un secreto de magnitud, parecía ser comidilla de guardiamarinas. Me alegré porque, de esa forma, podía atacar el tema con libertad.

—Eso piensan nuestros jefes en Madrid. Pero, si me permite una pregunta, señor. ¿Por qué se encuentran los buques españoles y franceses tan separados, en dos grupos más o menos compactos? Parece que se miren unos a los otros con malos ojos, lo que no es situación habitual para una escuadra combinada o aliada, al menos en teoría.

—Y así es en la más pura realidad. Pero he de comenzar mi historia para ponerle al día con detalle desde el principio. Parece que los planes franceses para invadir nuestra patria debían venir de lejos.

—Según el general Escaño, señor, desde las primeras semanas de este año.

—Estoy de acuerdo. El general Apodaca estima que el almirante Rosily debió recibir instrucciones concretas desde Francia<sup>[61]</sup>, sobre la próxima invasión de nuestra tierra por sus tropas, así como los planes del emperador para los siguientes meses y el futuro de España. Por esa razón solicitó a nuestro general, a principios del mes de mayo, la interpolación de los buques españoles y franceses, a fin de tener las escuadras a cubierto de un posible ataque de los ingleses. También por su posición, parece ser que intentaba quedar por fuera del alcance de las baterías instaladas en tierra. Ahora comprendemos que no era más que una treta para dificultar un posible ataque contra sus barcos, no hay duda, o ralentizarlo en espera de esas tropas francesas que anuncian en su socorro. Nada sospechábamos por entonces, y se accedió a ello por el general Moreno, capitán general del departamento. De acuerdo a esa premisa, fondeamos todos en línea, intercalados españoles y franceses, desde el bajo de La Cabezuela hacia dentro.

—Pero ya no se encuentran en dicha posición. Bueno, es mucho lo sucedido desde entonces, señor.

—Y que lo diga. Nos han dejado sin familia Real, han ocupado gran parte de la nación y el gran duque de Berg toma las riendas de la Corte, siendo nombrado lugarteniente del Reino. El levantamiento de Madrid ha sido secundado por toda España. Por fortuna, el sur se encuentra todavía libre de tropas francesas. Y en estas tierras hemos disfrutado o sufrido movimientos de todo tipo.

—El general Escaño estima que no tardarán en enviar un poderoso ejército hacia las Andalucías.

—También aquí se escuchan rumores en dicho sentido, algunos propalados por oficiales franceses poco discretos. Pero ya se ha levantado la bandera de rebeldía en la ciudad de Cádiz, al tiempo que crece sin medida la animadversión de los pueblos ribereños gaditanos hacia la bandera que ondea en los buques franceses. Se formó una Junta de Defensa en Sevilla, para secundar el movimiento nacional contra Bonaparte. Y entre las previsiones principales se encuentra la de organizar un ejército, que pueda oponerse con alguna posibilidad a los franceses, así como tomar la escuadra imperial fondeada en la bahía de Cádiz.

—¿Quién ocupa el puesto de capitán general de Andalucía<sup>[62]</sup>?

—Ese cargo lo desempeñaba hasta el día 29 de mayo, cuando salía usted para esta tierra desde la Corte, el teniente general don Francisco Solano Ortiz de Rozas, marqués del Socorro y de la Solana. Se encontraba al mando de un cuerpo de ejército en Badajoz, cuando recibió la orden de cooperar con la invasión francesa de Portugal, atravesando la raya y estableciendo su puesto de mando en Setúbal. Sin embargo, manifestó al Gobierno por escrito ser contrario a tal complicidad. Por esa razón, como los franceses recelaban de él, fue enviado aquí a mediados de mayo. Y no era mala persona el pobre, ni mereció acabar de tan trágica forma.

—¿Acabar de forma trágica? ¿Le sucedió algún mal? —pregunté alarmado.

—Ya veo que no están en la Corte al tanto de los acontecimientos habidos por el sur. Bueno, no podían haber llegado todavía. Me remontaré un par de semanas atrás en mi historia, para que pueda comprenderlo. Cuando el general Solano llegó a Cádiz a mediados del pasado mes de mayo, ya existía en la ciudad una abierta animosidad contra los franceses en general y su escuadra en particular. Las noticias llegadas de Madrid levantaban los ánimos contra la bandera tricolor que arbolaban los buques a la vista. Pero no nos mantuvimos inactivos, aunque sin mostrar las cartas a las claras. Reunido Solano con el capitán general del departamento y el jefe de la escuadra, decidieron tomar algunas medidas a la callada, vigilando los movimientos de la escuadra francesa y reforzando las guarniciones de los castillos.

—¿Pensando en un futuro encuentro?

—Bueno, de momento se temía la posibilidad de que los hombres del almirante Rosily intentaran apoderarse de algún fuerte o castillo, desde donde poder ofender a nuestros buques o la misma ciudad de Cádiz. Tenga en cuenta

que son más de cuatro mil hombres, bien armados y pertrechados. Por esa razón se reforzaron los puestos dentro de nuestras posibilidades, al tiempo que se llevaban a cabo patrullas nocturnas por las playas, con orden estricta de que no se permitiese el desembarco de tropas no españolas. Sabíamos que los franceses no podían abandonar la bahía, pero también es cierto que no se impuso la prisa para dar el golpe de muerte. Por esa razón, también Rosily tomó sus precauciones, intercalando los navíos como le he dicho, y alejándolos de los castillos. Estaba claro el interés del emperador por sus navíos en la bahía, así como los españoles de los tres departamentos, al punto de que Murat envió sobre el 20 de mayo a un oficial, el teniente de navío don Lucas Zuloaga, a tomar nota cierta del estado de nuestros buques, tanto los de la escuadra como los que se encuentran en el arsenal sin posibilidad de alistamiento en estos días.

—Por fortuna, la escuadra de Cartagena quedó fuera de su mano.

—También nos llegó esa noticia. Pero volviendo al tema, ya por aquellos días nos mirábamos en mutuo recelo con los franceses, disminuyendo el disimulo. Desde el 20 de mayo, tanto el capitán general del departamento como el jefe de la escuadra, comenzaron a pergeñar medidas para aislar cada vez más a los buques franceses. Por ejemplo, en el importante apartado de las fuerzas sutiles, se separó a las cañoneras francesas de su misión en la defensa de la boca de fuera del caño de Sancti Petri. Y como en toda España cundía el levantamiento, crecía la animadversión de los pueblos de la ribera gaditana contra la escuadra de Rosily. En la práctica, a partir de esos días se vivía un estado de guerra contra la Francia, aunque la ciudad de Cádiz no hubiera alzado todavía la bandera de la rebeldía. Por fin, el 26 de mayo se forzaba el levantamiento en Sevilla, donde se creaba una Junta Suprema de España e Indias para gobernar el Reino, que aquí no se andan con chiquitas.

Uriortúa disfrutaba con la narración a la vista, sin que pareciera una misión impuesta. Pero ya continuaba a ritmo.

—Invitado el general Solano por la Junta de Sevilla para alzarse en rebeldía, convocó reunión de generales, a la que asistieron los once de mar y tierra que se encontraban en Cádiz. Acudieron todos, entre ellos el capitán general del Departamento y el comandante general de la escuadra. Parece ser

—Uriortúa bajó el tono de su voz, como si no deseara elevar su propia opinión— que faltó decisión a los generales para secundar de inmediato la decisión tomada por la Junta de Sevilla. Se acordó aplazar de momento dicha medida. Es cierto, sin embargo, que se alegaron algunas consideraciones de peso, especialmente dos. Por una parte, la de carecer de pertrechos militares

para hacer frente a los ejércitos franceses que comienzan a bajar hacia las Andalucías.

—En esa situación se encuentran todas las ciudades y pueblos alzados contra la bota del emperador, señor —alegué en sinceros—. Por esa razón se intenta formar un poderoso ejército en el sur, que pueda dar la batalla, aunque con escasas esperanzas de éxito, es cierto. Y no debemos olvidar que, como dice, la escuadra francesa cuenta con unos cuatro mil hombres que, armados, son también una fuerza poderosa en tierra.

—Desde luego y le doy la razón. A mí tampoco me convenció esa alegación. Por el contrario, concuerdo con la segunda. Los generales temían que la escuadra inglesa del almirante Collingwood aprovechara la oportunidad para apoderarse de Cádiz, si las fuerzas se empeñaban en otra dirección. Ya sabemos de la querencia permanente de los britanos hacia esta ciudad a lo largo de varios siglos.

—Por esa razón, el general Escaño alienta a parlamentar con los ingleses y brindarles nuestra amistad para luchar contra los franceses.

—Desde luego, y creo que esa gestión se ha llevado a cabo.

—¿Qué le ocurrió al marqués del Socorro? —me impacientaba la parsimonia de Uriortúa en su narración.

—Lo que se entendió como actitud pasiva de los generales, soliviantó, al pueblo, que no la compartía en absoluto. Se promovió general alboroto en la ciudad de Cádiz, pidiendo a gritos la proclamación de don Fernando VII, la declaración de guerra a Francia, armas para combatir al invasor y la toma inmediata de la escuadra de Rosily. Esa misma noche, la del 28 me refiero, lanchas francesas llevaron a cabo un reconocimiento del Caño del Trocadero, frente al que se encontraban fondeados. Por esa razón, el general Solano ordenó la ocupación de esa zona, lo que se efectuó con tropas en la mañana del 29. Precisamente a esas horas, se llevó a cabo nueva junta de generales, donde se decidió armar al pueblo tal y como solicitaba. Fue cuando los generales Moreno y Apodaca dijeron que era imposible atacar a la escuadra francesa de inmediato, por encontrarse los buques de las dos naciones intercalados. Era necesario irnos separando y aislarlos en conveniencia, al tiempo que se instalaba artillería en los castillos o posiciones desde las que batir a los buques de Rosily. Pero ya sabe que el pueblo no acepta siempre, entrado en rebeldía, lo que les llega desde arriba. Creció el amotinamiento popular, con un desastroso e injusto desenlace.

—¿El general Solano fue...? —no me atreví a continuar con los pensamientos que bullían con claridad en mi cerebro.

—El pueblo creyó que no se atacaba a la escuadra francesa a causa de una decisión del general Solano, por lo que los grupos amotinados se dirigieron en belicosa actitud hacia su residencia oficial. Advertido el general de los acontecimientos y el peligro que su persona corría, no tuvo tiempo más que para correrse por la azotea al edificio inmediato. Pero fue advertida la maniobra y asaltado también, cayendo Solano en manos de la muchedumbre. Ya en la calle y manejado como un pelele, la multitud arreció en sus insultos de cobardía y afrancesamiento, lo que era manifiestamente falso, más bien al contrario. El general comenzó a explicar su postura y patriotismo. Y creo que habría llegado a convencer al pueblo de su inocencia, cuando un desconocido, metido entre la multitud, lo hirió con arma blanca por la espalda sin que nadie lo advirtiera. De esta forma, cayó muerto en redondo al suelo. El pobre habría cumplido los cuarenta años el próximo mes de diciembre. Espero que su memoria sea algún día justificada, aunque entramos en momentos que nadie sabe por dónde se abocarán en el futuro.

—¡Qué horror!

—Bueno, como una opinión estrictamente personal —Uriortúa bajó el tono de su voz—, puedo asegurarle que el marqués del Socorro estimaba como empresa imposible luchar contra Napoleón, una opinión que dejó caer en más de una ocasión y le afectó muy negativamente. No es que fuera afrancesado, como aseguran tantos, ni que estuviera de acuerdo en acatar la mano del emperador. Eso es falso de ley. Pero era muy pesimista en cuanto a las posibilidades de éxito en un movimiento nacional conjunto contra los franceses. Para mí que se apoyó en las condiciones profesionales expuestas por Moreno y Apodaca, para negar la exigencia de la Junta de Sevilla. Pero nuestros generales no se niegan, sino que reconocen la necesidad de obrar en acuerdo para prepararse.

Quedamos en silencio por primera vez, como si deseáramos rendir póstumo homenaje al marqués del Socorro. Pero en mi interior volvía a considerar la oportuna reacción del pueblo llano por toda España, y en Cádiz en particular, porque eran los hombres de la calle los que azuzaban a los generales y políticos para entrar en combate contra el francés.

—¿Quién ha sustituido al general Solano?

—El nuevo capitán general de Andalucía es el general don Tomás de Morla. El nombramiento ha sido acogido por el pueblo con manifestaciones de júbilo aunque, la verdad, tampoco haya destacado en su papel contra los franceses. No es tan joven como Solano, pues ya anda bien entrado en la cincuentena. De todas formas, esta bien amarrado por la Junta de Sevilla.

—¿Amarrado? ¿Qué quiere decir?

—Pues que a su vera y bien cerquita, la Junta sevillana ha nombrado al mariscal de campo don Eusebio de Herrera, muy partidario de ella y, suponemos, que a su dictado. Fue el momento de acelerar los preparativos para atacar los buques de Rosily, faena en la que estamos metidos de lleno.

—¿Qué medidas se han tomado?

—En primer lugar, reforzar los castillos situados en conveniencia para amenazar a los franceses, especialmente los de Puntales y Matagorda. Porque, la verdad, sus guarniciones se encontraban escasas de personal y, lo principal, de bocas artilleras. No es tan sencillo ni rápido el trasiego de cañones por los castillos de la ribera, una vez que se han conseguido, normalmente en detrimentos de otros puestos. Hace tres días, el 30 de mayo, se celebró en Cádiz una nueva Junta de Generales, a la que asistieron los generales Moreno y Apodaca con sus mayores. Se acordó, a propuesta de nuestro general, separar los buques españoles de los franceses, ya sin careta y a las claras. Este movimiento se llevó a cabo al día siguiente, anteayer, sin anunciarlo ni comunicar nada a Rosily. De esta forma, en la práctica ambas escuadras quedaban como enemigas, aunque todavía no se hubieran roto las hostilidades.

—Parece que he llegado en el momento oportuno. ¿Y los ingleses?

—Tras esa reunión última, se contactó con el almirante Collingwood por medio del jefe de escuadra don Enrique Macdonell, quien mandara el navío *Rayo* en el combate del cabo Trafalgar. En nombre de la Junta trató de la suspensión de hostilidades entre la España verdadera, según sus propias palabras, y el Reino Unido de la Gran Bretaña, así como el reconocimiento de la autoridad que acababa de constituirse.

—¿Qué contestó el almirante Collingwood?

—El britano no sólo accedió encantado a las peticiones expuestas por Macdonell, sino que ofreció de forma generosa socorros en dinero, pertrechos y tropa para cooperar al fin patriótico. También se ofreció a entrar en la bahía con sus buques para combatir a los franceses. Sin embargo, esta última oferta fue denegada con educación y agradecimiento, pero en redondo, aunque se les pidió que establecieran el bloqueo a más corta distancia, a la vista, por si el francés decidía dar la vela a la desesperada.

—¿Por qué se rechazó el ofrecimiento de los británicos, señor?

—La primera razón, al menos por parte de la Armada, es la de contar con esos cinco navíos intactos, a ser posible. Tenga en cuenta que, una vez en nuestro poder, serían los mejores alistados y preparados para cualquier misión

de transporte de tropas o comisión a Indias. Los britanos no se andarían con contemplaciones. Intentarían hundirlos o apresarlos para su propio beneficio.

—Es muy probable.

—Pero también el general Morla alegaba, como ya hiciera Solano, que una vez los britanos dentro de la bahía, podían tomar Cádiz y sus castillos, y fabricar un nuevo Gibraltar en nuestras barbas. La verdad es que si guardan con llave la puerta de salida, somos capaces de llevar esta operación a cabo, aunque los buques de Rosily estén pertrechados al ciento. Se intenta abrumarlos de tal forma, con posibilidad de ser atacados por mar y tierra, que se rindan sin combate y no sufran daños excesivos.

—Y recibirlos en dulce, como ahora se encuentran.

—En efecto. Por nuestra parte, el capitán general del departamento, don Juan Joaquín Moreno, ha comentado con el jefe de la escuadra la posibilidad de preparar dos de los navíos desarmados que se encuentran en el arsenal, para que sean remolcados a distancia de tiro de los franceses, media milla más al norte de donde nos encontramos fondeados, y poder batir al enemigo desde esa dirección. Haciendo milagros, también el general Moreno consiguió instalar nuevas baterías en Puntales, La Cantera y Trocadero. Y no debemos olvidar el aspecto que, en mi opinión personal, puede ser decisivo. Porque se han alistado las unidades disponibles de las armadillas, especialmente cañoneras, balandras y faluchos, por si fuese necesario su concurso en algún momento, aunque el general Apodaca no lo estime así —hizo un gesto de interrogación con la cabeza—. Y en ese momento nos encontramos, esperando el permiso de la Junta de Sevilla.

—¿Permiso? ¿Para qué?

—El general Morla no quiere tensar la cuerda una pulgada, y no se consideró con suficiente autoridad para decidir el ataque, por lo que pidió autorización anteayer a la Junta. Y tiene mandanga la cosa, porque él es el capitán general de Andalucía.

—Pues en cuanto llegue, nos lanzaremos al ataque —me sentía atraído por la idea.

—Con los navíos de la escuadra y las baterías de tierra, previa intimación a la rendición.

—¿Cree que Rosily arriará la bandera fácilmente?

—Lo tiene difícil en la actual situación, aunque desde luego dispone de excelentes unidades, armamento y víveres para resistir meses. El general Apodaca estima que intentará ralentizar las operaciones, porque espera la llegada del ejército francés que ha enviado Murat hacia Andalucía. Por esa

razón nos cunde la prisa a nosotros. En fin, esperemos con paciencia, que la acción está cercana. Y no nos vendrán mal esos cinco navíos, si conseguimos tomarlos en flor de cuño. Ya sabe cómo se encuentra el arsenal de La Carraca, si han de reparar arboladura y jarcias.

—Esperemos que el francés comprenda como imposible su resistencia.

—Eso espero yo también. Bueno, creo que hemos hablado suficiente y no vendría mal un almuerzo en regla, aunque sea por motivo de su embarque, acompañado de una frasca de vino. De este último aspecto me ocuparé yo en la ocasión. Debo confesarle que muero por una menestra bien aliñada, o lo que me sirvan en plato caliente.

—Me encuentro en la misma situación, señor.

De esta forma liquidamos la mañana del día 2 de junio, tras alargada conversación, con las armas en la mano y dispuestos a dar el golpe definitivo a los buques franceses, como solicitaba el general Escaño desde la Corte. Pensé que sería una buena y oportuna golosina, impedir que los navíos de Cartagena pasaran a manos francesas, al tiempo que les tomábamos los buques del emperador fondeados en Cádiz. La situación era para abrir sonrisas, aunque muchos pensaran en los ejércitos imperiales que, según todas las noticias, comenzaban a bajar hacia las tierras del sur de España.

Por mi parte daba gracias a los cielos, al haber arribado a Cádiz en tan importante y crucial momento. Podría tomar parte en el ataque contra los buques franceses, una agradable experiencia que esperaba coronar con éxito, y navegar después a bordo de alguno de ellos, con importantes misiones hacia las Indias. Como tantas otras veces, dejé volar los sueños.

## 17. Movimientos en los caños

Una vez arranchado a bordo del navío *Príncipe de Asturias* como uno de los cuatro tenientes de navío ayudantes de la mayoría general de la escuadra, y mi buen Okumé anotado en la última página del cuaderno del buque en calidad de criado particular, sentí cómo las carnes y el espíritu se amoldaban al gusto entre cobertores. Además, se presentaba maniobra de grado a corto plazo, por lo que a partir de aquel momento, como tantas veces suele acontecer a lo largo de nuestras vidas en ocasiones de relevancia, los problemas amadrinados hasta entonces volaron hacia popa, hasta desaparecer como por encanto. Atrás quedaba el general Escaño y su lucha de doble juego en la Corte, sus planes para retener las escuadras en manos propias, el duelo a muerte contra el teniente de Bronac, incluso la propia familia y sus avatares añadidos, cuya imagen se difuminaba poco a poco. Todo se cercenaba al canto, para dar paso al asunto que centraba todos nuestros pensamientos: batir al francés.

Aunque pueda estimarse extraño ese trueque repentino de cartas, y desear con fervor la amistad de los ingleses de la noche a la mañana, debe ser comprendido con facilidad. No sólo entraba a juego la vergonzosa situación de la Real familia, el mando de Murat en la Corte o los planes de Bonaparte para el futuro de nuestra patria. Era tanto el descrédito y deshonor acumulado en España y sus más altas Instituciones desde la Paz de Basilea, con los Tratados posteriores impuestos en base a amenazas sin rebozo, mofados a diario bajo la bota del emperador, que entrábamos en esa nueva etapa con bríos renovados, como si por fin pudiéramos liberar el alma de las cadenas y obrar con voluntad propia. Así al menos lo sentía yo con fuerza bien dentro.

Sin embargo, aunque pareciera cuestión sencilla sobre el papel, vencer a la escuadra francesa en casa propia y a la vista de las condiciones establecidas en la bahía gaditana, varios factores actuaban en negativo y venían a complicarla. En primer lugar, se nos azuzaba con demasiada presión y sin

descanso desde diversos estamentos. Las noticias de los ejércitos franceses en su bajada hacia las Andalucías, ciertas, exageradas en intención o no, eran un factor decisivo, porque obligaban a acelerar nuestras actuaciones, con los fallos que las prisas suelen conllevar al amparo. Pero también la extrema penuria de pertrechos, armamento, víveres y dinero obraban como una losa a la contra, porque a cada nueva idea expuesta, se oponía la falta de los elementos necesarios para realizarla. Y no se trata de una queja más, pueden estar seguros.

Pocos habrían creído el verdadero estado en que se encontraba el arsenal de La Carraca, el establecimiento que debía soportar el mantenimiento de la principal escuadra de la Real Armada por aquellos días, si no lo vieran con sus propios ojos. Como uno de los muchos ejemplos a mostrar, aquel mismo día 2 de junio por la tarde recibíamos en la mayoría general petición urgente del general Moreno, en el sentido de que se le facilitasen con urgencia seis cables<sup>[63]</sup> de la escuadra. Eran necesarios para fondear con cierta garantía los dos navíos destinados a batir a los franceses, elegidos entre los no alistados y como simples plataformas artilleras, que deberían ser el *Argonauta* y el *Castilla*. La razón era que no se disponía de ninguno en el arsenal, ni siquiera un par de calabrotes de fuerza para ser utilizados como elementos de fortuna. Escuché cómo despotricaba el brigadier Riquelme.

—¿Seis cables de nuestros buques? ¿Están locos? Por todos los franceses que se cuecen en el infierno, que no es posible acceder a tal petición. Los buques de la escuadra andan con sus cables al suspiro, y poco confiamos en gran parte de ellos. Podemos acabar varados todos en la costa, al primer soplo de fuerza.

—No se olvide, señor, del navío *San Justo* y sus especiales condiciones. Según el parte elevado en el día de anteayer, dispone de cinco cables de excelente calidad —alegó el capitán de fragata Uriortúa con voz suave—. En este momento, sin esos cables que solicitan, no se podrían situar los dos navíos para cañonear al francés. Y por ahora, aunque mucho nos duela, no es preocupación prioritaria una posible salida a la mar de nuestros buques.

—En eso tienes razón, Ignacio. Bueno, que el *Justo* entregue dos y cuatro más de los demás navíos, uno por cabeza, sin contar el insignia que ya anda bajo mínimos y desplaza por largo.

—Muy bien, señor.

—Por cierto. ¿Cómo sigue el alistamiento de las baterías? ¿Acabarán la faena algún día?

—Acabo de recorrerlas en una de las lanchas, señor —era el teniente de navío Meléndez, también destinado en la mayoría, quien contestaba—. Es grande el esfuerzo del general Moreno por reforzar las baterías del Trocadero, Matagorda y La Cantera, acarreando piezas con elementos de fortuna. El castillo de Puntales se encontraba mejor dotado, aunque también se ha aumentado el número de artilleros en su guarnición. Desde tres posiciones se puede batir al francés con garantía.

—Bien, debemos estar preparados para entrar en acción en cualquier momento. A ver si nos alcanza de una vez esa autorización desde Sevilla. Los franceses han de percibir con extrema claridad y a la vista, la amenaza que suponen las baterías de tierra, los navíos que se van a fondear cerca de ellos y los propios de la escuadra. No olviden que el mando lo ostentará el capitán general del departamento, don Juan Joaquín Moreno, de acuerdo en todo momento con el general Morla. Si el viento no ayuda, lo que es muy probable, utilizaremos el remolque para entrar en posición, si es posible con los lanchones del arsenal. Debemos progresar casi una milla hacia el norte, para alcanzar distancia de fuego efectiva.

—El *Príncipe* y el *Justo* son los que disponen de mayor cantidad de pólvora y mejor artillería, señor. Deberían encabezar la línea —apuntó Uriortúa.

—Desde luego, y serán los primeros que entrarán en combate. La estrechez del caño no nos permite progresar en frente abierto, pero una vez alcanzado el ensanche de la Vela —el brigadier Riquelme señalaba con un puntero sobre la carta—, todos deberemos quedar a la misma altura, para no ser tomados en solitario por los fuegos de los cinco navíos franceses.

En ese momento, la puerta de la cámara se abría sin toque de permiso, para dar entrada al capitán de fragata don Pedro Valencia, tercer comandante del *Príncipe*, quien, visiblemente alterado, exclamaba en dirección al mayor general.

—Los buques franceses han dado la vela y se dirigen hacia nosotros.

—¿Hacia nosotros? ¿Con bandera de combate? Dar la alarma y que todos los navíos ocupen sus posiciones...

—No vienen para entrar en combate, señor. Presentan las portas de los cañones trincadas, el personal se mueve por cubierta con normalidad y nada amenaza en sus movimientos. Tan sólo parece que desean cambiar el fondeadero.

—¡Maldita sea mi estampa y los negros caribes! —exclamó Riquelme con rapidez—. Este culebrón nos va a joder los planes.

Salimos en tromba a cubierta, momento en el que el buque insignia francés, navío *Heros*, con el almirante en la toldilla, pasaba cerca de nuestro costado. Rosily se destocaba en cumplimiento de cortesía, con una ligera reverencia y alargada sonrisa en sus labios. Fue imitado por el brigadier Riquelme, aunque chamuscara ladridos entre los dientes. Tras el insignia navegaban, auxiliados por un viento de poniente que les entraba de rosas, los otros cuatro navíos restantes y la fragata *Cornelie*. Mudos de silencio, aunque blasfemando en tripas, observamos cómo continuaban la corrida hacia levante, internándose más y más en el caño de La Carraca. Una vez avanteada la punta del Roedero, llegados a la poza de Santa Isabel, procedían a fondear dos anclas cada unidad, con magníficos cables que nos hacían suspirar de envidia, de forma que les quedaba a la vista y a distancia de tiro el arsenal.

—No es tonto ese almirante —exclamó Uriortúa, con el anteojo en la mano—. En esa posición, no sólo ha salido del alcance de los castillos seleccionados, especialmente Puntales y Matagorda, sino que amenaza al arsenal en su conjunto.

—Cómo es posible —era el general Apodaca en persona quien exclamaba, una vez llegado a la toldilla del *Príncipe*, desde donde observábamos la maniobra de los buques franceses, que ahora quedaban por nuestra popa—. No le sentará bien al general Moreno esta noticia, después de haber acarreado las piezas hacia esos castillos, que tras esta maniobra quedan sin posibilidad de ser alcanzados con sus fuegos. ¡Debíamos haber usado la cadena y cerrarles el caño!

—Sería tarea de negros trasladarla desde su posición de estiba en el castillo de Puntales, donde se hizo firme, señor —entró el brigadier Riquelme—. Después de todo, en esa situación los buques franceses quedan más encajonados todavía.

—Lo que el almirante Rosily pretende es ganar tiempo, no hay duda. Le deben llegar noticias para que resista a toda costa, hasta la prometida llegada de las fuerzas francesas en su apoyo. ¡Que preparen mi falúa! Debo conversar con el general Moreno inmediatamente.

También yo despotricaba para mis adentros. Sin embargo, reconocía en silencio que debíamos haber previsto tal maniobra como posible. Rosily era un hombre inteligente y decidido. Habría comprobado cómo enmendábamos nuestro fondeadero, la preparación de los dos navíos en el arsenal, al tiempo que observaba el movimiento de soldados y armas en los castillos cercanos. De esa forma, con el cambio de situación retrasaba nuestro posible ataque, que debería cambiar su táctica por completo. Porque ahora, metido en una

zona tan estrecha del caño, no podría maniobrar nuestra escuadra de ninguna forma para atacarlo, a no ser que un solo navío, dos como máximo, se expusieran a recibir el fuego de toda la escuadra francesa concentrado sobre ellos. El francés ganaba tiempo, sin duda, un tiempo que no sabíamos si sería factor decisivo en la empresa.

Por desgracia para aquellos que contábamos las horas, impacientes por entrar en combate y decidir de una vez la suerte final, debimos recomenzar la tarea. Según escuchamos horas después por boca del mayor general, a millas de distancia se escuchaban los exabruptos del general Moreno, al conocer que, con el movimiento de los buques franceses, gran parte de su trabajo había quedado sin rendimiento. Y es necesario repetir la falta de medios a disposición, vergonzosa y difícil de creer, para llevar a cabo el barqueo y traslado de grandes piezas artilleras, tarea que se mostraba de primer orden a partir de aquel momento.

Sin perder un solo minuto de un tiempo que se consideraba precioso, el general Moreno, con el auxilio del personal de la escuadra, arsenal y tropa del Ejército, se decidió a modificar por completo el plan establecido. Por una parte, se cambiaba la elección de las baterías de tierra hacia la parte de la costa que corre desde La Carraca a Fadrilas. Pero también se ordenaba instalar las más importantes en el Molino de Guerra, Casería de Ocio, Punta de la Cantera y ángulo de poniente del arsenal, distribuyendo algunas menores en puntos intermedios. Pero la peor de las medidas, o la más protestada por los miembros de la escuadra, fue la decisión del capitán general de excluir a los navíos del general Apodaca en el ataque, una vez comprobado el escasísimo espacio disponible, de forma que se hacía tarea imposible maniobrar y situarse a tiro del enemigo. Protestó en firme y con energía el comandante general de la escuadra, y así nos lo transmitió el brigadier Riquelme a los miembros de la mayoría.

—No es honorable que la escuadra quede fuera de este ataque, sin disparar un solo cañón. El general Apodaca lo considera como una ofensa para nuestras tripulaciones. Sería acción arriesgada, desde luego, pero nada mejor para atacar a un navío, que otro de su misma clase. Por desgracia, el capitán general del departamento no parece entenderlo así.

—En ese caso, señor —intervino Uriortúa—, el ataque final quedará limitado a las baterías en tierra.

—Nada de eso. El papel principal se reserva a las fuerzas sutiles, cañoneras y bombarderas. Al menos y para concedernos un ligero premio, la organización de las mismas, así como los mandos y dotaciones, quedará bajo

responsabilidad de la escuadra. Además, serán mandadas por el general Apodaca en persona desde su falúa. Es decir, ataque simultáneo de fuerzas sutiles y baterías instaladas en tierra. Y como es fácil comprender, eso significa que se nos acumula el trabajo.

—¿Se emplearán solamente las cañoneras y bombarderas que forman las armadillas establecidas en la bahía, señor? —preguntó Meléndez.

—No conseguiríamos el número necesario. El general Apodaca desea contar con quince bombarderas y treinta cañoneras, sin restricciones. Quiero decir —abrió sus manos en invisible excusa—, utilizando cualquier tipo de embarcación. Por esa razón emplearemos cañoneras verdaderas, así como falúas, balandras, lanchas, faluchos, botes y cualquier unidad menor capaz de montar un cañón de a 24. Como ya nos ocurrió en ocasiones anteriores, se han ofrecido embarcaciones de este tipo para el ataque, de propiedad particular y utilizadas normalmente en la pesca o el comercio. Le sugerí al general la posibilidad de hacer venir las diez cañoneras que se encuentran en Málaga bajo el mando del capitán de navío Mourelle. Lo aceptó y ya enviamos emisario, aunque no sabemos si llegarán a tiempo para el combate. Se formarán tres divisiones de quince unidades cada una, que quedarán bajo el mando de los brigadieres don José Quevedo, don Miguel Gastón y el capitán de navío don José Rodríguez de Rivera. Y este navío insignia, con el *Terrible*, deberán apoyar a las tres divisiones, llegando al punto, si se considera necesario, de adelantar posición a la espía<sup>[64]</sup> o con remolque, para apoyar con sus fuegos.

—En ese caso, señor, cuando conozcamos el número exacto de unidades menores a disposición, las distribuiremos por los diferentes navíos de la escuadra, para que sean dotadas con su personal —era Uriortúa quien concretaba.

—Exacto. Y a ser posible, los oficiales al mando deberán contar con suficiente experiencia.

—Será cuestión difícil, señor —alegó el teniente de navío Pedro de la Cueva—. Ya se intentó tal medida hace tres meses para la fuerza sutil y no pudimos conseguirlo. Y ahora, no disponemos de suficientes tenientes de navío o fragata para dotar tanta embarcación.

—He dicho con experiencia, de la Cueva —el mayor general lo fulminó con la mirada—, no que sean necesariamente capitanes de fragata. Por cierto, un punto importante. Anoche fueron interceptadas dos embarcaciones con aguada y víveres para la escuadra, por lanchas de los buques franceses. Hay que ordenar que, a partir de hoy, estos suministros, normalmente procedentes

de Puerto Real, nos lleguen por el caño del Trocadero, que podemos controlar con facilidad.

—Muy bien, señor. Pero, volviendo al tema del combate, me preocupa un aspecto particular de la operación —entró de nuevo Uriortúa con semblante serio.

—Dime, Ignacio.

—Necesidad de pólvora, señor. Las existencias en nuestros buques se encuentran muy por bajo de los cargos. Ya se nos ha ordenado desembarcar elevadas cantidades para las baterías de tierra, rebajando los porcentajes a ritmo peligroso. Tras un ataque prolongado de las cañoneras, quedaremos sin una sola onza a bordo.

—Ya lo suponía. Por desgracia, en el arsenal no se dispone de una jarra más, y ya recolectamos en rasero hace semanas las existencias del Ejército en toda la provincia. Por esa razón hemos denegado la posibilidad de utilizar frascos de fuego, como sugería alguno de ustedes. Bueno, también los frascos podrían incendiar los navíos franceses, que deseamos queden en nuestras manos con el menor daño posible, por lo que no deben ser empleados. En fin, recemos a Nuestra Señora del Rosario para que el almirante Rosily desconozca esa importante merma, y se rinda antes de acabar con el último saquete.

—¿Y si los franceses deciden cambiarse nuevamente hacia fuera de la bahía, señor? Desbaratarían los preparativos una vez más —pregunté con decisión porque, en verdad, me preocupaba una nueva mudanza del escenario.

—Ya se ha previsto, Leñanza. Me dijo el general Apodaca, que el capitán general había ordenado cruzar la cadena<sup>[65]</sup> entre los castillos de Puntales y Matagorda, cerrando la posible salida. Y llegado el caso, deberá pasar a tiro de pistola de nuestros barcos, que entraríamos en fuegos sin necesidad de solicitar permiso. Por esa razón, se ha ordenado vigilar muy de cerca sus movimientos a bordo, especialmente si comienzan a cobrar de las anclas. El almirante Rosily se encuentra encajonado donde decidió, y ahí ha de luchar si no rinde el pabellón.

Necesitamos cinco días más para preparar el ataque, especialmente la instalación de baterías a conveniente distancia de tiro contra los buques franceses. En cuanto a las armadillas o fuerzas sutiles, se consiguieron por parte de la escuadra solamente doce bombarderas y veinticinco cañoneras, entre un abigarrado grupo de diferentes embarcaciones, algunas de ellas puestas a disposición por sus dueños particulares. Por fortuna, el arsenal consiguió alistar el resto, hasta alcanzar el número establecido de tres

divisiones con quince unidades cada una, entre cañoneras y bombarderas. Se llevó a cabo el embarque de los montajes artilleros en las no alistadas, así como la distribución de treinta disparos en cada una de ellas, salvo las de menor tamaño que sólo llegaron a embarcar 24 o 20.

Don Juan Joaquín Moreno, al mando de la operación en su conjunto como capitán general del departamento marítimo, cuidó del más mínimo detalle. Dispuso que las cañoneras se colocaran en primera línea de fuego, a distancia inicial de tiro de cañón del enemigo, mientras las bombarderas quedaban por fuera y a la orden. Y tras el conjunto, los necesarios botes de auxilio con tropa y marinería, tanto para el posible relevo en las dotaciones o necesidad de cubrir bajas, como utilización de fusilería. También se estimó necesaria una nueva línea de botes en apoyo, para reposición de armamento, así como otros con los necesarios arpeos para sacar los buques incendiados, dotados de bombas conque apagar los fuegos.

Como debe suceder en tales situaciones, nada se dejaba al albur. Fue en los momentos finales cuando en la mayoría general recibimos el código de señales establecido por el general Moreno, para la debida inteligencia en el combate entre navíos, cañoneras, castillos y mandos. No era ciertamente como el habitual código de escuadra, que suele conformar una Biblia voluminosa, sino un solo pliego, con veinte señales de sencilla interpretación por medio de banderas. Y al ojearlo, todos deseamos observar cuanto antes la señal número 3, izada a los vientos, una bandera blanca y azul por mitad, cuyo significado era: *Se advierte que asiente a rendirse el enemigo*.

El ataque sería simultáneo desde castillos y fuerzas sutiles, separadas éstas últimas en dos direcciones; la primera desde la bocana del arsenal, mientras la segunda, apoyada por los navíos *Príncipe* y *Terrible*, lo harían desde aguas afuera. El capitán general del departamento dirigiría el ataque desde su falúa, apoyado por el comandante general de la escuadra que embarcaría en la suya. El general Morla quedaba para mantener las posibles negociaciones de rendición con el almirante Rosily, ordenando abrir o cesar el fuego, una vez establecido su puesto de mando en la Torre Vigía de Cádiz<sup>[66]</sup>.

Llegó, sin embargo, el momento de elegir las dotaciones para las bombarderas y cañoneras. No era fácil encontrar oficiales experimentados para todas ellas, especialmente tenientes de navío, empleo estimado como idóneo, bragados en situaciones similares. Por esa razón y en un arranque más, de los muchos que han conformado mi vida a lo largo de tantos años en la Real Armada, me dirigí al capitán de fragata Uriortúa.

—Creo, señor, que también los oficiales de la mayoría general podríamos colaborar, ya que la escuadra en su conjunto no va a intervenir. Quiero decir que...

—Quiere decir que se presenta como voluntario para marinar una de esas unidades —Uriortúa me sonreía—. Ya lo había pensado y, en verdad, tanto usted como el teniente de navío de la Cueva han demostrado sus dotes en tales operaciones. Lo tendré en cuenta.

—Muchas gracias, señor.

Quedaron mis pensamientos entre claros y nubes, aunque con esperanza cierta de que me fuese concedida la petición. De esta forma, el ocho de junio, día anterior a la fecha decidida para iniciar el combate que estimábamos decisivo, me fue concedido el mando del falucho *Colombo*, una de las pequeñas unidades seleccionadas para batir al francés con sus fuegos desde el arsenal. Quedaba encuadrada en la división del brigadier Gastón, y debía ser dotada por personal del navío *Príncipe de Asturias*, razón por la que me cayó en el celestial sorteo. Y aunque sentí una inmensa alegría al conocer la noticia, debo reconocer en sinceros que bajó cuentas el ánimo, al comprobar el estado de mi unidad. La inspeccioné acompañado por su dueño y patrón, don Enrique Mejías, que lo había cedido con generosidad para la empresa.

Se entendían por faluchos en la costa sur española, a las pequeñas embarcaciones cuya eslora variaba entre los cuarenta y los sesenta pies<sup>[67]</sup> aproximadamente, aunque no se ciñeran todos los de su clase por exacto a esas medidas. Disponían de un solo palo, muy inclinado hacia proa, y una vela latina de generosas medidas para su propulsión. Pero también contaba con remos auxiliares, por si era necesario su empleo que, en esta precisa ocasión de ataque en zona cerrada, se consideraba primordial. En situación normal se utilizaban para el comercio costero, así como, en algunas ocasiones, en las artes de la pesca.

Podríamos decir que el falucho *Colombo* era de los más grandes en su clase, con unos 62 pies de eslora y 17,5 de manga. No obstante, aparecía desaliñado de maderas y estructura, con bastantes años de vida y costuras a la vista en el esqueleto, así como un calafateo que pedía a gritos nueva brea. Un cañón de a 24 se había instalado al tercio de proa, siendo necesario lastrarlo a popa con algunas piedras y, de esta forma, concederle la necesaria estabilidad. Por desgracia, con estas medidas de lastre y carga quedaba la tapa de la regala<sup>[68]</sup> demasiado cerca de la superficie de las aguas, por lo que no lo creí capaz de soportar un pequeño rizo de mar. En vista de la operación que había que encarar, con escasa distancia que navegar, la vela y sus aparejos habían

sido eliminados. Por el contrario, se aumentaban en cuatro los toletes para los remos, que serían el método utilizado para alcanzar su posición de tiro, o salir del agujero a batientes si nos chamuscaban los bigotes.

Como todas las cañoneras, incorporaba a bordo dos oficiales; uno de ellos al mando, así como responsable del tiro de la pieza artillera, mientras el segundo dedicaba sus esfuerzos a marinar la lancha de acuerdo a las órdenes del comandante. La dotación se completaba con un sargento artillero o cabo cañón según las posibilidades, siete hombres para el servicio de la pieza, así como 10 grumetes o marineros para la boga. Tres grumetes más completaban el cuadro para posibles relevos. Aunque el general Apodaca había insistido en que todas las pequeñas unidades incorporaran tropa de infantería de Marina, para aumentar el número de fusilería disponible, en el falucho *Colombo* se presentaba como opción imposible, a no ser que deseáramos quedar hundidos antes de comenzar el combate. De esta forma y como era habitual en tales unidades, el armamento portátil quedaba a disposición de marineros y grumetes, con los necesarios repuestos. Su función era repeler los ataques de fusilería con que seríamos castigados, llegado el caso de estrechar distancias al objetivo, ya que no era fácil acertar en ellas con piezas artilleras desde los navíos.

Para marinar la lancha se me ofreció como voluntario el piloto graduado de alférez de fragata Joaquín Belincheró, que alegaba experiencia dilatada con las cañoneras de Algeciras. Aunque ya calzaba los cincuenta, lo acepté sin dudarle por su estampa y decisión. También tuve la suerte de poder escoger un artillero de garantía, pieza capital en las lanchas, perteneciente al equipaje del *Príncipe*. Venía recomendado por el teniente de navío Meléndez, que había pertenecido a la dotación de dicho navío antes de pasar a la mayoría general. Se trataba del cabo de cañón Arturo Cifuentes, cartagenero pequeño, guasón y renegrió de carnes, posiblemente debido a la falta continuada de enjuagues, que seseaba por derecho y revés. Y no era fácil comprender su particular jerga, cuando largaba palabras en carrera de potros, aunque parecía hombre fiel y bragado.

En compañía de Belincheró y Cifuentes repasé a fondo el falucho *Colombo* en el arsenal, concordando ambos conmigo en que debíamos retrasar la pieza artillera tres pies a popa, porque todavía holicaba demasiado de proa y la maniobra de recarga se haría más difícil. Entraron los operarios de la maestranza a la faena, dejándolo en acuerdo en escaso tiempo. Porque materia prima faltaba en gordo, pero no personal cualificado y con voluntad. Por fin y como colofón a la preparación, reuní a mis hombres, marineros y

grumetes del *Príncipe*, a los que arengué con fervor. Los impuse a fuego sobre la importancia de la operación a acometer, en defensa de nuestro legítimo Rey don Fernando VII y de España contra el francés. Y era muy importante tener en cuenta, que se trataba de la primera operación de guerra contra los invasores, una vez establecido el nuevo y libre Gobierno español en Juntas de Defensa. No fue tarea difícil elevar su ardor guerrero, porque era norma habitual el odio creciente a los gabachos, denostados de norte a sur con escasas excepciones.

De esta forma tomé el catre en la noche del 8 de junio, preparado en cuerpo y alma para el combate del día siguiente. Y en verdad agradecía la oportunidad que me brindaban los cielos, de mandar una de las unidades que inaugurarían la guerra formal contra los franceses, aliados infames y de juego cambiado que intentaban enseñorearse de las tierras de España. Fue fácil entrar en sueños con aquellos pensamientos.

Preparados buques y cuerpos, entramos en el día 9 de junio de 1808, una jornada que deseábamos grabar en nuestra historia nacional con letras de oro. Ya la Junta de Sevilla había concedido la autorización para llevar a cabo el ataque contra la escuadra francesa, por lo que la suerte parecía echada en el tapete sin posible retorno. Pero el espíritu se alzaba a las nubes, como si nuestros aliados de tantos años hubieran pasado, de la noche al día, a ser el enemigo encarnizado que debíamos batir por troneras. Y no se trata de comentarios lanzados al aire en habitual norma guerrera porque, como un ejemplo más, escuché a bordo del insignia las palabras del contraamaestre primero, dirigidas a algunos de sus hombres: *Por mis huevos que hoy vamos a regar con sangre francesa los caños, hasta que las aguas lleguen teñidas en rojo a la bahía*. Sonreí para mis adentros al escuchar aquellas frases aunque, en verdad, rogué a los cielos para que se confirmaran.

Desperté poco antes del alba, confiado y tranquilo, pero con ese especial rumor que se siente en las entrañas antes de entrar en combate. Los llamados a la acción directa en las pequeñas unidades, recibimos colación matinal de refuerzo, evitando en lo posible la salazón que tanta agua reclama. Se desconocía la posible duración del combate, y no eran las pequeñas unidades apropiadas para embarcar bocados con que reponer fuerzas.

A las siete de la mañana asistimos a la última reunión preparatoria del ataque, llevada a cabo en la cámara del comandante general de la escuadra, con todos los mandos seleccionados para la acción. Y para mi sorpresa,

aunque mucho se hubiese insistido en la necesidad de incorporar oficiales experimentados, observé ocho tenientes de navío, pero también mucha juventud en las filas, con alféreces de fragata y de navío en su mayor parte, un teniente de brulotes y un par de tenientes de fragata. Los Jefes de las tres Divisiones establecieron posiciones iniciales y de combate ante la carta, normas generales a seguir, así como procedimientos especiales para casos de emergencia.

De esta forma, comenzamos el barqueo hacia nuestras unidades. Las dotaciones de las cañoneras y bombarderas que deberíamos arrancar el ataque desde el arsenal de La Carraca, nos encontrábamos listos en nuestros puestos a las ocho de la mañana, con olor a pólvora en el ambiente y los garfios bien aferrados a los pernos. Como ya se nos había comunicado que deberíamos esperar a que se intimase la rendición del almirante francés antes de comenzar las hostilidades, aproveché aquellas largas horas para adiestrar de palabra, una vez más, al personal del falucho *Colombo*, unos hombres escogidos uno a uno entre la marinería del buque insignia.

La espera hacía aumentar la tensión, situación que no siempre obra a favor de la empresa. Por mi parte, tan sólo largaba miradas de recelo a la superficie de las aguas, tan peligrosamente cercanas a la borda de la embarcación. Cualquier mínimo movimiento a bordo, producía una peligrosa escora. Pero gracias al favor de los cielos, la mar se mantenía en superficie de espejo y leche, situación más que necesaria. No obstante, deseaba disparar algunas balas con la mayor urgencia y, de esta forma, disminuir el desplazamiento del falucho a la vista, aunque me temía el movimiento producido por la primera detonación, con la fuerte sacudida del cañón al ser despedido hacia popa.

Como todos esperábamos, el general Morla intimó la rendición al almirante Rosily en las primeras horas de la mañana, por medio de uno de sus edecanes. Y en opinión de algunos compañeros, conociendo el estado de máxima alerta y preparación para el combate entre las fuerzas navales, bien podía haber efectuado dicha intimación antes de las once de la mañana. De todas formas, fue una sorpresa para mí cuando tuve conocimiento de su contenido. Porque siempre he opinado que en tales ocasiones, prestan mejor servicio las frases cortas, embridadas con caballerosidad y genio, pero sin perder la necesaria autoridad. Sin embargo, el capitán general de Andalucía le enviaba al almirante francés pliego doblado en balduques, adobado en salsas y extenso por más, cuando no es mucha la palabrería necesaria para pedir con energía el arriado de un pabellón. Como muchos años atrás había recitado un brioso jefe de escuadra español en el mar de las Antillas, sobraba con dictar

tres palabras: ¡Rendición o muerte! Por el contrario, exponía el general Morla en su escrito de intimación:

*Sr. Almirante.— La Nación Española, religiosa, amante de sus Soberanos, fiel y leal a ellos, y siempre valerosa con honor, no ha podido ver sin una irritación la perfidia con que la Francia se ha apoderado de nuestro amado monarca sin guerra declarada, y con apariencias de cordial amistad. Su insurrección ha sido general en todas las Provincias, y declarándose más o menos pronto, aunque con muy poca diferencia de días. En Sevilla, Capital de Andalucía, se ha erigido una Junta Suprema de Gobierno, a la que obedecemos. Esta no puede ver con indiferencia, que cuando ya las tropas de la Nación Francesa obran hostilmente en nuestros Pueblos, esté en este puerto armada y enarbolando el pabellón francés la escuadra del mando de V. E. En consecuencia, me ha ordenado que intime a V. E. una pronta rendición y de lo contrario emplee todos los medios que dicta el Arte, y están en mi poder para batir la Escuadra hasta rendirla.*

Había tenido que realizar un esfuerzo de lomos y tragar sapos, para soportar aquella parrafada rimbombante, escasamente personal y decidida, como si pidiera rendición al francés por pura obligación impuesta desde un estamento exterior. Entendí que, de esta forma, parecía rebajarse nuestro ardor combativo. Pero no quedaba aquí el comunicado, porque todavía seguía:

*A este efecto doy a V. E. dos horas de tiempo para que se resuelva a la rendición; mas negándose a ella después de este tiempo, o viendo en él hacer cualquier movimiento, soltaré mis fuegos de bombas y balas rasas, que serán rojas<sup>[69]</sup> si V. E. se obstina: atacará la Escuadra Española, y también las fuerzas sutiles. En fin la Escuadra Inglesa estará a la boca del Puerto para que no quede el menor recurso.*

Tampoco me agradó una mota en este segundo párrafo la mención a los británicos y su posible colaboración, porque la empresa de batir al francés y tomarle su escuadra por barbas, debía ser española pura y al ciento, sin menciones de aliados en cartera. Por último y como necesaria guinda, remataba el general Morla:

*La efusión de sangre siempre es dolorosa a quien tiene sentimientos de humanidad; pero mucho más cuando se derrama sin la menor esperanza de suceso, como no la puede tener V. E. Además, irritado el Pueblo mucho más con vuestra obstinación, y el mal aunque corto, que nos pueda hacer, no respondo de su venganza sobre inocentes víctimas. Conozco el honor militar, y no sería capaz de intimidar a V. E. (a quien personalmente estimo) cosa contraria a él. Ciertamente no se manchará éste rindiéndose; pues no puede tener V. E. la menor vislumbre de no ser destrozado, perdidos sus buques, y no sólo la vida de sus tripulaciones, sino tal vez otras fuera del Campo de Marte. Queda de V. E. afectuoso. Dios guarde a V. E. muchos años. Cádiz 9 de junio de 1808. Tomás de Morla.*

Este remate me pareció penoso al límite y poco caballeresco, impropio de un general español bragado, especialmente la amenaza del pueblo desbandado sobre hombres rendidos y, peor todavía, contra paisanos franceses que habitaran en la provincia. Demasiada letra para una intimación que, por mi parte, habría resumido en un comunicado de cuatro líneas:

*Dispone V. E. de una hora para arriar su pabellón. En caso contrario, será atacado por la escuadra, fuerzas sutiles y baterías instaladas en tierra hasta su completa destrucción.*

Pero ya puedo adelantar que no me entraba el personaje a la banda de favor, una opinión que pude constatar cuando lo conocí en persona. Por fortuna tuve conocimiento de estas notas días después, porque en su momento habrían desatado los ánimos a la brava.

Como era de esperar, el almirante francés, fiel a su norma de ralentizar los acontecimientos hasta el mayor grado posible, y ganar todo el tiempo que se le concediera a disposición, dilató la respuesta por encima de las dos horas marcadas por el general Morla, de forma que alcanzamos el mediodía con los hombres desfallecidos por aquella absurda e indigna espera. En opinión de muchos, no era admisible aceptar aquella postura, por fuera de toda caballerosidad, debiéndose comenzar el combate de inmediato. Porque a tal punto llegó el retraso, que cuando el sol cruzaba de firme la meridiana, los botes auxiliares de la escuadra nos abastecían a las dotaciones de las cañoneras de un rancho en frío, que atacamos con el hambre que los nervios suelen entablar en el estómago vacío.

No protestaban en menor grado los generales Moreno y Apodaca, navegando en sus falúas entre castillos y cañoneras, con las bocinas preparadas al alcance de sus manos, incapaces de comprender la tardanza en la respuesta definitiva. Sin embargo y como único apartado positivo, en este tiempo los navíos *Príncipe* y *Terrible*, nominados para apoyar a las fuerzas sutiles, habían ganado yardas en dirección a la escuadra francesa, hasta quedar en el límite de la distancia del tiro de cañón. Y como no soplaba ni un vagajillo de miseria por la tobera de los caños, fue necesario proceder a su remolque por medio de algunas lanchas de la escuadra, y el penoso esfuerzo de sus dotaciones al remo.

Por fin, el almirante Rosily contestaba a la intimación del capitán general con una frase escueta. Como muchos esperaban, el francés se negaba a rendir su escuadra, ante fuerzas de una nación que consideraba aliada y amiga, añadiendo estar dispuesto a responder con fuegos si era atacado.

Ahora sí se podía afirmar con rotundidad, que se habían cortado todos los cables a tierra. No quedaba más camino que el combate a muerte y la sangre corrida en cubierta, hasta conseguir la victoria que esperábamos con extraordinaria impaciencia. Y a ello nos aprestamos con coraje y ambición, sin poder apartar de nuestras cabezas el odio engendrado contra el francés durante tantos años, que explotaba como bomba ante nuestros ojos.

## 18. Guerra al francés

Se encontraban las campanas de los buques cercanas a picar la hora cuarta vespertina, de aquel caluroso y húmedo 9 de junio gaditano, cuando el teniente general Morla, desde su puesto de mando en la Torre Vigía de Cádiz, izaba en un improvisado palo de señales, más parecido a un bauprés desvencijado, una gran bandera roja que, ante la falta absoluta de viento, debía ser tremolada con fuerza por uno de sus hombres. Era la señal previamente convenida entre los mandos, mediante la que autorizaba al general Moreno a emprender el combate contra la escuadra del almirante Rosily. Y no esperaba un minuto de más quien mandaba en el departamento marítimo, para ordenar que fuese izada en su falúa, así como en los palos del navío *Príncipe de Asturias*, una bandera con diagonal blanca y roja que, de acuerdo con el código de señales establecido por su mayoría general, significaba: *Las embarcaciones cañoneras busquen los flancos de popa y proa de los enemigos, situándose de modo que no embarquen nuestros fuegos terrestres*. Y casi al mismo tiempo la seguía otra, listada blanca y azul con ribete rojo, con la esperada orden: *Prepararse a batir al enemigo*.

La falta de viento, marea y nubes, abiertos los horizontes a una visibilidad infinita, parecían formar un cuadro mágico con las unidades todavía inmóviles sobre las aguas. Pero por fin, la división que debía maniobrar desde la punta occidental del arsenal, bajo el mando del brigadier Gastón, entre los que se encontraba el falucho *Colombo*, comenzamos la esperada faena. Mis hombres arrancaron la boga al ritmo suave que les marcaba el piloto graduado de alférez de fragata Joaquín Belincheró, encargado de marinar el falucho bajo mis órdenes. Y pocos minutos después, sin avantear en ningún momento la lancha del comandante, avistábamos con claridad, a unas ochocientas yardas de distancia, los cinco navíos y la fragata de la escuadra francesa.

El almirante Rosily, intentando dificultar la maniobra de los navíos españoles en su posible intento de progresar hacia el arsenal, y situarse de

forma favorable para el combate, había acoderado<sup>[70]</sup> sus unidades para presentar sus bandas a la bahía y dispuestos para abrir fuego sin sectores muertos, con lo que ocupaba la anchura del caño casi al completo. Para aumentar la protección de sus buques, había ordenado revestir sus cubiertas y costados con calabrotos y cables en formación de ondas. De norte a sur formaban en el siguiente orden: navíos *Heros*, *Pluton*, *Neptune*, *Argonaute*, *Algèsiras* y fragata *Cornelie*.

Todavía el espeso silencio era dueño de la escena, como si el mundo se sintiera ajeno a los dramas de sangre que sucederían a continuación, cuando se escucharon con claridad los toques de corneta y los piques del tambor en el buque insignia de la escuadra francesa, que se aprestaba al combate. Dada mi situación de salida, con el *Colombo* a la derecha del grupo, y como dentro de las instrucciones generales recibidas con sus zonas asignadas, debíamos actuar con cierta independencia, ordené a Belincheró caer ligeramente a estribor. Con esta maniobra pensaba tomar la proa del navío situado más al norte, el buque insignia *Heros*, que montaba en aquel día 84 cañones, el doble que todas las lanchas cañoneras y bombarderas en su conjunto.

Antes de entrar en el detalle del combate, debo explicar que no era el falucho *Colombo* una cañonera al uso, como había utilizado en anteriores ocasiones. Quiero decir que, hasta el momento, a bordo de las cañoneras fabricadas para su uso específico desde que las inventara el general Barceló, éstas disponían de ciertos parapetos o blindajes, con los que proteger a las dotaciones del fuego de fusilería enemigo. Porque ese fuego graneado representaba el mayor de los peligros a la vista para nuestros hombres, por ser difícil acertar con un cañón sobre un pequeño blanco en movimiento. No disponía de tal ventaja el orgulloso falucho *Colombo*, improvisado en función de cañonero, con nuestros cuerpos al aire y sin escudo alguno. Por esa razón se nos había recomendado no cerrar distancias en demasía, y disparar los cañones por fuera del alcance de tiro de los mosquetes franceses siempre que fuera posible. Pero les aseguro que no importaba el detalle en la ocasión, porque tan sólo ansiábamos observar cómo se arriaba el pabellón francés y tomarle la bandera a los gabachos.

Poco antes de alcanzar la distancia de fuego, volvió a izarse otra bandera en los palos del *Príncipe*, en este caso blanca con aspa azul, que daba la orden definitiva: *Romper el fuego al enemigo*. Y como si el almirante Rosily hubiese comprendido dicha orden como suya, abrió fuego el insignia francés a las dos bandas, de forma simultánea contra las divisiones de lanchas y las baterías instaladas en castillos o fortalezas. Como es de esperar, en pocos

segundos se generalizó el retumbo del cañón y las columnas de humo negro en el aire, sonido aumentado por los ecos devueltos desde tierra, al punto de componer una sinfonía de estruendo como jamás había escuchado en mis ya numerosas acciones de combate.

Los disparos de los buques franceses comenzaban a levantar generosos piques de agua a nuestro alrededor, sin que hubiéramos contestado todavía las lanchas. Aunque no se tratara de una orden taxativa, éramos conscientes de la escasa cantidad de pólvora a disposición y sin posible reemplazo, por lo que, como habría dicho el general Barceló años atrás, ¡había que ahorrar la pólvora del rey! Por el contrario, las baterías instaladas en castillos y fortalezas tronaban ya en respuesta, aunque con tiros erráticos en los primeros momentos, ese ajuste y centrado que se hace necesario en los disparos iniciales.

Como nos encontrábamos con la marea alta, decidí tomar esa escasa ventaja a favor. Pegado como lapa a la costera de la isla Verde, temiendo rascar la arena del fondo en cualquier momento, alcancé mi posición a proa del insignia francés sin apenas ser molestado por sus fuegos. Era un tanto aventurado no disponer de senda de escape por la banda de estribor, pero se trataba de la posición ideal para entrarle al moco<sup>[71]</sup>. Advirtieron pronto la maniobra en el *Heros*, que disparó sobre nosotros con dos cañones del castillo, alistados en conveniencia, cuyos piques quedaron a suficiente distancia. Fue el momento en el que Cifuentes, a mi orden, apuntó a la altura de la cubierta de proa. Porque en la situación especial de aquel combate, con unos objetivos que pensábamos utilizar en el futuro, no deseábamos destrozar elementos principales, sino barrer cubiertas y dejar fuera de combate a la mayor cantidad de hombres. Por fin, di la orden que ya todos mis hombres esperaban.

—¡Fuego!

Sufrí en carnes aquel primer disparo, que mucho temía. Porque el balance producido por el violento movimiento del cañón, nos hizo entrar agua a bordo, aunque escasa de cantidad. Como estaba avisado de tal posibilidad, fue evacuada con rapidez y con pequeños baldes por mis hombres. De todas formas, nuestra primera bala entró de cabeza y por su sitio, destrozando tres o cuatro pies de pasamanos en la amura de estribor y produciendo los astillazos que buscábamos. Arengué al pequeño Cifuentes, mientras se recargaba el cañón y los hombres ciabogaban<sup>[72]</sup> a la orden para mantenernos en situación.

En pocos minutos se generalizó el ataque como orden del maligno, con las tres divisiones españolas entrando a los franceses por las dos bandas; las

cañoneras en primera línea, mientras las bombarderas se retranqueaban entre nuestros huecos. Pero al mismo tiempo, las baterías de tierra rociaban en frío o caliente según el gusto. Y no dejaba de ser un problema este ataque conjunto, porque en la primera hora de la función nos cayeron más cerca algunas rasas<sup>[73]</sup> amigas, que de los franceses.

Los generales Moreno y Apodaca navegaban con sus falúas entre las pequeñas unidades, arengando a los hombres con sus largas bocinas, que más parecían en la ocasión trompetas de oro. También pude observar cómo era batida a muerte la primera de las lanchas en el demoníaco sorteo, mandada por el alférez de fragata Matías Irigoyen. Se trataba de una balandra dotada con personal del *San Fulgencio* que, para su desgracia, fue alcanzada de lleno en la popa, saltando sus hombres por el aire como muñecos de trapo. Pero estas circunstancias las observaba de reojo, que lo mío era el navío *Fieros* y a él me dedicaba por entero.

Los franceses parecían haber distribuido el fuego según su posición respecto a las baterías terrestres, y la capacidad artillera que estimaban en éstas a la vista, dejando las baterías de alcázar, toldilla y castillo de menor calibre contra las lanchas, en esa variable decisión de disparar contra unas u otras. Una de las que más daño les producía era la de morteros instalada en la punta de la Cantera, sobre la que el navío *Algèsiras*, situado más al sur de la escuadra, centró sus disparos durante dos horas sin descanso, hasta desmontarla por completo. Pero se trataba de una difícil elección, porque a cambio dejaba en libertad a las lanchas, que lo batían a dentelladas. También el *Heros* se fijaba en la batería de la punta del arsenal, con lo que veíamos facilitado nuestro trabajo, aunque no pudiéramos cerrar distancias al gusto.

Por parte del falucho *Colombo* y sin descanso, continuábamos el fuego a ritmo de un disparo cada siete u ocho minutos, que no era mal periodo, dadas las dificultades de recarga en tan recogido espacio y la necesidad de maniobrar con la embarcación al remo, para apuntar el arma. Observábamos con alegría los impactos, aunque lanzáramos exclamaciones poco recomendables cuando marrábamos en tuerto. Uno de nuestros disparos partió el moco del bauprés del insignia, circunstancia no querida en la particular ocasión por su delicada composición. Sin embargo, aplaudía en mi interior cuando hacíamos saltar algún tambucho, el bote de proa o la rueda del cabestrante, que debió acarrear bastantes heridos a su paso.

Debían haber transcurrido unos cuarenta minutos, cuando una de las cañoneras dotadas con personal del *San Justo*, situada a mi costado de babor, era alcanzada por una rasa de grado a la lumbre, con rotura de maderas y

entrada viva de agua. Sin dudarlo, salió a boga de muerte hacia fuera, para ser auxiliada por los botes de apoyo. Al producirse el hueco inesperado y el miedo a quedar varado con la bajada de la marea, me desplacé a babor y comencé a batir el alcázar del insignia, donde el almirante Rosily se mostraba con uniforme de recibo e impecable estampa. Fue entonces cuando también comenzamos a disparar a la lumbre del agua<sup>[74]</sup>, uno de los objetivos señalados, porque los agujeros producen entrada de líquido, se les debe dedicar prioridad en el callejón de combate con los tapabalazos, y es necesario dedicar un buen número de hombres en el penoso esfuerzo de picar las bombas de achique.

El tiempo pareció detenerse, como el humo que se refocilaba en golfería sobre la superficie, mientras se mantenía el fuego vivo desde los que todavía se encontraban en situación de disparar. Y de esta forma pasaron dos largas horas, que es necesario vivir para comprender cómo se estancan los minutos en el aire. Por fin, comenzaba la tercera hora del combate cuando debí salir de mi puesto para recargar balas y saquetes de pólvora. Se me abarloó un bote procedente del *Príncipe*, para llevar a cabo la nada fácil maniobra. Pero como ya habíamos hecho un poco de agua a bordo, posiblemente debido a problemas de calafateo, cargué solamente tres cuartos del cargo en prevención. Y en estas condiciones regresamos a la boga, con los hombres visiblemente agotados, hasta alcanzar en esta ocasión la aleta de estribor del *Heros*, y pasar después a la amura del navío *Pluton*.

Creo que fue entonces, si la mente no juega a malas con mis recuerdos, cuando los navíos *Príncipe* y *Terrible*, que ofrecían el apoyo a los botes auxiliares, así como las municiones de recarga, intentaron progresar hacia levante algunas yardas, acoderarse en firme y tratar de ofender con sus fuegos a los franceses. Sin embargo, no sólo era complicada su maniobra, con un penoso remolque y dotaciones agotadas, sino que, en una primera andanada de nuestro insignia, algunos piques caían alarmantemente cerca de las cañoneras. Para nuestra seguridad, se desistió del intento con rapidez. Porque ya no existían puestos asignados ni verdadera formación en las pequeñas embarcaciones. Tan sólo nos mantenía el espíritu de seguir batiendo al francés, desde donde fuera posible, conforme nuestras unidades bajaban en número a causa de los disparos enemigos.

En la cuarta hora de combate, los disparos de las baterías instaladas en tierra disminuyeron con claridad su ritmo, cerrándose al copo las de la costa norte que ofendían al *Heros* y *Pluton*. Aunque era temerario, aproveché la ocasión para correrme de nuevo a estribor y entrarle al *Heros* a corta

distancia. Cifuentes disparó a escasas yardas contra una tronera de la batería baja, que reventó en astillas desmontando su pieza de a 36. Pero para nuestra desgracia, metidos de lleno en la refriega y con la mente en blanco, habíamos acortado en demasía la distancia, un error mío personal. En vista de nuestra posición, los fusileros del insignia francés, encaramados en las jarcias, comenzaron a barrernos con tiro de fusilería a escotillón. Mientras Belincher ordenaba una ciada de emergencia a mi señal, cuatro de mis hombres eran heridos de bala mosquetera, aunque solamente uno, un joven grumete, presentara gravedad de muerte con herida abierta en el cuello.

Cuando comenzamos la quinta hora del combate, relevados los heridos y aquellos hombres que ya caían en reventón de alma sobre los remos, metimos la proa de nuevo al fuego contra el *Heros*. Pero entrado en sinceros, debo reconocer que el esfuerzo había sido máximo, y ya los cuerpos se movían al tiento, como aleteados por el viento. Por fortuna o desgracia, que no estaba muy claro en la ocasión, un disparo de Cifuentes salió a su aire y con alegría propia, para acabar desbaratando en migas gran parte de la mesa de guarnición del palo trinquete. Aunque el disparo fue vitoreado por mis hombres, de forma automática pensé en su posible reposición en el arsenal de la Carraca, si es que alguna vez llegábamos a rendir a los franceses. Porque es de reconocer que los gabachos se batían como jabatos, en una defensa más que complicada y con escaso futuro. Claro está, si no se llegaban a escuchar las cornetas francesas de sus ejércitos.

Picaban la hora novena, con cinco de combate ininterrumpido en la bolsa, cuando los músculos de todos nuestros hombres se agarrotaban sin medida y las mentes quedaban en blanco. Fue el momento escogido por los dioses de la mar, para que una bala de pequeño calibre, posiblemente procedente de los montajes de a 8 situados en el castillo del *Heros*, nos rozara ligeramente en la parte de babor del espejo<sup>[75]</sup>. El falucho *Colombo* se forzó a la banda con un balance tremendo e inesperado, de forma que me vi cerca de caer a las aguas con la dotación al completo. Por fortuna, se trataba de embarcación muy marinera, acostumbrada a las olas de racimo, y debió funcionar el lastre de quilla en condición. Comprobé con inmensa alegría, que tan sólo tres hombres caían al agua, siendo rápidamente recogidos sin daños, aunque con el pánico reflejado en sus ojos. Y esa pareció ser la señal definitiva porque, segundos después, me avisaba Belincher de la bandera izada en la falúa del general Apodaca, a escasas yardas de nosotros, blanca con una cruz roja. De esta forma, se ordenaba cesar el fuego y retirarse a los puestos iniciales.

Tardamos bastante tiempo en alcanzar la escala de codos en el arsenal de La Carraca, sin exigir a los hombres más que una boga de damas en recreo. Creo que fue entonces cuando comprobé mi extremo cansancio de cuerpo y alma, como si flotara indolente entre nubes blancas. Pero también fue el momento en el que observé un goteo de sangre en cubierta, procedente del brazo de Belincheró. Le restó importancia aquel valiente aunque, por insistirle en orden, comprobamos que una bala le había acariciado la carne en mordida por encima del codo, con mucha suerte y escaso daño.

Una vez en el arsenal, se distribuyó ración especial a los que habían combatido, al tiempo que se intentaba curar a los heridos y se inspeccionaban las lanchas para la faena que, según suponíamos, debería continuarse al día siguiente. Okumé se encontraba en el muelle con rostro agitado, esperando mi llegada con una frasca de vino rojo en la mano, que bebí a morros hasta atragantarme. Ya se le había pasado el enfado de no poder embarcar en mi compañía, y sólo buscaba que me encontrara en salud, para lo que también me entregó quesos y cecinas con una hogaza de pan, que sólo él podría explicar de dónde obtuvo. Sin embargo y por desgracia, era llegado el momento del recuento, triste circunstancia que siempre trae amadrinada cuentas de rosario negras.

Reunidos en una sala del arsenal tomada al quite, junto al muelle de desarmo, el general Apodaca, ante su mayor general, intentó elevar las escasas fuerzas de los mandos de las lanchas con escogidas palabras.

—Han luchado como unos leones, sin excepción, y los felicito a todos por ello. Les juro que ya me ocuparé de que sean recompensados como merecen. Este combate presenta una especial importancia para el futuro de nuestra patria y no podemos fallar. Hemos causado daños importantes a los buques franceses, tanto en sus costados como en las arboladuras. Y ya saben que he sufrido en mis carnes al comprobar cómo se rendía algún mastelero, o saltaba un pasamanos por los aires. Pero no queda más remedio para rendirlos. En el aspecto negativo, que siempre se cuecen habas rojas, hemos sufrido 8 muertos y 26 heridos de gravedad, así como un buen número de contusionados y otros caídos al agua con susto solamente. Estimo muy superiores a la vista las bajas en los buques franceses<sup>[76]</sup>, que es el aspecto principal a tener en cuenta. Pero es mucho el trabajo que nos queda a proa y aunque sé de su terrible cansancio, no queda más remedio que estrechar los cueros y apurar la sangre. Continúe, Riquelme —se dirigió a su mayor general, que tomó la palabra.

—Con las primeras luces de mañana, continuaremos los ataques aunque, como esperábamos, se nos multipliquen los problemas. Para empezar, la

maldita escasez de pólvora que no presenta fácil solución, aunque se haya pedido a todos los rincones de la zona. Por esta razón, cuando comience el ataque dispararán de forma más espaciada y contra objetivos que, si es posible, lleven aparejados bajas de personal. Nos han desmontado muchas piezas en tierra, que se han de reponer durante la noche en lo posible, especialmente en la batería de La Cantera. Siete de nuestras unidades han sido inutilizadas, y dos de ellas hundidas por impacto directo. Espero que podamos recomponer dos o tres de ellas, al menos para mañana, así como reparar las pequeñas averías en otras. También emplearemos dos faluchos de La Isla, pertenecientes a dos paisanos que nos los han entregado esta mañana de forma generosa.

Pensé que en el apartado de unidades con ligeros problemas, debía considerar el brigadier Riquelme al falucho *Colombo*, porque habíamos alcanzado el arsenal con demasiada agua en el plan. Pero ya continuaba.

—Deben descansar a fondo los hombres que anduvieron a la boga y que, estoy seguro, se encontrarán al límite de sus fuerzas. Y si lo consideran necesario, pidan los oportunos relevos entre los que se encuentran alistados para tal faena. Los mandos deberán comprobar que quedan listas sus unidades para el ataque de mañana. A las ocho, deberán encontrarse preparados en los mismos puestos asignados en el día de hoy. Para ello se ha ordenado que toda la maestranza del arsenal trabaje durante la noche las horas precisas. Y no ha sido necesario alentarlos con promesa de dineros, como suele suceder, porque también ellos desean observar que se arría de una vez el pabellón francés.

—Personalmente —era el general Apodaca quien tomaba ahora la palabra—, no creo que los franceses resistan mucho tiempo más. Creo que conozco al almirante Rosily bastante bien. Ha salvado su honor por alto, con una defensa valerosa y efectiva, por lo que debería ver llegado el momento de la rendición, especialmente ahora que ya no puede pensar en mayores dilaciones. Pero es de la máxima importancia, que no tengan conocimiento de la extrema falta de pólvora que sufrimos.

—Ese aspecto es fundamental —subrayó el mayor general—. Para el ataque de mañana embarcarán medio cargo de pólvora, pero también saquitos rellenos de arena, que sean bien visibles desde los buques franceses. Y esperemos que comprendan el camino a seguir, en vista de las condiciones teóricas que sufren. Y nada más, señores, al toro y bien cogido por los cuernos.

De esta forma, cada mochuelo voló a su olivo. Por fortuna, los daños del *Colombo* no eran de mayor gravedad, y los defectos en sus costuras pudieron

ser atacados sobre el agua, con estopa retranqueada en frío. Pero debían ser las dos o tres horas de la madrugada, cuando me dejé caer sin fuerzas sobre un catre alistado en un barracón del muelle, para rendirme en sueños sin elevar un solo rezo de esperanza.

Amaneció el día 10 de junio con las mismas condiciones bonancibles que el anterior, ideales para la guerra y la muerte en los caños; cielos despejados, viento en ausencia, marea bajando y promesas de calor cerrado. A las ocho de la mañana, nos aprestábamos las cañoneras y bombarderas para el nuevo ataque. Aunque los hombres mostraban rostros relajados y músculos vibrantes, era consciente de que, un par de horas después, las fuerzas bajarían grados al compás, siendo necesario un relevo que habían denegado hasta entonces. Dos unidades de las dañadas se encontraban reparadas, aunque su estado inspiraba escasa fiabilidad, mientras se unían dos nuevos faluchos del comercio, alistados con cañón durante la noche. En resumen, disponíamos de cinco unidades menos, aunque algunos botes de la escuadra se mezclarían entre nosotros para que no se notara en exceso la merma.

Como escena teatral llevada a cabo por los actores día a día, se repitió la secuencia de banderas, así como la sinfonía de cornetas y tambores en los buques franceses y españoles. Olor a pólvora y sangre, habría dicho mi padre, que llegaba a olfatear dichos aromas en avance. Poco después, a la hora convenida, ocupábamos los mismos puestos iniciales en las respectivas divisiones, para progresar a la boga y ocupar situación de combate. Y ya eran tantas horas atacando al buque insignia francés, que podía reconocer determinados rostros en el castillo, combés, alcázar y alguna tronera de proa, especialmente un joven teniente, de pelo rubio dorado, que se movía en la parte de proa sin descanso.

De acuerdo a las órdenes recibidas, embarcamos la mitad del cargo de pólvora y balerío, aunque mostráramos los saquitos rellenos de arena a la vista. Pero para mi satisfacción y seguridad, comprobé encantado cómo las aguas quedaban a unas pulgadas de la borda, que me sabían a gloria. Y comenzamos de nuevo la fiesta, aunque en esta ocasión entraba por derecho al través de estribor del *Heros*, porque la marea baja no me concedía mayor margen. El cabo Cifuentes, a quien no parecía afectar el cansancio, insultaba y profería espantosos gritos contra los gabachos, cada vez que aplicaba el chifle<sup>[77]</sup> al oído del cañón. Y los aumentaba en forma y grado, llegado el momento de aplicar la mecha. La elección del cabo cañón había sido acertada, porque no marraba el cartagenero muchos tiros, aunque esta vez la orden de apuntar a las cubiertas o troneras fuera taxativa.

No es necesario por mi parte entrar en más detalles, porque ninguna novedad extraordinaria tuvo lugar en las dos primeras horas de la nueva lucha, declarada en las mismas tablas que la jornada previa. La única diferencia a la vista era que espaciábamos nuestros disparos en conveniencia, lo que agradecían los cuerpos de los remeros, cuyas picas pesaban al plomo. Y como si los franceses intentaran copiar el sistema, o anduvieran escasos de pólvora, lo que no podía ser cierto, también ellos disminuían el ritmo de sus fuegos, centrándose más contra las baterías instaladas en tierra, unos blancos más fáciles de batir. De esta forma, entramos de firme en la tercera hora, cuando ya los cuerpos comenzaban a rendirse de nuevo. Fue el momento en el que Belincheró me señaló el palo mayor del buque insignia francés.

—¡El navío *Heros* iza bandera española! ¿Qué significa eso, señor? ¿Se rinde el francés?

Ya cundía el nerviosismo y las sonrisas tapadas entre nuestros hombres, cercanos a batir palmas y lanzar gritos de victoria a los vientos, cuando debí entrar para aclarar la situación.

—Calma, muchachos, que no se ha rendido todavía. El almirante francés solicita parlamento.

—¿Y eso qué quiere decir, señor? —preguntó el cabo Cifuentes, que ya tenía cargado su cañón.

—Que dispare ese cañón antes de que nuestro general ordene el alto el fuego. No es buena medida dejarlo cargado.

En efecto, el cabo cartagenero disparó el cañón, mal apuntado en la ocasión, cuya bala fue a caer corta en distancia. Fue entonces cuando se pudo divisar en la falúa del general, a escasas yardas de nuestro falucho, cómo se izaba la bandera blanca con cruz roja, que significaba *cesar el fuego*. Y no venía mal el momento escogido para suspender el combate, porque ya sólo nos restaba un saquete de pólvora a bordo y no observaba en las cercanías los botes para abastecernos, sin contar con que los hombres no daban más de sí.

Una vez atracado el falucho *Colombo* en el muelle designado del arsenal, los mandos regresamos a nuestros buques. Y fue en el *Príncipe* donde tuve las primeras noticias, por boca del capitán de fragata Uriortúa.

—¿Cree que se rinden, señor? —pregunté, esperanzado en una respuesta positiva.

—Aceptado el parlamento, el general Morla ha intimado al almirante Rosily, esta vez de forma más escueta y dura, a la rendición sin condiciones. Debemos esperar a ver qué contesta el almirante francés, pero no me fío una mota del gabacho.

—¿A qué se refiere, señor?

—Según asegura el general Apodaca, el almirante Rosily se encuentra mal informado, al creer que las tropas francesas se encuentran ya en la provincia de Cádiz y pueden llegar en su ayuda en cualquier momento. Por esa razón, es posible que intente dilatar las negociaciones de rendición al máximo.

—Pues no debe permitirse tal postura bajo ninguna condición —alegué, decidido—. Se le conceden un par de horas de margen y, si no arría el pabellón, de nuevo a los cañones.

—Desde luego que no se puede consentir una demora excesiva. Pero este tiempo también nos vine al pelo, Leñanza. Como sabe, se envió un mensajero al capitán de navío Mourelle, al mando de diez buenas cañoneras en Málaga, para que acudiera a esta bahía a la mayor velocidad. Nos acaban de comunicar, que ya se ven desde la Torre Vigía. Y traen pólvora, aunque no sea mucha. También se nos ha prometido pólvora desde Sevilla y necesitamos reponer algunas baterías en tierra. Como nuestro general tampoco se fía del francés, ha ordenado preparar un navío desarmado con baterías de a 36, para situarlo en posición de batir al francés. En fin, que no nos viene mal un descanso de 24 horas. Y si Rosily decide rendirse por derecho, miel sobre hojuelas. Pero coma y descanse, Leñanza, que debe andar con grillos en las venas.

—Tiene razón, señor.

Gracias a Okumé, comí a destajo una generosa menestra con tocino, así como carne en salazón pasada a la cinta. Por fortuna no faltaba vino a bordo, aunque rascase en la garganta más que un descalcador de calafate y dejara la lengua teñida en granate oscuro. Y para rematar la faena, me tendí en el catre, donde también entré en sueños por virada rápida, Soñara con observar la bandera del *Heros* caída sobre su cubierta.

## 19. Negociaciones

Desperté a las seis de la tarde sin necesidad de ayuda, repuesto de fuerzas y con la mente despejada, dispuesto como caballero en armas para reanudar la justa en representación de alguna hermosa dama. Habían sido cuatro horas de sueño solamente, pero intensas como viento carrascón, de esas que aligeran el alma hasta liberarla de las ondas indeseadas. Y si algún miasma revoloteaba todavía por mi cerebro, unas tajadas de tocino y una frasca de vino raspón aliviaron el cuerpo, al punto de desear embarcar de nuevo en el falucho *Colombo* y batir al francés con los dientes.

Preso de mi habitual impaciencia y necesitando saber lo que se había cocido hasta el momento, en aquellas horas que consideraba de especial importancia, acudí a la cámara de oficiales del *Príncipe*. Allí se encontraba el teniente de navío Meléndez en la más absoluta soledad, con rostro ceniciento y una pierna alzada sobre un improvisado escabel. El pobre se había mantenido despierto y en manos del cirujano durante un par de horas, por haber sido herido en la pierna derecha, cuando ya se daba la orden definitiva de cesar el combate. Y no era la primera vez que comprobaba una acción así de desdichada fortuna, esas últimas balas que ya salen con nombre propio desde el fusil.

—¿Cómo anda esa herida?

—Sin problemas a la vista, aunque duele lo suficiente como para evitar un sueño que necesito. Y es peor la noticia de que deberé renunciar a mi puesto en la cañonera sin remedio.

—¿No se ha rendido todavía el francés?

—Nada se indica en ese sentido hasta el momento, porque el almirante Rosily exige unas condiciones inaceptables, aunque la última nota sea menos dura que la enviada por la mañana.

—¿Ha habido dos notas de su parte? Vamos, Francisco, larga información.

—Resulta que esta misma mañana, momentos antes de atacar de nuevo a los franceses, el general Morla había recibido una carta del almirante Rosily. En ella, el francés se declaraba incapaz de cumplir la orden de rendirse. También argumentaba que él no había atacado y sigue reconociendo a la nación española como aliada, aunque se defendería de nuevo con todas sus fuerzas, si se disparaba contra sus buques.

—¡Qué descarado culebrón nos ha salido este gabacho! —apenas podía contener mi indignación—. Se necesita baja catadura para declarar que reconoce a la nación española como aliada, después de habernos invadido y arrastrado al Rey con engaños hasta su tierra. Pero, según dices, eso fue antes de izar bandera de parlamento en el combate. ¿Qué dice en la segunda nota?

—Pues es digna de ser leída en su conjunto, para comprender la mascarada a la que nos quiere someter. Ahí tienes la carpeta del capitán de fragata Uriortúa, con una copia de la misma.

Me negaba por principios a desatar balduques ajenos, cuando el propio Uriortúa entraba en la cámara con su habitual sonrisa y buen humor. Al ser requerido en ese sentido, me tendió el pliego para que pudiera leer la nota en su conjunto. Decía el almirante francés, dirigiéndose al general Morla:

*A bord de vaisseau Amiral «Le Heros», en rade de Cádiz, le 10 Juin 1808.— Monsieur le Capitaine General. — Je voudrais moi-même faire amener le pavillon qu'il n'y a pas un undividu de l'Escadre qui y consentirait: je sens très bien qu'il y a de grands motifs d'humanité dans la proposition que Votre Excellence vient de me faire. Je crois qu'on pourrait adopter un milieu; ce serait de me laisser sortir de Cádiz avec l'assurance bien positive que les Anglais me donneraient quatre jours sans venir après moi ni sans envoyer de découvertes; je demande ce nombre de jours parce que quelques uns de nos vaisseaux marchent mal. Agréez, Monsieur le Capitaine General, l'assurance de ma haute considération avec laquelle je suis: De Votre Excellence. Le tres humble Serviteur. — Rosily.*

—Repito lo dicho, ahora con más datos a favor —sentía cómo hervía mi sangre en borbotones—. Este señor Rosily es un caradura despreciable que, para colmo, debe considerarnos como una banda de estúpidos sin una gota de cerebro. El infeliz gabacho desea que le dejemos abandonar la bahía y los británicos le concedan cuatro días sin molestarlo ni perseguirlo, para poder arribar a Tolón sin mayores problemas. ¿Acaso no se ha enterado que toda

España se encuentra en armas contra los franceses, los invasores en mentiras a quienes consideramos como nuestros peores enemigos?

—Este caballero no tiene más norte que alargar en lo posible estas circunstancias por las que atraviesa. Se sabe perdido y su única esperanza es una ayuda, que no le va a alcanzar de ninguna forma. Así se lo ha hecho llegar, de forma reservada y personal, el general Apodaca al contralmirante Desforce, de quien es buen amigo. Que no esperen el arribo de las fuerzas francesas, porque no andan cerca sino a muchas leguas.

—Pues se le dan dos horas para arriar la bandera del insignia y, si no acata la orden de intimación, atacamos de nuevo, aunque sea a pedradas.

—No hemos llegado a ese desastroso límite, pero cerca nos encontramos con la escasez de pólvora que sufrimos en buques y castillos —Uriortúa se mantenía de buen humor—. El general Morla le debe estar enviando en estos momentos una nueva nota, cuya copia nos ha pasado el general Moreno hace una hora. Tome, Leñanza, puede leerla.

Tomé el segundo documento, en el que Morla contestaba a las peregrinas peticiones del francés, y que les transcribo a continuación por entero:

*Excelentísimo Señor. — Si el cumplimiento de nuestras sagradas obligaciones estrechan a los jefes militares hasta cierto punto, la razón, la justicia, y sus propios intereses deben escuchar la voz de la humanidad, de la equidad, y del derecho de gentes. V. E. en el ataque que ha sufrido hasta ahora con su escuadra, no puede dudar haber llenado sus deberes, ni recelar el más pequeño perjuicio o mancha en su opinión, y al honor de su pabellón. La continuación de su defensa, la obstinación en no rendirse, podrá atraer sobre V. E. y sus súbditos la ojeriza del pueblo, el que además, sin autorización del Gobierno, podría cebarse en inocentes víctimas. Pido a V. E. reflexione sobre este particular, sobre la inutilidad de su resistencia, y se persuada que de no asentir a la rendición que le intimo por tercera vez, usaré de todos los medios vigorosos con que me hallo para destruirlo, haciendo a V. E. un estrechísimo cargo, como responsable de todos los perjuicios y desastres que se originen en consecuencia. Creo que V. E. no dudará del fino afecto que profeso a su persona y mérito y que en cuanto me sea particular, es, Señor Almirante, su más apasionado servidor Q. S. M. B.— Cádiz 10 de junio de 1808.— Tomás de Morla.*

Dejé el pliego en la carpeta de Uriortúa, mientras la sangre volvía a subir hacia la cabeza en oleadas. Porque tampoco gustaba del lenguaje empleado por el capitán general de Andalucía ni lo comprendía, y así lo dejé entrever.

—No es necesario amenazar de nuevo con el posible ultraje del pueblo llano sobre sus súbditos, comentario que encuentro poco apropiado, sino con las armas propias. Lo único que se debe exigir a este señor, es su rendición inmediata o que se atenga a las consecuencias.

—Eso estaría bien —medió Meléndez con gesto de dolor—, si dispusiésemos de suficiente pólvora. Creo que esa insistencia del general Morla sobre la irrefrenable y cruenta agitación del pueblo contra los franceses, no es casual. Parece ser que Rosily se encuentra bien informado de las algaradas de las turbas en Cádiz y lo acaecido al marqués del Socorro, con quien había almorzado pocos días antes. Puede pensar que si a un general español le clavan una daga por la espalda, él puede ser inmolado en la hoguera.

—No es muy caballerosa tal estratagema —seguía terco en mis opiniones—. Además, parece que duda de nuestras propias fuerzas.

—Y así es —intervino Uriortúa con una sonrisa—, mientras no nos alcance pólvora en cantidad suficiente. Está claro que Rosily intenta ganar algunos días, pero no debemos olvidar que también nos viene de perlas esta parada. Seguro que a esta nueva intimación, en la que no se fija límite horario, el francés contesta mañana. Y desde luego, también el general Morla juega a dos barajas. Amenaza para que se rinda el francés, sin necesidad de entrar en nuevo combate. Pero también nos concede el tiempo necesario para prepararnos. Por fin, ha llegado la división de cañoneras bajo el mando del capitán de navío Mourelle, retrasado por falta de viento. Y como se le ordenó, ha embarcado toda la pólvora a disposición en la plaza de Málaga. Se están reponiendo, bien a la vista, todas las baterías desmontadas y otras nuevas, que deberán amedrentar al francés.

—Pero si ya no quedaba artillería disponible —alegué con seguridad.

—Queda poca y cuesta mucho llevar a cabo su transporte por la costa encenagada —dijo Uriortúa con confianza—. Pero el general Moreno ha tenido la feliz idea de que los carpinteros construyan cañones de madera y los pinten de negro. De esta forma, en la batería que se está montando en la Isla Verde, que amenaza por corto al buque insignia, la mayor parte de los montajes son ficticios. El navío *Argonauta*, desarbolado, ha sido situado por fuera de la punta del arsenal, en posición de atacarles. En la Casería de Ocio, que se encontraba mal abastecida, se han montado 30 cañones de a 36, estos

de verdad, aunque algunos alumbren escasa mecha. En estos momentos, los franceses deben estar absortos al comprobar el lujo aparente de elementos de combate que desplegamos, sin estar al día de la verdadera debilidad en nuestras fuerzas.

—Y para evitar un posible golpe de mano contra el arsenal —insistía Meléndez—, sospecha que corrió esta misma mañana, se han hundido en el caño a su entrada el navío *Miño* y la urca *Librada*, de forma que obstruyen por completo su acceso.

—Bueno, lo que ha de ser será. Pero que no nos dejen mano sobre mano con esta alargada espera —comenté con resignación—. ¿Hay órdenes para los comandantes de las lanchas, señor?

—Deben ser revisadas, si sufrieron algún percance en el último combate. La orden es que mañana por la mañana se encuentren listas para un nuevo ataque, a las ocho, aunque no creo que se produzca.

De esta forma, acompañado por Belincheró y el cabo Cifuentes, nos acercamos en uno de los botes al arsenal con Okumé a la caña, para comprobar que el falucho *Colombo* se mantenía orgulloso y erguido sobre las aguas, amarrado en el muelle de la punta. El alférez de fragata me informaba que el grumete herido en la garganta había muerto, lo que se trataba de un borrón de sangre para nuestra actuación. Le rogué que se interesara por su familia, transmitiéndome alguna posible necesidad. Pero la verdad es que nada más quedaba por hacer de momento, sino esperar a ver que decidían las altas magistraturas en aquel forcejeo más propio de truhanes de cartas marcadas, aunque sea necesario a veces tal juego en las artes de la guerra.

No volvimos a ocupar los puestos de combate en la mañana siguiente. Tal y como llegamos al arsenal para embarcar en nuestras unidades, se nos ordenaba remolonear por el complejo industrial a la vista y preguntar cada hora, a la espera de noticias. Pero como todos suponíamos, nada sucedería a lo largo de aquel día.

De acuerdo a las noticias que recabé más tarde, el almirante Rosily, tal y como vaticinara Uriortúa, contestaba a la última intimación del general Morla mediada la mañana del día 11, lo que era difícil de creer. ¡Un día después! En esta ocasión, aludiendo al peligro del pueblo por encontrarse buques armados en el interior, con posibles calamidades contra todos los franceses residentes en Cádiz y su provincia, así como sus propiedades, ofrecía pasar a fondear en la bahía. Pero si los ingleses pensaban en atacarle, proponía desembarcar el

armamento de los buques y arriar la bandera francesa que tanto ofendía al pueblo. Sin embargo, exigía que sus tripulaciones quedaran a bordo, así como los almirantes y comandantes con el mando efectivo de sus unidades.

Esta proposición era ciertamente ridícula y grotesca por más, así como rechazable al punto. En mi opinión que las conversaciones se alargaban en descrédito de nuestro honor, porque parecía que no fuésemos capaces de intimar de verdad al gabacho y entrarle a muerte. Sin embargo, parece ser que el general Moreno le pidió a Morla 24 horas más, necesarias para que arribaran a Cádiz algunas partidas de pólvora desde puertos cercanos de la costa, así como un bergantín enviado a la plaza de Ceuta dos días atrás. Debieron ser estas razones las que aconsejaron a Morla contestar al almirante Rosily en otra nota, que también pecaba de absurda, al acceder en principio a sus demandas. Sin embargo, alegaba la necesidad de recibir la pertinente autorización de la Junta de Sevilla que, en su opinión, denegaría la posibilidad expuesta, así como del almirante británico, que se veía involucrado en la propuesta. Cada vez lo comprendía menos, aunque es posible que el ardor juvenil y guerrero cegara mis ojos con imprudencia.

—¿Por qué ha de preguntar el capitán general de Andalucía a la Junta de Sevilla? —pregunté, nuevamente indignado, al teniente de navío Lorenzo Urrusuástegui, compañero de curso en la Escuela Naval, que mandaba una de las cañoneras asignadas al navío *Montañés*.

—Para buscar una excusa y contestar más tarde.

—No es necesaria tal excusa, que rebaja su capacidad de decisión ante un almirante extranjero. Puede decidirlo y esperar, si así lo necesitamos.

—Estoy de acuerdo contigo. Esto se va pareciendo a un acto teatral burlesco.

De esta forma, el juego se mantenía al alza. Por una parte, el almirante francés retrasaba al máximo su rendición, mientras las fuerzas españolas ganaban el tiempo necesario para poder atacar de nuevo con alguna posibilidad. Y aunque parezca cuestión de personas entradas en profunda demencia, en tales cuerdas nos mantuvimos los días 12 y 13, ¡dos jornadas enteras de noche y día!, mientras muchos como yo nos consumíamos al observar que nada cambiaba, y los franceses seguían con sus pabellones de tres colores al viento. Por fin, llegadas las últimas horas del día 13, la Junta de Sevilla negaba por escrito la absurda propuesta de Morla, aunque estuviesen al tanto de la maniobra. De esta forma, en las primeras horas del día 14, don Tomás de Morla enviaba al almirante Rosily la oferta de intimación

definitiva. Por fortuna, esta nota era por fin de estructura adecuada y concisa, porque tan sólo decía:

*Excelentísimo Señor Almirante Rosily. — Después de consultar con la Suprema Junta de Sevilla, y acordar con el almirante inglés, digo a V. E. que por última vez intimo la rendición absoluta de los cinco navíos y una fragata de su mando, concediendo sólo la seguridad de los prisioneros y sus equipajes. Me sería muy sensible que V. E. no accediese a ello, porque no podré contener la irritación general, al ver la obstinación, ya fuera de orden, de vuestra defensa: demasiado ha hecho V. E. para su gloria y honor del pabellón. No por eso deja V. E. de obtener la particular estimación que le profesa este su afecto y seguro servidor Q. S. M. B.— Tomás de Morla.*

Debo aquí reconocer que, después de tanto carteo amoroso, dudaba muy en serio de que algún día se arriara el pabellón de los franceses. Y ya corríamos rumores entre los oficiales en las cámaras, alegando en contra de aquella pasividad calificada por muchos como bochornosa, que así lo sentía en mis carnes sin dudarle. Porque algunos toneles de pólvora habían llegado, todas las medidas se encontraban tomadas y podíamos entrarle a los franceses a muerte de una decisiva vez, durante varias horas. Por estas razones, quedé sorprendido cuando, con las dotaciones de las cañoneras vagabundeando por el arsenal y dispuestos a embarcar en ellas a la orden, corrió la voz de que los pabellones franceses habían sido arriados. Como supe después, a esta última intimación del general Morla, el almirante Rosily reunía junta de almirantes y comandantes, en la que se decidía arriar la bandera y entregar la escuadra. Tan sólo solicitaba permiso para enviar un oficial al Emperador y ofrecerle detallada cuenta de lo sucedido. Esta condición, lógica en tales lances, era aprobada con rapidez por el general Morla y el almirante Collingwood. El mando inglés se mantenía informado al punto de todas las gestiones por medio del jefe de escuadra Macdonell, porque su autorización era necesaria para admitir la salida de cualquier buque mayor o menor de la bahía.

Pocos minutos después de recibir la rendición de los franceses, el general Morla hacía pública una proclama que hizo vibrar en delirio a todo el pueblo de Cádiz y su provincia. Y puedo jurar que aquellos hombres humildes y desconocidos vibraban de verdadero patriotismo, ese punto que había faltado en algunas instancias superiores. Decía así la proclama:

*Gaditanos. La escuadra francesa, al mando del almirante Rosily, acaba de rendirse a discreción confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español. Cádiz 14 de junio de 1808.— Morla.*

Por desgracia, aquel mismo día 14, pleno de felicidad, nos llegaban noticias tristes a Cádiz. Los correos anunciaban que el pasado día 6 de junio, el emperador Bonaparte firmaba el decreto que cerraba el ciclo de la crisis dinástica española, poniendo fin a la serie de transmisiones de la Corona en la casa Borbón. Y en el decreto, almibarado en farsa con reunión a Cortes, Constitución igualitaria y demás zarandajas que siguieron al punto muchos ilustrados y cortesanos, remataba con esa frase que acabaría por levantar en armas al resto de España: ... *hemos resuelto proclamar como Nos proclamamos por las presentes rey de España y de las Indias a nuestro muy amado hermano José Napoleón, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia.*

Es cierto que algunos actuaron en Bayona de buena fe, aunque para gloria y honor de la Real Armada, tan sólo dos de sus más significados generales, Mazarredo y Salcedo, entrarían a servir al nuevo Monarca José I. Y no se veían afectados por las mismas condiciones personales esos dos generales, que todo debe decirse.

Pero regresando a la situación gaditana en aquellos días memorables, celebramos al gusto y por largo la rendición de los franceses, sacando las últimas pertenencias y licores, bien estibados al resguardo hasta el momento. Por mi parte, conseguí a un precio desorbitado carnes rojas y buen vino, que también puse a disposición de la cámara de oficiales del *Príncipe*. Brindábamos al grito, alborozados. La verdad es que creíamos haber ganado la guerra, sin darnos cuenta de que se trataba de una primera batalla solamente.

Una vez desembarcados los franceses de sus buques, comprobamos que las cifras a manejar eran dignas de tener en cuenta. Se hicieron en total 3.676 prisioneros entre el personal de marinería y tropa, sin contar con los oficiales. Y ése fue uno de los peores problemas a encarar, porque no era tarea sencilla ampararlos a resguardo con la necesaria seguridad, como se comprobó en meses posteriores, sin contar lo que tanta boca reclamaba para subsistir cada día. Fueron recludos en almacenes del arsenal de La Carraca, así como a bordo de los navíos *Terrible* y *San Leandro*, aunque posteriormente se decidió su traslado a los navíos desarmados *Castilla* y *Argonauta* que, como pontones<sup>[78]</sup>, fueron amarrados a los muertos existentes en la bahía, de forma que no fuera sencilla la escapada a tierra. Por el contrario, a los oficiales,

plana mayor y almirante Rosily, se les autorizó a permanecer a bordo de sus buques, de momento.

Un problema se presentó cuando la Junta de Sevilla denegó el permiso para que un enviado del almirante Rosily llevara las noticias del suceso al emperador, condición a la que se había comprometido el capitán general. Insistió el almirante francés ante el general Morla, que le contestó de forma desabrida y sin el amor rendido hasta entonces, aunque apoyó su petición como de ley ante los miembros de la Junta. Por fin, desde la capital andaluza se permitió que fuese el propio almirante quien comunicase a Bonaparte los hechos acaecidos. Aceptó Rosily la oferta y abandonó Cádiz acompañado de algunos de sus oficiales, bajo palabra de no rendir servicio contra los españoles o ingleses hasta el fin de la guerra o cuando fuesen canjeados. También fue necesario obtener la autorización del almirante Collingwood, que concedió el necesario salvoconducto para la navegación de un pequeño buque mercante con pabellón neutral. El almirante francés acudió a despedirse de los generales españoles, rogando por el cuidado humanitario de sus hombres en normas de guerra, a la vista del rencor que se respiraba en la ciudad contra ellos.

En cuanto al botín guerrero, tampoco era despreciable, bien lo saben los dioses de la mar, dada la penuria de nuestras arcas y depósitos por aquellos días. Se capturaron en la escuadra francesa 442 cañones de a 36 y a 24, nada menos que 1.651 quintales de pólvora, cifra considerada como regalo celestial, 1.429 fusiles, 1.069 bayonetas, 80 esmeriles, 50 carabinas, 505 pistolas, 1.096 sables, 425 chuzos y 101.568 balas de fusil, sin contar los cargos casi completos de las municiones de cañón. Y gran parte de estas armas, salían en carretas con prisas hacia el ejército que se armaba en Andalucía, para resistir el avance francés. Pero en otro aspecto nada despreciable, también nos hicimos con los víveres que pertrechaban la escuadra francesa para cinco meses, un conjunto extraordinario y de calidad, si tenemos en cuenta que en nuestros buques se carecía de pan y galleta.

Como todavía se mantenían en los primeros días las dotaciones francesas a bordo de sus buques, las primeras acciones fueron las de desembarcar la pólvora, para evitar posibles acciones descabelladas, así como, a continuación, los víveres, que debían quedar a disposición del Departamento. Pero en ese campo particular entró la picaresca española, que no hemos sido capaces de erradicar todavía. Porque de aquella ingente cantidad de alimentos, una gran parte fue escamoteada durante los barqueos, llevados a

cabo con elementos de miseria y aportes particulares menos patrióticos, a pesar de las protestas elevadas por nuestros mandos.

Es posible que el aspecto más importante de la rendición de la escuadra francesa, fuera el de los vientos generosos que se insuflaban en nuestra alicaída moral. Porque, como es de suponer, la noticia se corrió por toda España, con lo que la Real Armada parecía tomar nuevos bríos y pasar a disfrutar lejanas epopeyas. Por desgracia, que todo debe decirse cuando se comenta nuestra historia en verdades, caímos en el pecado secular, ése de no saber premiar y castigar con rigor y justicia. Digo esto porque la Junta de Sevilla, alborozada por el éxito que se atribuía en parte, se decidió por la recompensa general, esa que tanta injusticia concede en cualquier Institución. A todos los oficiales involucrados en las acciones de guerra llevadas a cabo por la Real Armada, la que todavía defendía a don Fernando VII, se les concedió el grado inmediato superior. Y como el español es resabiado en los oficios, ocurrió como tras el combate sufrido en aguas cercanas al cabo Trafalgar, porque ascendieron algunos que ni siquiera habían pisado la provincia gaditana en los últimos años. Y debía sentirme contento por haber sido ascendido al empleo de capitán de fragata, cuando sólo contaba con veinticuatro años, aunque, en verdad, las acciones no hubieran sido tan sangrientas ni peligrosas como las llevadas a cabo con el bergantín *Penélope*, que en aguas quedaron.

En cuanto al punto que más me interesaba, con vistas al futuro y mi carrera en la Armada, decidí mover los huesos. Sin perder tiempo, pregunté al ya capitán de navío Uriortúa el mismo día 15.

—He oído, señor, que la escuadra se hace cargo de los buques rendidos.

—Por supuesto, Leñanza. Así debía ser.

—Desde luego, señor. Querría saber, si es posible —vacilaba el tono de mi voz—, cómo se van a nutrir las dotaciones de tanto navío. No andamos con personal suficiente.

—De entrada, los navíos toman los nombres castellanizados, es decir, *Héroe*, *Algeciras*, *Plutón* y *Neptuno*. De esta forma, no ha de ser trabajoso cambiar sus nombres a popa. En cuanto al *Argonaute*, como todavía se encuentra en activo el *Argonauta* español, aunque no creo que su futuro se alargue mucho, pasará a disfrutar el nombre de *Vencedor*<sup>[79]</sup>. Y la fragata *Cornelie* pasa a ser la *Cornelia*, sin dudarle. El general Apodaca ha nombrado como comandantes de dichos buques a los segundos comandantes de los cinco navíos españoles. Bueno, la verdad es que esa decisión ha debido ser

aprobada por el mariscal de campo don Eusebio Herrera, como vocal de la Suprema Junta de Sevilla en Cádiz.

—¿La Junta de Sevilla ha de aprobar las decisiones del comandante general de la escuadra? —pregunté con cierto tono de enfado.

—No debe extrañarle, Leñanza. Hoy por hoy, la Junta Suprema de Sevilla es nuestro Gobierno legítimo, una vez que no hemos aceptado la mascarada preparada por el emperador Bonaparte.

—Tiene razón, señor. ¿Y las dotaciones de los navíos? Quiero decir que...

—Si su deseo es el de pasar como segundo comandante a alguna de esas unidades, le recomiendo que lo hable con el general Apodaca o se dirija directamente a alguno de los comandantes nombrados, que ya intentan ajustar sus equipajes. Y como dice, no sobra el personal. Pero ándele con brío, que son muchos los nuevos capitanes de fragata con esas mismas aspiraciones.

—Muchas gracias, señor.

Quedé inquieto y nervioso ante aquella noticia, que me forzaba a actuar de inmediato. Y sin dudarlo un solo segundo, elaboré planes para atacar por derecho al brigadier don José Rodríguez de Arias, a quien se le había concedido el mando del navío *Algeciras*, y me distinguía con especial afecto.

Sin embargo, una vez más la vida llegaba en olas a mis costados, esa permanente variación a la que estamos sometidos por los cielos o los infiernos, porque las noticias inesperadas se sucedieron con rapidez.

El día 14 había recibido una nota de mi buen amigo Beto, informándome de que las familias se encontraban sin novedad y a buen resguardo en la hacienda murciana de Santa Rosalía, una noticia que tranquilizó mi ánimo al compás. Y sin mayor trascendencia, o así lo estimé mientras leía la misiva, también comentaba con tono de humor que mi precipitada salida a escape de Madrid había sido injustificada. El propio Joaquín Murat había comentado al general Escaño, una vez al tanto del encuentro a muerte entre su ayudante y el teniente, que quedaba encantado de haber perdido de vista para siempre al sobrino muerto en duelo, un calavera que sólo le traía preocupaciones y desgracias. Además, tras serle explicada la causa de la afrenta por don Antonio, razonaba que el lance había sido justo, proporcionado y de ley. Eso quería decir que había llegado a Cádiz por pura precipitación y seguridad, gracias a las cuales había podido asistir a la rendición de la escuadra francesa. La providencia, o nuestra Señora de Valdelagua, continuaban laborando a mi favor.

Pero la ola en ampollas me entró el mismo día 15, tras la conversación mantenida con Uriortúa, cuando fui llamado con urgencia a presencia del

general Apodaca. Debo reconocer que siempre he soñado con que el dedo de la fortuna me designaba como norma entrado en aires, y llegué a pensar que el general había decidido concederme algún puesto de importancia en los buques apresados. Por desgracia, en ésta ocasión no acertaba con los dardos, ni de cerca.

Me presenté en la cámara del comandante general de la escuadra en las primeras horas de la tarde. Y recibí una buena infusión de moral, al comprobar cómo tenía extendida la bandera arriada por el navío *Héroe*, que la Armada debería conservar para que las futuras generaciones pudieran comprobar lo que hicieron sus mayores<sup>[80]</sup>. Sin embargo, la espada del almirante Rosily, ofrecida al general Moreno como signo de rendición, le había sido devuelta en cortesía. Pero como no era don Juan Ruiz de Apodaca de los que mareaban la perdiz en concierto, me entró por derecho sin esperar un segundo de más.

—Me alegro de su ascenso, Leñanza.

—Muchas gracias, señor general. También yo le felicito por la Banda roja de la Junta de Sevilla.

—Bueno, eso es un pedazo de tela sin mayor importancia, y lo digo en serio. También recibiremos una medalla que ha creado la Junta, de bronce y forma ovalada —entonaba medio en chanza—. En el anverso figura una corona triunfal de la que pende un águila imperial invertida y dos sables cruzados. A su alrededor figura la inscripción, *Por la rendición de la escuadra francesa*. Y al reverso, solamente cita, *9 de junio de 1808*. No merece mayor comentario —esbozó una sonrisa—. Ya se la haré llegar en su momento.

Aquellas últimas palabras sonaron a retumbo de cañón, aunque no aclararan nada todavía.

—Le he llamado para pedirle un importante favor, Leñanza. Y así debe considerarlo, que no se trata de orden alguna por parte del comandante de la escuadra.

Una voz me alarmó de lejos, porque no cuadraba un ruego en quien manda buques y hombres. Y no era la primera vez que escuchaba aquella cita en los últimos meses. Pero asentí en cortesía y subordinación.

—Lo que mande, señor general.

—¿Todavía dispone del salvoconducto del gran duque de Berg a su nombre, para transitar sin posible obstrucción por los caminos de España?

—En efecto, señor —la voz en las tripas crecía a la mala, aunque no pudiera todavía atisbar por donde recibiría la descarga—. Lo mantengo

porque no dispone de fecha y puede ser usado en cualquier momento, como le comenté al mayor general. Y lo tienen a su disposición.

—Hace algunos días recibí nueva nota secreta de don Antonio de Escaño, sobre los temas que mucho nos preocupan. Me recomendó de nuevo a su persona, a quien mucho debe apreciar, así como su sentimiento por haberlo perdido sin necesidad.

—En efecto, señor. Resulta que el gran duque de Berg estaba deseando perder de vista a aquel bellaco.

—En efecto. Y por esa razón, podría regresar a la Corte sin mayores problemas, disponiendo de ese papel que tanto valor dispensa.

Los rumores se aclaraban por momentos y sin especial agrado de mi parte. Los sueños volaban hacia popa en bandadas, como tantas otras veces, porque ya veía venir la rasa hacia mi cara.

—Supongo que sí, señor.

—Las tropas francesas bajan hacia las Andalucías en apreciable cantidad. Se ha formado un ejército por nuestra parte bajo el mando del general Castaños que, hasta ahora, se encontraba de Comandante General del Campo de Gibraltar. No es fácil pasar a la Corte desde el sur, y menos si se llevan encima ciertas..., ciertas notas que jamás deben caer en manos del francés. ¿Me comprende?

—Creo que sí, señor —el tono de mi voz decrecía en ardor.

—Necesito que lleve personalmente una nota de especial importancia para el general Escaño. Aquí no disponemos de salvoconducto alguno que asegure la llegada a la Corte, como era el caso del teniente de navío Lucas Zuloaga, enviado por Murat para enterarse del verdadero estado de la escuadra. Me mostró su pasaporte, que es idéntico al suyo. Por cierto, que fue una hábil maniobra del general Escaño hacerse con algunos ejemplares. Quiero decir que, en su caso y con carruaje propio, le sería factible regresar a Madrid, para incorporarse a su destino como ayudante del general Escaño, tal y como se especifica en el salvoconducto. Pero, al mismo tiempo, llevaría información de la mayor importancia que don Antonio ha de recibir y que, repito, no ha de caer en manos francesas cueste lo que cueste. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Desde luego, señor.

—Como puede suponer, le hablo al general Escaño de las diferentes Juntas en la provincia, del futuro en Cádiz y la defensa que hemos de preparar los que no pensamos colaborar con ese rey fante, que nos ha regalado en estuche el emperador. El único peligro, y debe saberlo, es que se hayan

cambiado los modelos de los salvoconductos en vigor, lo que suele ser habitual.

—Es igual, señor. Puede contar conmigo para lo que estime necesario.

—Muchas gracias, Leñanza. Sabía que no fallaría en la ocasión. Puede estar seguro de que hará un gran servicio a su patria. Y estoy al tanto de su desencanto porque pensaba embarcar en alguno de los navíos franceses apresados —volvía a sonreír de forma paternal—. No se aflija porque, de momento, se moverán poco. Pero le prometo que tiene mi palabra para, en un futuro cercano, conseguir el destino a bordo que desee, si se encuentra en mis manos.

—También le agradezco ese generoso ofrecimiento, señor.

—Pues nada más. Dentro de una hora tendré preparados los pliegos para el general Escaño. Y por favor, escóndalos en su carruaje con seguridad. Hay mucha tropa francesa en los caminos y le someterán a comprobación en varias ocasiones. Pero, por Dios y nuestra Señora del Rosario, que han de llegar esos papeles a la Corte.

—Llegarán, señor, puede estar seguro.

Es fácil imaginar mi estado de ánimo cuando abandonaba la cámara del general Apodaca, cabizbajo y pensativo. Pero no crean que era el peligro lo que me zarandeaba en ondas. Nada de embarques ni derrotas a las Indias. Nada de combates en la mar contra el francés, ni de continuar disfrutando el maravilloso perfume de la mar. A cambio de tales horizontes, debería acometer una comisión por tierra con cierto peligro. Pero no podía negarme, eso quedaba tan azul como la mar antillana. Se lo debía al general Apodaca, al general Escaño y, por encima de todo, a mi patria.

## 20. Juramento rechazado

Entraba por los poco atractivos arrabales de la villa de Madrid en la mañana del día 19. Una vez más, como diabólica repetición, descoyuntado de huesos, con los animales abiertos en espuma y el carruaje a medio punto de desguace. Porque a la habitual dureza de aquellos caminos serranos que suben a la Corte desde el sur, se debían añadir en la ocasión miles de roderas abiertas por los montajes artilleros de las tropas francesas, que infectaban veredas, montes y vaguadas. Sin embargo, un sentimiento de felicidad se agrandaba por momentos en mi pecho, al comprobar que los pliegos, bien amparados bajo el pesebrón, llegarían intactos a su destino. Pero no había transcurrido la tarea sin sobresaltos, al haber sido detenido, no siempre con la necesaria caballerosidad, por tropas francesas a las que debía mostrar una y otra vez el salvoconducto del lugarteniente general del Reino. Por fortuna, no debía haber cambiado el modelo una sola línea, porque sirvió al fin como llave de oro.

En las postreras horas del penoso trayecto, llegué a pensar que mi carrera como oficial de la Real Armada tomaba una derrota inesperada, desagradable por más y escasamente acorde con mi vocación marinera. Porque en los últimos meses, asentados como lustros en mi cerebro, había navegado cientos de millas arrastrado por caballos, en lugar de ser impulsado por vientos generosos en la mar. Pero así nos movíamos en aquellos años de penurias, sobresaltos e incertidumbre, con nuestra historia bien prendida a la espalda.

Arribé a la posada de don Antonio de Escaño transpuesta la meridiana, en un día cargado de nubes y con viento cruzado, poco acorde al verano en su punto álgido. Y sin vacilar un segundo, advertido por el viejo Bernardino de la presencia del general y mi compañero Beto en la sala de trabajo, entré en ella como animal polvoriento y descoñetado. No debían esperar mi llegada, porque ambos repasaron mi figura como si se les hubiera aparecido un coro de ánimas en noche de lluvias.

—¡Por todos los cristos crucificados! —don Antonio se levantaba al salto, con más rapidez que Beto, para llegar a mi altura y fundirme con fuerza entre sus brazos—. ¿Qué ha sucedido por Cádiz? Tu aspecto de extremo agotamiento, cercano al último suspiro, nada bueno puede aparejar. ¿Escapó la escuadra de Rosily? ¿Han llegado tropas francesas en su auxilio?

Sin tiempo a ofrecer respuesta, también Beto me estrujaba entre sus brazos con signos de alegría, levantando polvo de mi casaca al golpearla, como sucede cuando se sacuden las mantas al comienzo de los inviernos. Creo que fue entonces cuando me encontré realmente desfallecido.

—¿Puedo sentarme, señor? Y gustaría de tomar algún sorbo de vino, si a bien lo tiene.

—¡Bernardino! —el general golpeaba la campana hasta descargar el badajo, cuando su fiel criado apareció en la puerta—. Vamos, una jarra de buen vino y algún embutido con pan para el teniente de navío Leñanza.

—Perdone que le corrija, señor, pero he sido ascendido al empleo de capitán de fragata por la Junta Suprema de España e Indias, establecida en Sevilla, tras la victoria conseguida en Cádiz.

—¿Ascendido? ¿Victoria? —el general parecía un joven nervioso, en espera de noticias amorosas—. Por todos los santos, muchacho, desembucha la información y no me mantengas en brasas.

—En primer lugar, señor, le hago entrega de unos pliegos secretos que le envían los generales Ruiz de Apodaca y Moreno, motivo de mi precipitado regreso a la Corte —extraje la cartera del forro de mi casaca—. Según me comunicó el comandante general de la escuadra, era muy importante que llegaran a sus manos con la mayor rapidez, y sin que narices francesas llegaran a olerlos.

—Peligrosa misión es ésa en estos días. ¿No has topado con fuerzas francesas a lo largo del camino?

—Fui detenido en varias ocasiones. Por fortuna, el salvoconducto hizo su papel a las mil maravillas.

El general Escaño tomó los pliegos en sus manos, depositándolos con rapidez sobre su mesa de trabajo, atestada de expedientes y legajos en informe montón, sin ofrecerles mayor importancia.

—Esto puede esperar. En primer lugar, deseo saber los detalles de todo lo acaecido por el sur. Vamos, comienza sin aderezos.

Tal y como deseaban, me extendí al detalle sobre todo lo sucedido desde mi arribo a la bahía gaditana. Era un corto periodo de tiempo que, sin embargo, se alargaba en mi cerebro a vueltas. Los veía interesados,

haciéndome repetir algún punto concreto y con los rostros abiertos en sonrisas.

—Mucho me alegro de esas noticias, aunque concuerdo contigo en que se ha mareado la perdiz en exceso. Pero bien está lo que acaba en triunfo, aunque se sufran arañazos. Ha sido una buena baza echar la mano sobre esa escuadra que, en estos momentos, se encuentra formada con los buques mejor alistados que podemos soñar. Por fortuna, no podía llegarle auxilio al almirante francés. Pero antes de cualquier otro comentario, quiero felicitarte por tu ascenso que, no lo dudes, se certificará como debe. Y siento que, por causa de esta comisión, hayas perdido la oportunidad que esperabas de embarcar en uno de esos navíos. Ya te llegará la ocasión, no lo dudes.

—Sigo siendo su ayudante, señor, si todavía lo estima oportuno.

—No digas majaderías. Pero no creas que por aquí pisamos terreno firme, ni mucho menos.

—Bueno, ya tenemos un nuevo y flamante Rey, señor, de esa dinastía creada a las faldas de una revolución. Según se comentaba en vergüenzas por los corros gaditanos, fue vitoreado por muchos españoles que asistieron en Bayona a la proclamación —utilizaba un evidente tono de censura en mi voz.

—No vivimos momentos dulces estos días, es incuestionable. Pero os aconsejo mesura en vuestras opiniones a partir de ahora —don Antonio levantaba un dedo en señal admonitoria—. Debéis tener presente, que al lado de ese Rey José I a quien no pienso reconocer como tal, en el momento de su proclamación no sólo se encontraban fuerzas francesas, sino bastantes españoles. Y no eran precisamente los menos ilustrados, ni los menos dignos ni..., ni los menos amantes de su patria.

—¿Cómo puede decir tal cosa, señor? —protestó Beto, mientras por mi parte atacaba en silencio unos chorizos y bebía vino con extremo placer—. Precisamente usted que labora a la sombra en defensa de don Fernando.

—En defensa de la libertad española deberías decir, que es cuestión muy diferente. Es mala y desaconsejable táctica la de apartarse hacia los extremos, muchachos, en cualquier aspecto de la vida —don Antonio tomó asiento en corro con nosotros—. Aunque sea fácil, no estiméis como traidores o afrancesados infamantes, tal y como se les denomina en la actualidad con escarnio, a los que entienden como mejor camino para España este cambio de dinastía. Alegan, muchos con sincera convicción, que será bueno para el progreso de la nación, así como el disfrute de unas libertades que el pueblo merece. Y tiene gracia dicha aseveración, porque ese pueblo es, precisamente, el que se ha levantado en armas como un resorte. Por otro lado, los de la

facción contraria califican a los que defendemos la lucha contra el francés y a don Fernando como legítimo Rey, con los apelativos nada agradables de bandidos.

—Bandidos, facciosos e insurrectos, para hablar con exactitud, señor —completó Beto.

—En efecto, hablas en ley. Ése es uno de los apartados que más me preocupa, mirando al futuro. Porque además de luchar contra los invasores en clara inferioridad de armas y hombres, una contienda que llegará a su fin tarde o temprano, España puede quedar fraccionada en dos bandos separados por un peligroso precipicio. Y no son fáciles de cerrar esas heridas.

—Por fortuna, en la Armada hemos sufrido escasas defecciones —me arrepentí de haber entrado en esa vereda, dados los sentimientos personales de don Antonio por alguno de los afectados.

—Tienes razón. La muerte del teniente general Borja, acusado de afrancesado sin causa, ha sido injusta. El pobre ha pecado solamente de indecisión, condición unida a su extrema longevidad. Es posible que la suerte corrida por el marqués del Socorro en Cádiz, también se debiera a su excesiva precaución.

—Pero era un hombre joven —alegué a la contra.

—Desde luego. Me refería a esa lentitud en dar el paso definitivo, cuando te arrean los animales al tiro. Para bien o para mal, son situaciones propias de estos tiempos revueltos, en los que no se permite vacilar y los más bajos sentimientos afloran a la superficie.

—¿Quién ha relevado en Cartagena al general Borja? —pregunté, interesado.

—El teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros, a quien bien conozco. Espero que ejerza con mano dura y salga avante en la difícil empresa que le ha caído sobre los hombros.

—No será un anciano como su predecesor —estimó Beto con esperanza.

—En absoluto. Casos como el del marqués de los Camachos no son normales. Creo que el general Cisneros sentó plaza de guardiamarina tres años después de que lo hiciera yo, si no me fallan los recuerdos. Y espero que no me consideréis anciano a mis 55 años.

—Desde luego que no, señor —clamamos a coro.

—Parecéis un par de peloteros cortesanos —don Antonio reía de buen humor—. Por fortuna, en Cartagena también se encuentra el brigadier Ciscar, un hombre extraordinario, que ha pasado a formar parte de la Junta de Defensa, elegido por aclamación popular. Ha sido designado para organizar

las fuerzas armadas de tierra y mar en la provincia de Murcia, en defensa de nuestros derechos contra el francés.

—También en Ferrol se produjeron excesos —comentó Beto para mi información y dar pie de entrada al general.

—Ningún departamento marítimo quedó sin brasas. Como dices, en Ferrol el populacho asaltó sin dudarle la residencia del teniente general don Pedro Obregón, comandante general del arsenal. Era acusado de afrancesado, esta vez con toda razón porque defendía tales ideas a voz en alto. Y salvó su vida de milagro, gracias al capitán general del departamento, don Francisco Melgarejo, que consiguió quedara detenido en el castillo de San Antón, en La Coruña. En cuanto a la actuación personal de otras elevadas cabezas de la Real Armada —creí entender que bajaba el tono de su voz—, ya sabréis que don José de Mazarredo ha sido nombrado, el día 3 de junio, Secretario de Estado y del Despacho de Marina, así como Director General de la Armada, en el Gobierno del intitulado como rey José I, a quien ha aclamado como legítimo Monarca en Bayona. Y eso que ya Gil y Lemus le había ofrecido la capitanía general del departamento gaditano con anterioridad, con lo que cesaba en su penosa e injusta situación de destierro. Pero los acontecimientos posteriores impidieron llevarla a cabo y se decantó por el nuevo sistema. Y no creáis que utilizo dos raseros bien distintos para enjuiciar a determinados personajes, pero si alguien en España tenía derecho a optar por esa salida es él, no hay duda, tras haber sido masacrado por la anterior dinastía, con el único pecado de ser leal y decir siempre la verdad.

El general Escaño pareció quedar pensando en sus últimas palabras, antes de continuar.

—Otros grandes personajes de la Armada fueron forzados a acudir a dicha ceremonia en Bayona. No obstante, o bien se escaparon por el camino, como el bailío Valdés<sup>[81]</sup>, que se escurrió por Burgos y todavía anda escondido, o alegaron enfermedad. También el teniente general don José Justo Salcedo está dispuesto a colaborar de forma estrecha con el nuevo monarca aunque, para fortuna de la causa, se le arrebatara el mando de la escuadra de Cartagena, cuando estaba dispuesto a llevarla a Tolón. Este caso no es comparable al del general Mazarredo, porque no estimo en Salcedo la misma catadura personal, ni mucho menos, y más bien un posible deseo de rápida progresión en su carrera. En fin, ya os digo que anda la mar revuelta y, para contra, sin pescado.

—¿Cómo andan por aquí? ¿Continuáis en la confianza del gran duque de Berg, señor?

—Más o menos. Creo que perdiendo enteros, aunque Beto sea más optimista en ese preciso aspecto —ofreció una seca sonrisa—. Hace casi dos semanas, el día 6, don Francisco Gil y Lemus me llevó a presencia de don Joaquín Murat, por su orden. Acudimos al palacio de Godoy, donde estuvo instalado el Almirantazgo y que tan bien conoces, donde ha instalado el lugarteniente del reino su cuartel general y residencia. No las tenía todas conmigo cuando me dirigía hacia allí, si os hablo con sinceridad. Pero debo reconocer que el duque de Berg se mostró muy afectuoso con mi persona. Y sin esperarlo, como un tiro disparado a quemarropa, me ofreció el mando de la escuadra de Ferrol, que debía salir con abundante tropa y armamento hacia el Río de la Plata, amenazado según sus informaciones por una nueva expedición inglesa.

—¿No habían firmado los britanos, en su rendición ante don Santiago Liniers, que no volverían a atacar aquellas tierras?

—No creí una sola de las palabras de Murat. La verdad es que la escuadra se encuentra alistada en Ferrol para salir a la mar, compuesta por los navíos *Purísima Concepción* y *San Telmo*, fragatas *Prueba*, *Magdalena*, *Venganza* y *Diana*, así como el bergantín *Descubridor*. Pero estimo que las verdaderas intenciones de Murat, de acuerdo con su emperador, son que esa escuadra acabe recalando en algún puerto francés del canal. A tal fin, se utilizaría cualquier pretexto, como el embarco de tropas expedicionarias o la necesidad de unirse a otra división francesa, para tomar nuestros navíos en territorio gabacho sin posible retorno. He llegado a pensar como otra posible razón, que intentaran quitarme de la escena, aunque sería más fácil tomarme preso y encarcelarme por derecho. No estoy seguro. Pero no creo en ese peligro británico sobre el Plata, desde luego.

—No es tarea sencilla rechazar lo que, más que ofrecimiento, debe considerarse como una orden. ¿Qué le contestó al gran duque? —pregunté con cierto temor.

—Gracias a Dios todavía soy ágil de reflejos mentales, y salí del atolladero como pude. Creo sinceramente, sin petulancia alguna, que soy necesario aquí, en esta lucha que emprendemos contra los franceses, porque muchos confían en mi persona. De esta forma, alegué al gran duque importantes achaques de salud, algunos ciertos aunque exagerados en su medida. Pero creo que le afectó más la siguiente defensa que empleé. Le sugerí que como el general Mazarredo, con quien siempre había trabajado en estrecha y leal unión, debía venir a la Corte para hacerse cargo de los asuntos de Marina, sería el momento adecuado para tratarlo con él y tomar la solución

definitiva. Porque entendía como posible, que decidiera mantenerme a su lado en el nuevo puesto de alta responsabilidad que asumía. Debo reconocer ante vosotros, que me sentí un poco mezquino y avergonzado por utilizar en la ocasión mi antigua y estrecha unión con el general Mazarredo. Pero me encontraba a la desesperada y es la única salida que me saltó a la vista.

—¿Lo aceptó Murat?

—Pues si os digo la verdad, no podría decir sí o no. Pero como calló y pasó a otro tema, entiendo que mostraba su acuerdo. De todas formas, la situación para los que permanecemos en esta villa con doble juego, es inestable y más peligrosa cada día. Muchas voces vuelan en coros y no todas con la necesaria lealtad. En cuanto llegue el Rey José a la Corte, se nos hará jurar lealtad, lo que no pienso hacer ni pasado por las brasas de la Santa Inquisición. Será el momento de abandonar Madrid. Por cierto, Beto, que debes preparar un disfraz más para nuestro amigo.

—¿Un disfraz? ¿Para una fiesta? —pregunté sin comprender.

—Una fiesta cortesana muy especial y poco divertida —don Antonio reía a carcajadas—. Los disfraces son para abandonar la Corte, cuando creamos llegado el momento, lo que se producirá, por desgracia, más pronto que tarde.

De esta forma, pasé de nuevo a mi trabajo como ayudante del general que, en realidad, era de pura conspiración. Por fortuna, todos los miembros del Consejo Supremo de Marina se encontraban unidos y sin fisuras, una vez escarbados los granos podridos, también preparados para salir de Madrid hacia provincias al primer aviso de inseguridad o peligro. El general Escaño seguía manteniendo a la mano los salvoconductos de Murat, ya preparados con nombres para utilizarlos en nuestra vía de escape. Pero yo sabía que a don Antonio le quedaba una bola negra por tragar, una que no le deseaba al peor de los enemigos. Porque no hay condición más penosa para el que escogió la carrera de las armas, que negarse ante quien se ha considerado como cabeza superior, y de quien se han recibido prebendas y favores. Como pueden suponer, me refiero a don José de Mazarredo, cuya llegada a Madrid se esperaba para cualquier momento. Y estoy seguro de que don Antonio luchaba en su interior, sufriendo ante el posible encuentro.

El teniente general don José de Mazarredo llegó a la Corte el día 3 de julio, investido ya como cabeza máxima de la Real Armada y adelantándose en unos días a su señor, el Rey José I. Comprobé que, una vez en conocimiento de tal noticia, el general Escaño se mantenía nervioso y atento a cualquier

llamada. Por fortuna, la faena del nuevo Secretario era de grado máximo y papeleo sin fin, con lo que fueron pasando los días, preparados en la posada cuerpos y bagajes para abandonar la capital en cualquier momento.

Por fin, el 20 de julio entraba en Madrid el rey José Napoleón, acompañado de todos los notables que le auxiliaron en Bayona a componer la Constitución política de la nueva era, así como los ministros que iban a formar su Gobierno. Como es de suponer, el rey intruso acudía bien rodeado de tropas imperiales, sin cuya cobertura difícilmente habría alcanzado la capital. Y no se trató, como en otras ocasiones, de entrada triunfal, sino paseo corrido por calles desiertas y balcones cerrados. Por la villa se difundió la noticia, de que cinco días después sería proclamado Rey de España.

Fue el día 22 a media mañana, cuando se recibió en la posada del general Escaño un sobre lacrado con el sello de la Secretaría de Marina. Se lo entregué en mano, pero ya al observar mi cara debía suponer el remitente.

Aunque no creo que dudara de su contenido, don Antonio movió el pliego entre las manos durante bastantes segundos, antes de proceder a descalzar los lacres. Como supimos después por su boca, el general don José de Mazarredo le dictaba el siguiente oficio:

*Excelentísimo Señor: Conforme a orden del Rey, prevengo a V. E. que mañana sábado a las doce del día, se halle en Palacio en la Secretaría de Marina, para subir a la cámara de S. M., presentarse y prestar en sus manos el juramento de fidelidad; honor con que S. M. quiere distinguir a los generales de su Ejército y Armada residentes aquí.*

El escrito continuaba eximiéndolo de vestir el uniforme grande, como pediría la gala del día, si no disponía de él, lo que era condición normal en aquella época de penurias. Pero remataba con una frase que poco agradó a nuestro general: ... *si acaeciére hallarse V. E. indispuerto que le impida verificarlo en persona, me remitirá para la misma hora su oficio de contestación, expresando el impedimento de su salud y que jura fidelidad y obediencia al Rey, a la Constitución y a las leyes.*

Don Antonio se mantenía en silencio ante nosotros, bailando las manos con extrema agitación. Observaba las muecas producidas en sus labios, como si hablara consigo mismo, un tanto enfurecido. Pero por fin se volvió hacia nosotros, con chispas de fuego en sus ojos.

—¿Cómo me puede ordenar don José de Mazarredo, a quien tanto aprecio y debo, que jure una Constitución parida por un emperador gabacho a su

capricho? No es justo, por todos los dioses en racimo. La verdad, muchachos, no esperaba que nuestro primer contacto después de bastante tiempo, fuera por medio de un simple e impersonal oficio. Creo que merecía, al menos, haberseme concedido una conversación particular, unas palabras sinceras entre compañeros con tantos años de colaboración en común.

Nos mantuvimos en silencio, dejando que descargara el velacho a su aire. Pero no frenaban los vientos, sino que su rostro se agitaba más y más conforme pasaban los segundos. De esta forma, optamos por retirarnos y dejarlo en soledad, una condición que necesitaba. Y así pasamos el resto del día, sin saber a qué atenernos, aunque Beto preparaba los disfraces y unas bolsas de comida, agenciadas por Okumé. Sin embargo, nos tomó por sorpresa que don Antonio pidiera su carruaje, para abandonar la casa en solitario. Regresó bien entrada la noche, sin pronunciar una sola palabra, aunque más tarde supimos que se había reunido con otros miembros del Consejo de Marina.

Dormimos poco aquella noche, asaltado en mi caso con escenas de huidas, vestidos como pordioseros de limosna, para acabar recibiendo prisión y tortura. Pero la sorpresa mayor la recibimos a las siete de la mañana, cuando ya en su sala de trabajo, fuimos requeridos por el general. Sin elevar la mirada, moviendo sus manos en nervios declarados, se dirigió a mí con seriedad.

—Toma la pluma, *Gigante*, y escribe las palabras que te voy a dictar. Tomé el recado de escribir a gran velocidad, aunque mis manos temblaran ligeramente.

—Estoy dispuesto, señor.

—*Excelentísimo Señor: En contestación al oficio de V. E., mi honor y mi conciencia me dictan manifieste a V. E., que no habiéndose verificado aún que la Nación o la mayor parte de ella haya reconocido el nuevo gobierno y Constitución, de que tampoco me hallo enterado —aumentaba el movimiento de sus manos, apretándolas entre sí como si deseara calmar el nerviosismo que lo atenazaba—, no puedo prestar el juramento que se me exige, hasta que aquellas circunstancias se verifiquen; en cuyo caso lo haré gustoso, manteniéndome entre tanto como un ciudadano pacífico. Y por cuanto el estar actualmente empleado es el motivo de exigirme tal juramento, yo hago desde luego dimisión de los empleos que hasta ahora obtuve, considerándome desde este momento como un mero particular. Sírvasse V. E. hacerlo presente a S. M., de quien espero se sirva tener a bien esta sincera manifestación de*

*mi ánimo, de la cual no me puedo separar. Dios nuestro señor guarde a V. E. muchos años. Madrid, 23 de julio de 1808.*

Quedamos en silencio, una condición que parecía haberse amadrinado a nuestras vidas en las últimas horas. Pero en este caso, lo rompió don Antonio con rapidez. Tomó el pliego en sus manos y, tras leerlo, depositó su firma sin dudar.

—Dirígelo al Excelentísimo Señor don José de Mazarredo. Pon mi sello y que sea llevado a Palacio.

El rostro de Beto parecía preguntar si preparaba el carruaje, condición que también navegaba por mis pensamientos, pero nada dijimos. Por fortuna, tuvimos conocimiento de que todo los miembros del Consejo; Álava, Salazar, Villamil, Espinosa y Fernández de Navarrete se habían expresado en las mismas circunstancias, posiblemente pactadas en la noche anterior. Pero no tomaba decisión alguna sobre el futuro don Antonio, lo que nos mantenía en ascuas, sin saber que elucubraba su cabeza por aquellos momentos.

No tardó en saltar la liebre de nuevo porque, al día siguiente, don José de Mazarredo enviaba nuevo oficio al teniente general Álava, decano del Consejo Supremo de Marina, que lo hizo llegar a todos los miembros. Lo leímos con impaciencia:

*Excmo. Sr. Recibí el oficio de V. E. de antes de ayer, y los enteramente iguales de los demás ministros del Consejo Supremo de Marina don Antonio de Escaño, don Luis de Salazar, don Juan Pérez Villamil, don Martín de Fernández de Navarrete y su secretario el jefe de escuadra don José de Espinosa, manifestando todos y cada uno la resistencia invencible de su conciencia a prestar el juramento que se les mandaba, en el estado de hallarse la mayor parte de la Nación con las armas en la mano, y que hasta cesar aquellas circunstancias no pueden en efecto prestarle... He dado cuenta de ello a S. M. que por una parte se ha conmovido de los sentimientos de honor que brotan las almas de todos los ministros de ese Consejo; pero me ha mandado que le advierta que por la impresión que la conducta de personas tan respetables hace en la opinión común, no puede dejar de mirarla como un hecho sedicioso... y que de nuevo les ordena que presten sin nuevas réplicas el juramento como les está prevenido... Palacio, 25 de julio de 1808. José de Mazarredo.*

No dejaba lugar a dudas el oficio. Para colmo de males y aumentar el desasosiego en nuestras almas, el secretario Espinosa nos enviaba recado aquella misma noche, notificando que estimaba conveniente abandonar la Corte de inmediato, disfrazados y siguiendo los diferentes caminos establecidos en la última reunión. Y a ello nos aprestamos sin pérdida de tiempo, recogiendo legajos de interés y ordenando rematar los equipajes.

Había llegado el momento temido y debíamos aprestarnos a llevar a cabo el plan trazado. Y aunque yo habría partido aquella misma noche, don Antonio decidió que debíamos aparentar normalidad y salir con las primeras horas del siguiente día. De esta forma, cuando ya el alba se abría sobre Madrid, Okumé salió para traer hasta la puerta un carruaje de rudimentario aspecto, mugriento de pescante a plumón, preparado al efecto. No podíamos llamar la atención y era preferible intentar pasar por tres paisanos dedicados al comercio de ganado, aunque Beto despotricara del oficio escogido por el general. Ya estaba todo preparado y comenzábamos a vestir aquellos extraños ropajes, cuando Okumé, con una sonrisa tan amplia como jamás le había observado, entraba en la posada de don Antonio a la carrera. Y sin esperar un segundo, gritaba a pulmón.

—¡Los franceses abandonan Madrid! ¡Han sido derrotados en Andalucía!

—¿Qué dices? —intervino Beto, tomándolo por los hombros—. ¿Has entrado en demencia?

—Todos lo gritan por las calles, señor —nuestro africano se mantenía entre saltos y risas—. Y yo mismo he visto pasar a la carrera a un grupo de soldados franceses, sobre hermosos corceles.

Aunque no creíamos las palabras de Okumé, corrimos hacia la sala de trabajo de don Antonio. Lo encontramos sentado a su mesa, leyendo un grueso legajo y con su especial sonrisa en el rostro. Al ver a Beto ya vestido con extrañas calzas, le espetó con voz dura.

—¿Qué nuevo uniforme es ése? No creo que sea forma adecuada de vestir para un teniente de navío de la Real Armada, Beto. ¿Por qué entráis con esa agitación en mi sala de trabajo, sin la petición de recibo que establecen las normas?

Nos quedamos parados, en pleno desconcierto, incapaces de comprender el falsete. Pero fueron unos pocos segundos, porque entrábamos a fondo en el tema.

—Nos dice Okumé, señor, que los franceses salen de Madrid. Pero debe ser que ha entrado en...

—No miente tu secretario africano ni ha entrado en locura, aunque la noticia así lo parezca —por fin apareció una franca sonrisa en su rostro—. Hace unos minutos he recibido recado del general Álava, que me ha pasado Bernardino. Resulta que nuestra Señora del Rosario ha obrado el milagro que, en verdad, nadie esperaba. Pero un milagro de los de catedral sacrosanta con cuatro puentes. Resulta que un grupo de montañeses indisciplinados, pero bravos como Sansón, alistados con armas de fortuna, han deshecho en Cataluña las columnas de los generales franceses Schwartz y Cabrán. Pero la gran noticia, la milagrosa e inesperada noticia nos llega de ese bendito sur, que ha cambiado el signo de la aguja. El ejército formado por la Junta de Sevilla, un grupo de soldados bisoños, mal armados y peor instruidos, pero con los huevones en su sitio y bien mandados por el general Castaños, ha derrotado en toda regla al cuerpo de ejército del muy renombrado general Dupont, en las sierras cercanas a Bailén. Y no sólo se trata de inesperada derrota, sino que les han obligado a capitular y rendir las armas, con las divisiones de Vedel y Gubert. Los franceses han sufrido más de dos mil muertos y unos veinte mil prisioneros. ¿Habéis oído bien las cifras? Por todas las barraganas de Argel, que todavía me cuesta trabajo creerlo.

—¿Y cuándo ha sucedido tamaña gloria? —pregunté, mientras sentía vibrar las tripas de gozo.

—Creo que el 22, hace sólo cuatro días, fue la rendición definitiva. Y nosotros a punto de abandonar la Corte, embadurnados al garfio.

—Hemos derrotado a los franceses —repetía Beto como un poseso.

—Por tierra y por mar —alegué en gritos, eufórico—. Así aprenderán en Europa, que ese corso prepotente y sacamantecas no es invencible.

—La verdad es que, en lo que a la Armada se refiere, la maniobra nos ha salido redonda —don Antonio frotaba sus manos con regocijo—. El emperador no sólo no nos ha podido tomar un solo buque de las escuadras de Cartagena y Ferrol, como había proyectado, sino que hemos sido nosotros los que le agarramos cinco navíos y una fragata en plumas. Bueno, eso sin contar la última y divertida noticia. Resulta que, hace algunos días, entró en Vigo el navío francés de dos puentes *Atlas*. Creía llegar a puerto amigo, por lo que saludó a la plaza en reglamento de honores y fondeó sus anclas. En pocos minutos, se vio rodeado por un enjambre de embarcaciones menores, que se preparaban para el abordaje con chuzos en la boca. El comandante decidió no resistir, arrió la bandera tricolor y lo entregó a la autoridad de Marina. Más víveres, cañones y fusiles para luchar contra los franceses, sin olvidar un navío bien alistado que sumar en la cesta.

—Somos grandes —balbució Beto, encantado.

—¿Y el Rey José, señor? —pregunté, interesado por la suerte de quien ya todos llamaban *rey intruso*.

—Supongo que habrá sido el primero de los franceses en abandonar la Corte.

—Lástima no poder echarle los grillos, para colgarlo después bien alto en la plaza mayor, en público festejo —me salieron las palabras el alma.

—Habría sido un buen ejemplo para los que intenten invadir España —declaró Beto.

—No seáis macabros, muchachos, que no debemos perder nuestra cortesía y hospitalidad habitual. Bueno, lo cierto es que habría acudido con mucho gusto a esa especial demostración.

Reímos de excelente humor. Parecía increíble que, unos minutos antes, nos dispusiéramos a abandonar la Corte en carrera y con disfraz, para salvar el pellejo a la brava. Y sin embargo, poco después saltábamos de alegría ante noticias que nadie podía soñar siquiera. Incapaz de evitarlo, llegaron a mi cerebro las imágenes de Eugenia y mi hijo.

—Podemos enviar recado a las familias, para que regresen a la Corte sin demora —comenté, ensimismado en la alegría.

—Dejad las familias a buen resguardo, muchachos. No son buenos los tiempos que se avecinan, ni adecuados para mudanza de mujeres. Allí en el campo se mantienen seguros y en salud. Eso es, al menos, lo que os recomiendo con toda sinceridad.

Aquellas palabras, pronunciadas con cierta tristeza, nos devolvieron a la realidad. Pero ya continuaba el general.

—Hemos ganado una batalla, desde luego, pero solamente eso. La primera de las batallas diría yo. Me gustaría equivocarme, pero esta guerra contra los invasores se alargará en el tiempo y lo pasaremos muy mal. El rey intruso se habrá retirado hacia el norte, hasta quedar bien replegado con sus fuerzas. Pero el emperador puede poner en España, si así lo decide, medio millón de hombres bien pertrechados y experimentados en mil batallas. Por desgracia, nuestro Ejército sufre las mismas penurias que la Armada. No podremos resistir sus acometidas, si deciden descargarlas a ritmo de bombarda. Las casualidades, castigo a la prepotencia francesa, suceden pocas veces.

—Es posible que hayan escarmentado —alegué con cierta esperanza.

—Olvídalo. Debemos ser realistas y prepararnos a fondo. Muchos oficiales y tropas de la Armada han pasado ya a cubrir puestos en los

ejércitos, y las fábricas de nuestros arsenales deben trabajar a destajo con ese fin. Porque en tierra correrá la sangre a chorros, por mucho que nos duela, pero sólo de la mar nos han de llegar los auxilios. La Junta de Sevilla ha entablado negociaciones con el Gobierno británico, que cambiarán el estado bélico del momento. Según parece, los ingleses van a levantar el bloqueo de los puertos españoles libres. Y según tengo entendido, ya arriban auxilios de armas y municiones en Asturias, Galicia y Cádiz. Será vital para nosotros continuar recibiendo esos bastimentos y refuerzos, así como los caudales de las Indias, de tremenda importancia. Para ello debemos mantener una puerta abierta al mar con seguridad. Y ese portón de alivio no puede ser otro que la isla gaditana, con los caños a nuestro favor, como ya he expuesto en diversas ocasiones.

—En ese caso, señor. ¿Qué sucederá ahora? —preguntaba Beto, con la desmoralización marcada en el rostro—. No tenemos Rey.

—Es hora de que las diferentes Juntas de Defensa creadas en provincias, ciudades y pueblos, converjan en un esfuerzo común, para formar una Junta Nacional, lo que no será tarea sencilla. Pero a ello nos alistaremos con todas nuestras fuerzas desde este momento, sin duda ni titubeo posible. No por eso hemos de olvidar las victorias, que celebraremos como se debe en el almuerzo de hoy, al que os invito. Y aunque sea parco como norma en viandas y caldos, romperé la costumbre.

Aunque se trataba de un jarro de agua fría, comprendimos que el general Escaño tenía razón. De todas formas y aunque pueda parecer extraño, en aquellos momentos me consideraba el hombre más feliz del mundo. Porque si las victorias de Cádiz y Bailén eran de una tremenda importancia desde un punto de vista militar, el aspecto principal era que habíamos recobrado la estima y el orgullo propios, encenagado en los últimos años, siguiendo el dictado del francés con la cabeza baja.

Había creído Bonaparte que, derrocados los reyes y su Gobierno, y sometida la Corte, era dueño del país, previamente ocupado con despreciable abuso contra un fiel aliado. Sin embargo, se vio a nuestra patria alzarse del letargo en el que se hallaba sumida, de forma enérgica, altiva y vigorosa. Los españoles mostraban su antiguo brío, el pueblo rebosaba de ira y coraje contra la invasión con una sola voz. España se levantaba toda entera, sin más unión que el verdadero patriotismo, al punto de desafiar al temido emperador por mar y por tierra. Estos pensamientos que alborotaban mi pecho, jamás los había sentido y disfruté con ellos en plena felicidad. Todavía hoy, tantos años

después, cuando intento pasar a los pliegos estos recuerdos con mano temblorosa, siento agitarse la sangre al evocar aquellos sentimientos.

Era muy posible que el emperador francés, herido a fondo en su impenitente orgullo, enviara un millón de soldados contra nosotros, pero estábamos decididos a vender muy cara la derrota. España no se resignaba como otras naciones europeas. Todos nos encontrábamos dispuestos a luchar contra los invasores, hasta entregar la última gota de sangre si era preciso. Aunque Bonaparte quedara cegado por su propia arrogancia, la vieja España era un manjar demasiado exquisito para su boca.

Luis Delgado Bañón  
Cartagena, 24 de agosto de 2006

# Notas

[1] *Diestra* y *siniestra* son las voces antiguas utilizadas para denominar las bandas de estribor y babor en un buque. <<

[2] *Árbol seco* o *a palo seco* indican sin velamen. <<

[3] Cable o cabo que sujeta todo palo o mastelero para que no caiga hacia popa. Se entendía como *ponerse o cabalgar en el estay*, a uno de los castigos habituales para los *marineros ariscados*, haciendo que permanecieran por algún tiempo montados a caballo de un estay, normalmente en el del palo de proa. <<

[4] Se entiende por *derrota*, el camino que debe hacer el buque para trasladarse en la mar de un punto a otro. <<

[5] En un buque se denomina como *barlovento*, a la banda por la que entra el viento, y *sotavento* a la contraria. <<

[6] Se refiere a quien fuera uno de los más brillantes secretarios de Marina e Indias a lo largo del siglo XVIII, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<

[7] Combate habido en aguas cercanas al cabo Trafalgar entre la escuadra británica y la combinada hispano-francesa, el 21 de octubre de 2005. <<

[8] Maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al arganeo de las anclas, sirven para amarrar el buque en un fondeadero. De ahí la importancia de disponer de ellos en buen estado. <<

[9] Ministerio de Marina. <<

[10] Se entendía por *grillos*, el conjunto de dos grilletes con un perno común que se colocaban en los tobillos de los presos. <<

[11] Se entendía por *armadillas* o *Jierrezas sutiles* las compuestas por lanchas, botes, falúas, místicos, tartanas, balandras y todo elemento menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formadas en divisiones, habían sido utilizadas con éxito en la defensa de la bahía gaditana en ocasiones anteriores.  
<<

[12] Se entiende como *hacer cabrillas* o *cabrillar*, cuando en la mar se forman ondas con pequeñas crestas blanquecinas, producto normalmente del viento fresco. <<

[13] En la Armada se utilizaba como unidad de longitud el Pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros, dividido en 12 pulgadas. Las lanchas disponían, por tanto, de 15,6 metros de eslora y 5 de manga. <<

[14] Se entiende por *fachear* a poner la embarcación *en facha*, braceando unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[15] Abrir fuego contra el enemigo, al cortar su proa o su popa. <<

[16] En el caso de lanchas o botes, se entiende por *boza y codera* los amarres de proa y popa. <<

[17] Acción de remar. <<

[18] La escala de los vientos en esos años, corría de menos a más por *calma muerta* o *chicha*, *vagajillo*, *ventolina*, *fresco* (de todas las velas), *frescachón* (sin juanetes), *cascarrón* (rizos a las gavias), *ventarrón* (sólo mayor y trinquete) y *temporal* (trinquere y capa). <<

[19] Se entiende por *anca*, la parte exterior que forma el casco de una embarcación a cada lado de la popa. Se puede entender como *aleta*. En este caso, sin embargo, su sentido es más coloquial y con claro significado. <<

[20] Se refiere a las balas rasas, redondas y macizas. <<

[21] Se debe entender como dos nudos de velocidad, es decir, dos millas a la hora. <<

[22] Necesidad de navegar en ceñida o de bolina de forma continua, a banda y banda de la dirección del viento, cuando éste es contrario. De esta forma, puede progresar la embarcación en la dirección requerida. <<

[23] Se entiende como *navegar a la mala* en buques aparejados con vela latina, cuando la entena o verga se fuerza contra el palo. <<

[24] Se entiende por *cuarta* a cualquiera de los 32 rumbos en que está dividida la rosa náutica pero, de forma principal, el ángulo que media entre uno y otro rumbo. De esta forma, una cuarta equivale a 11,25 grados. Si, por ejemplo, se avista en la mar una unidad abierta ocho cuartas a babor, equivale a decir que se encuentra por el través de dicha banda. <<

[25] Pequeña embarcación con velas al tercio, cangrejilla o mesanilla en un pequeño palo a popa y diversos foques. <<

[26] Se entendía como *porte*, el número de cañones que montaba un buque de guerra. También se aplicaba tal acepción, en general, al tamaño o capacidad de una embarcación mercante. <<

[27] Parte inferior y más ancha del bote. <<

[28] En las lanchas, la puntería en alcance se efectuaba con el uso de las cuñas. Sin embargo, no era necesario utilizar espeques para la dirección, por ser el cañón de corredera y deberse apuntar con la proa de la lancha. <<

[29] Remar en sentido contrario, para avanzar hacia popa. <<

[30] Traducción al español de la palabra inglesa *greyhound*. <<

[31] A la falta absoluta de viento se la solía denominar como *calma chicha*, *calma muerta*, *calmaría* o *calmería*, *quedada*, *calmazo*, *callada*, *bonanza*, *jacio* y, más antiguamente, *jolito*. <<

[32] Don Francisco de Borja y Borja, capitán general de la Armada. <<

[33] Se refiere al capitán general de la Armada don Francisco Gil y Lemus. <<

[34] Ministerio de Marina. <<

[35] En la Armada se denominaba *tripulación* o *equipaje* a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de *guarnición* se reservaba para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la *chusma* o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la *dotación*. <<

[36] Don Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete había nacido en Vitoria en 1750, alcanzando el empleo de teniente general de la Armada el 5 de octubre de 1802. <<

[37] Peajes por fondeo en puertos o bahías cerradas. <<

[38] Bienes navales de todo tipo sin dueño reconocido. <<

[39] Proveniente del francés, *aide de camp*, los ayudantes de campo pasaron a recibir dicha denominación españolizada de *edecán*. <<

[40] Departamento marítimo que comprendía toda la costa pacífica de Nueva España, con cabecera en el puerto de San Blas (Méjico actual). <<

[41] Aunque en este caso se utilice la expresión en sentido figurado, se entiende por *bandola* la nueva armazón de arboladura y aparejo provisional, que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente, cuando se ha desarbolado de alguno de los palos principales. Esta maniobra se denomina como *armar bandolas*, y *navegar en bandolas* a llevarlo a cabo en esta disposición. <<

[42] Galones. <<

[43] Utilizados a bordo de todas las unidades navales, se trataba de recipientes de vidrio rellenos de pólvora, a los que se amarraba en su parte central y más estrecha una larga mecha. Al impactar contra la cubierta, derramaba la pólvora que se inflamaba, ocasionando fuego sobre el enemigo, municiones, etc. <<

[44] Las *camisas de fuego*, también llamadas *camisas alquitranadas o embreadas*, se formaban por un cuadrilongo rectangular de lona embreada o alquitranada, con mixtos y pólvora, utilizadas para incendiar al enemigo. <<

[45] Pequeñas goletas utilizadas en el tráfico marítimo fluvial. <<

[46] Apodo por el que era conocido su tío Santiago y padrino, compañero del padre desde sus tiempos en la Escuela Naval de Cartagena (volúmenes 2.º al 7.º de esta colección de novela histórica naval). <<

[47] Pequeño molusco que perfora la madera sumergida, causando graves daños en las construcciones navales. <<

[48] Máquinas de vapor con las que se desaguaban los diques de carenar, en los que se limpiaban los costados de los buques, repasando su calafateo y estado general. <<

[49] El expediente de limpieza de sangre, presentado por el padre de *Gigante* para sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, era falso, cambiándose el nombre y localidad de su nacimiento (Ver volumen 2.º de esta serie: *La Cañonera «23»*) <<

[50] La base de Mahón albergaba un pequeño arsenal, construido por los ingleses durante su dominio de la isla de Menorca, instalaciones que siguió utilizando la Armada. <<

[51] Don Antonio Pascual de Borbón era hermano de Carlos IV, mientras don Carlos María Isidro era hermano de Fernando VII. <<

[52] Conjunto de toda clase de betas (cuerdas usadas en los aparejos). <<

[53] Conjunto de motones, cuadernales y demás piezas de su especie. <<

[54] El alférez de fragata Hezeta murió en las calles de Madrid. <<

[55] Se refiere a la protesta sobre su abdicación forzada. <<

[56] El Ayuntamiento de Móstoles dio a la calle donde existía la casa del auditor del Almirantazgo el nombre de Villamil. Asimismo, en la sala del Concejo existe una lápida que reza así: *A donjuán Pérez Villamil, iniciador de la guerra de la independencia, y a los alcaldes don Andrés Torrejón y don Antonio Hernández que secundaron tan patriótico pensamiento, para perpetuar su memoria. <<*

[57] También conocida como *daga de mano izquierda*, estaba destinada a parar el golpe del adversario, quebrar la punta de la espada contraria y herir en cortas distancias. <<

[58] Anclaje. <<

[59] navío de dos puentes y 74 cañones, normalmente denominados como *de linea* o *los 74*, componentes principales de las escuadras. <<

[60] Bailío frey don Francisco Gil de Lemus, capitan general de la Armada. <<

[61] En efecto, con fecha 21 de febrero de 1808, el ministro de la Guerra francés, Decrés, prevenía al almirante Rosily de los planes del emperador, recomendándole situarse fuera del alcance de las baterías de tierra e intercalar sus buques con los españoles, sin mostrar inquietud y con las necesarias excusas. <<

[62] Autoridad que residía habitualmente en la ciudad de Cádiz. <<

[63] Se entendía en la época por *cable* las maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al ancla, se utilizaban para amarrar el buque en un fondeadero. De su fortaleza y buen estado de conservación dependía la seguridad de los buques al ancla. <<

[64] Se entiende por *espiar*, o navegar *a la espía*, halar de un cabo firme a un ancla, ñorar u otro objeto firme, pata hacer navegar el barco en dicha dirección. <<

[65] Era norma habitual en la época, utilizar cadenas de gruesos eslabones para intentar cerrar bocanas, rías, estuarios, ensenadas, etc. <<

[66] Conocida en el día de hoy como Torre Tavira. <<

[67] En la Armada se utilizaba como unidad de longitud el pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros, dividido en doce pulgadas. <<

[68] Tablón o tabloncillo que cubre todas las cabezas de las ligazones en su extremo superior, para formar el borde o *borda* de las embarcaciones. <<

[69] Balas que se calentaban en hornillo hasta quedar incandescentes, momento en el que eran disparadas contra el enemigo. De uso peligroso a bordo, eran especialmente utilizadas desde baterías en tierra contra buques, para incendiarlos. <<

[70] Se entiende por *acoderarse* el dar una codera (cabo grueso que se da por la popa o aleta) a uno de los cables sobre los que se está fondeado, o a otro objeto fijo cualquiera, para presentar el costado del buque en una dirección determinada sin posibilidad de borneo (giro sobre el ancla). <<

[71] Se entiende por *moco* los refuerzos verticales del bauprés (palo inclinado en lanza hacia proa en los buques de tres palos). <<

[72] Se entiende por *ciaboga*, la acción de virar una embarcación de remos, bogando los de una banda y ciando (remar en sentido inverso) los de la opuesta. <<

[73] Se refiere a *bala rasa*, redonda y maciza. <<

[74] *A la lumbre, o a la lumbre del agua*, debe entenderse como en la línea de flotación. <<

[75] Se llama *espejo*, o *espejo de popa*, a toda la fachada de ésta, desde la bovedilla hasta el coronamiento. También se le conoce como *escudo* o *estampa*. <<

[76] En el combate del día 9 los franceses sufrieron 13 muertos, 51 heridos de gravedad y elevado número de contusionados. <<

[77] Normalmente se entiende por *chifle* el cuerno donde los artilleros guardaban la pólvora, para cebar los cañones antes del disparo. Sin embargo, los pitos que los contramaestres utilizaban para dar las órdenes de maniobra, adoptaban también dicho nombre por ser de formas parecidas. <<

[78] En este caso debe entenderse en la versión de *pontón de depósito*, es decir, buques viejos, normalmente navíos o fragatas, que amarrados de firme o *en cuatro* en los arsenales y puertos, se utilizan como almacén de efectos, así como depósito de gentes y prisioneros en tiempos de guerra. <<

[79] Cuando, meses más tarde, se dio de baja al navío *Argonauta* construido en Ferrol, el *Vencedor* pasó a tomar dicho nombre. <<

[80] Dicha bandera se encuentra en la actualidad en el Museo Naval de Madrid. <<

[81] Se refiere a quien había sido magnífico Secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<